Cenizas para un blues

EL DESENLACE DE "*PUENTES Y SOMBRAS*"



FERNANDO DE CEA

CENIZAS PARA UN BLUES

FERNANDO DE CEA

CENIZAS PARA UN BLUES

www.fernandodecea.com
Photo by Alex Andrews from Pexels
Datos de la primera edición:
Depósito legal: SE-409-2014
ISBN: 978-84-942260-1-4

A Alf, Edu y Fer.

You better watch your back boy
You better cover your bets
The further down that road you go
The rougher it's gonna get.
John Mayall, *Jacksboro Highway*.

SAM

«Probando: uno, dos, tres… ¿Se oye bien? A ver, ¿esto funciona? Parece que sí. Bueno, comenzamos… Pero ¿por dónde empezar? La situación no puede ser más extraña: aquí, yo solo, hablando conmigo mismo, frente a un micrófono, en una lúgubre habitación que está pidiendo a gritos una mano de pintura, sumergido en un hostal barato, perdido en el dédalo de callejuelas estrechas del barrio popular que me vio crecer. No sé por qué he acudido a refugiarme aquí. Porque esto es un refugio, ¿no? Al menos un espacio donde poder repasar los acontecimientos del día sin molestias, sin temer la presencia de compañeros. Últimamente los compañeros son la peor "compañía" que podría tener.

»No deja de ser curioso que haya estado caminando todo el día y mis pasos me hayan conducido a este lugar. No estaba premeditado que acabase aquí, alguna fuerza invisible, una atracción irresistible, pero sutil, me ha transportado al vecindario donde pasé mi infancia. Asomado a la ventana veo lo poco que ha cambiado todo desde que abandonara a mis padres. Es cierto que este hostal no existía, pero la tienda de la esquina, 'Todo para las Mascotas', sigue estando ahí, también la mercería y el estanco. El portal adyacente a la papelería sigue siendo el número 14, aunque el segundo dígito esté a punto de caerse, bocabajo, sujeto por años y mugre a la pared del bloque de apartamentos donde nací.

»El entorno es el mismo, pero el ambiente es diferente, no sé…, decadente. A pesar de que es sábado por la tarde, no hay niños entrando y saliendo del portal, no están mis hermanos jugando a las canicas en la acera, ni las hijas del sastre del 4º saltando a la comba. Tampoco veo a sus amigas cuchicheando entre risas mientras miran a los más mayores que, sentados en los escalones del zaguán, leen con avidez los tebeos que han comprado con la paga del fin de semana. Puede que el calor tenga la culpa, pero ver la calle tan vacía me produce una sensación más cercana a la desazón que a la melancolía. Seguramente no es el barrio lo que se encuentra deprimido. Soy yo que quiero apoyarme en un pasado que ya no existe. Como si perteneciera a una vida soñada, a una existencia anterior vivida en un universo paralelo. Tan diferente se me antoja el barrio. Todo se ve antiguo, distante. Desde luego, aquí no han llegado los miles de millones que han inundado la ciudad para la Expo. No parece un vecindario de la capital de Andalucía, la del AVE, la de la moderna autovía de circunvalación, la del puente del Quinto Centenario o la de la Isla de La Cartuja.

»Soy yo, seguro. Ya traía ese malestar desde que salí de la comisaría;

incluso desde antes: desde ayer cuando decidí embarcarme en la misión. No recuerdo haber tenido con anterioridad esta especie de premonición negativa que todo lo inunda de fatalidad. Por primera vez, un caso puede afectar directamente a mi carrera. Es la influencia en lo personal —y en lo familiar— lo que me está preocupando y quizás sea esa la razón que me ha llevado a tomar la decisión de registrar en voz todos mis movimientos. También es posible que se deba a que necesito desahogarme con alguien en un momento en el que no puedo confiar en nadie. No hasta que todo se aclare y pueda determinar quién se encuentra a este lado de la línea —la que tracé ayer—, y quién permanece en el otro.

»El asunto es grave. Y he dudado mucho en implicarme. Lo más fácil hubiera sido hacer la vista gorda, seguir como hasta ahora ignorando lo que pasaba a mi alrededor. Dejarme llevar. Pero no me encontraba bien: había perdido el apetito y no dormía por la noche. Casandra ya estaba notando mi creciente mal humor y mi alejamiento progresivo. Los niños también, sobre todo la pequeña Sam. Es tan espabilada que se da cuenta de todo. Yo mismo me percaté de lo incómodo que me sentía en mi propia casa, sin participar en la vida familiar. Esto no podía seguir así. El asunto es grave, sí, pero mi vida y la de los míos son más importantes. El conflicto moral está afectando a terceras personas; a las que más quiero. Conflicto moral y legal. No hay que olvidar que me ampara la ley. La que juré proteger. Así que estoy decidido a seguir adelante. Aunque no tenga más remedio que traicionar a mis compañeros.

La Star 28 PK en la mesa; también la placa. Ambas plantadas en el escritorio de Ramírez con un golpe seco y firme. La entrega de pistola reglamentaria e identificación. La renuncia después de tantos años de carrera. Una imagen machacona que tenía Sam grabada en la retina y que se empeñaba en volver una y otra vez cuando se encontraba sola, es decir, la mayor parte del tiempo desde que abandonó el servicio activo. Ahora, sentada en su flamante despacho de la agencia de detectives, pensaba en el gesto de Ramírez cuando solicitó la renuncia. ¿Estaba sonriendo el hijo de puta o eran figuraciones suyas? A nadie se le escapaba lo poco amigo que era el comisario de los agentes femeninos, pero una dimisión así, de sopetón, sin ninguna justificación aparente, al menos debería provocar una mueca de sorpresa, nunca de alegría, aunque posteriormente lo celebrase en la intimidad.

La reacción de Hidalgo fue totalmente diferente. El desconcierto inicial fue seguido de incredulidad y, posteriormente, llegó la súplica. Hidalgo insistió una y otra vez. Le rogó a Sam que pensara detenidamente lo que iba a hacer. Pero los intentos del inspector para que su protegida recapacitase fueron inútiles: primero, por la determinación de Sam, y segundo, porque ocurrieron posteriores a la renuncia. El hecho ya estaba consumado y no había vuelta atrás. Sam no atendía a razones, ya no confiaba en Hidalgo. Pensaba que la actitud de su jefe era poco sincera, que estaba disimulando y que sus palabras eran tan falsas como él. Hasta la sonrisa de Ramírez, con todo lo desagradable que resultaba, era más auténtica que la espuria preocupación de Hidalgo.

Sam ya no se fiaba de nadie. No lo hacía desde el asalto a las dependencias de Asuntos Internos. Allí descubrió el dosier que acusaba de corrupción al inspector Torres, a su padre. También figuraban algunos nombres de los que ella consideraba compañeros. Policías que hoy seguían en sus puestos mientras que su padre estaba muerto: una calumnia le precipitó al exilio donde encontró la muerte. Asesinado por ETA lejos de su tierra.

En el portafolios de la investigación interna, entre los agentes implicados, destacaban Hidalgo y Ramírez. Del segundo no le extrañaba la posibilidad de que estuviera pringado hasta el cuello, ¿pero de Hidalgo? El inspector había sido su mentor, su jefe y guía, prácticamente el sustituto de Eduardo Torres. Sí, Hidalgo había ocupado el lugar de su padre durante todo ese tiempo. De ahí que jamás se le hubiera pasado por la imaginación que Rodrigo Hidalgo fuera un mentiroso. Y menos en un asunto como el de la acusación de su compañero de tantos años en Homicidios. Hidalgo había negado con vehemencia cualquier implicación en el asunto. Mentira. De la lectura del expediente confidencial se desprendía que sabía muchas

más cosas de las que le había contado a Sam. El desengaño sufrido por la subinspectora fue como un torpedo en la línea de flotación. Sam se hundió anímicamente. Así no podía seguir y por eso decidió abandonar la policía. El nombre de Casandra Torres, alias “Sam”, ya no estaría nunca más unido al Cuerpo Nacional de Policía.

Sam dejaba muchos compañeros en la comisaría, pero se daba cuenta de que en realidad no tenía amigos. No de esos a los que puedes acudir para desahogarte, para contarles tus problemas y pedir consejo. Ese día, cuando recogió sus pertenencias y abandonó el edificio del distrito Poniente, la inundó un vacío que nunca antes había sentido. Se dirigió a su estudio de la calle Cuna y no salió en varios días de allí. Incapaz de reaccionar, simplemente se dejó llevar por la apatía. Así estuvo meses. Haciendo nada. Ni siquiera reanudó la investigación acerca del caso que la obsesionaba, aquél en el que se vio envuelto su padre en 1992. Sam sólo salió del apartamento para hacer acopio de víveres o para visitar a su madre los domingos. El resto del tiempo lo pasaba sentada en el sofá mirando la televisión sin verla. Hasta que hace una semana llegó la llamada de Roberto. Entonces se dio cuenta de que aún le quedaban amigos fuera de la policía. El director de “La Voz de Híspalis” era uno de ellos. Preocupado por la ausencia de noticias de su confidente preferida, Roberto intentó localizarla hasta que dio con su número de teléfono. Nada más enterarse de que Sam estaba sin trabajo se acordó de la agencia de detectives, la que salvó al periódico cuando estuvieron a punto de perderlo por un testamento fraudulento. Roberto se ofreció para recomendarla a la compañía y Sam, todavía desganada, se lo agradeció. Gracias a Roberto, y a su nuevo trabajo, estaba recuperándose de la depresión. También ayudaban las visitas que frecuentaba a la redacción. Allí trabajaba Merche, a la que consideraba su amiga —otra más— en el sentido más completo y amplio de la palabra. Curiosamente fue Merche la que el viernes le hizo recuperar la senda de la investigación del antiguo caso del 92.

Sam se encontraba mucho mejor, más animada y con ganas de dar con los responsables de la muerte de su padre, pero no podía evitar quedarse, de vez en cuando, ensimismada pensando en lo mismo: en su placa y en la Star 28 PK.

Merche no conseguía disimular por más tiempo. El amago de sonrisa que estuvo aguantando en la reunión se había convertido en un gesto tan amplio que ya era una risa franca.

—Ahora que se han ido todos, ¿quieres decirme qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Roberto con la taza de porcelana inglesa en la mano, a punto de beber el último sorbo de té, y con el dedo meñique totalmente estirado rematando la ridícula pose.

—Perdona…, no tiene nada que ver contigo —mintió Merche.

Roberto no se quedó muy convencido. La periodista se dio cuenta, pero no se atrevía a confesar en ese momento lo diferente que veía al director del periódico desde su vuelta. Merche sabía que ese cambio tenía su origen en la llegada de Nancy Nolan a la redacción, hacía ya más de un mes. Precisamente, la eficiente secretaria entró en la sala de reuniones para retirar la bandeja con las tazas vacías. Nada aguantaba desordenado más de cinco minutos desde la llegada de Miss Nolan. Cuando iba a recoger también la jarra de café medio llena, Merche le hizo un ademán acompañado de una de sus cálidas y cariñosas sonrisas para que la secretaria dejara en la mesa la Melita y una de las tazas que la rodeaban. Miss Nolan agradeció el gesto con otro parecido mientras se colocaba entre Merche y Roberto para corregir con evidente descaro, con un empujón de su codo, la posición del meñique disparado de su jefe. La taza con motivos florales estuvo a punto de caerse, pero Miss Nolan la recuperó casi en el aire con un gesto malabar. La colocó en la bandeja junto a sus compañeras de juego y acto seguido salió del despacho no sin antes guiñarle un ojo cómplice a Merche. La sorpresa en el rostro de Roberto y la carcajada de Merche descubrió al fin el porqué de la postura relajada de la periodista.

Merche se sentía realmente bien ese lunes de febrero. Estaba feliz de volver al trabajo. Aunque se había incorporado el viernes, realmente esa era su primera jornada matinal en muchos meses de baja por maternidad, y estaba discurriendo más divertida de lo que había supuesto. La transformación que había sufrido su jefe era sólo exterior —de ahí lo gracioso—, porque Roberto seguía siendo el mismo: el hombre despistado de siempre, con mil cosas pendientes de hacer y con cien proyectos a punto de comenzar. Eso sí, ya no llevaba la camisa por fuera, y de sus bolsillos ya no asomaban bolígrafos, libretas, peines u objetos de todo tipo; se había afeitado la barba y ya no tenía el pelo largo y alborotado, sino corto y bien peinado. Su aspecto era inmejorable, aunque fallaba en los ademanes que aspiraban a ser los de un lord inglés. No daba la talla debido a la desastrosa base desde la que partía, la de un soltero empedernido y maniático que siempre ha hecho lo que ha querido y nunca ha tenido a nadie para corregirle.

Roberto Stefani era el superior directo de Merche, pero ella lo veía como un amigo de la familia, casi como un padre, y le tenía un cariño especial. Roberto era una persona encantadora, gruñón a veces, pero generoso y con un enorme corazón. Siempre velando por sus trabajadores, no dudaba en hacer lo posible para que la gente estuviera contenta en el trabajo. Lo demostró cuando la empresa pasó a ser independiente después de la muerte de Don Juan Morales del

Prado, el anterior propietario. Todos los empleados conservaron su puesto, tal como había previsto Don Juan en el testamento, una especie de plan de negocio para desglosar el Grupo en sociedades limitadas participadas por los propios trabajadores. Roberto no dudó en contratar a nuevo personal cuando las cosas empezaron a mejorar. Fue después de despedir a Jaime (el hijo de Don Juan, la única oveja negra de su familia, y del periódico, que se fue con el rabo entre las piernas después del intento fallido de arrebatarle el diario) cuando llamó a Javier, el antiguo becario encargado de la sección de Deportes. Le ofreció sueldo y puesto: Responsable de Cultura. A continuación, Roberto contrató a Nancy Nolan, la ayudante de Don Juan durante muchos años —todo parecía indicar que también era su amante en la sombra—, la nombró secretaria personal y muy pronto demostró lo efectiva que era. Miss Nolan le dio la vuelta al despacho del jefe, y al jefe mismo.

Su generosidad no se limitaba a la empresa, Roberto también se preocupó en recomendar a Sam para un nuevo trabajo, ya como civil. ¿Qué le había ocurrido a su amiga policía? ¿Por qué esa dimisión tan repentina? Merche no lo entendía, pero el viernes cuando vio a la detective le ofreció todo su apoyo. Estuvieron hablando largo rato y salieron algunos temas por los que Sam se vio muy interesada, pero que le volvieron a recordar a Merche los desagradables días de la primavera pasada.

Con la llegada de las nuevas incorporaciones, Roberto tuvo que reorganizar la redacción. La beneficiada fue Merche, que pasó a ocupar el puesto de coordinadora mientras se recuperaba de su reciente separación. A Merche le costó un mundo superar el trauma, pero el nacimiento de su hijo le cambió la vida. El pequeño Pablo fue su tabla de salvación, pero también lo fue la llegada de Rosita el pasado verano. Sin fecha de vuelta, con la intención de echarle una mano en los primeros meses, Rosita Emanuele cogió el primer avión en cuanto se enteró de que su hija iba a dar a luz y la iba a convertir en abuela. Abandonó Puerto Rico y se presentó en casa de Merche como si nunca hubiera salido de España. Pablo nació en septiembre. El nueve, el día más feliz en la vida de la periodista.

Una buena racha que duraba cinco meses, los que llevaba Merche de baja. Ahora estaba de vuelta, con la misma ilusión que el primer día. Dispuesta a trabajar codo con codo con Roberto, intentando emular a sus antecesores en el cargo, sobre todo a Enrique, su ex. Tenía un buen ejemplo de cómo llevar el puesto de redactora jefe y de coordinadora, se apoyaría en su recuerdo hasta que ella pudiese aportar sus puntos de vista y fuera conduciendo el periódico bajo su criterio, siempre con la atenta mirada de Roberto y aprendiendo de su experiencia.

Ese día, la reunión había tratado un tema candente que traía en jaque a la policía de toda la región. Merche se iba a encargar del seguimiento del caso que ya le habían adelantado el viernes y que cubría Dani, su antiguo compañero: un preso había huido de la cárcel justo cuando iba a ser extraditado al Reino Unido.

Un Airbus 319, de la compañía Easy Jet, sobrevoló la autovía de circunvalación a baja altura. «A muy baja» —pensó Hidalgo cuando escuchó el ruido estridente de las turbinas—. El inspector jefe de Homicidios estiró el cuello para observar la maniobra de aproximación final del avión a la pista. Un gesto instintivo que abandonó enseguida para volver a centrarse en la conducción de su Citroen Picasso: redujo la velocidad y se incorporó a la salida que lo llevaría a la terminal de llegada del aeropuerto.

Rodrigo Hidalgo de nuevo tenía la impresión de que Ramírez le había colado un gol, esta vez al designarle como oficial de enlace entre la policía judicial y un inspector de Scotland Yard. Todavía no entendía que tenía que ver con homicidios el caso del recluso que se había fugado la semana pasada. Sólo sabía que Ramírez le había largado un papel que probablemente le estaba quemando las manos al comisario. Era un escrito de la UCPI (Unidad de Cooperación Policial Internacional) que ordenaba colaborar con el agente inglés en las investigaciones y procurarle los medios necesarios para localizar al preso fugado.

Así, sin ninguna información previa, sin tener ni idea de inglés, Hidalgo se presentó en la sala B de la terminal de llegadas como un cordero llevado al matadero. A la altura del pecho sujetaba un cartel con las dos manos que anunciaba el nombre del detective, un tal Mr. O'Malley. Lo único que sabía de él era que había participado durante el verano en la captura del sujeto —ahora libre de nuevo— en un operativo conjunto con la policía portuguesa. «Aquí estoy yo, con esta postura ridícula, como si fuera un taxista o la niñera de ese estirado hijo de la Gran Bretaña, que encima se creerá superior a nosotros y con derecho a dar órdenes» —se aventuró a juzgar Hidalgo sin ni siquiera haber visto al policía británico—. En ese momento se abrieron las puertas correderas de cristal y fueron saliendo, uno a uno, los pasajeros del vuelo de Easy Jet procedente de Londres Gatwick. La terminal escupía viajantes a más velocidad de la que podía desalojar la sala de espera. Esta circunstancia estaba provocando la saturación de personal en la estancia, tanto que Hidalgo tuvo que alzar los brazos por encima de su cabeza para hacer más visible el cartel. Mientras esperaba que apareciera Mr. O'Malley, se dio cuenta de que ese era su primer servicio desde que le ascendieron a inspector jefe. «Menudo ascenso, parece más bien que me hayan degradado», se lamentó.

Hidalgo recordaba que el nuevo empleo le había llegado como consecuencia del éxito obtenido la primavera pasada: la resolución del caso del asesino en serie y la captura del Moro, uno de los delincuentes más buscados y peligrosos de Andalucía. De ambos logros se apropió indebida e inmediatamente Ramírez, aunque finalmente el comisario no pudo evitar que le llegara el reconocimiento a su subordinado en forma de ascenso. Un premio que se le antojaba agridulce a Hidalgo al no poderlo compartir con la verdadera responsable del triunfo en ambos casos.

¿Por qué había dimitido Sam? Hidalgo siempre volvía a lo mismo. Daba igual cuál fuera el origen de sus pensamientos, podía estar intentando resolver un problema profesional o uno personal que al final siempre pensaba en Sam: ¿Cómo actuaría ella? ¿Qué opinaría sobre tal o cual tema? ¿Vería con buenos ojos que Hidalgo se fuera a vivir con Rocío? ¿Aprobaría la decisión del inspector de apuntarse a la jubilación anticipada? Hidalgo se sentía incapaz de enfrentarse a un caso sin Sam a su lado, se le hacía muy cuesta arriba. Echaba de menos a Sam; y la necesitaba. ¿Cómo podía haber tirado por la borda todos esos años de carrera? Desesperado, había intentado hablar con ella, incluso le había suplicado, pero todo resultó inútil: Sam estaba decidida y cuando se empeñaba en algo era muy difícil verla dar marcha atrás.

Si la renuncia de su amiga había sido dolorosa para Hidalgo, mucho más lo era su alejamiento en lo personal. Hidalgo no entendía el origen de esa evidente enemistad hacia su persona, pero sospechaba que se debía a una investigación privada de la subinspectora, a un asunto que no había querido compartir con él y que la tenía preocupada desde unos días antes de su renuncia. A Hidalgo sólo se le ocurría un tema que podía dejarle en evidencia y que, a la vez, fuera tan importante para Sam. Un caso que tenía olvidado, que permanecía enterrado en el pasado y que creía haber logrado superar. Sin embargo, todo parecía indicar que Sam estaba buceando en él. Si eso era cierto —y ojalá estuviera equivocado— tendría que actuar en consecuencia.

El despacho era luminoso y moderno. El suelo de tarima flotante y los muebles que cubrían a media altura las cuatro paredes de la estancia lucían todos el mismo tono color madera claro. Un par de cuadros, de tamaño respetable, con formas abstractas y de colores cálidos, decoraban los espacios vacíos de las blancas paredes. La sinuosa mesa, del mismo color que el resto del mobiliario, estaba flanqueada por dos sillones negros de una sola pieza con una curva pronunciada en la zona lumbar que les hacían parecer muy cómodos. Gracias a la forma en L del escritorio, la luz entraba por la izquierda

cuando Sam trabajaba en el ordenador. Ahora estaba así, girada hacia el lateral de la mesa, huyendo de la pila de expedientes que le había entregado su nuevo jefe para que se pusiera al día, para que estudiase los métodos y la forma de trabajo de la agencia. Sam había abierto el que culminaba el rimero de papeles y así se había quedado: por la primera página. No podía perder tiempo en leer esas chorradas sobre seguimientos a hombres y mujeres casadas que estaban poniendo los cuernos a sus respectivos cónyuges. No mientras tuviera pendiente la resolución de *su caso*.

Sam volvió a cerrar el aburrido informe. Del bolsillo derecho de su vaquero extrajo una pequeña llave con la que abrió el cajón central del escritorio. Los documentos que allí se alojaban eran los que realmente llamaban su atención y no los que reposaban encima de la mesa. Sam no podía evitar volver a leer, por enésima vez, las hojas que había fotografiado meses atrás de forma clandestina en las dependencias de Asuntos Internos. Pasó con rapidez las páginas del expediente que se sabía de memoria y se paró en las transcripciones de los interrogatorios que le hicieron a su padre. Lo estuvieron machacando durante una semana entera. Compañeros contra compañeros. Intentando que confesara su culpabilidad en la desaparición de veinte kilos de cocaína. Su padre insistía una y otra vez en su inocencia, pero no acusaba a nadie ni aportaba pruebas. Después leyó la declaración de Ramírez. Hablaba del alijo de droga incautada y afirmaba que el responsable del operativo fue un tal Mario Ríos, inspector de narcóticos. ¿Quién era ese Ríos? Sam no lo había oído nombrar nunca. Ni siquiera lo interrogaron entonces. ¿Por qué?

Sam levantó la vista del papel para observar la calzada a través del amplio ventanal. Se movió con la silla giratoria para acercarse más al cristal: quería divisar la acera y a los viandantes que iban de un lado a otro de la calle. La mañana era espléndida, a pesar de lo avanzado del invierno. Sam miraba lo que sucedía en el exterior sin atender lo que estaba impresionando su retina, como cuando se sentaba en el sofá de su apartamento para ver la televisión. La detective le estaba dando vueltas a las posibles líneas de actuación. Por una parte, se alegraba de no estar ya dentro de la policía. Eso suponía menos escrúpulos a la hora de actuar y mayor libertad para moverse sin tener que dar explicaciones a nadie. Por otro lado, perdía los medios que cualquier policía tiene a su alcance, el personal a su cargo, las bases de datos, los informes, las fichas, etcétera. Sopesó los pros y los contras y se convenció de que había una razón que inclinaba la balanza hacia el lado en el que estaba: no podía confiar en nadie de la comisaría. Desde dentro, con Hidalgo siempre encima, uno de los principales sospechosos, iba a ser casi imposible trabajar. No cabía duda, la

opción actual era la mejor.

Ahora sólo quedaba determinar cuál debería ser su siguiente movimiento.

Era imposible dar dos pasos sin que Wato se tirase a los pies de su dueña, o se restregara recorriendo todo su cuerpo —incluyendo la cola— por las piernas de Rosita. El gato era grande para ser un felino doméstico. Sin pedigrí conocido ni raza a la que arrimarse, Rosita insistía en que era un gato americano de pelo corto. Para Merche, era un minino callejero con bastante suerte. Un gato que había subido de categoría social desde el momento en que la madre de Merche lo recogiera de las calles empedradas del viejo San Juan. Rosita le llamó Wato porque afirmaba que de las decenas de rayas grises y negras de las que se componía su camuflaje destacaban unas en forma de W dibujadas en su frente. Rosita lo había encontrado medio muerto en una esquina inmunda de un callejón sin salida maullando desesperadamente. El pobre animal debía tener pocos días y por alguna razón se había quedado huérfano o estaba perdido. Rosita se lo llevó al apartamento que sus hermanas tenían en el centro y consiguió que lo adoptaran sin necesidad de presentar batalla, gracias a la estrategia del hecho consumado. Prácticamente, lo bañó en leche cuando le puso un plato demasiado grande para el animal. Wato se metió dentro para lamer y lamer el líquido hasta que el plato se quedó vacío, y él completamente lleno. Desde aquel día no se separaba de su dueña. Incluso aguantó estoicamente —aunque con momentos de desesperación— el largo viaje en avión de seis horas desde Puerto Rico a España. “Es un gato-perro”, solía decir Rosita cuando el leal compañero acudía a recibirla a la puerta de su casa cada vez que volvía de la calle. “Es un interesado porque sabe que siempre le traes algún premio”, sostenía Merche que tenía cierta envidia del animal y a la que no le gustaba nada su mirada desafiante.

A pesar de Wato, Merche estaba encantada con la presencia de Rosita y se preguntaba que habría sido de ella, sola, con un bebé recién nacido, si no hubiera acudido al rescate su madre querida. Desde luego, del trabajo se tendría que haber olvidado en mucho tiempo. No se imaginaba dejar a Pablo con cinco meses en las manos de alguna desconocida. Ni soñarlo. Pero con Rosita todo estaba solucionado. Claro que había discusiones entre ellas, generalmente provocadas por los diferentes puntos de vista a la hora de educar, vestir, criar y alimentar a un niño tan pequeño. Aunque Rosita estaba más peleona con los años, las diferencias nunca llegaban a más. Generalmente, el debate quedaba zanjado gracias a la intermediación del propio Pablo al ofrecer a madre e hija una de sus miradas con gracioso ceño fruncido incluido. En lo que sí se pusieron de acuerdo,

nada más llegar Rosita, fue en lo de no tocar el tema del padre a menos que fuera Merche la que decidiera hacerlo, tal era la desazón que le provocaba a la periodista recordar a Enrique.

— Ya va, ya va… —Rosita intentaba calmar a Wato, que había olido los boquerones desde que se abrió el ascensor a pesar de encontrarse al otro lado de la puerta del ático. El envoltorio de papel estraza asomaba por la cesta de la compra y el gato no atendía a razones. La flamante abuela pretendía llegar a la cocina, pero no conseguía salir del hall.

Merche observaba desde la puerta del salón la enorme sonrisa de su madre que tanto había echado de menos; los dientes blancos de Rosita, con los incisivos destacando, muy difíciles de esconder con la boca cerrada, pero igualmente atractivos; las arrugas delatoras de años de vida intensa y el pelo moreno, teñido, escondiendo las canas, con la tez como la de ella, oscura, isleña, caribeña. Su madre era guapa, no cabía duda. Aunque su figura ya no era tan esbelta, aún se mantenía enhiesta y decidida en el caminar. Y segura en la conversación. Quizás demasiado vehemente en la discusión; eso sí era nuevo para Merche. Se imaginaba que la convivencia con sus tías durante los últimos años —¡menuda personalidad tenían las dos hermanas de Rosita!— había sido determinante para la ligera transformación del carácter de su madre.

Merche liberó parcialmente a la abuela cuando se encargó del cochecito plegable de Pablo. Al menos eso era lo que pretendía, lo que realmente consiguió fue que Wato, aprovechando la falta de obstáculos, se pusiera a dos patas, desplegara sus afiladas uñas y se agarrara a la falda de *tweed* verde de Rosita. El animal se mostraba cuan largo era a la vez que maullaba con insistencia ante el penetrante olor del pescado crudo. Merche observaba la escena y veía como Pablo también lo hacía desde su sillita de paseo. Su hijo manoteaba al aire para participar en la fiesta, abriendo y cerrando unos enormes y curiosos ojos verdes oscuros. «Iguales que los de Enrique», pensó Merche. La madre primeriza se alegraba de haber negociado con Roberto para conseguir trabajar sólo media jornada hasta que Pablo tuviera edad para ir a la guardería. No quería perderse ninguno de esos mágicos instantes. Le encantaba sorprender a su hijo descubriendo la vida.

Cuando Wato se hizo por fin con uno de los boquerones, Merche recibió una llamada de su móvil. Se imaginaba que sería Dani con alguna novedad del caso de la fuga de la prisión. Habían quedado al día siguiente para unas entrevistas desde el Centro Penitenciario, y sabía que su compañero se estaba encontrando con bastantes problemas a la hora de gestionar los permisos y acreditaciones. Al parecer, la fuga había sido provocada por una persona que se hizo

pasar por periodista. Estaba tan segura de que se trataba de Dani que la voz de Sam la cogió desprevenida. Los gestos de Merche, primero de sorpresa, después de alegría y por fin de preocupación, no les pasaron desapercibidos a Rosita que se concentró más en la comunicación que en seguir alimentando a su mascota. Wato protestó airadamente el inesperado corte de suministro: su olfato le decía que aún quedaban en la bolsa algunas unidades más de aquellos manjares tan deliciosos. Rosita dio un respingo cuando las uñas del gato volvieron a agarrarse de su vestido, y se molestó con el felino al no haber podido oír de qué trataba la conversación. Sólo acertó a escuchar el nombre de un tal Xisco, o Cisco, como la persona a la que tenía que ver su hija al día siguiente.

El olor a pintura era tan intenso como el nuevo color de la prisión. Cisco se preguntaba si una vez secas las paredes, el tono sería más claro, si conseguirían el verde oliva que decían iba a tener el módulo de los presos preventivos. Los propios reclusos se habían encargado de la restauración de celdas y estancias comunes a imagen y semejanza del nuevo centro penitenciario de la provincia. “Una prisión bioclimática”, decía la propaganda que les habían repartido, como si fueran —que lo eran— el público objetivo de una campaña de marketing. Él ahora pensaba en esos términos desde que asistía regularmente a las clases de Introducción a la Economía. Le gustaba estudiar y hablar con propiedad. Todavía no sabía cuánto le iba a caer por librar a la sociedad del Moro, pero pensaba aprovechar el tiempo para superar el Curso de Acceso a la Universidad para Mayores de 25 años y, por qué no, estudiar la carrera de Empresariales. Quizás algún día, cuando saliera de la cárcel, podría montar su propia empresa. Un negocio familiar donde poder dar trabajo a todo su clan para salir por fin de la miseria y de las calles. Cisco tenía claro que ambas —junto con la falta de cultura— eran las culpables de que él estuviese en prisión y de que Chus ya no perteneciera a este mundo. Precisamente, su hermano pequeño fue asesinado por el Moro cuando intentaba hacer lo mismo que él: integrarse en la sociedad para ser alguien en la vida.

“El color verde ofrece una mayor tranquilidad de espíritu y ayuda a la reinserción”, le había dicho el funcionario de guardia con evidente sorna. «Lo que ofrecía era, de entrada, más trabajo, simplemente para lavar la cara del viejo recinto», pensaba Cisco tumbado en su litera, mirando al techo de la celda con el panfleto que anunciaba la nueva prisión a su lado. El folleto parecía estar promocionando un hotel de vacaciones más que un centro penitenciario de alta seguridad. Celdas individuales, algunas con

televisión, salones de recreo, piscina, gimnasio, cine, elegantes salas para los encuentros vis a vis, separación de presos entre los condenados y los de prisión preventiva, etcétera. Esto último lo exigía la ley, también lo de la individualidad en las “habitaciones”, pero todo el mundo sabía que la población reclusa había sobrepasado las expectativas. La realidad se alejaba de la previsión inicial de una celda por preso: en la mayoría de los casos estaban dos —los ronquidos de su vecino de la cama de abajo así lo confirmaban—, incluso tres, cuando para albergar a un nuevo “inquilino” habían tenido que montar un catre de emergencia al lado de la litera.

—¡Al tajo! ¡Venga, rápido! —exclamó el funcionario anunciando que el descanso había finalizado y que tenían que volver al trabajo. Aún les quedaba dar la segunda mano al pasillo antes de acabar el día.

—¡Papi, despierta! —Cisco zarandeaba a su compañero para evitar que lo hiciera de peores modos el guardia que estaba apoyado en el quicio de la puerta. Su colega de la litera de abajo era mucho mayor que él. Podría estar rondando los sesenta años, aunque diese la impresión de que tuviera ochenta. Papi llevaba toda la vida en prisión, cumpliendo una pena por asesinato doble cuando, recién casado, descubrió que su mujer no había sido todo lo sincera con él; ni tampoco su mejor amigo. El viejo debía tener nombre, pero a Cisco ya se le había olvidado, sólo conocía su apodo y su número; más que suficiente para un recluso. A Papi lo habían trasladado al módulo de preventivos, como a muchos otros, para intentar redistribuir el centro y evitar hacinamientos. Sabían que estaban incumpliendo la Ley Orgánica General de Penitenciaría, pero nadie iba a protestar, de hecho, Cisco prefería tener un compañero de celda que pasar solo las horas muertas del descanso obligatorio. Prefería poder hablar con alguien cuando no estaba dormido, no quería abandonarse a sus pensamientos, generalmente pesimistas, sobre todo en esos días previos al juicio, cargados de incertidumbre por la pena que le podía caer.

—Vamos, Papi, que el jefe se cabrea. —Cisco empujó levemente al recluso que caminaba encorvado como si realmente le pesaran todos los años que llevaba en prisión. A medida que sonaban los pasos de Papi, con el mismo compás, el guardia golpeaba amenazante su mano con la porra. Todos en la galería conocían los modos de proceder del jefe de ese turno, un tipejo de la peor calaña que no gozaba de las simpatías de nadie, ni siquiera de sus colegas. Martín, le llamaban. Malencarado, pequeño, pero cuadrado, abusaba de su poder sin disimular lo más mínimo. Para más inri, el fulano llevaba una semana encabronado desde que se escapara un recluso justo el día en el que él estaba de guardia. Seducido por una falsa periodista, se confió y le dio la oportunidad de que lo encañonara con una pequeña pistola, que

luego resultó de pega. La tía, con una sangre fría fuera de lo normal, le obligó a salir con el preso hasta el aparcamiento. Después, lo metieron en el coche y no lo soltaron hasta que cambiaron de vehículo. Fue cuando lo golpearon hasta dejarlo sin sentido antes de emprender la huída final. Todavía se le notaba el aparatoso hematoma que teñía de morado la frente y deformaba su rostro.

Cisco se cruzó con él sin levantar la mirada. Papi no lo hizo y se equivocó al no poder evitar una tímida sonrisa después de ver el chichón. Martín se dio cuenta. Al salir el recluso de la celda, el funcionario se apartó levemente dejando el pie a propósito para que el viejo tropezara. Papi cayó aparatosamente al pasillo exterior mientras escuchaba la sonora carcajada del guardia. A pesar del fuerte golpe, el preso pudo incorporarse a tiempo de impedir que Cisco se ganara el pasaporte para la celda de aislamiento y algunos años más de condena por defender a Papi.

—Déjalo, no merece la pena —dijo Papi interponiéndose entre Cisco y el funcionario de prisiones—. ¿No ves que está deseando que lo intentes?

En efecto, el guardia tenía una sonrisa desafiante y blandía la porra con firmeza a la espera del ataque de Cisco que, afortunadamente para el gitano, nunca se produjo. Cisco respiró hondo, la cicatriz que cruzaba su mejilla estaba hirviendo. Se agachó y cogió el cubo de pintura y la brocha sin dejar de mirar a Martín. Parecía como si estuviera memorizando cada una de sus facciones, como si lo estuviera grabando con una cámara de vídeo para que a la hora de ajustar cuentas no tuviera ninguna duda de que se trataba de él.

Otra vez te dejan solo. Oyes como giran la llave desde afuera. No te gusta nada que te encierren. Te tratan como a un animal enjaulado al que de vez en cuando sacan por la noche para que nadie lo vea. Sólo sales para hacer algún "trabajo", como dice ella. El resto del tiempo lo pasas entre estas cuatro paredes. Una habitación que te sabes de memoria. ¿Cuántas veces la recorres al día? Abres y cierras los cajones, sacas lo que hay dentro y lo esparces por el suelo. Te entretienes en jugar con las cosas, pero debes tener cuidado, debes recogerlo todo antes de que vuelvan. No te gusta que ella te regañe, te pones triste. Dice que si te portas mal no te quiere y eso es lo que más daño te hace. Lo que más le molesta es que no haya nada en su sitio. Ayer encontraste dos velas en los cajones de la cómoda. También había cerillas. Estuviste aterrorizado todo el día hasta que ella las escondió en otra habitación. Te dan miedo las velas. Y las cerillas. No soportas el fuego. También hace daño.

Te miras al espejo y te das cuenta de que no eres como los demás. Dicen que asustas a las personas, que por eso no te sacan de casa. Pero tú

sabes que no es cierto. Hubo un tiempo en el que te veía todo el mundo. Te gustaba más la vida de antes. Podías observar a las personas cómo se acercaban sorprendidas, algunas se reían. Te señalaban con el dedo mientras sonaba la música. Aún recuerdas el olor a caramelo, a salchichas y chocolate caliente. Te quedabas ensimismado mirando como giraba la noria y te despertabas cuando oías los chillidos de la gente que disfrutaba en la montaña rusa. El colorido de los farolillos, la alegría que reinaba en aquel lugar y las risas de los niños, todo eso lo tienes grabado en tú memoria. No hay día que no pienses en los más pequeños: siempre llegaban escondidos debajo de los brazos de sus padres, pero pronto se soltaban, te gritaban y reían. Te encantan los niños. Ellos sí te comprenden y tú los entiendes a ellos. ¿Por qué no puedes tener amigos, jugar con ellos, salir al parque? Ella dice que los intimidas, que no quieren nada contigo. Antes no los asustabas, un poco al principio, pero de eso se trataba el juego, después se les veía contentos contigo.

Pero hace tanto tiempo de aquello… Alguna vez le has preguntado si vais a volver a la vida de antes, pero ella te dice que te calles. Parece que está enfadada contigo, sobre todo desde que él regresó. No te gusta nada ese hombre. No habla contigo, sólo te mira con desprecio y se encierra con ella en el dormitorio. Oyes los ruidos que hacen y te desagrada tanto que te tapas los oídos con las manos. No, no lo soportas, nunca te ha caído bien. Y no quieres que te dé órdenes. La próxima vez que te diga algo, le dirás que sólo le haces caso a ella. Con lo bien que estabais los dos solos, ¿por qué ha tenido que volver?

—¡**M**amá, por favoooor! —El niño volvía a la carga, insaciable quería que su madre le leyera por cuarta vez en la última hora el cuento de “El Ogro Bueno”.

—Vete a jugar, Diego, luego te lo vuelvo a leer, ¿vale? —respondió la madre al borde de la desesperación. La mujer no daba abasto entre el bebé de apenas tres meses y el pequeño Diego de cuatro años recién cumplidos. Había tenido un error de cálculo al atreverse a salir con los dos al parque. Se imaginaba que sería una tarde apacible, con el recién nacido durmiendo y el inquieto Diego “pastando” por el césped. Pero nada le salió como preveía: Diego no se apartaba de sus faldas y el bebé no paraba de llorar. Estaba realmente preocupada, su hijo menor se retorcía en la sillita, como si le doliera el estomago, o tuviera hambre, o sueño, o todo a la vez. La solución de mover el cochecito para intentar que se durmiese no daba resultado; al revés, la desesperanza era tan grande que las sacudidas en vez de mecerlo lo encabritaban aún más.

Al menos, Diego parecía conformarse sin la lectura del *ogro bueno al que el hada perdonó y convirtió en príncipe*. Para alivio de su madre, se olvidó del cuento y se decidió a jugar a los exploradores. Eso sí, sin

dejar el libro ilustrado abandonado. Lo llevaba a todas partes desde que se lo regalaron por su cumpleaños hacía tan sólo unos días. Con el cuento debajo del brazo, salió de la placita para adentrarse en el recinto del Pabellón Real. Mientras tanto, en la Glorieta de Cervantes parecía que por fin amainaba el temporal: el bebé daba su brazo a torcer y comenzaba a bostezar. Justo a tiempo porque la madre estaba al borde de un ataque de nervios. Al final iba a tener unos minutos de descanso, quizás una hora, para poder disfrutar del estupendo día soleado. A diferencia del otoño, especialmente lluvioso y cambiante —tan pronto hacía un calor abrasador, como se levantaba un aire frío o se declaraba una ruidosa tormenta—, el invierno estaba resultando bastante estable. El Anticiclón de Las Azores, situado más al sur y más cerca de la península, hacía las veces de barrera y desviaba hacia las Islas Británicas o hacia el sur de Francia las familias de frentes que atravesaban el Atlántico. Eso se traducía en días algo fríos, pero radiantes; como el de esa tarde de lunes.

Ahora no sólo respiraba ella, la rubia de gafas oscuras que se sentaba enfrente también parecía que por fin podría centrarse en la lectura. La madre seguía de pie observando al niño, pero ya no mecía la sillita. Miró a la que suponía era una estudiante y le ofreció una sonrisa que anunciaba su alivio y a la vez pedía perdón por las molestias. La joven hizo un movimiento cómplice con la cabeza para devolverle el saludo antes de encender un cigarrillo de Camel mentolado y volver a sumergirse en su trabajo. La madre se sentó en la bancada de piedra que hacía las veces de perímetro de la glorieta. Era uno de los lados del octógono de la mini plaza que, como el resto, tenía el respaldo y el asiento totalmente alicatado con motivos extraídos del Quijote. Cada azulejo invitaba a acercarse a la obra inmortal de Cervantes. La glorieta, en su conjunto, ofrecía un festival de colores donde destacaban los tonos verdes y azules. Los primeros, por el predominio de las escenas donde El Caballero de la Triste Figura y Sancho recorrían la campiña; los segundos, por el artesonado que enmarcaba el alicatado.

La mujer, igual que la joven, escogió uno de los bancales que estaban al sol. Eran pocos los no cubiertos por la sombra de la enorme araucaria que crecía en el centro de la glorieta. Un minuto después de sentarse, un mirlo se acercó descarado a la mujer, como un alumno aventajado entre las ya resabiadas palomas del parque. El ave procedía de la jacaranda gigante, la que protegía la vecina glorieta dedicada a Rodríguez Marín[1]. Estuvo picoteando a un metro escaso de la mujer, pero no llegó a acercarse más porque justo cuando la madre comenzaba a disfrutar de su jornada vespertina algo despertó al bebé. Su llanto espantó al pájaro y activó un resorte en el cuerpo de la mujer. La madre, en dos tiempos, se levantó y cogió al niño en brazos

para intentar atajar lo que podría ser el inicio de un nuevo berrinche.

—Señora, su hijo está intentando meterse en el agua —intervino la estudiante con ligero acento extranjero. La joven señalaba con el brazo derecho extendido a uno de los lados del Pabellón Real. Apuntaba al estanque triangular con los dedos índice y corazón, los mismos que sujetaban el cigarrillo mentolado, mientras con la otra mano jugaba distraída con una cadena dorada de gruesos eslabones que le colgaba del cuello. En efecto, Diego había metido ya un pie en el agua y, sentado a horcajadas en el ancho bordillo, estaba dudando si meter el otro pie o comenzar a chapotear con el que ya tenía dentro.

—¡Diego, ven aquí inmediatamente!

La madre gritó tan fuerte que el bebé se calló por un instante. Fue una tregua de segundos pues el niño reanudó el llanto con más intensidad una vez repuesto del susto. Mientras tanto, Diego decidió optar por hacer caso a su madre, a lo mejor quería volver a leerle el cuento del ogro. En un santiamén estaba agarrado de nuevo a su falda.

—Mamá: ¿Qué le pasa a Tito? —preguntó Diego blandiendo amenazadoramente el libro de cuentos con su mano libre.

Un olor muy familiar y desagradable anunció el motivo por el que se había despertado el niño.

—Nada, necesita un cambio de pañales. —La madre respondía a Diego, pero miraba con un gesto de resignación a la estudiante. La joven había cambiado de postura y ahora estaba sentada al estilo indio, con las piernas cruzadas encima de la bancada—. Me temo que vamos a tener que irnos.

—Si quiere puedo cuidar del niño mientras cambia al pequeño —se ofreció la estudiante.

—No se moleste, bastante lata le estamos dando…

—No es molestia, de verdad. —La joven parecía sincera—. Detrás del Pabellón Real, al lado del quiosco, hay unos aseos públicos, de esos de moneda, con espacio para cambiar los pañales. Puede ir tranquilamente mientras le leo el cuento al pequeño.

—Eso, eso, “El Ogro Bueno”, “El Ogro Bueno” —Diego sacudía el libro con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es usted muy amable. Vuelvo en seguida.

—No se preocupe, tómese su tiempo, no hay ninguna prisa. —La estudiante hablaba mientras apagaba la colilla contra la suela de su bota, retorciéndola con fuerza hasta separar el filtro de lo poco que quedaba de tabaco.

***

El cambio de pañales actuó como un bálsamo: Tito dormía profundamente mecido por el movimiento del cochecito. La mujer lo empujaba despacio caminando por la acera. Paseaba bajo la hilera de

los árboles del amor que se alineaban a lo largo de toda la Plaza de América. Las pocas hojas en forma de corazón que resistían al invierno colgaban con pereza de las ramas. Se movían ligeramente alentadas por una brisa cálida del suroeste que anticipaba la primavera. La mujer pasó por delante del estanque donde hacía un rato Diego había estado a punto de bañarse. Antes de llegar a la glorieta, se cruzó con un grupo de personas que discutían acaloradamente mientras avanzaban hacia el Pabellón Real. La mujer dejó atrás el edificio de estilo gótico flamígero, ahora convertido en sede del Área de Empleo del Ayuntamiento, y empujó el cochecito hacia la puerta de la Glorieta de Cervantes. Una paloma despistada, que atrapaba unas migas en la entrada, alzó el vuelo justo antes de ser atropellada por las ruedas del cochecito. La mujer dio un respingo y se asustó más por la posibilidad de que el bebé se despertase que por el aleteo tan cercano de la paloma. Luego levantó la vista para observar la placita:

La Glorieta de Cervantes estaba desierta.

La madre de Diego dio una vuelta inútil a la mini plaza octogonal mientras pensaba dónde demonios se había metido su hijo. De la estudiante tampoco había ni rastro.

La desesperación y la angustia presidieron las siguientes horas.

La mujer llamó a su marido y ambos recorrieron el Parque de María Luisa de arriba abajo.

Los esfuerzos de la pareja resultaron baldíos.

Oscurecía. La noche se acercaba con excesiva diligencia, esmerándose en su labor; implacable.

MERCHE

«Habían pasado tres meses desde la última vez que trabajamos con Mario Ríos. El comisario Rosique nos ordenó, a Hidalgo y a mí, que nos integráramos en la Brigada de Estupefacientes mientras durasen las investigaciones de los asesinatos del Charco de La Pava. Dos bandas de narcotraficantes se habían liado a tiros en un descampado después de unas conversaciones —por lo que se vio, fallidas— sobre la distribución de cocaína. Querían dividirse la ciudad y algunos creyeron que el reparto no era justo, así que prefirieron cortar por lo sano y eliminar la competencia allí mismo. El caso era de Homicidios, pero también de Narcóticos, el comisario decidió que uniéramos nuestras fuerzas y así lo hicimos. Los resultados no fueron tan buenos como esperábamos: al final se hicieron unas cuantas detenciones de gente sin importancia, sicarios que no pintaban nada en la organización, pero que pagaron el pato de los crímenes y ayudaron a que se cerrara el caso.

»Supongo que fue entonces cuando Ríos se fijó en mí. Vimos cómo trabajaba. Con qué falta de escrúpulos conseguía la información, siempre al borde de la ilegalidad o, simplemente, saltándosela. Como cuando pagaba con caballo a los confidentes para sacarles la información. ¿De dónde había obtenido la droga? Estaba prohibido retener heroína para uso de la policía. Sabíamos que alguno lo hacía, pero se estaban jugando el puesto y años de cárcel. Tampoco le temblaba el pulso a la hora de intimidar a sospechosos para que cantaran, amenazándolos —y algunas veces haciéndolo— con colocarles pruebas falsas, cantidades de droga en sus coches o domicilios, suficientes para meterlos entre rejas. No todos sus compañeros hacían lo mismo. Pero nadie le recriminaba su proceder. Recuerdo haber hablado con Mikel Alarcón, el subinspector compañero de Ríos, que, aunque no utilizaba los métodos de su colega, tampoco los censuraba. "Hay que acabar con esa peste como sea", se justificaba Alarcón refiriéndose al tráfico de drogas. Entonces —y ahora me arrepiento— opté por no denunciar a Ríos. Dejé que las cosas siguieran su curso. Al fin y al cabo, estábamos allí de prestado. No íbamos a poner patas arriba una sección que no era la nuestra. Ni siquiera me lo planteé. Al menos no al principio. Cuando finalizamos la comisión, y Rosique me pidió un informe, estuve tentado de poner por escrito todas las irregularidades que había observado. Se lo comenté a Hidalgo, pero él me abrió los ojos cuando me dijo, con buen criterio, que no podía incriminar a nadie de hechos en los que tanto él como yo estábamos implicados, si no como autores de las ilegalidades, sí como partícipes al consentirlas y no

denunciarlas en el momento en que se produjeron. Entonces me convencí de que tenía razón. Era mejor no remover la mierda porque podría salpicarnos. Además, estaba el hecho de que el inspector jefe de Narcóticos era —y es— César Ramírez, un incompetente peligroso al que no quisiera tener como enemigo. No sé si está enterado de lo que ocurre en su sección, pero debería mirar hacia abajo de vez en cuando y no limitarse sólo a atender las peticiones del comisario y a colocarse todas las medallas posibles.

»El caso es que decidí olvidarme de lo que habíamos visto en Narcóticos y respiré tranquilo cuando regresé a mi trabajo en Homicidios. Había conseguido no volver a pensar en ello hasta que Ríos me abordó la semana pasada y me ofreció participar en un asunto que me podría reportar "cuantiosos beneficios". Ríos debió interpretar mi silencio de hace tres meses de una forma totalmente equivocada. Debe creer que estoy de acuerdo con sus métodos y que quiero pertenecer a su grupo. Digo grupo porque estoy seguro de que no trabaja solo, que hay toda una red de corrupción dentro de la comisaría. Hace tres meses dudé y opté por la decisión equivocada. Ahora lo tengo más claro. No soporto por más tiempo el olor nauseabundo de la comisaría. Acabo de concertar una cita con Ríos para que me cuente qué pretende de mí. Ya he dado mi primer paso para limpiar toda esta basura.

Tardó unos segundos en reconocerlo, pero enseguida se dio cuenta de quién era. Cisco esperó a que se cruzaran sus miradas por segunda vez para corroborar sus sospechas. El preso estaba de espaldas a Cisco y subía las escaleras escoltado por dos funcionarios, uno delante y otro detrás. El recluso portaba sobre sus brazos extendidos una pila de ropa, sábanas, toallas y mantas. El trío iba sincronizado formando una figura geométrica casi perfecta, con los dos funcionarios mucho más bajos en los extremos y el preso en el centro, como si fueran una punta de flecha. Cuando llegaron a la galería del segundo piso, el recluso se dio la vuelta y volvió a mirar hacia abajo. Fue sólo un instante porque inmediatamente el funcionario que seguía al recién ingresado le dio un empujón para que continuase caminando hacia su celda. A pesar de la mirada fugaz, a Cisco le dio tiempo a observar desde la primera planta el ceñudo rostro del sujeto y su gesto desafiante. La punzada en el estómago que sintió, el vuelco del corazón y el cosquilleo en las extremidades fueron señales de alarma inequívocas que confirmaban la identidad del nuevo recluso.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Papi—. Parece que hayas visto un fantasma.

Cisco no contestó y siguió pintando mientras pensaba en aquella aparición del mundo exterior. Papi tenía razón: los fantasmas del pasado se presentaban ante él para recordarle las reglas y decirle que el juego todavía no había concluido.

¿Cómo se llamaba el gitano? *Roque* no se qué. Un tipo duro. Reconoció su porte recio, su pelo rubio e hirsuto y el tatuaje del pájaro negro que volaba en su nuca. No cabía duda, era uno de ellos. Un atisbo de esperanza recorrió su mente como una estrella fugaz en la noche de San Lorenzo: ¿y si hubiera sido una casualidad el ingreso en prisión de uno del clan de *Los Romanos*? ¿Por qué no? No era tan raro que enchironaran a alguno de aquellos hijos de puta que se pasaban la mayor parte del tiempo entre rejas.

Pronto abandonó esa idea y se resignó a lo más probable: no iban a esperar al juicio, y mucho menos a que cumpliera la condena. Iban a vengar al Moro allí mismo; venían a matar a Cisco. Pues bien, si lo buscaban se encontrarían con él.

Cisco veía cómo Papi lo miraba expectante, intentando adivinar qué era lo que estaba pasando. «El viejo está preocupado. Tengo que alejarlo de mí mientras *el romano* esté cerca, no quiero ponerlo en peligro», pensó Cisco.

—Tranquilo, Papi, no pasa *na* —contestó por fin—. Me ha parecido reconocer al nuevo. Es un gitano amigo mío. No hay por qué alarmarse.

—Si tú lo dices… —Papi no se conformaba—. Yo no lo tengo tan

claro.

—¿Por qué no?

—Ese tío viene a buscar problemas.

—¿Qué coño sabes tú? —exclamó Cisco visiblemente molesto.

—Yo sólo sé lo que se dice por ahí —dijo Papi encogiéndose de hombros.

—¿Qué se dice por ahí, viejo cotilla?

—Cosas…, que lo han cogido robando en un Supermercado a punta de pistola.

—¿Y qué?

—Que prácticamente se ha dejado capturar. Un poco sospechoso, ¿no?

—¿Sí?

—Venga Cisco, no me jodas. Este hijo de puta viene de mensajero o a hacer algún "trabajito" de fuera. No es la primera vez que pasa.

—Eres la leche. ¿Cómo te enteras siempre de *to*?

—Deben ser los años que llevo aquí. —Papi cabeceaba como asintiendo sus propias palabras—. Tengo las orejas muy abiertas y la gente confía en mí después de tanto tiempo. Hay que saber escuchar…

—Entonces, si sabes escuchar, atiende a lo que te voy a decir. —El semblante del gitano se tornó aún más serio, casi amenazante—. Cuando veas al nuevo acercarse, apártate de mi lado, sepárate, aléjate todo lo que puedas.

—Pero…

—Me lo tienes que prometer. —Cisco lo cogió por los hombros y lo zarandeó violentamente—. ¡Júramelo, por tus muertos!

—Te lo juro, te lo juro, ¡joder! No te pongas así.

Cisco se dio cuenta de que se había pasado. Le pudo el miedo y la rabia. La que estaba acumulando desde que había visto a Roque. Soltó a Papi y le pasó el brazo por los hombros mientras con la otra mano hacía un gesto como si estuviera limpiándole la ropa o arreglándosela, como si quisiera reparar su actitud violenta.

—Muy bien, viejo. Tranquilo. Sigue con las orejas muy abiertas y ten en cuenta lo que te he dicho. Aquí no ha *pasao na* ¿de acuerdo?

Antes de que Papi pudiera contestar se les acercó un guardia. Llevaba un manojo de llaves colgando de la mano izquierda y la porra sujeta por la derecha, apoyada en el hombro como si portara un fusil en un desfile militar.

—¿Algún problema? —preguntó el funcionario que debía haber presenciado como Cisco sacudía a Papi.

—Nada, jefe, estábamos bromeando —sonrió el anciano, mientras le daba un ligero codazo a Cisco y guiñaba un ojo a modo de torpe disimulo.

La mentira tenía toda la pinta de no haber cumplido con su

objetivo cuando el guardia separó a los dos compañeros dándole un empujón a Cisco con la porra.

—Tú —dijo el vigilante señalando a Cisco con el bastón—, te vienes conmigo.

—Pero si le ha dicho el viejo que no…

—Cállate; tienes visita —anunció el guardia con sequedad.

—¿**P**uede ponerla *again*? —preguntó el inspector británico.

—Tenemos una copia en comisaría —advirtió Hidalgo a su colega inglés. Ambos estaban sentados al otro lado del aparatoso escritorio del alcaide y aún permanecían girados hacia el televisor—. La hemos recibido hace unos días junto con el resto de vídeos.

Las grabaciones de las distintas cámaras situadas en los módulos del centro penitenciario fue lo primero que solicitaron nada más comenzar las investigaciones. La copia que estaban visionando los dos colegas era un montaje extraído de todos los archivos *mpg* procedentes de las videocámaras. El personal del centro penitenciario había editado las imágenes según el orden cronológico, a medida que sucedieron los acontecimientos el día de la fuga.

—Ya lo sé, pero me gustaría que ellos, que trabajan aquí, comentasen las imágenes, por si se nos escapa *anything*. —El agente de Scotland Yard, para alivio de Hidalgo, hablaba bastante bien español. Su estancia en la INTERPOL, más dos años de comisión de servicio en Madrid, y su preferencia por las costas del sur de España, habían contribuido a su dominio del castellano. A pesar de ello, seguía sin poder evitar soltar, de vez en cuando, algunas palabras aisladas en el idioma de Shakespeare.

El alcaide se rascó el espacio vacío de pelo de la coronilla y sus alrededores. El gesto provocó que varias motas de caspa cayeran sobre su chaqueta azul marino donde descansaban una cantidad respetable de compañeras. Hizo una mueca de resignación al entender lo inútil del comentario del agente español: aquel policía extranjero insistía en ver de nuevo la película. Se giró hacia su ayudante, movió la cabeza en sentido afirmativo y le hizo una señal con la mano, como si estuviera haciendo autoestop, para confirmar la petición del británico. El secretario se levantó del sillón bajito de cuero negro, cogió el mando a distancia de una pequeña mesa redonda próxima al televisor y presionó el botón de *play*.

La grabación arrancó desde el principio. Las imágenes eran de buena calidad, aunque deformadas por el gran angular de los objetivos. En el extremo inferior derecho de la pantalla había un contador digital que indicaba el tiempo. Como si la oficina fuera suya, el detective anglosajón se hizo con una cuartilla de un calendario que tenía el alcaide al lado del teléfono fijo. Al director de la prisión no le

hizo mucha gracia, pero el inglés ni siquiera se fijó en el ligero gesto de desaprobación del alcaide ni en la sonrisa de Hidalgo: se levantó, dio dos pasos hacia la pantalla LCD de televisión y sacó un bolígrafo de su chaqueta de pana marrón claro. Para poder escribir más o menos cómodo, se sentó en el respaldo del sillón desde donde el secretario controlaba la grabación. Se colocó de medio lado dejando un pie en el suelo y, apoyando la hoja en el muslo, dibujó una tabla con dos entradas: tiempo y acción.

En un plano general, casi cenital, en imágenes tomadas probablemente desde una de las torres de la prisión, con la única cámara que grababa en color, se veía llegar a una mujer joven a la garita de la entrada de la prisión. Era rubia, llevaba unas gafas oscuras y vestía un traje de chaqueta celeste muy elegante, como si fuera una visitadora médica. Su cabello dorado hacía juego con una cadena gruesa del mismo color que llevaba alrededor del cuello. Se acercó al funcionario de guardia y tras una breve conversación le enseñó unos papeles que llevaba en un bolso también amarillo.

—Lo tenía todo muy bien preparado. —El alcaide se erigió en narrador de las imágenes—: Semanas antes, recibimos una solicitud por parte de una colaboradora del periódico alemán Der Grund para hacer un reportaje en el centro. Recuerdo que nos extrañó que las comunicaciones fueran a través de un apartado de correos, pero tampoco le dimos demasiada importancia teniendo en cuenta que el periódico no tiene sucursal en nuestro país y que la supuesta periodista era *freelance*, según nos decía ella misma en la petición. Vamos, que todo parecía estar en regla. Accedimos a recibirla sin saber que caíamos en la trampa.

—¿Qué nombre utilizó la *blonde*?

—Ulrike Hoffmein, pasaporte alemán, falso, seguro, como todo en ella, pero esos datos los tienen en el informe que les mandamos la semana pasada.

—Lo sabemos —atajó Hidalgo con cierta condescendencia—, aún no ha podido leer el dosier, lo primero que quería hacer Mr. O'Malley era venir aquí.

Mientras hablaban, en la televisión se veía al guardia de la garita sellando un pase y accionando el interfono, seguramente para comprobar la autorización o para llamar a algún compañero. Unos minutos después, un segundo funcionario se hizo cargo de la joven y ambos salieron de la garita para dirigirse al interior del recinto. El cambio de cámara situaba al vigilante y a la falsa periodista atravesando otro control, abriendo una compuerta metálica y dirigiéndose a un arco detector de metales, como el de los aeropuertos. Allí, un guardia civil registró el bolso de Ulrike y supervisó el paso de la joven por el detector. La escena era en blanco y

negro, sin audio, pero se apreciaba perfectamente cómo el funcionario le avisaba a la mujer que debía apagar el cigarrillo que acababa de encender. La cámara que grababa las imágenes se encontraba lo suficientemente cerca como para registrar con claridad la marca de la cajetilla de tabaco que Ulrike estaba guardando en el bolso: era Camel Cool. Mentolado.

La sala para las visitas se extendía a lo largo de una estancia de unos sesenta o setenta metros cuadrados. Era tan simple como una habitación espaciosa dividida en dos por una mampara de cristal grueso de apariencia irrompible, como el de las cajas de los bancos. La pared transparente se repartía en locutorios de un metro y medio de largo aislados del resto por unas pequeñas y estrechas paredes que lograban la separación física, pero no la acústica. Aunque existían teléfonos a cada lado del cristal para la comunicación entre las dos partes, los gritos entre presos y visitas se realimentaban en forma exponencial: todos querían hacerse oír en aquella especie de Torre de Babel.

Merche se sentó en el locutorio marcado con el número cinco. La sensación de claustrofobia seguía con ella, y el calor agobiante de aquella sala no ayudaba en absoluto a desprenderse del desasosiego. No la había abandonado desde que accediera al recinto hacía ya más de una hora. Se preguntó si la desazón tenía su origen en la experiencia negativa de un par de años atrás cuando la detuvieron mientras cubría una manifestación. Seguramente se debía a eso, pero también a la espera. Su interlocutor tardaba demasiado, ¿lo habían avisado? Merche se estaba agobiando en ese habitáculo especie de mezcla entre sauna y caja de resonancia. Intentó tranquilizarse con una suerte de ejercicio de relajación consistente en respirar hondo y cerrar los ojos. También probó con pensar en otra cosa, en evadirse con imágenes domésticas como las de esa mañana cuando después de darle el desayuno a Pablo discutió con su madre acerca de la conveniencia de haber suprimido la lactancia. Funcionó durante un minuto, pero las escenas familiares la fueron llevando progresivamente a su llegada al trabajo y de ahí a la visita al centro penitenciario, al exhaustivo registro al que fue sometida, a la larga espera en la antesala del despacho del alcaide y a la estéril entrevista con el máximo responsable de la prisión. El adusto director del centro no se mostró nada receptivo y se mantuvo a la defensiva todo el tiempo. Merche perdió su paciencia, harta de evasivas y de respuestas con monosílabos. Sus preguntas fueron transformándose, poco a poco, en reproches, insinuaciones y, por fin, en acusaciones de negligencia por la actuación de los funcionarios el día de la fuga. Al menos fue inteligente y lo primero que hizo Merche, antes de comenzar la

entrevista, fue conseguir del alcaide un permiso especial para poder hablar con uno de los presos esa misma mañana.

La única alegría del día se la había llevado al salir del despacho del alcaide y encontrarse con el inspector Hidalgo. Lo conocía porque era el exjefe de Sam y por su participación en los casos en los que se vio envuelta meses atrás. Fue una sorpresa. Después de saludarse efusivamente, resultó inevitable hablar de Sam. Ambos opinaron sobre la nueva situación de la detective, pero Merche se cuidó mucho de comentar su reciente conversación con ella y el favor que su amiga le había pedido. Tenía muy presente que Sam consideraba la investigación como confidencial, y eso quería decir que nadie, ni siquiera Hidalgo, debía estar enterado. Antes de despedirse, el espigado inspector del cabello cano le presentó a su colega del Reino Unido. Resultó ser un agente de Scotland Yard con el que estaba colaborando en la búsqueda del preso fugado. Parecía un tipo simpático, o eso aparentaba gracias a su peculiar aspecto: pelirrojo, con pecas en las mejillas, cara de niño y algo patizambo. Su apariencia de pillo, de travieso, le recordaba al protagonista de aquellos libros que le regaló su padre cuando todavía jugaba con muñecas: "Las aventuras de Guillermo" de Richmal Crompton. Eran novelas de ediciones antiguas que tenían un olor especial. Las había leído el doctor Vallés y las guardaba como un coleccionista hasta que decidió regalárselas a su hijo. El poco caso que su primogénito les hizo fue determinante para que las heredara la pequeña Merche. Las novelas de Guillermo se impusieron a las muñecas y Merche se entregó a la lectura. Las leyó una y otra vez. Se las sabía de memoria y todavía las recordaba perfectamente. Podía ver el rojo intenso del canto de sus hojas, como las de un misal. Y sentir el grosor de las páginas de color crema sonando como pergaminos cuando Merche las pasaba. Pero sobre todo ese olor…

Evocar aquellos tiempos de la infancia ayudó, finalmente, a que Merche se abstrajera del desagradable ambiente de la prisión. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató de que Cisco ya se encontraba enfrente, descolgando el auricular del interfono.

La imagen congelada temblaba ligeramente en la pantalla. Un primer plano de perfil de la falsa reportera llenaba el televisor. Su media melena rubia y las gafas de sol oscuras de ancha montura cubrían un alto porcentaje del rostro.

—Una peluca, seguro —apuntó Hidalgo.

—Seguro —repitió el alcaide.

El inspector inglés no dijo nada, se limitó a hacer unas anotaciones. Al cabo de unos instantes pidió que continuara la grabación. Un cambio de cámara situó a la joven con el funcionario

atravesando otra compuerta metálica, esta vez con rejas, para acceder a uno de los módulos donde se instalaba una sala de recreo.

—Sabía lo que estaba haciendo. —El alcaide continuaba comentando las imágenes—. Eligió el módulo más cercano a la salida para evitar en la huída el máximo número de controles posible. Se conocía a la perfección el horario de los presos, dónde debían estar en cada momento y la disposición de las distintas estancias de la cárcel.

En la amplia habitación, unos reclusos veían la televisión, otros charlaban o jugaban al parchís. A través de la única ventana, se podía ver el patio donde un puñado de presos paseaban o permanecían apoyados en las paredes de ladrillo visto. El funcionario anunció algo que llamó la atención de los reclusos y les hizo volverse hacia él. Uno de ellos se levantó para acercarse a la periodista y al vigilante, ambos situados en el otro extremo de la sala, muy cerca de la puerta y del control. El recluso no llevaba el pelo corto como el resto de los presos: tenía la raya en medio separando abundantes mechones de cabello castaño claro. Era de una estatura media, bastante bien parecido y sonreía como lo hace alguien seguro de sí mismo. En ese momento sucedió: la rubia sacó una pistola que llevaba escondida en la espalda, debajo de la chaqueta, y se la puso en la sien al funcionario. La mujer no paraba de gritar, pero actuaba con mucha serenidad y frialdad sin dejar de encañonar al funcionario que tenía el rostro desencajado. El preso se colocó a su lado mirando hacia el control.

—Muy profesional. *And, in fact*, el recluso es *Bobby*.

—¿Bobby? —se sorprendió el alcaide—. Su nombre es Sebastián Bocanegra.

—…Alias *Bobby*, alias *Sebas* —confirmó O'Malley para luego seguir a lo suyo—: ¿Pueden rebobinar hasta el momento en que saca la *M&P*?

El secretario hizo lo propio y la acción revertió hacia atrás, rápidamente, como en una película muda de cine cómico. Con habilidad, el ayudante del alcaide paró la grabación en el preciso momento en el que la rubia metía la mano por detrás de la chaqueta y sacaba de la falda una pistola.

—Martín nos dijo (así se llama el funcionario secuestrado) que el arma era de plástico —informó el alcaide—, por lo visto se mofaron de él por esa circunstancia cuando ya estaban fuera del recinto.

—La verdad es que es difícil distinguirla de una verdadera *Smith & Weeson* —opinó Hidalgo.

—Y el guardia no sintió que la *M&P* no era metálica porque estaba muerto de miedo… —observó el inglés.

—Le toca la sien con la pistola, pero a través del pelo no podía sentir nada. —El alcaide justificaba la actitud de su subordinado, pero más como autodefensa que como muestra de lealtad hacia un inferior.

—Sigamos, *please*.

La grabación volvió a su ritmo normal de avance. La rubia, Bobby y Martín salían sin oposición por la compuerta que daba acceso a la sala de recreo para pasar después por el primer control, el del escáner y el detector de metales. Otro cambio de cámara pudo grabar la salida del recinto y, por último, el plano cenital de alta calidad registró el momento en el que las tres personas abandonaban el área de seguridad para dirigirse al aparcamiento. Una vez allí, Bobby le puso una venda en los ojos al funcionario y le empujó dentro de un Renault Megane blanco.

—*Stop, please* ¿Es posible ampliar?

El secretario obedeció y presionó el botón de configuración. Después accedió a la selección de pantalla, al modo ZOOM 2, para aumentar la imagen todo lo posible.

—¿Es imaginación mía o hay otra persona *inside…,* dentro del coche, esperándolos?

—Había otra persona. —El alcaide asintió con la cabeza—. Martín, en su informe, nombra a un tercero. También tienen ustedes esa transcripción en el expediente que les enviamos. Según él, le taparon los ojos mientras la tal Ulrike no dejaba de gritar que si los seguían matarían al guardia. Después, estuvieron conduciendo como una media hora hasta que pararon para cambiar de coche. Fue cuando lo golpearon violentamente y lo dejaron inconsciente en la cuneta.

—Si quieres podemos hablar con Martín —le sugirió Hidalgo a su compañero.

—*Yes*, *later* —respondió O'Malley para, a continuación, volver a mirar al director de la prisión—: ¿Recuerda algo especial de la conversación con el funcionario? —En ese momento a O'Malley le interesaban más las apreciaciones del alcaide.

—Un par de cosas no me cuadran mucho, pero hablen con él y les dará más detalles…

—*Please*… —El inspector hizo un gesto con la mano como si estuviera cediéndole el paso.

—Está bien. Me dijo que durante el trayecto lo sentaron entre dos personas, entre Bocanegra y el tercer hombre. La joven debía ser la conductora. La oía hablar con el preso felicitándose por lo bien que había salido todo y riéndose de Martín, restregándole lo de la pistola de pega. Lo curioso sucedió justo antes de parar: en un momento dado pidió con insistencia que le pasaran la botella...

—Así que lo estaban celebrando… —Hidalgo se imaginaba la escena.

—Pero no con alcohol. Por lo visto era leche lo que pedía repetidamente la tal Ulrike.

—¿Leche? —exclamó O'Malley.

—Eso es…

—Bueno, le gusta la leche ¿y qué? —comentó, más que preguntó, Hidalgo.

—No sé, si hacemos caso a Martín, más bien la necesitaba —opinó el alcaide—. Como si tuviera alguna dolencia…

—*Ulcer* —apuntó el inglés.

—Úlcera —corrigió Hidalgo.

—*¿Anything else*?

—Sí, otra cosa: Martín me dijo, aún aturdido —por lo que habrá que tomarlo con cierta reserva—, que nada más salir del primer vehículo sufrió un golpe tremendo en la cabeza. El impacto fue seco y lo tiró de espaldas contra la cuneta, pero aun así aguantó unos segundos antes de desmayarse, el tiempo suficiente para ver a su agresor, ya que la venda se había desplazado y tenía un ojo al descubierto. La descripción del tercer hombre es un poco absurda, por eso lo de darle cierto resguardo a la declaración: una especie de monstruo enorme con la cara deformada, que únicamente necesitó su mano, y un solo golpe, para dejar fuera de combate a Martín.

Lo tienen encerrado, como a ti. ¿Por qué no dejan que lo cuides? Podrías hacerlo mucho mejor que ellos. No se fían. Eso te molesta, pero no quieres contradecir a Ulrike. Que no se enfade, no lo soportas. Ella tiene la llave y te ha prohibido terminantemente que hables con el invitado, que ni siquiera lo mires. Sólo abre para darle de comer, tres veces al día. Olvídate de llevarle tú la comida.

Al menos pudiste verlo cuando llegó. Llevaba un libro debajo del brazo. ¿Recuerdas que Bobby y Ulrike se sorprendieron al leer la dedicatoria y descubrir quiénes eran sus padres? Desde entonces sólo ha salido una vez de su cuarto: cuando Bobby lo obligó a hablar por teléfono. Ella no quería que hiciera esa llamada, que podían localizaros, que Bobby se estaba saltando el plan y lo ibais a lamentar. ¿Qué plan? No entiendes nada. Bobby aseguraba que no tenía por qué preocuparse, que el móvil era robado y que se desharía del aparato esa misma noche. A partir de ahí todo fue de mal en peor. No paraban de gritar y, a pesar de que Ulrike insistió en que no se fuera, Bobby salió de la casa dando un portazo. Ella se quedó muy triste y enfadada. No te gusta verla así. Además, luego se vuelve contra ti. Decía que te habías bebido toda la leche, que no quedaba nada en el frigorífico. Tú sabes que en realidad con quien estaba molesta era con él, pero lo pagó contigo. No es justo. Le preguntaste si ya no te quería. Metiste la pata: la llamaste Jess, se te olvidó que no quería oír más ese nombre, y te castigó sin cenar.

Estuvo de mal humor toda la noche esperando a que Bobby volviera. Se fumó dos cajetillas de tabaco antes de verlo llegar. Era muy tarde, casi estaba amaneciendo. Lo acompañaba una mujer, ambos tambaleándose,

riéndose y besándose; lo observasteis todo por la ventana. La mujer se fue y lo dejó apoyado en la puerta. Ulrike abrió con tanta violencia que Bobby se cayó al suelo; aún seguía riéndose. Ella te obligó a acostarle. Que asco te dio su desagradable aliento. Lo arrojaste en la cama y te fuiste a tu cuarto. Esa noche no tuviste que taparte los oídos: no hicieron el ruido habitual. Tan sólo oías los ronquidos de él y los pasos de Ulrike deambulando por el dormitorio.

Tenías hambre y no podías conciliar el sueño. Esperaste a que Ulrike se durmiera, a que parasen sus idas y venidas por la habitación, para levantarte y salir del cuarto. De camino hacia la cocina pasaste por delante de la alcoba del invitado. Te dieron ganas de entrar a verlo, pero la puerta estaba cerrada. Por suerte la cerradura era de esas antiguas, de las que se puede ver a través de ellas. Volviste a asegurarte de que Ulrike dormía y con cierto nerviosismo te agachaste para mirar al niño. Se veía perfectamente a través del hueco para la llave: el pequeño dormía, pero estaba inquieto. Movía los labios. Al principio no se oía nada, sólo su respiración lenta y profunda. Luego te pareció escuchar algo. Dejaste de mirar y apoyaste la oreja en la puerta, el niño estaba hablando en sueños, ya no cabía duda. Repetía siempre lo mismo, las palabras que te dijo al llegar, cuando te vio; la pregunta que te hizo y que te transportó a los buenos tiempos cuando Ulrike y tú erais felices.

El invitado te preguntó si eras el "Ogro Bueno".

Su espíritu jovial seguía siendo el mismo, al menos con ella, pero había algo escondido detrás del gesto alegre de Cisco que infería lo penoso de la reclusión.

—¡Qué alegría, señorita! Menuda sorpresa me he llevado al verla por aquí.

Merche también expresó regocijo, pero no pudo disimular algo de preocupación al ver a su enjuto amigo más delgado que de costumbre. Aunque no había perdido del todo el color moreno en los brazos, sí se notaba cierta palidez en su siempre oscura tez.

—¿Te encuentras bien? ¿Te dan bien de comer?

—Parece *usté* mi *mare*. —Cisco rió con ganas—. No se preocupe, señorita. Estoy bien. Un poco nervioso porque se acerca la fecha del *juisio*, pero por lo demás me encuentro perfectamente. Estas paredes no pueden con Cisco.

Merche no sabía si creerle o no. Parecía sincero y seguro de sí mismo, pero no tenía buen aspecto.

Merche siguió preguntando acerca de cómo le trataban, si había tenido algún problema con los reclusos, si necesitaba ayuda del exterior; cualquier cosa que ella pudiera hacer. Aún seguía culpándose de la falta de libertad de su amigo gitano: gracias al testimonio de la periodista y a sus investigaciones en el Polígono Sur se pudo atrapar al

Moro, pero también le dieron la oportunidad a Cisco para llevar a cabo su venganza. Estuvieron casi treinta minutos, del total de cuarenta permitidos, hablando de las condiciones en las que se encontraba Cisco. A pesar de que él intentaba cambiar de conversación, preguntando por Pablo o por cómo le iba a Merche en el periódico, ella volvía a la carga segura de que su amigo no lo estaba pasando nada bien. Finalmente, Merche recordó la verdadera intención de la visita: el favor que Sam le había pedido. Intentó dar un rodeo interesándose por las expectativas acerca del juicio.

—¿Qué opina tu abogado? ¿Qué posibilidades tienes?

—Es optimista, dice que me caerán algunos años, pero al no tener antecedentes y al ser un *homisidio* con ciertos atenuantes… —Cisco intentaba hablar con propiedad para dar con la palabra exacta, con el tecnicismo adecuado. Merche entendió que los atenuantes a los que se refería el gitano debían ser la causa del asesinato y la identidad de la víctima. Vengar la muerte de su hermano en la persona de uno de los delincuentes más buscados por la policía podría reducir la condena, aunque no sabía cómo iba a emplear el letrado esos argumentos—. Dice que pedirá *homisidio* con la pena inferior en dos grados. Y si no tengo problemas en prisión… —Merche notó un atisbo de duda en el comentario de Cisco, pensó si serían imaginaciones suyas o si Cisco le ocultaba algo—, con los beneficios penitenciarios *pillaré* un régimen abierto en poco tiempo. Ya veremos.

Parecía pintar bien según lo exponía Cisco. Merche dio un paso más:

—Siempre me he preguntado cómo conseguiste enterarte tan pronto de que habían apresado al Moro… —dejó caer.

Cisco apartó el auricular, como si su rostro y el teléfono estuvieran sometidos a un campo electromagnético y se hubieran imantado con el mismo polo. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Una llamada anónima al móvil. También me extrañó.

—¿Y hablasteis mucho?

—No, que va. Sólo me informó de la hora y del lugar adonde iban a trasladar al Moro para declarar ante el juez.

—Es decir, que no sabes quién era…

—No. Pero eso ahora no importa mucho…

—Puede que sí importe. —Merche aguantó unos segundos para anunciar con gravedad—: Cisco, es posible que alguien te utilizara para deshacerse del Moro.

—¿Qué dice, señorita?

—Tengo la sospecha de que alguien se aprovechó de tu venganza para quitarse al Moro de en medio.

En realidad, la sospecha era de Sam. Surgió el viernes, justo después de hablar con Merche. La periodista le comentó que se

acercaba la fecha del juicio contra Cisco. Sam recordaba al amigo gitano de la reportera. Estaba en la cárcel por vengar la muerte de su hermano pequeño, por apuñalar al Moro a la puerta de los juzgados. Merche le expresó sus dudas de entonces: ¿cómo se llegó a enterar Cisco de que trasladaban al Moro para declarar ante el juez, si acababan de apresarlo y no había sido difundida la noticia por ningún medio todavía? Sam no encontró ninguna respuesta, pero la pregunta se acomodó en su cerebro y de vez en cuando salía a relucir como un huésped molesto que precisa continua atención. Entonces recordó el interrogatorio del Moro. Y las amenazas que profirió contra su socio Antonio Rivas, alias Tony, dueño de aquel tugurio donde apresaron a toda la banda. Se quejaba el Moro de que habían dejado libre a su colega, pero que no se iba a ir de "rositas". Que sabía los trapicheos que se traían con Tony en la comisaría y que iba a "cantar" ante el juez esa misma tarde si no le soltaban a él también. Tony era uno de los confidentes de narcóticos en la época que acusaron al padre de Sam. La detective lo sabía porque su nombre, curiosamente, aparecía en varios de los documentos que fotografió la expolicía en Asuntos Internos. Las dudas de Merche eran justificadas —concluyó Sam—: alguien debió avisar a Cisco para aprovecharse de su venganza y sellar la boca del Moro para siempre. Alguien interesado en que Tony siguiera intocable de cara a la justicia.

—No lo había *pensao*, pero puede que tenga razón. —Cisco desvió la mirada un instante como si le diera reparo haber descubierto que lo habían usado para cometer el crimen perfecto.

—¿Recuerdas si te dijo algo más? —inquirió Merche.

—No.

—Cualquier cosa podría ser útil. Si damos con él y demostramos que se valió de ti… quizás lo pueda usar tu abogado a la hora de solicitar atenuantes en el juicio.

—No sé… Puede que…, tal vez la voz.

—¿La voz?

—Sonaba algo así como cuando te tapas la *narí* o tienes un resfriado.

—*Nasal*.

—Eso. Y no creo que lo estuviera haciendo aposta.

—Entonces, podrías reconocer la voz.

—Supongo que sí. Ese tono se me quedó *grabao* aquí. —dijo Cisco mientras hacía una señal colocando el dedo índice de su mano libre en la sien.

Antonio Rivas se sentía un tipo afortunado. Alguien a quien la vida le había tratado como se merece, es decir muy bien. Claro que se lo había currado. Desde joven fue escalando posiciones en el complicado

mundo del hampa y de los bajos fondos de la capital. Conforme iba subiendo de categoría también lo hacía de peso. Sus ciento veinte kilos reflejaban todo lo conseguido hasta el momento. Un camino que no fue fácil, un éxito conseguido a costa de algunos riesgos; eso sí, calculados. Sobre todo, en la época en la que jugaba a dos bandas. A caballo entre la delincuencia callejera, haciendo de proxeneta, de traficante de poca monta y contrabandista en el mercado negro de artículos robados —a el le gustaba decir marchante de todo tipo de género—, y de confidente de la policía. Fue un período demasiado estresante, siempre con temor a represalias de uno y otro lado, pero que le reportó sustanciosos beneficios y le permitió alcanzar el estatus que ahora tenía. Retirado ya de la calle, regentaba un club nocturno de calidad, con prostitutas de lujo y bebidas sin adulterar, de primera. Su nombre figuraba en enormes letras de neón, que centelleaban en la noche para atraer a la clientela.

Sí, estaba orgulloso del *Tony's*; y de su vida. Él y el local estaban a salvo de la policía, libre del acoso de las redadas gracias a los propios agentes de la ley: a aquellos que querían ocultar corruptelas, algunos asuntos delicados y más de un delito. Sin embargo, todo estuvo a punto de irse al traste cuando dejó que el Moro, aquel sujeto malencarado, se refugiara en su *night club* para, desde allí, controlar su negocio de tráfico de heroína. Fue un estúpido al confiar en él, al creerle cuando le aseguró que sólo iba a estar una semana mientras buscaba un lugar desde el que operar. Cómo pudo ser tan inocente, un hombre como él, con la experiencia de años dedicado al mundo de la estafa y al engaño. Cualquiera lo hubiera visto venir: cuando el traficante se percató de las ventajas del local —a salvo de la policía— rompió su palabra, tan falsa como una moneda de tres euros, y se quedó allí todo el tiempo que le dio la gana. Estuvo meses, hasta que la situación se volvió insostenible y la policía no tuvo más remedio que cerrar el *puticlub* a cal y canto y arrestar a todo el mundo. Gracias a sus influencias —que seguían intactas— Tony salió bien parado. Quedó libre sin cargos, y eso que las acusaciones eran graves. Entre ellas la de encubrir las actividades ilegales del Moro y la de cómplice de asesinato. La conversación que tuvo con cierto policía fue providencial, y su efecto inmediato: le devolvieron el club, continuó con su inmunidad como si no hubiera ocurrido nada e, incluso, se encargaron del Moro para que no pudiera delatarle.

Sí, era un tipo afortunado. Vivía en un chalet del Aljarafe, de tres plantas, con piscina y chófer, y tenía suficiente dinero como para no saber en qué gastarlo. Realmente estaba disfrutando de la vida. Hacía lo que más le gustaba: engullir todo aquello que se le ponía a tiro. Nunca le faltaban mujeres con las que reposar las cuatro comilonas que se daba al día. Sólo le restaba envejecer con tranquilidad mientras

supervisaba su próspero y seguro negocio.

Tony se regodeaba consigo mismo apurando una copa de whisky mientras esperaba la hora de ir a trabajar. Miró su ostentoso reloj de pulsera y se extrañó del retraso. Era un hombre de costumbres y le importunaba mucho no cumplir su horario. Justo cuando terminaba el último trago de Chivas, sonó el timbre de la puerta. Su chófer ya debía estar preparado con el Mercedes para llevarle al club como todos los días. Tony abrió la puerta con cierta violencia con la intención de reprender al lacayo por su tardanza, pero se quedó con las ganas al ver que no le estaba esperando a pie de coche. El Mercedes se encontraba cerrado con los cristales tintados subidos. El chófer debía estar dentro. Tony se enfadó aún más, ahora tendría que recordarle también su comportamiento. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo es que no se había quedado fuera esperando para abrirle la puerta? Tendría que enseñarle modales a aquel muerto de hambre, a aquel sicario del Moro reconvertido en guardaespaldas que se estaba tomando demasiadas confianzas.

—¡Pero qué coño!… —exclamó Tony al abrir la puerta.

—Adelante, te estábamos esperando —dijo una mujer con aspecto de hippy que portaba un revólver.

Tony la reconoció enseguida. También conocía el tipo de arma y el agujero que podía hacer en la cabeza una bala del 38 especial. Decidió hacerle caso a la mujer menuda y sentarse. Lo hizo con la dificultad de siempre —debido a su volumen— y la angustia del momento por esa inopinada visita. Una vez acomodado se dio cuenta de que no estaban solos: su chófer, un tipo enjuto de rostro hundido, estaba sentado en el lado del conductor. Mudo, con una mueca de resignación, se encontraba echado hacia delante en una postura ridícula, con las manos atadas por corto a unas esposas que atravesaban el volante.

—No tienes derecho a… —quiso protestar Tony.

—¿A meterte un poco de plomo en tu barrigota? —lo interrumpió Sam— Tranquilo, con la cantidad de grasa que tienes no te ibas a enterar.

—Esto es un atropello, no puedes… Estás fuera de la policía…

Sam alzó las cejas muy por encima de sus gafas color gris plancha. El gordo mafioso se dio cuenta de su torpeza y decidió callarse.

—Veo que te han puesto al día ¿Quién te mantiene tan bien informado? —atacó Sam.

—Son cosas que se comentan por ahí. —A Tony no le salió bien la excusa así que optó por continuar con la protesta—: Ya no tienes ninguna jurisdicción para detenerme. —Unas cuantas gotas de saliva acompañaron la pronunciación del término legal.

—¿Quién quiere detenerte? ¿Sabes qué es lo bueno de no ser una agente de la ley? —Sam no esperó a que Tony le contestase—: Que

puedes saltártela sin ningún tipo de impedimento, sin tener que dar cuentas a nadie. Así que yo de ti estaría preocupado.

Sam empujó uno de los michelines del obeso facineroso con la boca de su Llama de seis balas. Tony comenzó a sudar al darse cuenta de que la progre del pelo corto no estaba bromeando.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada, sólo un poco de información. ¿No era eso a lo que te dedicabas?

—Hace mucho tiempo que no tengo nada que ver con los *maderos*. Tengo un negocio legal y no molesto a nadie, no sé por qué tengo que aguantar esto —comentó Tony azorado y con poco convencimiento.

—Quiero que hagas memoria. ¿Te acuerdas del 92?

—¿El 92?

—“La Expo”; el AVE; “Curro”, la graciosa mascota; “Tony”, el confidente macarra. Entonces no debías estar tan gordo porque ya la habrías palmado.

—¿El 92? —Tony parecía haberse quedado estancado en la pregunta y repetía como si fuera un eco.

—Exacto, un buen año para traficar con cocaína. Haz memoria: un asunto de 20 kilos de peso, kilo arriba, kilo abajo.

—Ni idea. Te lo juro.

—Pues tu nombre sale en unos papeles sellados y firmados.

—¿Qué papeles?

—Eso no te importa.

—No recuerdo…

—Debe ser que la grasa se te acumula en las neuronas y no te deja pensar. ¿No te acuerdas de un soplo que diste a la policía? Doscientos kilos. Cocaína.

Sam telegrafiaba la información y Tony volvió a sentir el revólver. El frío cañón de dos pulgadas presionaba de nuevo en el costado y provocaba un segundo brote de sudor, más abundante que el anterior.

—Recuerdo algo, un yate, un velero, y un cargamento de ese porte, sí. Pero eso es agua pasada. Se hicieron con la mercancía y a mí me pagaron lo establecido. ¿Qué hay de malo en eso? Todos salieron contentos…

—Todos menos mi padre —se le escapó a Sam.

—¿Cómo?

—Que de la droga incautada, de los doscientos kilos, desaparecieron veinte. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad?

—Ni idea.

—Ya… ¿A quién le diste el soplo?

—¿Cómo quieres que me acuerde? Han pasado más de veinte años.

—Los que tenías que haber gastado entre rejas.

La presión aumentaba, pero lo que le hizo hablar a Tony fue el

sonido del arma al ser amartillada.

—Tranquila… Cuidado con eso… —Tony ahuecaba lo que podía el costado—. Recuerdo un tal Ríos, inspector de policía…

—Sigue.

—Un tipo desagradable, a ese le di el aviso. Luego él se hizo cargo. No le volví a ver, te lo juro.

—No me creo nada.

—No te puedo decir más, porque no sé más. —El sudor corría por la sien, pasaba por la mejilla y descendía por la barbilla del mafioso, descolgándose desde la papada hasta la solapa de la chaqueta.

Sam pareció conformarse, de momento. Apartó el revólver y lo guardó en su espalda sujetándolo entre los vaqueros y su cuerpo, debajo del jersey de lana gris.

—Hasta ahora no me has dicho nada que yo no sepa. Pero te voy a dejar meditar sobre el asunto, te doy unos días para que recapacites. Volveré a verte y más vale que me digas la verdad.

Sam abrió la puerta de su lado y se bajó del automóvil sin darle la espalda a Tony.

—Dile que se busque un cerrajero —dijo señalando al chófer que seguía aferrado al volante, ahora con una expresión torva en su mirada. Antes de irse apuntó con el dedo índice a Tony elevando a la vez el pulgar para simular con su mano un arma—. Recuerda que no tengo nada que me impida meterte una bala en toda la jeta.

Sam cerró de un portazo. Las últimas palabras de la expolicía resonaban en el cerebro de Tony como el traqueteo de un tren. No parecía ser de las que se echaba un farol. Ella decía que él ocultaba cosas —con toda la razón—. Ahora Tony tenía un contratiempo que amenazaba su vida confortable, como si tuviera un forúnculo en el trasero. Pero se dijo que él no se iba a comer el marrón solo. Decidió compartir su problema con el hombre que podría salir más perjudicado si la pequeña hija de puta tenía éxito con sus investigaciones.

Para Hidalgo, el adosado de Rocío era una especie de refugio salvador donde acudía siempre que necesitaba relajarse o compartir sus problemas con alguien. Rocío y él habían construido una historia de amor sólida desde que se conocieron hacía ya más de un año. Fue gracias a un horrible caso de asesinato donde Ana, la hermana menor de Rocío, había sido la víctima. Pasado el trauma, Rocío estaba finalizando la fase de reconstrucción de su vida. Una existencia plena, a pesar del vacío que suponía la ausencia de Ana, gracias a la presencia de Nacho, su sobrino, y de Hidalgo, su pareja. Sólo faltaba la recta final para llegar a la meta de la convivencia en común. Aún no se habían decidido a compartir vivienda y a casarse, pero Hidalgo

pensaba que de esa semana no podía pasar. Quería proponérselo a Rocío formalmente. Estaba chapado a la antigua y creía que las cosas sólo había una manera de hacerlas: bien. En ese momento ya no existía impedimento para que unieran sus vidas de forma legal. Él quería a Rocío y ella le correspondía, a pesar de la diferencia de edad. Hidalgo estaba divorciado de Reyes desde hacía muchos años y nada le unía a ella salvo Cristina. Su hija cada vez pasaba más tiempo con Rocío y Nacho, prácticamente todos los fines de semana que le tocaba a Hidalgo cuidarla. A ella ya se lo había preguntado y estaba como loca con la idea de tener a Rocío como madre y a Nacho como hermano.

Tenía que decírselo, pero no iba a ser esa tarde. Estaba demasiado cansado. La visita a la prisión y los interrogatorios al alcaide y a los funcionarios, más la visión una y otra vez del vídeo de la fuga, lo habían agotado. Eso y su nueva misión: la de hacer de niñera de Mr. O'Malley, a pesar de que el británico no era mal tipo y distaba mucho de ser el engreído con el que creía que se iba a topar. Luego estaba el tema de Sam que no podía quitárselo de la cabeza. Su excompañera andaba detrás de algo; seguro. Y eso le quitaba el sueño.

—Un día duro ¿eh? —Rocío se aproximó a Hidalgo por detrás, se apoyó en el respaldo del sillón orejero donde el inspector se hallaba arrellanado. Desde que llegó, el policía se había mostrado lacónico y ausente. Rocío, que ya lo conocía bien, quería participar de sus problemas. Eso siempre ayudaba.

—Estás muy pensativo.

—No, que va. Algo cansado… —respondió Hidalgo expulsando el aire después de un profundo suspiro. Roció comenzó a hacerle masajes en los hombros, pero no consiguió que hicieran su efecto porque, en ese momento, sonó la melodía familiar que anunciaba una llamada al móvil de Hidalgo. El inspector se hizo con el aparato que descansaba encima de una mesita rectangular. Casi por instinto, se puso los zapatos que tenía aparcados a ambos lados de sus pies, miró a quien correspondía la llamada y contestó con cierto desagrado:

—Hidalgo.

…

Rocío se sentó a su lado, en la pareja del orejero. Los sillones, separados por una lámpara de pie con dos brazos, uno móvil para utilizarlo como punto de lectura, y otro fijo que apuntaba al techo, habían sido tapizados mil veces. Eran los únicos muebles heredados por Rocío y, aunque no casaban con el resto del mobiliario, les tenía mucho aprecio. Sentada allí, se entregaba a la lectura y a los recuerdos. Evocaba las veladas nocturnas cuando se acurrucaba junto a su padre mientras el olor del tabaco de pipa competía con el aroma a leña. Ahora nadie fumaba, ni tampoco había chimenea.

—¿Tony? Claro que sé quién es —contestó el inspector incorporándose como si estuviera a punto de levantarse del sillón.

…

—¿Cómo? ¿Esta tarde? —La conversación de Hidalgo subía de tono.

…

Rocío medía la bondad de las noticias de acuerdo al grado de intensidad con el que fruncía el ceño Hidalgo. Estaba claro que no debían ser nada buenas.

—No, hace tiempo que no la veo.

…

—Yo me encargo de Sam, tranquilo.

…

—Sí. Te mantengo informado. Hasta luego.

Hidalgo colgó y volvió a quedarse pensativo, pero más tenso que antes.

—Algo va mal, ¿verdad? —preguntó Rocío.

A Sam le dio la impresión de haber estado mintiendo todo el rato. Acababa de faltarle a la verdad a su nuevo jefe, un hombre estirado que parecía estar viajando en el tiempo por su aspecto más propio de los años cincuenta que del siglo XXI. Le dijo que ya se había puesto al día y que podía devolver al archivo la pila de insulsos expedientes que tenía encima de la mesa. Don Servando respondió con media sonrisa, se puso su gabardina arrugada color hueso y se plantó en la calva su flamante sombrero de ala ancha recién adquirido en Maquedano, la sombrerería de toda la vida de la calle Sierpes. Sin ningún rubor lo ladeó graciosamente —eso le parecía a él, a Sam la pose se le antojaba de lo más ridícula—, saludó al estilo militar y soltó un “no trabajes demasiado y cierra al salir” copiando con descaro el estilo de las películas norteamericanas de serie B.

El embuste que acababa de largar Sam no era la primera falsedad del día, horas antes también había mentido cuando le aseguró a Tony que nada de lo que le había confesado el obeso delincuente le era desconocido. En realidad, lo único que sabía era la implicación del confidente en el caso del 92, cuando fue nombrado por personal de narcóticos en los interrogatorios de Asuntos Internos. Todos coincidían en lo mismo: Tony tenía tratos con Mario Ríos y éste era el inspector que llevaba el asunto de los doscientos kilos de cocaína. Hasta el mismo Tony se lo había confirmado a Sam unas horas antes. Pero por alguna razón que la detective todavía desconocía, jamás llegaron a entrevistar a Ríos. De ahí que su padre tuviese que soportar, él solo, el cien por cien de las sospechas. Ahora, al menos, sabía el origen de la mercancía: un velero. Curiosamente, el dosier de la investigación de

Asuntos Internos sólo se había ocupado de la desaparición de la droga en la comisaría, sin tener en cuenta su procedencia. Sí nombraban el puerto, pero poco más, no era de su incumbencia resolver un caso de Narcóticos. Se centraron en el robo dentro de las dependencias policiales.

Lo del barco era poco para empezar, pero Sam ya tenía algo. El resto de líneas de investigación siempre se topaban con un muro, una pared con nombre y apellidos: Mario Ríos. En él pensaba cuando recibió la llamada de Merche:

—Hola, Sam ¿Te cojo en mal momento?

—En absoluto, estaba a punto de irme a casa.

—Ah, bueno, pues mira: he estado en la prisión y he conseguido hablar con Cisco.

—¡Estupendo! —exclamó Sam—. Voy a tener que cambiar mi opinión sobre ti: vas a pasar de reportera despistada a investigadora de primera.

—Bueno, bueno —río Merche—. Espera que te cuente y verás que no es para echar las campanas al vuelo.

—Dime.

—Tenías razón, a Cisco lo llamaron ese día para darle información acerca de los movimientos del Moro.

—Bien.

—Lo malo es que no sabe quién fue.

—Vaya, y supongo que no se quedaría con el número de teléfono.

—Me temo que no, aunque dice que podría reconocer la voz si la volviese a oír.

Merche aguardó un instante esperando que Sam dijera algo. Al pasar unos segundos y no oír nada más que su respiración optó por preguntar:

—¿Qué hacemos ahora?

—No sé. Tengo que buscar ese número, pero es difícil desde mi situación actual. Por otro lado, si tuviéramos la posibilidad… —Sam pensaba en alto—. No, no creo, aunque a lo mejor…

—Dime lo que sea. ¿Puedo hacer yo algo? —se ofreció Merche.

—Sería un favor tremendo… —Sam pensaba en alto.

—Sabes que te ayudaré en lo que pueda y no creas que es porque me gusta tu bufanda de colores, que algún día te mangaré —amenazó Merche.

—Eso nunca, la bufanda no. —Sam y Merche rieron al unísono. Después del breve respiro Sam insistió—: De verdad, creo que es pedir demasiado.

—Mira, no lo hago sólo por ti. Cualquier cosa que sirva para probar que utilizaron a Cisco con el propósito de eliminar al Moro ayudaría en el juicio, sería un atenuante decisivo para evitar que se

pudra en la cárcel.

—Sí, en eso tienes razón, tu amigo saldría beneficiado de nuestra investigación. —Sam se tomó unos segundos antes de continuar con decisión—: Vamos a ver, necesito saber el día y, si puede ser, la hora de la llamada y, por supuesto, el número de teléfono de Cisco. Eso por un lado. Por otro, tenemos que hacernos con las voces de los principales sospechosos y que las oiga Cisco, a ver si es capaz de identificar al que lo llamó.

—¿Cómo vamos a poder hacer eso?

—Ahí es donde entras tú.

—¿Yo?

—Eres periodista, haces reportajes, grabas las conversaciones… ¿lo coges?

—A medias, ¿qué clase de reportaje quieres que haga?

—Algo sobre la policía, lo que se te ocurra. Yo te doy los nombres a los que tienes que entrevistar y tú pones la excusa que quieras. Lo importante es grabar sus voces, registrarlas para que Cisco las pueda escuchar.

—Entiendo. Así que sospechas de alguien...

—De todos los que estuvieron ese día en el interrogatorio del Moro.

Sam le enumeró a su amiga los policías que estaban presentes cuando el Moro escupió sus amenazas contra Tony: los dos comisarios (Ramírez y García Ivárs), Hidalgo, el inspector Casares y ella misma. Cualquiera pudo haber sido.

Merche tomó nota de todo, le dio los datos del móvil de Cisco y, entre las dos, acotaron la hora en la que el gitano debió haber recibido la llamada. Después, Merche le prometió a su amiga que elaboraría una excusa creíble para conseguir atrapar las voces de aquellas personas.

Sam se despidió, colgó y se dispuso a cerrar la oficina. La detective finalizaba la jornada laboral algo más animada que por la mañana cuando llegó al trabajo. El día había sido muy productivo, por fin tenía algo sólido a lo que agarrarse: varias pistas que, aunque partían de posiciones muy alejadas entre sí, eran las primeras piezas del rompecabezas destinado a restaurar la memoria de su padre.

Sam apagó la luz del despacho, cerró la puerta tras de sí y atravesó la habitación que servía a la vez de recepción y sala de espera. De un perchero, recogió su chaquetón y su bufanda de colores. Cuando se puso la prenda alrededor del cuello una amplia sonrisa surgió en el rostro de la detective: Sam recordaba las aspiraciones de Merche por lo que era más bien un fular. «Tengo que regalárselo», pensó mientras apagaba la última luz que quedaba en toda la agencia.

Sam aún estaba sonriendo en el momento de abrir la puerta para

salir, pero dejó de hacerlo cuando del exterior, envuelto en las sombras, emergió una figura amenazante. La detective dio un respingo, se echó hacia atrás instintivamente y buscó con su mano derecha la culata del 38 que aún llevaba en la espalda. La silueta críptica se quedó en el vano de la puerta, inmóvil, esperando alguna reacción del interior. Fueron unos segundos de incertidumbre, de silencio y expectación, rotos por fin por la voz de Sam:

—¿Quién anda ahí?

La figura avanzó hacia el lugar de donde procedía la voz que acababa de escuchar.

—No dé un paso más —amenazó Sam.

—Por favor… Necesito ayuda —dijo la sombra.

MACHUCA

«Me falta tiempo para investigar y poner todo esto en orden. Otra vez he tenido que llamar al inspector jefe. La excusa de que no me encuentro bien, o la de que se me ha estropeado el despertador, ya no va a colar más. Se va a mosquear. Lo último que deseo es que el comisario comience a preguntar. Siempre está al tanto de lo que pasa en Homicidios y si no me ve a mí o a Hidalgo en nuestros despachos, al minuto ya está interesándose por lo que estamos haciendo, por el caso que llevamos entre manos.

»La alternativa de que Hidalgo me cubra las espaldas tampoco puedo usarla. No debo. Estoy deseando poder compartir esta carga con alguien más, pero no me atrevo a implicar a Hidalgo, no porque no me fíe de él, sino porque no estoy seguro de su reacción al saber lo que pretendo hacer. Le conozco bien, sé como piensa, al menos en una situación normal, pero este caso es tan delicado que hasta podría ponerse en mi contra o informar al jefe, lo cual sería peor: la noticia se extendería por toda la comisaría hasta llegar a la gente de Ríos, gente implicada en el asunto, pero que aún desconozco. Eso sería fatal, perdería la ventaja que ahora tengo y me colocaría en la peor situación posible. De llevar la iniciativa, me tendría que poner a la defensiva, desistir del objetivo que me he propuesto e, incluso, dejar la comisaría o abandonar definitivamente el cuerpo. Debo andar con cuidado. Quizás, más adelante, cuando todo esté atado y el plan suficientemente maduro como para no admitir marcha atrás, podría confiarle a Hidalgo mis intenciones y pedirle ayuda.

»Sí, en esta fase de la misión debo valerme por mí mismo. Y andar con ojo: Ríos es más listo de lo que creía. Acabo de llegar de una entrevista que todavía debo asimilar y una de las cosas que me han quedado claras es que Mario Ríos no se fía ni de su padre. Esa es la razón por la que lleva operando al margen de la ley tanto tiempo sin que nadie haya podido trincarle —eso se va a acabar—. El muy cabrón me había citado en el recinto de la Expo a la hora de máxima afluencia de público. Hemos quedado en una estación del telecabina y Ríos ha conseguido una de esas burbujas azules para nosotros dos solos. Usando su placa y su vozarrón intimidatorio, no ha dejado entrar a nadie más. El recorrido lo hemos realizado dos veces, ida y vuelta, pero Ríos no ha abierto la boca hasta que estábamos a la altura del lago de España. En ese momento, cuando ya empezaba a impacientarme, ha comenzado a registrarme por si llevaba algún micrófono. Después, me ha quitado la Star reglamentaria. A pesar de mis protestas, que si no confiaba en mí, que se había pasado con lo de la pistola, no me hizo caso y siguió a lo suyo, a cerciorarse de que no se la

estaba jugando. Reconozco que en ese momento no las tenía todas conmigo. Llegué a pensar que Ríos quería eliminarme, que por alguna razón había adivinado mis intenciones, como si fuera capaz de leer la mente. Era imposible que supiera que iba detrás de él y de sus sucios negocios. No se lo he dicho a nadie, ni siquiera a Casandra con la que hasta ahora siempre lo he compartido todo. Es algo que sólo sé yo; y ahora tú mi querido oyente, quien quieras que seas.

»No, no me ha hecho ninguna gracia cuando me he quedado totalmente a merced de Ríos. Aislado, allí suspendido, a unos cuantos metros de altura, sin posibilidad de escape. A pesar de todo, el riesgo ha merecido la pena: finalmente he conseguido el tipo de información que esperaba.

Antes de entrar en el bar se dio la vuelta. Una anciana recoleta, con el pelo ordenado en un moño, caminaba encogida por la acera. Al fondo, sobresaliendo de los edificios más altos, los que participaban de la confluencia entre Alemanes, Álvarez Quintero y Hernando Colón, se alzaba majestuoso el último tercio de la Giralda. La detective tenía razón: a esas horas no circulaba casi nadie por la calle Francos, eso dificultaba la tarea de seguir a alguien sin ser visto. A Esteban Machuca tanta precaución le resultó incomoda y excesiva. No obstante, el presidente de Machuca y Asociados permaneció unos minutos inmóvil en esa posición, como una estatua, hasta que estuvo seguro de que nadie lo seguía. Hasta allí había llegado, con el cumplimiento exacto, paso por paso, de todas las indicaciones que la joven a la que contrató la noche anterior le había detallado. Aquella pequeña mujer, con aspecto de pertenecer al movimiento antisistema más que a una agencia de detectives, le había dictado con una seguridad pasmosa todos los movimientos que debía hacer desde la salida del sol hasta su llegada a la Bodeguita Francos. No se había saltado ninguno. Primero, a la hora de apertura de los bancos, salió de su vivienda, en San Juan de Aznalfarache, y caminó despacio hasta la sucursal del Banco de Andalucía donde ya debían tener preparados quinientos mil euros en billetes de cincuenta —tiempo habían tenido más que de sobra, casi dos días desde su llamada al director de la sucursal bajo la amenaza expresa de retirar todos sus fondos, y los de la multinacional, si no cumplía la orden con discreción—. Con el dinero en una bolsa negra de deportes, todo bien visible a los ojos de cualquiera que lo estuviera observando, regresó sobre sus pasos para volver al domicilio. Allí permaneció una hora antes de volver a salir, en esta ocasión de la forma más encubierta posible: en su automóvil y desde el garaje situado a las espaldas del lujoso edificio donde vivía. Con la mayor rapidez posible, se dirigió a la parada de metro más cercana y aparcó en las inmediaciones. Una vez en la estación, se hizo con un billete de ida y vuelta del mayor recorrido posible. A partir de ahí, debía tener los ojos bien abiertos y ser listo. Se bajó del suburbano hasta tres veces, cambió de sentido en todas las ocasiones asegurándose de que todo lo hacía apurando hasta el último momento, y vigilando que nadie repetía los mismos movimientos que él. Si tenía la más ligera sospecha, debía repetir la secuencia hasta estar seguro de que nadie iba detrás de él. No hizo falta. Finalmente, salió del metro en la parada de la Puerta de Jerez y dirigió sus pasos hasta la calle Francos.

Machuca comprendía las intenciones de la detective: quería que el secuestrador estuviera seguro de que había reunido el dinero, pero por nada del mundo debía saber que tenía tratos con ella para intentar

recuperar a su hijo. La determinación de la joven era lo que más ánimo le daba. Y eso que al principio se había negado a ayudarle. Ella insistió varias veces en que debían denunciar el secuestro de Diego y llamar a la policía. Pero Machuca estaba desesperado, él e Inés, su mujer, no sabían qué hacer, lo único que tenían claro era que no podían acudir a los agentes de la ley. No después de la llamada que recibieron al llegar abatidos a casa tras haber estado buscando a Diego toda la tarde por el parque de María Luisa. Un socio de la empresa les pasó una comunicación que decía parecer urgente. Era una voz anónima que le pedía el número de su móvil privado. Machuca se temía lo peor. Le dio el número y esperó a que volviera a llamar. No tardó ni cinco minutos. La misma voz otra vez. Distorsionada por algún pañuelo que le debía tapar la boca, aseguraba tener en su poder al pequeño. Con el teléfono en abierto, Inés escuchaba aterrorizada. Se aferró al aparato y desesperada preguntó por su hijo, por su pequeño Diego. Al cabo de unos segundos de silencio, la voz del niño asegurando que se encontraba bien, pero que tenía miedo, confirmaba sus temores. Inés se dispuso a hablar con el pequeño, a tranquilizarlo, a decirle que pronto estaría con papá y mamá, que fuera valiente y que lo quería mucho. La madre, en su afán por comunicarse con su hijo, no se daba cuenta que hacía unos segundos que el pequeño ya no la escuchaba: el secuestrador estaba de nuevo al aparato para amenazar con frialdad que no dudaría en asesinar a Diego si acudían a la policía. Decía que los estaba vigilando y pedía de rescate medio millón de euros en metálico y en billetes pequeños sin marcar. Les daba dos días de margen para reunir el dinero y citaba a Machuca a las once y media de la noche del segundo día, en la rotonda de entrada a Camas por el norte, en la nacional 630. “Más te vale acudir con el dinero, y solo”, fueron las últimas palabras de aquella siniestra voz.

Machuca era un ejecutivo de los llamados agresivos, pero se sentía totalmente superado por la situación. No podía acudir a la policía, estaba seguro de que, aunque insistiera en lo delicado del tema, los agentes de la ley cumplirían con su obligación y, finalmente, montarían un operativo a sus espaldas que pondría en peligro la vida de Diego. Por otro lado, tampoco debía aventurarse él solo. Machuca siempre había hecho frente a los problemas con suficiente criterio y experiencia para asegurarse un alto porcentaje de éxito, pero en esta ocasión no tenía ni idea de cómo debía comportarse ante un delincuente sin escrúpulos que tenía en sus manos nada menos que la vida de su hijo. El empresario decidió hacer algo intermedio. Decidió contratar a algún especialista, un detective privado. Una sola persona que le asesorase y que tuviera como primera prioridad la seguridad del niño. Se imaginaba que no era lo mismo un despliegue de coches

patrulla y agentes encubiertos por todos los lados que un profesional camuflado, experto y adiestrado para ese tipo de situaciones. Así se lo hizo saber a la detective cuando irrumpió en su oficina la pasada noche, antes de descubrir que le estaba pidiendo ayuda a una mujer que parecía salida del festival de Woodstock. Su aspecto exterior le hizo dudar, estuvo tentando de darse la vuelta y salir de la oficina, pero algo le hizo confiarle su problema, quizás la decisión con la que la pequeña mujer había manejado la situación cuando él, un desconocido, se había presentado a oscuras y a esa hora de la noche. Cuando se hizo la luz vio como la mujer empuñaba un revólver y le ordenaba, sin titubear, que no moviera ni una pestaña, que pusiera las manos detrás de la cabeza y comenzara a explicarse. Machuca le confió su problema y descubrió que tras esa extravagante apariencia se ocultaba una fuerte personalidad. En pocos minutos, sin realmente saber por qué, sin ningún tipo de garantía, Machuca se había puesto en las manos de aquella peculiar detective. Le costó convencerla, pero finalmente accedió a ayudarle con la condición de que, a partir de ese momento, tendría que hacer exactamente lo que ella le dijera. Machuca asintió y la joven hippy le preguntó si alguien le había visto entrar en la oficina. El empresario dijo que no se había fijado. La detective volvió a apagar las luces y se asomó a la ventana para comprobar que la calle estaba desierta. Después, estuvieron hablando cerca de una hora y salieron del edificio con casi otra hora de separación.

Esa noche, igual que la anterior, preocupado como estaba por su hijo, y memorizando todos los movimientos que tenía que hacer por la mañana, Machuca no pudo pegar ojo. Ahora, después de cumplir con precisión las órdenes recibidas por la detective, se hallaba en la puerta del bar de la calle Francos. Ya sólo le restaba hacer una cosa:

—¿Es usted Carmelo? —preguntó Machuca al camarero que limpiaba la barra con un trapo necesitado de una visita a la lavadora. Al barman regordete y calvo, con bigote de morsa, le nacía cerca de la coronilla una corta y graciosa coleta, como la de un luchador de sumo, que se movía al ritmo que marcaba la bayeta.

—¿Quién lo pregunta? —Contestó el camarero, sin apartar la vista de su inútil trabajo: el paño ensuciaba más que limpiaba.

—Esteban Machuca.

—¿Lo conozco? —Preguntó Carmelo con una voz aguardentosa debida a los lingotazos de ginebra matutinos o, quizás, al par de cajetillas de tabaco que llevaba fumando desde que tenía uso de razón.

—No...

—¿Entonces? —Carmelo dejó de frotar y por fin miraba a su interlocutor.

—Me espera Sam.

Los rayos del sol todavía incidían con poco ángulo a esas horas y sólo una tercera parte del patio se encontraba bañada por ellos, el resto permanecía a la sombra de los altos muros y las torretas de vigilancia. La mayoría de los presos se amontonaban por grupos en la zona soleada. Cisco y Papi eran de los que recibían el calor del sol mientras conversaban en la grada. Esa mañana, Papi se había desayunado con una comunicación de su abogado que le anunciaba la buena nueva y no cabía en sí de contento. Ambos se felicitaban por la inmediata excarcelación del veterano presidiario. La alegría de Cisco era tan sincera que parecía que estuvieran celebrando su propia libertad condicional.

Los dos amigos acostumbraban a sentarse en los escalones más altos del muro sur, desde allí podían divisar cualquier movimiento o acercamiento tanto de presos como de funcionarios. Y no porque estuvieran haciendo algo ilegal, sino por todo lo contrario: para evitar problemas, para rehuir a los que se metían en líos. Por ejemplo, el tráfico de drogas dentro del recinto penitenciario era algo habitual. También el intercambio de objetos punzantes con los que intimidar a los que no cumplían unas reglas que los propios reclusos habían establecido. Las amenazas y castigos iban dirigidas a los que se iban de la lengua, o a los que se saltaban los controles de la mafia de la prisión y tenían tratos con los funcionarios fuera de los cauces “normales”. Esos canales de comunicación, entre presos y vigilantes, servían para intercambiar dinero por todo tipo de artículos —legales o no— que los funcionarios dejaban pasar. O los portaban ellos mismos o hacían la vista gorda para que los familiares y amigos de los internos los introdujeran en la cárcel. Todo ese trapicheo estaba controlado por el capo de turno, en este caso un tipejo de cuidado llamado Cástor, siempre acompañado de doce guardaespaldas enfundados en chándales de vivos colores para llamar la atención. “Los Apóstoles”, que era como le llamaban a aquella banda de sicarios, se pasaban los días haciendo flexiones, pesas y todo tipo de ejercicios físicos con el doble objetivo de mantenerse en forma e intimidar al resto para que no sacara los pies del plato. Así funcionaban las cosas en la prisión. Todo el mundo estaba enterado, incluidos los funcionarios. Todo el mundo estaba de acuerdo, por activa o por pasiva. Cisco era de los segundos, de los que se mantenía al margen. Se limitaba a observar sin denunciar, y sin comprometerse con aquella especie de hampa organizada. Su único objetivo era no meterse en dificultades, esperar el juicio y estar el mínimo tiempo posible entre los muros de la prisión. Era la misma filosofía de vida que llevaba practicando Papi desde que ingresara en el centro y la que le recomendó cuando se

conocieron. Los dos lo habían seguido al pie de la letra y hasta ahora les había ido bien; pero no tenían que descuidarse, por esa razón se mantenían alerta todo el tiempo y buscaban ese lugar privilegiado en el patio.

La mañana parecía transcurrir dentro los cauces normales. En la entrada se situaban dos guardias, al parecer en animada conversación según se infería de las estridentes risotadas. En el extremo opuesto se hallaba un corro de presos que protegían algún tipo de "intercambio" en su interior. En el centro de las escaleras del muro sur, presidiendo el patio, se sentaba Cástor. Un tipo curiosamente no muy alto ni fornido, teñido con mechas de color platino, como los futbolistas, con una perfecta manicura y una minuciosa depilación de cejas y vello en todas las partes del cuerpo que evidenciaban las horas que gastaba todos los días en su cuidado exterior. Su aspecto metrosexual era tan extremo que, paradójicamente, lo que provocaba era repulsión, al menos a los ojos de Cisco. Cástor estaba rodeado de su corte de *apóstoles* en un remedo del senado romano y, seguramente, estaban comentando la jugada que se producía al fondo. El resto de presos paseaba con más o menos dispersión o se acomodaba en los escalones para tomar el sol.

Fue la llegada de un nuevo funcionario lo que originó cierto revuelo. Un vigilante con la porra en ristre se adentraba en el patio en dirección al grupo de presos que trapicheaba en el lado de poniente. Martín caminaba sonriendo imaginándose ya la desbandada de los reclusos, como si estuviera jugando a espantar un grupo de palomas en el parque. Enseguida se deshizo el corro y Martín vio como hacía efecto su pueril actitud. Entonces, a medio camino entre la entrada y el muro de enfrente, el funcionario desvió el rumbo casi noventa grados y comenzó a subir los cinco tramos de escaleras de la grada sur. Cisco y Papi desviaron la mirada y se prepararon a recibirlo. Martín iba hacia ellos.

—¿Qué? ¿Los enamorados están tomando el sol? —dijo con sorna.

Cisco seguía sin mirarle y no respondió a la pregunta. Fue Papi el que contestó.

—¿Es que no se puede?

—Depende…

—¿De qué? —El tono de Papi era extrañamente insolente. Parecía envalentonado por su pronta libertad como si ya no perteneciera a ese mundo. Cisco hizo chocar su rodilla con la de su amigo para advertirle del peligro que corría.

—De mí, gilipollas. —Martín levantó la porra y la colocó en el hombro derecho de Papi como si quisiera armarle caballero.

—No tiene ningún derecho a insultarme.

—Todo el derecho del mundo, escoria, desecho de la sociedad.

Papi no entró al trapo y, en su lugar, emitió una descarada sonrisa. Martín aumentó la presión sobre el hombro antes de espetar:

—¿De qué te ríes, maricón de mierda?

—Del poco tiempo que me queda. Dentro de unos días estaré fuera y no tendré que aguantar más sus impertinencias. —Papi le dio un manotazo a la porra y se la quitó de encima. Cisco no se creía lo que estaba viendo—. Es usted un amargado, no se da cuenta, pero está igual de encerrado que nosotros. La diferencia estriba en que a usted le gusta esto, que disfruta viviendo aquí, alejado de la sociedad, paseándose orgulloso por el interior de estos cuatro muros cuando, en realidad, no es más que un pobre infeliz. —Papi hablaba sin respirar para soltarle a Martín las cuatro verdades que tanto tiempo deseaba escupirle a la cara. Lo hizo en un tono mordaz y cáustico, pero extremadamente correcto, como si quisiera diferenciarse o establecer una barrera entre el tosco vigilante y él, entre un patán que vive de la violencia y un hombre educado, entre un funcionario de prisiones y una persona libre. Se podría decir que tenía estudiada cada palabra para largárselas cuando estuviera fuera de la prisión; sólo que las dijo antes de tiempo. Un error de cálculo, un impulso irrefrenable que podría traerle nefastas consecuencias.

—Pues mira, venía a darte la noticia de que, efectivamente, nos dejas la semana que viene, pero ahora se me ocurre también otro recado. —Martín cambió de posición la porra para situarla debajo de la barbilla de Papi y presionar hacia arriba para obligarle a incorporarse—. Levántate y ven conmigo.

—No ha querido decir eso. ¿Verdad Papi? —Cisco intentó excusar a su amigo—. Déjele tranquilo, esta mañana se encuentra un poco nervioso con eso de la noticia…

—Tú te callas, si no quieres que luego venga a por ti.

Cisco se veía impotente, se dio cuenta de que en la torre sudeste un vigilante estaba atento a todo lo que sucedía y no dejaba de mirarle. No pudo evitar que Martín se llevara a Papi a empujones, presionándolo con la porra en la espalda. A medida que el funcionario y el preso cruzaban el patio, el resto de reclusos se iban apartando, inmersos en sus conversaciones como si el vigilante y Papi fueran invisibles. Sólo dos de los presidiarios fijaban atentamente su mirada a lo que estaba pasando: uno era Cisco, el otro, un recluso recién llegado a la prisión.

Carmelo y Machuca bajaron las escaleras casi a tientas. Una luz amarillenta y mortecina salía de un aplique de tres bombillas donde dos estaban fundidas. Abajo, se encontraron con un estrecho pasillo que conducía a una puerta de madera con un agujero astillado en la parte inferior, como si le hubieran dado una patada, y con un cartel

arriba que anunciaba los aseos. A su lado, otra entrada parecida prohibía el paso con las letras “Privado”. Fue la que abrió Carmelo. Allí dentro esperaba Sam en medio de un fárrago de cachivaches y provisiones. Machuca se quedó y Carmelo salió sin decir palabra dejando solos a la detective y al empresario. Sentada en una silla metálica, detrás de una mesa abatible de las que se usan en las cocinas para desayunar o almorzar, Sam invitó a que Machuca hiciera lo propio en el asiento que hacía pareja, al otro lado de la mesa. Entre barriles de cerveza y cajas de bebidas y alimentos, vacías, medio llenas, y sin abrir, Sam le preguntó a su primer cliente si todo había salido como estaba previsto. El empresario contestó afirmativamente, asegurando que nadie lo había seguido. Después, se interesó por el siguiente movimiento. Sam mantuvo el suspense. Lo primero que quiero es que me entregue lo que le pedí y me diga el aspecto que tenía la que creen que raptó a su hijo. Machuca extrajo del bolsillo de su cazadora de ante una fotografía de Diego. El niño posaba sentado delante de un árbol de navidad con una montaña de juguetes a su alrededor. Según mi mujer, la joven que desapareció a la vez que Diego y, en teoría, la que estaba encargada de su custodia, era una estudiante de pelo rubio con unas gafas oscuras, una chica que Inés había visto en el parque los últimos días, siempre leyendo con su carpeta de apuntes sin molestar a nadie, con una apariencia de lo más normal. Sin nada especial que destacar en ella salvo que se mostró muy solicita y agradable y que fumaba bastante. ¿Usted cree que…?

Sam ni creía ni dejaba de creer, pero se temía que la “estudiante” era parte activa en el secuestro y, seguramente, llevaba varios días vigilando a la mujer de Machuca y a su hijo. Ese detalle probaba que el secuestro no había sido improvisado, que la rubia de las gafas oscuras y su compañero de la voz amenazante no eran unos aficionados. Nos enfrentamos a una banda organizada, debemos seguir extremando la precaución si queremos sacar alguna ventaja sobre ellos. De la grave expresión del rostro de Sam, Machuca entendió que la cosa no pintaba nada bien. A pesar de todo, seguía confiando en ella, quizás porque ya no le daba tiempo a otra opción: apenas quedaban unas horas para entregar el dinero en el cruce de Camas. Sobre todo, mantenga la calma, conduzca de forma natural y cuando llegue al lugar señalado espere las indicaciones del secuestrador. No creo que se presente allí, seguramente le llamará por teléfono para dirigirle a otro lugar que pueda tener controlado, sin apenas tráfico, para asegurarse de que no ha avisado a la policía. Yo me situaré lo suficientemente lejos para que no sospeche, pero estaré atenta a todos sus movimientos. No se olvide de mantener el móvil en manos libres y con el altavoz conectado. Y coloque este interfono —Sam le entregó una especie de walkie-talkie pequeño— siempre abierto al lado del

móvil. Cuando el secuestrador no esté hablando debe decirme en todo momento por dónde circula y cuál será la siguiente dirección que vaya a tomar. Hágalo con tiempo suficiente, así podré seguirlo desde la distancia. Puede que tenga que adelantarlo en algún momento para evitar sospechas, usted no se preocupe de eso, siga conduciendo como si nada y esté atento a las indicaciones del móvil. ¿Está todo claro?

Todo estaba claro: Machuca debía volver a su domicilio, aparcar delante de la vivienda, mostrarse claramente con la bolsa del dinero y conducir tranquilamente hacia la autovía de circunvalación. Una vez allí, tendría que tomar la salida de la nacional 630 para seguir hasta la rotonda que da acceso por el norte al municipio de Camas. Después, sólo le restaba esperar.

***Hoy** las cosas se han desatado. Han sacado al invitado por primera vez desde la llamada de teléfono. Bobby tiraba de él, de un brazo, y Jess… Ulrike, quieres decir, del otro. El niño lloraba y te miraba suplicante. Aprovechó para escaparse cuando en medio de la disputa ambos lo soltaron. Corrió hacia ti y te abrazó. Se puso de puntillas para rodearte con sus brazos a la altura de la cadera, pero es muy pequeño, no puede abarcar tu enorme cuerpo. Te encantó sentirle junto a ti. Pero fue por poco tiempo: Bobby volvió a agarrarlo y, de un tirón, lo separó violentamente de ti. Estabas furioso con Bobby. Entonces el invitado te volvió a llamar "Ogro Bueno", te pedía auxilio, no quería ir con Bobby. Tú te acercaste, pero Bobby sacó la pistola y te amenazó, te dijo que no dieras un paso más. No te gusta que te amenacen y seguiste adelante. Ulrike se colocó entre Bobby y tú y le obligó a bajar el arma. Se volvió hacia ti y te ordenó que parases, que te fueras a tu cuarto. Te fuiste cabizbajo, no quieres que Ulrike se enfade, pero tampoco te agrada que maltraten al invitado. Se lo disputan como si fuera ganado. ¿Te das cuenta de que a ti te tratan igual? Odian a los niños; porque sois diferentes a ellos.*

Te quedaste en la habitación, pero oías perfectamente lo que estaba pasando. Bobby pretendía llevarse al invitado, le decía a Ulrike que no se preocupase, que volvería con él, pero que lo necesitaba por si pedían verlo antes de entregar el dinero. Ulrike insistía en lo mismo del día anterior. Sigues sin comprender a qué se refiere cuando grita que Bobby se está saliendo del plan previsto. Y tampoco entiendes la actitud de Bobby: dice que vais a ganar el doble. Al final él se salió con la suya, volviste al salón justo a tiempo de verlo abrir la puerta y desaparecer con la pistola en una mano y sujetando al pequeño con la otra.

Bobby se fue y Ulrike estaba de verdad enfadada. Pero esta vez no la tomó contigo. Al revés, se mostró muy cariñosa. Te acarició la cara. A ella no le importa que seas feo. Al niño tampoco. Por eso te gusta Ulrike; y también el invitado. Cuando Ulrike dice que te quiere, eres feliz. Ya sólo hace falta que volváis a la vida anterior. Te lo ha prometido. Te has puesto

muy contento. Le has preguntado si volveréis a comer salchichas, algodón de azúcar y chocolate. Te ha dicho que sí. Si volveréis a escuchar la música y ver las luces de colores de los farolillos. Te ha dicho que sí. "Vámonos, vámonos" has gritado de emoción, la has cogido por los hombros y la has sacudido. Ella se ha vuelto a enfadar. Te ha pedido que te tranquilices. Que no podéis iros todavía. Te ha preguntado si quieres que el invitado vaya con vosotros. "Sí, sí", has contestado rápidamente. "De acuerdo, pero antes tendrás que hacerme un favor…", ha dicho Ulrike. Te has quedado algo desilusionado. Tú quieres irte ya. Pero es verdad que hay que recoger al pequeño antes. Y hacerle el favor a Ulrike.

Ya sabes de qué favor se trata. Te lo ha pedido otras veces…

Desde esa perspectiva, Pablo podía divisar casi la mitad del salón. Tenía mucho más campo de visión que cuando lo tumbaban en la cuna. El mundo que se abría a sus ojos era mucho más amplio e interesante, lleno de muebles, juguetes y personas. El único problema era el peso de su cabeza. Tumbado bocabajo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para levantar la mirada. Su postura tipo esfinge le exigía una buena forma física para poder aguantar esa enorme testa, casi un tercio de su diminuto cuerpo. Eso sí, cada vez conseguía mantenerla erguida más tiempo. Su record estaba en un minuto treinta segundos. Ahora descansaba con la frente hundida en la suave tela, pero no estaba cómodo: tenía dificultades para respirar. Aguantó unos pocos segundos con la nariz pegada al cojín, luego protestó por la falta de aire y, finalmente, ladeó la cabeza para respirar y volver a levantarla de nuevo. Quería superar el record así que cerró los puños con fuerza hasta que los nudillos cambiaron del mismo color sonrosado de todo su cuerpo a uno más pálido. La cabeza basculó nerviosamente, pero aguantó el tiempo suficiente para, antes de volver a dar con su rostro en aquella superficie tan blanda, poder ver como se acercaba desde su costado derecho un enorme animal camuflado con rayas negras y grises.

Wato se acercó con parsimonia hacía aquel ser inferior que descansaba sobre el amplio cojín de color naranja. Al rozarle la cara con sus largos bigotes provocó el estornudo del pequeño. El ruido sorprendió al felino que se sobresaltó ligeramente moviendo las orejas hacía todos los lados, por si aquello se generalizaba y había que echar a correr. Una vez pasado el susto, aún desconfiado por la reacción del bebé, el gato decidió dar un rodeo para estudiarlo por detrás. A la altura de sus piececitos le llegó un intenso aroma que ya no le era desconocido. Con precaución, se aproximó al abultado pañal y se dispuso a olisquearlo dándole suficiente resguardo. Una vez determinada la identidad de aquel olor retrocedió como medio metro y comenzó a rascar la alfombra con sus patas delanteras. Lo hizo

varias veces, rodeando al pequeño, como si quisiera tapar con una arena imaginaria el origen de aquel olor.

Rosita regañó a la mascota y lo apartó de Pablo empujándolo ligeramente con su pie. Merche no paraba de reír la ocurrencia del gato, que cada vez le caía mejor. En realidad, no era Merche la que se había amoldado al gato, sino al revés: Wato se había acostumbrado a la nueva vivienda y ya se podía decir que aceptaba ser el dueño del ático, que dejaba vivir en él a Rosita, a Merche y a aquel ser inferior que olía tan mal. Con suficiencia felina se subió de un salto limpio al sofá, a la esquina opuesta del lugar que ocupaba Merche, dio dos inútiles vueltas sobre si mismo y se tumbó. Después de un amplio bostezo se transformó en una bola redonda de pelo gris y se dispuso a echar una siesta.

Merche hizo un intento de levantarse para cambiarle el pañal a Pablo, pero su madre se adelantó:

—No te muevas, ya me encargo yo. Tú descansa, pareces agotada.

Merche se lo agradeció con un mohín, se volvió a recostar en el sofá y encendió la televisión. Hizo un rápido *zapping* y la volvió a apagar después de comprobar que la programación, repleta de tertulias del corazón, *realities* o series policíacas, era poco atrayente. Lo mejor era girarse y mirar la vista que ofrecía la ciudad al atardecer. Los tres ventanales separados por las columnas eran como una pantalla panorámica de cine. Merche solía admirar el espectáculo que proponía el crepúsculo cuando atrapaba la ciudad con su manto azulado. El cambio de luz modificaba los colores y todo se iba transformando a los ojos de la periodista. Sin embargo, esa tarde se iba a quedar sin función: el cielo estaba cubierto y el sonido lejano de los truenos confirmaban que se acercaba una tormenta por el oeste.

Merche volvió la mirada hacia su madre cuando ésta comenzó a jugar con Pablito, soplándole la barriga y haciendo un ruido que provocaba las carcajadas del pequeño. Entonces se dio cuenta de lo que había cambiado el salón desde la llegada de Rosita: casi la mitad dedicado a Pablo. Habían desplazado muebles, y otros los habían tenido que trasladar a la habitación contigua, para hacer mayor la separación entre la zona de comedor y la de estar. Una alfombra persa tribal, donde predominaba el color bermellón, era el lugar acotado para el juego de su hijo. Allí le esperaban muñecos, peluches, cubos de colores, y juguetes de todo tipo. Sin embargo, aún era pronto para que Pablo comenzara a gatear, de momento se conformaba con tumbarse en aquel enorme cojín anaranjado.

Su madre tenía razón: Merche se sentía realmente cansada después de una intensa jornada de trabajo. Pero estaba satisfecha, había logrado convencer a Roberto para realizar el reportaje sobre la policía. La idea de una serie de artículos sobre el día a día de un inspector, la

descripción de una jornada en la vida del agente de la ley, relatando sus métodos de trabajo, sus inquietudes por el actual código penal, las relaciones con el poder judicial y un buen puñado más de interesantes temas, era en sí tan buena que Merche la hubiera llevado a cabo sin necesidad de tener que utilizarla para sus fines personales. Para sus fines personales y los de Sam. Por supuesto, Roberto no sabía nada acerca de la intención última de Merche, la de conseguir grabar las voces de los agentes implicados en el interrogatorio del Moro.

Esa mañana, después de lograr el permiso del jefe, Merche había llamado a Rodrigo Hidalgo. Tenía la suficiente confianza con él para proponerle una entrevista que iniciara el reportaje. Hidalgo se mostró tan solícito que Merche aprovechó para, a instancias del inspector, conseguir también una cita con Ramírez —Hidalgo le dijo a Merche que la diese por hecha, al comisario le encantaba todo lo que fuera hablar de su persona—, otra con Casares y una última con el jefe de su compañero, con el comisario Jorge García Ivárs. Merche había sido muy hábil al comentar, como de pasada, que le gustaría visitar otras comisarías aparte de la del distrito Poniente para completar el reportaje y darle diferentes puntos de vista. El propio Hidalgo, como si la idea fuera suya, fue el que le propuso ir a la comisaría del distrito Sur donde trabajaba su íntimo amigo Joaquín Casares. De esta forma, Merche conseguía la cita con Casares, y con García Ivárs, sin levantar ningún tipo de sospechas. A lo largo de la jornada, Hidalgo le fue confirmando, una a una, las entrevistas y los horarios que había concertado, todos para el día siguiente. Merche respiró tranquila, cargó una cinta nueva en su grabadora e hizo una prueba. A su voz pronto la acompañarían las de todos los que habían escuchado las amenazas del Moro.

Las actividades de la tarde tocaban a su fin y se iniciaba el período de descanso habitual hasta las 20:00, hora de la cena. Cisco subió a la galería del primer piso y, en las inmediaciones de su celda, se apoyó en la barandilla para mirar hacía la planta baja del módulo. Estaba bastante preocupado por Papi. Desde que Martín se lo llevó del patio no sabía nada de él. Por el comedor no había pasado, el lugar que solía ocupar en la biblioteca estaba vacío y tampoco se encontraba en la celda. Cabía la posibilidad de que Martín lo hubiese trasladado a otro módulo para castigarle con más trabajos, para obligarle a seguir pintando otras zonas del centro o para cualquier otra actividad, cuanto más dura mejor, con tal de vengarse del viejo recluso. También era probable que al estar en otra estancia se hubiera incorporado a un turno distinto de comida, lo que explicaba el porqué de no haber coincidido. Y, siguiendo con las especulaciones, después del almuerzo lo más seguro es que Martín le tuviese preparada otra batería de

tareas para mantenerlo ocupado, para que no pudiera incorporarse a las actividades voluntarias de la tarde, de ahí su ausencia de la biblioteca. Todo eso podía encajar con la desaparición, pero, de cualquier forma, a esa hora ya debía haber vuelto a la celda.

En esas estaba Cisco cuando vio al nuevo vecino de módulo salir de su aposento, bajar un piso y dirigirse al pasillo de enfrente por el puente que unía las dos galerías. El gitano del clan de *Los Romanos* caminaba seguro hacía la zona donde estaban recluidos Cástor y sus "apóstoles". Por el saludo efusivo de Roque a uno de los secuaces del mafioso, Cisco entendió que ya se conocían. No perdió detalle de lo que sucedió después: el "apóstol" y Roque se apoyaron de espaldas a la barandilla para hablar con Cástor, que se dejó ver tras salir de la celda. Parecía que el sicario le presentaba a Roque y que se iniciaba una animada conversación entre el nuevo y el capo, «como si se tratase de una entrevista de trabajo», pensó Cisco. Por el saludo tipo macarra, de choque de puños, Cisco entendió que Roque estaba negociando un puesto entre los discípulos de Cástor. Uno más de los "apóstoles". Eso sólo podía significar problemas para Cisco. Cuando Cástor volvió a su cámara —porque la celda del "padrino" era eso: una habitación con todo tipo de lujos—, Roque se dio media vuelta y se apoyó en la baranda, imitando la postura de Cisco, justo enfrente de él y mirándole fijamente, como confirmando que estaban en bandos contrarios.

El cruce de miradas se mantuvo un instante hasta que un revuelo procedente de la planta baja provocó que ambos desviaran la vista hacia la entrada. El creciente murmullo de los reclusos que se hallaban escaleras abajo tenía su origen en una persona que acababa de entrar. Era Papi el que atravesaba la compuerta metálica que daba acceso al módulo. Macilento, con una expresión de dolor que deformaba su rostro pálido, el viejo recluso caminaba a duras penas. Llevaba el brazo izquierdo pegado al cuerpo, inmóvil; el derecho lo sujetaba como si el primero fuera a desprenderse del hombro. Andaba más encorvado que de costumbre y arrastraba, más que cojeaba, la pierna del mismo lado que el brazo dañado, como si la tuviera entablillada o fuera de madera. Cisco abandonó la galería corriendo a toda velocidad para auxiliar a su amigo.

—¿Qué te ha ocurrido, Papi? —Cisco lo agarró por la cintura y se agachó ligeramente para que su compañero pasara el brazo sano por el hombro del gitano—. ¿Qué te han hecho? ¡Habla por Dios!

—No te preocupes… Estoy bien —mintió Papi transido de dolor.

Lo habían molido a palos. Cisco se daba cuenta de la gravedad: el pobre anciano debía tener el cuerpo destrozado. La pierna y el brazo rotos, seguro; lo que no sabía era si algún órgano estaba dañado seriamente. Eso sí, se habían cuidado mucho de no golpearle la cara.

—Ha sido ese hijo de puta de Martín ¿verdad? —Cisco y Papi apenas avanzaban y tuvieron que parar a mitad de camino entre la entrada y las escaleras. Papi no contestó; no pudo. El gesto de dolor deformó de nuevo su rostro. El aspecto luctuoso que exhibía Papi asustó tanto a Cisco que el gitano desistió en la tarea de llevarlo hasta la celda y optó por dejarlo sentado. Allí quedó Papi, exangüe, medio recostado en el primer peldaño mientras Cisco salía corriendo hasta la entrada a pedir ayuda. Golpeando con todas sus fuerzas la compuerta, y gritando como un descosido, Cisco pidió, suplicó, asistencia médica para su amigo. Pensaba que no aguantaría mucho tiempo en ese estado; si no lo llevaban pronto a un hospital, podría morir.

Machuca se estaba poniendo nervioso. Sam lo había notado en la última conversación por el interfono. La tormenta que se les echaba encima tampoco ayudaba. Ella estaba apostada en el concesionario de Toyota, aparcada en la rampa de salida del taller. Él permanecía en el arcén de la rotonda que daba acceso a Camas por el norte, doscientos metros más al sur de la posición de la detective. Así llevaban media hora. Sin señales del secuestrador.

A las doce en punto, Machuca recibió la esperada llamada.

La misma voz del primer día le dijo que se pusiera en marcha, que dejase la rotonda y cogiera la antigua carretera de la Ruta de la Plata. Machuca obedeció: giró la llave y metió la primera antes de acelerar. La caja de cambios protestó por la mala sincronización en los movimientos de pisada del embrague y de accionamiento de la palanca. Todo era fruto de la tensión que estaba soportando el empresario. Sam escuchó también la distorsionada voz y arrancó su Seat.

—Ahora tranquilo, siga las indicaciones y no se olvide de decirme por dónde circula —le recordó Sam mientras un trueno anunciaba la inminente lluvia.

Al pasar el cambio de rasante, antes de llegar a la glorieta, divisó el BMW de Machuca iluminado por una de las farolas de la rotonda. El intermitente del automóvil indicaba la maniobra para abandonar la glorieta e incorporarse a la vieja carretera de Asturias que bordeaba el municipio de Camas por el oeste. Sam levantó el pie del acelerador y dejó que Machuca se perdiera de vista. Justo cuando el BMW desapareció, una nueva llamada al móvil del empresario ordenó que debía seguir recto hasta la siguiente rotonda. Una vez allí, tenía que girar a la derecha para tomar la calle de Buen Aire.

—Acabo de girar —informó Machuca por el interfono, asegurándose de que el móvil ya estaba apagado y el secuestrador no podía oírle.

—Recibido. Tranquilo, estoy a unos quinientos metros de usted —

contestó Sam.

Una nueva llamada y una nueva dirección: el padre de Diego tenía que abandonar la calle de Buen Aire para incorporarse a la carretera de Camas a Valencina. Después, debía recorrer medio kilómetro y salir de la calzada para tomar un camino sin asfaltar. Tendría que continuar por esa vereda, campo a través, y seguir así hasta recibir una nueva indicación.

Sam aceleró. El viento roló violentamente y comenzaron a caer las primeras gotas.

La detective esperó a que Machuca le confirmase que el móvil estaba apagado para ordenarle que redujera la marcha. Quería suficiente margen de tiempo para sobrepasarlo. Se trataba de ver el desvío, y el camino por el que el secuestrador pretendía llevar a Machuca, antes de que el empresario llegara a ese punto. Machuca obedeció, y casi se sintió aliviado unos segundos más tarde cuando vio cómo Sam lo adelantaba por su izquierda. La detective llegó al desvío y lo pasó despacio. Lo que ella imaginaba: la senda se internaba en un prado con un cultivo de secano a un lado y con terreno en barbecho al otro, configurando un camino solitario por donde no circulaba ningún coche. Ideal para que un observador situado en algún edificio, sin necesidad de que fuera muy alto, se diese cuenta de si alguien seguía a Machuca. Sam avanzó unos doscientos metros y, en el primer cambio de rasante, aparcó el coche. Tenía que pensar muy rápido. Se bajó enseguida, abrió el maletero y sacó su bicicleta plegable de aluminio. Sam había decidido que sobre dos ruedas era más fácil pasar desapercibida, a pesar de que las ruedas de su Shimano eran muy pequeñas, minúsculas, ideales para hacer ejercicio, pero no para ir campo a través. Resignada, cogió el interfono como pudo y se puso a pedalear justo en el momento en que arreciaba el temporal y comenzaba a llover torrencialmente. Sam pensó que Machuca ya debía estar a la altura del desvío. Lo llamó para confirmarlo, pero el agua caía con tanta violencia que no fue capaz de conseguir que el aparato funcionara. Pasaron los minutos, pero la detective no lograba ver el desvío, tal era la intensidad —y densidad— del agua que estaba cayendo. Gracias a un relámpago lejano, pudo adivinar, durante un par de segundos, dónde se encontraba la salida. De Machuca no había ni rastro.

Sam pedaleó con fuerza, en contra de viento y lluvia, y se adentró en el sendero. Estaba hecha una sopa y las gafas empañadas lo único que hacían era estorbar, así que optó por quitárselas. Un relámpago iluminó el sendero hasta una curva muy pronunciada. Sam comenzó a contar mentalmente: «uno, dos, tres,…». Era una costumbre que no podía evitar desde que su padre le enseñara que el tiempo entre la luz de un rayo y el sonido del trueno le proporcionaban la distancia a la

que estaba pasando la tormenta eléctrica. Cuando iba por el cuarto segundo, lo que oyó no fue el trueno sino un disparo. Sam aceleró aún más su ritmo de pedaleo y se maldijo por no haber utilizado el coche, a pesar de la más que segura probabilidad de haber sido descubierta por el secuestrador. Después de recorrer unos trescientos metros con el alma en vilo divisó una luz difuminada por el agua. Se veía borroso y lo que en un principio parecía un foco pronto se transformó en dos: era un coche. La rápida división de la luz anunciaba la velocidad a la que se acercaba el vehículo. Sam se echó hacia la izquierda para dejarle pasar. La detective no podía distinguir si era el BMW u otro turismo, sólo cuando lo tuvo encima vio que no era Machuca.

El coche fue a por ella claramente.

Justo antes de ser atropellada, Sam se lanzó hacia el césped que crecía en barbecho al lado del camino. Su bicicleta quedó destrozada por el impacto, y ella aturdida en el suelo. Un segundo rayo iluminó parcialmente el automóvil. Gracias al limpiaparabrisas posterior, y a la luz del relámpago que se proyectó sobre el coche, Sam pudo distinguir el rostro que la observaba desde dentro del vehículo a través de la luneta trasera.

Lo que vio la estremeció:

Medio borrosa, una cara deformada y monstruosa, con el pelo a jirones como si se lo hubieran intentado arrancar, la miraba atentamente. Sam pensó que la ausencia de gafas, el golpe y la intensa lluvia le estaban jugando una mala pasada: lo que apenas lograba divisar no parecía humano.

El coche aceleró y se perdió entre la cortina de agua.

Sam se levantó, comprobó que seguía entera y siguió por el sendero para localizar a Machuca. Al cabo de unos minutos, que le parecieron horas, la detective vio una casa abandonada, un antiguo pajar o almacén al que los años y las gentes le habían quitado prácticamente todo lo utilizable. Como si le hubiera caído una bomba en una guerra pretérita, la construcción sólo conservaba dos de las paredes enteras, el resto era puro escombro.

Sam vio el coche de Machuca aparcado en un lateral.

El empresario estaba de pie junto a las ruinas, quieto, bajo el paraguas y con la bolsa del dinero, como si estuviera en una parada de autobús o en una estación de cercanías, ajeno a los gritos de Sam que le preguntaba qué había pasado. La única respuesta de Machuca fue girarse hacia un lado y vomitar copiosamente al amparo de una de las paredes del chamizo que aún se mantenía en pie. Sam se aproximó a la altura del empresario y descubrió unos zapatos, que cubrían unos pies, que asomaban entre los escombros.

Había un cadáver.

Era el de un hombre de estatura media tumbado bocabajo. Lo que

no cuadraba era la cabeza: miraba hacia arriba. Le habían roto el cuello y girado el rostro casi 180 grados, como a la niña del “Exorcista”, igual que en la película; sólo que aquello no era una película.

AL

«Sabía que el tráfico de drogas —quitando el pequeño detalle de que es ilegal— era el negocio perfecto, aunque ignoraba el alcance de los beneficios que genera. Ríos me ha puesto al día. Parecía que estaba tratando con un capo de la mafia en lugar de con un agente de la ley. Ríos hablaba del asunto como si estuviera comentando los pormenores técnicos y comerciales del negocio de la importación de grano en vez de referirse al repugnante mundo de los estupefacientes. He sentido ganas de lanzarme sobre él y tirarlo al vacío desde el telecabina. Por un instante, las dificultades para ocultar las náuseas y la rabia me han obligado a dejar de fijar la vista en él y desviarla hacia alguno de los pabellones de la Exposición Universal. Me ha preguntando si me pasaba algo, le he dicho que no, que simplemente estaba admirando el stand de Hungría o la suntuosidad y el derroche del de Marruecos. No recuerdo exactamente cuál ha sido la excusa, sólo sé que he tenido la sensación de haber estado a punto de estropearlo todo; tan falsa me ha sonado, tan espuria como mi presencia allí.

»Pero vayamos a lo que interesa: hemos hablado acerca del plan que, según él, nos iba a hacer millonarios. Ríos lo tiene todo perfectamente estudiado, hasta el mínimo detalle. Confía en mí, me lo ha relatado minuciosamente, pero ha evitado dar nombres. Sólo se le ha escapado el de Antonio Rivas. Tony, como se le conoce en el mundo del hampa, es un confidente habitual de la Brigada de Narcóticos, al menos de cara al exterior, de cara al comisario. En realidad, es un enlace entre los traficantes y la policía. Así, como suena. El tipejo se encarga de dar el chivatazo a gente como Ríos del lugar donde se supone que va a realizarse una entrega de droga. El personal de la Brigada monta el operativo, encuentran el caballo o la coca y se ponen unas cuantas medallas. Lo que el comisario no sabe —espero— es que la cantidad incautada es sólo un porcentaje de la real, es la cuota que los delincuentes quieren "donar" a la policía para que les dejen operar en paz. ¿Y qué ganan Ríos y sus secuaces? Pues de la droga aprehendida se quedan con parte, generalmente con un diez por cien. Esa comisión la transforman en dinero vendiéndosela a gentuza como Tony que, a su vez, la coloca en el mercado con el suficiente margen de beneficio como para participar él también en las ganancias. Es decir, todos salen beneficiados: los traficantes siguen con sus negocios, la policía con sus "éxitos" y los bolsillos de cada uno de los implicados llenos. Todo muy bien organizado. Por eso le he preguntado a Ríos para qué coño me necesita.

»Requiere mi ayuda porque, en esta ocasión, van a por una cantidad mucho mayor, algo que no se puede ocultar a los ojos del comisario y del juez. En anteriores "trabajos", me ha dicho, la droga incautada asciende a cinco kilos, diez a lo sumo. Poca cosa como para que se ande comprobando si faltan unos cientos de gramos. Ahora estamos hablando de doscientos kilos de cocaína pura. De diez cajas de veinte kilos, donde una de ellas debe "desaparecer". Le he preguntado que si esa es la cantidad que se va a encontrar el operativo ¿a cuánto asciende la que en realidad manejan los traficantes? Ríos no lo sabía, pero imagina que si ellos daban un par de cientos de kilos a la policía es que estaban intentando meter una tonelada, como poco. ¡Una tonelada de cocaína! Los hijos de puta van a inundar el mercado con ese veneno y la policía —parte de ella— no sólo lo sabe, sino que va a participar en el negocio.

»Aún aturdido por la noticia, he escuchado cómo piensan robar los veinte kilos. La importancia del alijo es tal que la operación no pueden tratarla como de costumbre, con un operativo menor. El juez tiene que estar presente, se debe pesar la cocaína in situ y el secretario del juzgado debe levantar acta. Doscientos kilos es mucha tela. Le he preguntado por qué no se hacen con los veinte kilos directamente, antes de avisar al juez. Ríos se ha reído de mi ocurrencia. Asegura que los traficantes no quieren entregas directas, ni intermediarios, no quieren caer en ninguna trampa, sólo se fían de Tony. Dejan las cajas en el lugar indicado y avisan con el tiempo justo. Tony llama a uno de los inspectores de la brigada, o al comisario directamente, y van a por ellas. El que recibe la llamada no tiene por qué estar en el ajo, generalmente no lo está. Así que es imposible hacerse con la droga antes de tiempo. Ríos me ha repetido que cuando la cantidad es pequeña no hay problema, todo queda dentro de la unidad y se agencian el soborno sobre la marcha, pero este caso es bien diferente: el juez, el inspector jefe, el comisario y gente del juzgado estarán con ellos.

»Entonces, ¿cómo pensáis haceros con la droga?, ha sido mi siguiente pregunta. "Ahí es donde entras tú", ha manifestado Ríos: "La droga va a entrar en un barco dentro de unos días. La fecha y el nombre del buque me lo confirmará Tony cuando corresponda. Seguramente, en el momento que llegue el operativo a bordo, el barco estará desierto y sólo nos estará esperando la cocaína. El procedimiento normal es pesar las cajas aprovechando la báscula de algún tinglado del puerto y luego transportarla a la comisaría donde se volverá a pesar, todo con la vigilancia del personal del juzgado. En las dependencias de la policía estará un par de días. Allí se anotarán las cantidades sustraídas para análisis y otras pruebas del laboratorio, estamos hablando de muy poca cocaína, una cantidad insignificante que, no obstante, necesita del permiso correspondiente del juez para poder manipularla. Después de cuarenta y ocho horas, como máximo, la droga se llevará al crematorio para su incineración. Antes de proceder a la quema se volverá a pesar y se levantará de nuevo acta ante

la presencia de personal del juzgado. Como ves, la cosa está difícil para hacernos con el diez por cien que nos corresponde. Pero lo vamos a hacer. ¿Cómo? Muy sencillo, vamos a cambiar una de las cajas por otra con droga adulterada. A la hora de las pesadas no se darán cuenta y si quieren comprobar la droga antes de incinerarla tampoco lo notarán".

»En ese momento, Ríos se encontraba muy abierto a cualquier duda que yo pudiera tener. He aprovechado la circunstancia y he seguido con las preguntas aludiendo ignorancia —que, por otro lado, es cierta— sobre el tema. A mi pregunta de cómo es posible que gente de la brigada no se dé cuenta del cambiazo me ha respondido con un tajante: "Sólo podrían notarlo mediante un análisis. Si la prueban en el crematorio, por ejemplo, y tienen la suerte —mala suerte para nosotros— de elegir la caja con la droga adulterada, estoy seguro de que dará el pego. Tenemos cantidad suficiente para cortar hasta veinte kilos, es una lástima no haber conseguido más, porque nos habríamos saltado el diez por cien teórico que nos corresponde y nos hubiéramos ido a por el cambiazo de dos o más cajas. El caso es que sólo hemos podido reunir un par de kilos y de ahí hemos sacado los dieciocho restantes añadiendo lactosa, tiza, bórax y otros productos del mismo aspecto que la coca para darle peso. Después lo hemos mezclado con novocaína, benzocaína y lidocaína que son anfetaminas, congelantes y anestésicos que provocan el mismo efecto de boca adormilada de la cocaína. Es decir, vamos a cambiar dos kilos de droga pura por veinte y nadie lo va a notar". "¿Y de cuánto dinero estamos hablando?", quise seguir tirándole de la lengua. "Veinte kilos de coca limpia pueden ser cien millones de pesetas para nosotros, el intermediario las podrá vender a ocho millones el kilo, o más, que es lo que se está pagando ahora antes de cortarla. Esos veinte kilos pueden suponer más de cien convenientemente tratados". Y muchísimas dosis en las ciudades de toda España, pensé, con el consiguiente peligro de los efectos secundarios de toda esa porquería que le meten: hemorragias nasales, paros cardíacos, muerte por sobredosis y todo tipo de secuelas irreversibles. Estaba asqueado, pero seguí preguntando, aún no me había dicho qué pintaba yo en todo eso. "Cuando sepamos los días que la droga va a estar en comisaría te lo comunicaremos. Tendrás que cambiar la guardia para estar al frente de las dependencias la noche anterior a la incineración de la droga. No queremos que haya nadie de narcóticos en el turno de guardia para evitar cualquier tipo de suspicacia. Tú eres la persona ideal. Un inspector de Homicidios, intachable, que nada tiene que ver con la Brigada de Estupefacientes. Ya ves que te tenemos en mucha estima. No tendrás que hacer gran cosa, sólo dejarnos pasar. A lo largo de esa madrugada daremos el cambiazo bajo tu atenta vigilancia y protección. ¿Alguna duda?".

»Te tenemos en mucha estima… será cabrón. Alguna duda, dice… No, no tengo ninguna duda, su plan está meridianamente claro. Mis dudas son



otras y, desde luego, no aptas para los oídos de Mario Ríos.

Un escalofrío de melancolía le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Sam no se había percatado, hasta ese momento, de lo mucho que añoraba pisar la comisaría, saludar a los compañeros, sentarse en su puesto de trabajo y, en definitiva, volver a su vida de siempre.

Pero no regresaba para trabajar. Estaba citada para declarar. Y encima era Hidalgo el que la había llamado.

—¡Qué alegría verte de nuevo! —Hidalgo se comportaba como si nada hubiera pasado entre ellos. El inspector le tendió una mano que quedó suspendida en el aire, esperando un saludo que nunca llegó—. Vale, siéntate —dijo Hidalgo resignado.

Sam obedeció y se acomodó en la silla que tantas veces había utilizado. Estuvo tentada de apoyarse en la mesa, invadir la superficie metálica con sus dos codos para descansar la mandíbula entre las palmas de las manos, mirar a Hidalgo fijamente y comentar el siguiente movimiento del caso. Estuvo a punto de revolverle los papeles en busca del dosier que Hidalgo ya habría abierto, con las fotografías del cadáver, con el informe preliminar de Santi y las transcripciones de los testigos. Estuvo a un paso de echar un vistazo al contenido de las diligencias de prevención, al escrito del levantamiento del cadáver, a preguntar a su jefe si el forense estaba realizando la autopsia, si la gente de Santi estaba procesando la escena del crimen. Estuvo a un tris de ponerse las pilas y llevar las riendas del caso, de sugerir a Hidalgo las líneas de investigación, de proponerle cuáles debían ser los primeros interrogatorios.

Pero Sam no hizo nada de eso. Lo deseaba, pero no podía hacerlo. Ya no pertenecía a ese mundo.

—Ya sabes por qué estás aquí… —Hidalgo no daba con las palabras adecuadas para empezar a interrogar a la que había sido su compañera durante tantos años.

—No, no lo sé. No sé qué cojones hago aquí.

—Esta noche…

—Esta noche ya dije todo lo que tenía que decir. —Sam se refería al interrogatorio al que se vio sometida en la escena del crimen por el inspector de guardia. Nada más ver el cadáver y después de auxiliar a Machuca, lo primero que hizo fue llamar a la policía, ya no había manera de tapar más el asunto. De hecho, el agente que acudió la amenazó con detenerla por encubrimiento de un delito. Le echó a Sam en cara su poco afortunada decisión de no avisarles en cuanto supo lo del secuestro. Sam lo mandó a tomar por culo y se fue andando hasta su vehículo sin atender a las protestas del sorprendido policía ni a la cantidad de agua que seguía cayendo.

—Sam, de verdad, no entiendo qué tienes contra mí… —Hidalgo probó con un acercamiento personal, pero el silencio de la detective

no le aclaró la razón de esa repentina enemistad que se había declarado entre ellos tan sólo unos meses atrás. Por ese lado Hidalgo no tenía nada que hacer. Así lo entendió y volvió al asunto que le concernía: el secuestro de un niño que se había convertido en un caso de asesinato al haberse cobrado ya una víctima. Todo parecía indicar que el finado se trataba de uno de los secuestradores. Probar esa circunstancia se había convertido en la primera prioridad. Para ello, Hidalgo necesitaba, más que la declaración de Sam, su opinión acerca del caso. Estaba como perdido sin el análisis de su compañera. Se había acostumbrado tanto a la rapidez y claridad de ideas de Sam que ahora sentía un vacío parecido al que llegó a experimentar cuando se enfrentó a su primer caso, como si de repente la experiencia acumulada en todos esos años hubiera desaparecido.

—Me gustaría oír tu versión de los hechos. Esteban Machuca ya nos ha contado…

—Ya sé que ha pasado toda la noche en comisaría —le cortó Sam —. No sé cómo no os da vergüenza. Conmigo no habéis tenido cojones.

—No te pongas así. Ni que fueras su abogado. Por cierto, el letrado ha estado con él todo el rato y su mujer también. Los dos nos han puesto al día del secuestro y Machuca ha sido muy minucioso en el relato de los hechos.

—No me extraña, una noche entera da para mucho.

La actitud hostil de Sam no ayudaba nada a Hidalgo que ya se estaba empezando a impacientar. Optó por cambiar de tema una vez más:

—Sam, entiendo que ahora tienes un trabajo diferente, que te debes a tus clientes y todo eso, pero hay una cosa que no me explico: ¿por qué has tenido que amenazar con una pistola a un ciudadano libre? La gente tiene sus derechos…

—No sé de qué me estás hablando.

—Lo sabes perfectamente. Me refiero a Antonio Rivas. Sabemos que has atacado a su chófer y le has apuntado a él con un revólver. Me gustaría saber qué coño está pasando.

—Pregúntatelo tú mismo y luego me cuentas lo que te has respondido.

—¿Qué quieres decir?

—Que a mí también me gustaría saber cómo te has enterado. Ya veo que ese gordo grasiento tiene bula papal. A lo mejor es que ahora los que mandan en la policía regentan casas de putas y no me he enterado.

Hidalgo no pudo contestar porque en ese momento alguien entraba en su despacho. Era O'Malley que se colaba sin llamar. Su intrusión parecía justificada con algún asunto urgente. Su rostro así lo reflejaba.

—*Sorry*, no sabía que estabas reunido. Tengo una noticia sorprendente, vengo del depósito de cadáveres…

—¿Sí? —preguntó Hidalgo. Sam también se giró muy interesada para ver a ese tipo rubicundo que había irrumpido en el despacho como una exhalación.

—Resulta que el muerto de la cabeza…—el inglés levantó la mano, apuntando con el dedo índice al techo, y la giró en el sentido de las agujas del reloj—, *backward-facing*…, resulta que el tío ese es Bobby.

La enfermería de la cárcel era muy pequeña en proporción al resto del centro penitenciario. Era un módulo de dos habitaciones: por un lado, estaba la consulta que a la vez era sala de curas y quirófano, todo en uno, y por otro, la sala donde se hallaba Cisco. Allí se habían habilitado cuatro camas convencionales para los enfermos, iguales a las de cualquier celda, y una más alta con ruedas, como las utilizadas en las UCI, separada del resto por un biombo y conectada a distintos aparatos. En esta última descansaba Papi. Cisco le hacía compañía sentando en una silla metálica. Papi estaba cubierto de vendas de los pies a la cabeza, tenía un brazo y una pierna escayolados y le habían cogido una vía en el brazo sano para administrarle alguna medicina y/o alimentos a través de un gotero. Su aspecto era lamentable y se quejaba de vez en cuando sin abrir los ojos, frunciendo el ceño con un gesto de dolor, como si estuviera soñando, como si todavía estuviera recibiendo los golpes. Cisco no sabía si eran los analgésicos, o lo que fuera que le estuvieran dando, lo que le mantenía en ese estado de semiinconsciencia, o si simplemente estaba así por la bestial paliza sufrida el día anterior.

Papi se despertó. Le costó un mundo abrir los ojos, pero finalmente lo hizo y lo primero que vio fue el rostro de su amigo.

—Papi, tienes más vidas que un gato —dijo Cisco esbozando una sonrisa parcialmente forzada. El gitano le cogió a Papi los dedos que asomaban por la escayola que, a su vez, asomaba entre las sábanas por el costado de la cama. Parecía que a Papi le hubieran puesto un mitón blanco para proteger la mano del frío. Algo parecido a un repelús fue lo que Cisco sintió cuando puso la suya sobre los dedos helados del viejo recluso.

Papi intentó estirar la comisura de los labios para sonreír, pero el gesto se transformó en una mueca de dolor.

—¿Te duele?

—Sólo cuando me río —acertó a decir Papi con atonía.

—¿Quieres que avise al enfermero para que te den algo?

—No te preocupes, estoy bien. Es el pecho, cada vez que respiro profundo… Tengo que aprender a respirar de otra manera.

Cisco sentía entre lástima por su amigo y rabia por el que le había hecho esa salvajada. Por lo visto le había roto cinco costillas, y se podía decir que había tenido suerte de que el pulmón no saliera dañado de aquella escabechina. Todavía faltaba por confirmar otro tipo de lesiones: aún tenían que hacerle un reconocimiento más completo en el hospital. En una hora estaba previsto el traslado, eso es lo que le habían anunciado a Cisco unos minutos antes.

—Ese hijo de puta… Fue Martín, ¿verdad? —inquirió Cisco.

—Ya no importa quien fuera.

—¿Cómo que no? Tienes que denunciar a ese cabrón.

—Déjalo estar…

—Papi, hay que terminar con los abusos de ese tío. —Cisco soltó la mano helada de Papi y acercó la silla a la cabecera de la cama—. Te ha *amenazao*. Es eso ¿no?

—Calla, no insistas, no merece la pena…

—¿Qué te hizo? ¿Te atacó al salir del patio?

—No. Me llevó a una celda de aislamiento. Yo protesté… Que no podía encerrarme allí, que no había hecho nada. Pero él no escuchaba. Entró también y cerró la puerta. Sabes que la celda está insonorizada. —Papi relataba los hechos como si los estuviera viviendo de nuevo—. Empezó a golpear con todas sus fuerzas. Oí un chasquido, y luego otro, me estaba rompiendo por dentro…, por dentro, ¿sabes? —Papi sollozaba. Se avergonzó de su llanto y giró la cabeza para que su amigo no lo viera.

—Ese cabronazo tendrá su merecido. Lo juro —sentenció Cisco.

—No, no... No hagas nada. No debes hacer nada. —Papi volvió la cara, ahora su gesto anunciaba ansiedad—. Me ha dicho que si digo algo ordenará un registro de la celda. Que está seguro de que descubrirán algo debajo del colchón de mi litera. Y ya sabes lo que eso significa: adiós a la libertad condicional.

—¡Será hijo de puta!

—Tienen la sartén por el mango. Aquí dentro funcionan así las cosas. Hay que conseguir salir, eso es lo que hay que hacer.

Cisco no parecía muy convencido. Papi vio reflejado en el rostro de su amigo la rabia interior que lo consumía:

—Dentro de poco seré un hombre libre. —Papi se refería al traslado al hospital. Tenía razón: ya no volvería más a la prisión. En cuanto se recuperase, cuando dejara el centro sanitario, sería libre por primera vez en muchos años—. Lo demás no importa, ¿entiendes? Ahora nada debe impedir que yo salga de aquí. Tienes que prometérmelo: déjalo estar, por favor.

La maniobra de Hidalgo no le había pasado desapercibida a Sam. La detective conocía demasiado bien al veterano policía; y viceversa.

Hidalgo sabía que su conversación con Sam estaba abocada al fracaso, que había terminado antes de arrancar. Fue la llegada de O'Malley la que le dio la idea: aún era posible acceder a Sam con un interlocutor ajeno a la comisaría. Y más si era extranjero, tal era la curiosidad innata de Sam. Por eso decidió dejarlos solos. Después de hacer las presentaciones de rigor, lanzó una pobre excusa —demasiado poco creíble ya que dijo que tenía que informar a Ramírez, cuando Sam conocía su aversión al comisario— y abandonó el despacho.

—Así que tú eres la famosa Sam —dijo O'Malley para romper el hielo que notó al llegar y que parecía proceder de un glaciar situado en el corazón de la Antártida.

—La misma, ya veo que Hidalgo te ha puesto al día. —«Mal asunto», pensó Sam, «habrá que tener cuidado en lo que le digo a este fulano».

—Me ha hablado muy bien de ti. Me ha contado tus hazañas como si me estuviera relatando una *movie.*

—Entonces poco ha tenido que contar.

—"Las aventuras de Sam". —O'Malley leía un imaginario cartel luminoso que estaba enmarcando con sus manos.

—Creo que has visto demasiadas películas…

—Pero me falta la tuya. ¿Me darás un autógrafo?

—Claro, ¿qué pongo en la dedicatoria?

—Algo cariñoso, *of course*. —O'Malley le guiñó el ojo a la detective y le pareció que la rocosa Sam se ruborizaba ligeramente.

—Me da la impresión de que tu afición por el cine es una tapadera —dijo Sam negando con la cabeza.

—¿Una *ta-pa-de-ra*? —le costó pronunciar al inglés.

—Una excusa para otros fines —le aclaró Sam alargando la última palabra, aunque por el gesto de pícaro que O'Malley esbozaba se imaginó que sobraba la traducción.

—Vamos, que se te ve algo *salido* de rosca —apuntilló la detective con retintín.

—Te refieres a la tapa.

—No, al recipiente entero.

—Ya, bueno… —se rindió el inspector antes de cambiar rápidamente de tercio para seguir con el flirteo— ¿Sam viene de *Samantha*?

—De Casandra. —El inglés ya llevaba unos segundos sonriendo abiertamente. Gracias al gesto parecía que las pecas de su rostro cambiaban de lugar. Sam sonrió también—: ¿Y O'Malley es escocés?

—*Irish*. Pero me puedes llamar "Al".

—¿De Alejandro? O de Alexander, claro. —A la detective le estaba gustando el juego, y el jugador. Aquel sujeto con acento de turista despistado, y pelirrojo como una zanahoria, tenía un atractivo

especial. Desde luego era muy simpático. Y parecía estar a su nivel, en todos los sentidos: en el ingenio, dada la rapidez de las respuestas, y en la estatura, seguro que no llegaba al metro sesenta y cinco.

—No, de *Aloysius*.

—¿Aloysius? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Un nombre irlandés. ¿No te gusta? A mí Casandra me parece más bonito que Sam. Creo que te voy a llamar Casandra si no te importa…

—No me importa, puedes llamarme como quieras, Al… oysius, ja ja ja.

—Tú mejor llámame “Al”. *You can call me Al*, como la canción de Paul Simon.

—Sí, será mejor… —concedió Sam tan divertida que tuvo que desviar la mirada ante la insistencia del británico que ni siquiera parpadeaba. Al cabo de unos segundos y de dos carraspeos seguidos de Sam, la detective anunció algo más seca:

—¿Sabes que tengo un hermano en Irlanda?

—¿Cómo se llama?

—Tomás.

—No lo conozco.

Sam ya veía que iba a ser difícil hablar en serio con el británico.

—Vive en Belfast, pero hace tiempo que no sé nada de él.

—Yo soy de Belfast, de verdad. De madre católica y padre protestante. Soy la solución a los problemas del *country*. —La última frase la pronunció O’Malley con una fuerte subida de cejas y unos ojos de loco que volvieron a hacer reír a Sam—. De verdad —repitió.

—Ya veo. Y dime, Al, ¿qué haces tú aquí, tan lejos de tu “country”?

—Ahora poca cosa. La razón por la que estoy aquí se encuentra en el depósito de cadáveres.

—¿Buscabas al secuestrador?

—*Yes*. Sebastián Bocanegra, alias Bobby. Bueno, yo no sabía que había vuelto a las andadas tan pronto, pero sí, lo buscaba. Hacía diez días de su fuga y me mandaron colaborar con vuestra policía. Mientras investigaba el material recopilado en la prisión, me pareció que debía ayudar a Hidalgo con lo del secuestro, igual que él me estaba ayudando a mí. Cuando me dijeron que habían hallado un cadáver con la descripción de Bobby me acerqué a la morgue y, efectivamente, era él.

Sam descubrió con sorpresa que saldría beneficiada, y mucho, de aquel interrogatorio encubierto propiciado por Hidalgo. Resultaba que el inspector británico, además de agradable, era una valiosa fuente de información. Tan escasa de pistas estaba que cualquier ayuda era de gran importancia. Para ella, el muerto era un completo desconocido.

—¿Eres un experto en fugas? —Sam había tomado la iniciativa en la entrevista y preguntaba con soltura, llevando las riendas de la interpelación, al revés de lo que seguramente imaginaba Hidalgo.

—No. Soy un experto en *Bobby* —contestó Al—. Así le llamaban, por el parecido con el actor, con Robert Redford; al menos eso decían sus colegas. Yo fui el que lo detuvo. Fue una *coordinated operation* entre Portugal, España y el Reino Unido. Lo arrestamos en Albufeira, en el Algarve, después fue trasladado a la prisión en espera de la extradición a nuestro país donde tiene pendiente un juicio por secuestro.

—Otro secuestro…

—Sí, de la hija de un ciudadano británico que veraneaba en la costa portuguesa. Por suerte lo cogimos a tiempo y liberamos a la niña. En realidad, fue *an accident*, estábamos detrás de una banda organizada y cuando hicimos la redada nos encontramos con la pequeña. La tenían retenida en una mansión, en el chalé de un millonario ruso que resultó ser el jefe de la red de secuestradores, extorsionistas y ladrones que operaba en el sur de la península.

—¿Detuvisteis a todos?

—No, aunque por suerte sí a los cabecillas. Estaban bien organizados, por células. Creemos que Bobby era el jefe de una, la que se dedicaba al secuestro. Las células operaban de forma independiente y sólo uno de ellos se relacionaba con *the next level*, con el siguiente peldaño. Una estructura piramidal, mafiosa, donde Dimitri Kuztnesov era el que estaba en la cúspide, el dueño del *palace*.

—El de la mansión.

—Ese. “Un pájaro de cuidado”, se dice, ¿no? —Sam asintió y Al continuó—: Allí los trincamos a todos. En pleno *meeting* de “directivos”. Llevábamos planeando la operación tres meses.

—Es decir, cayeron los jefes, pero quedaron libres algunos indios.

—Sí, pero sin organización, *descapitados*.

—Descabezados —corrigió Sam—. Y algunos de esos “indios” son los que tienen a Diego. —Sam ya comenzaba a sacar sus conclusiones —. Los mismos que liberaron a Bobby.

—Pero algo debió salir mal, porque a nuestro “amigo” casi le desenroscan la cabeza.

—¿Y Kuztnesov? ¿Sigue en prisión?

—Sí. Lo tienen encerrado en un centro penitenciario de Lisboa. Es un descendiente de “los niños de la guerra” como los llamáis aquí. Su abuelo fue deportado a Rusia en la Guerra Civil y su madre se casó con un ciudadano soviético del que Kuztnesov ha heredado el apellido. Como muchas bandas del Este, primero se dedicó a la extorsión de compatriotas pertenecientes a la antigua URSS, era un *gángster* en toda regla: o pagas o te machacamos. Luego fue ampliando

su negocio incluyendo en el *catalog* robos y secuestros. Pronto se instaló en el sur de España y en el Algarve. Compró una red de locales que le servían para dos propósitos: blanquear dinero y ocultar los productos robados hasta darles salida. Uno de esos "locales" era el chalé donde salió *under arrest*. La suerte fue que cuando asaltamos la vivienda encontramos a la niña *in the basement*.

—Supongo que tendréis información de los que pertenecían a la banda y quedaron libres…

—De algunos sí, pero no de la mayoría. Los importantes están entre rejas.

Sam se quedó pensativa ante la última frase de O'Malley, lo que aprovechó el inglés para tomar la iniciativa.

—¿Y tú qué has averiguado? ¿Qué pasó realmente ayer en Camas?

—Pues nada que no sepáis ya.

—Creo que no es justo, yo te he dicho todo lo que sé, Casandra: *quid pro quo*.

—De verdad que no sabía nada de Bobby. Tan sólo era una voz en un móvil, una voz tapada por un pañuelo o similar.

—Pero has nombrado a los "indios". Y esto no es ningún *western*.

—Sí, creo que hay al menos una mujer implicada. Una rubia con…

—¿Gafas negras? —cortó Al.

—Exacto. ¿Sabes quién es? —Sam volvió de nuevo el interrogatorio a su sitio: con ella al frente.

—No. Pero estamos detrás de la *blonde*. Fue la que ayudó a escapar a Bobby. Tenemos su imagen grabada. Hemos sacado fotografías y las vamos a difundir a la prensa. A uno de los diarios ya se las hemos entregado: una empleada de "La Voz de Híspalis" ha estado esta mañana aquí por otro motivo, para hacer un reportaje sobre la policía, y hemos aprovechado para dárselas. En realidad, la imagen no nos ayuda mucho, puede ser cualquier persona con peluca… y esas enormes gafas oscuras…

—¿Cómo consiguió liberar a Bobby?

—Se hizo pasar por periodista, al parecer es de origen alemán.

—¿Y su nombre?

—Ulrike Hofmein. Falso, ya lo hemos comprobado.

—Ulrike Hofmein, periodista… ¿Ulrike Hofmein, periodista? —repitió Sam —. No, no puede ser, aunque… sí, claro... ¡Joder!

—*What happens*? —preguntó Al.

—Que nos enfrentamos a una tipeja de cuidado.

Ulrike es una mentirosa. Te regaña cuando no dices la verdad, pero es ella la que miente. No es justo. Y también engaña al invitado. El pobre está sufriendo. Eso no te gusta. Los niños sólo deben reír, y jugar. Le hace creer que va a volver con sus padres. ¿En qué quedamos? ¿No decía que ibais a

volver a vuestra vida anterior y que el niño os iba a acompañar? ¿A qué viene entonces decirle al pequeño que no va con vosotros? Y, por otro lado, ¿a qué espera para recoger las cosas? ¿No os tenéis que marchar enseguida? Tú ya has cumplido con tu parte. Has hecho lo que te ha pedido que hicieras. Sin dudar. Como siempre. Pero es ella la que no cumple lo pactado.

Es cierto que prometió recuperar al niño, y lo hizo. Cogisteis a Bobby desprevenido. No esperaba encontrarse con vosotros y se sorprendió al ver a Jess…, a Ulrike, quieres decir. Entonces lo atacaste. Le dio tiempo a sacar el arma, pero tú ya estabas encima: lo agarraste por las muñecas con fuerza y levantaste los brazos para que no pudiera apuntar a nadie con la pistola. Bobby lanzó un aullido cuando sintió que le rompías los huesos de la mano. Logró disparar al aire, pero al final no tuvo más remedio que soltar el arma. Ulrike la cogió del suelo y salió de aquella casa en ruinas empujando al niño que estaba muy asustado. Te quedaste solo con Bobby. Ya sabías lo que tenías que hacer mientras Ulrike esperaba afuera, en el coche. El trabajo fue fácil. Bobby apenas se resistió: manoteaba, te tiraba del pelo, pero enseguida cayó sin vida.

Llovía mucho y Ulrike suele conducir muy rápido. Eso te pone nervioso. El invitado estaba llorando, también tenía miedo. Se acurrucó contra ti y te agradó sentirlo de nuevo. Le dijiste a Ulrike que fuera más despacio, pero no te escucha cuando conduce. Después vino ese frenazo. Giraste la cabeza para mirar por la luneta trasera: habíais atropellado a un ciclista. Ulrike no se paró para ver quién era. La gente le da igual. Dice que las personas sólo importan cuando reportan alguna utilidad. No estás de acuerdo: a ti te importa ella, y también el invitado.

Ulrike siguió adelante hasta llegar a casa. Fue cuando le dijiste que tenía que cumplir lo prometido, que os teníais que ir. No te hizo caso, te mandó callar, te gritó y te dijo que te encerraras en tu cuarto. Protestaste y entonces abrió la caja de cerillas. Es verdad que lo que quería era encender un cigarrillo, eso lo viste luego, pero al principio pensaste que volverías a sufrir aquella pesadilla. Te tapaste la cara con el brazo y te agachaste en un rincón. Te pusiste a sollozar. Oíste cómo el niño preguntaba a Ulrike "¿por qué llora el Ogro Bueno?", entonces levantaste la vista para ver como Ulrike fumaba tranquilamente. Te pareció adivinar una sonrisa en sus labios, pero eso es imposible, debiste imaginarlo. No crees que a ella le guste hacerte sufrir. No puede ser. Ella te quiere. Te lo ha dicho muchas veces. Seguro que te quiere, no puedes dudarlo, a pesar de que hoy hayas comprobado que también te miente.

—Ulrike Hofmein. ¿Es qué nadie se ha dado cuenta? —lanzó Sam al aire.

—¿Cuenta de qué? —Hidalgo acababa de llegar, pero fue Al el que recogió el guante, aunque no sabía que hacer con él.

—¿Cómo se llamaba la banda terrorista más famosa de Alemania? —Sam propuso un acertijo.

—¿Te refieres a la *Baader-Meinhof*? —contestó Al.

—Exacto. Aquel grupo que acabó en la cárcel —confirmó Sam.

—A los que “suicidaron” en prisión —remató Hidalgo.

—Esos mismos —dijo Sam—. El líder era un izquierdista radical llamado Andreas Baader que fundó la banda junto a su pareja, Gudrun Ensslin, otra extremista. Después de varios atentados los metieron entre rejas, pero consiguieron fugarse aprovechando que una periodista llamada Ulrike Meinhof estaba entrevistando a Baader. Ulrike se unió a ellos en la fuga y de ahí viene el nombre de la banda.

—¡*Fuck*! —exclamó Al—. Ulrike Hofmein, el apellido al revés… Hofmein es *Meinhof*.

—La tía estaba avisando. Con toda la frialdad del mundo —concluyó Sam—. Debe ser una admiradora de la verdadera Ulrike que, por cierto, terminó sus días ahorcada, colgada de los barrotes de su celda.

—¿Queréis decir que ha imitado la fuga de Baader haciéndose pasar por periodista para liberar a Bobby? —Era un resumen, más que una pregunta, la que emitió un incrédulo Hidalgo.

—La rubia estaba tan segura de sí misma que reprodujo los hechos históricos con la confianza de que nadie se iba a dar cuenta —manifestó Al—. Añadió de su cosecha lo de la pistola de juguete y el secuestro del funcionario de prisiones, pero el resto lo estaba anunciando con su nombre falso. Nadie cayó en el detalle y se salió con la suya.

«Nadie hasta que llegó Sam», pensó Hidalgo que seguía admirando a su pequeña excompañera y disfrutaba viendo como entraba en el caso. Su idea de dejarla sola con O’Malley había dado sus frutos.

—Me tenéis que dar los detalles de la fuga —solicitó Sam al ver que el inglés había nombrado circunstancias que desconocía de la fuga y que podrían ser importantes.

—Precisamente en eso estaba, analizando el vídeo y los interrogatorios a los funcionarios. Si quieres venir a mi despacho allí tengo todos los datos… —propuso Al mirando primero a Sam y luego a Hidalgo para solicitar su permiso. Hidalgo asintió con un movimiento de cabeza.

—Luego me cuentas las conclusiones a las que habéis llegado —pidió y ordenó Hidalgo, a partes iguales, muy interesado en el tema después del nuevo giro que había dado el caso.

***

El puesto de trabajo que le habían asignado provisionalmente a O’Malley le resultaba familiar a Sam, tan familiar que era el suyo. Sam

se acomodó en el asiento que tantos días había ocupado, mientras Al se situaba a su espalda. El agente británico accedió al archivo de vídeo que mostraba las imágenes de la fuga para reproducirlo en el programa multimedia del HP. La detective no perdió detalle e intentó retener la mayor información posible en su memoria. Lo mismo hizo con las transcripciones de los interrogatorios a los funcionarios de la prisión. Fue una de aquellas entrevistas la que más le llamó la atención.

—Ese tal Martín fue el que utilizaron como rehén para escapar, ¿verdad?

—*You're right*. Primero hablamos con el alcaide y más tarde con Martín, que nos confirmó todo lo que nos había adelantado el director de la prisión.

—¿Cómo valorasteis la descripción que hace del tercer miembro de la banda? El que le asestó el golpe y lo dejó K.O.

—Nos parece poco coherente. Debía estar bajo los efectos del *shock*.

—Eso es lo que me temía que ibas a decirme.

—¿Me lees los pensamientos, Casandra?

—No, lo que he leído es el informe, y yo sí creo lo que dice Martín.

—Menos mal…

—¿Menos mal?

—… que no lees mis pensamientos…

—Déjate de zalamerías. Lo que dice Martín coincide con lo que vi ayer por la noche, cuando un coche estuvo a punto de atropellarme.

—*What*?

—Que casi no lo cuento.

—Casandra, tienes que decirme todo lo que pasó, *please*.

Sam no se había dado cuenta hasta ese momento lo mucho que le agradaba que le llamaran por su nombre de pila. Probablemente se debía a que nadie lo hacía. Paradójicamente, que alguien la llamara Casandra era un síntoma de familiaridad, cosa que no ocurría con su apodo de siempre. Todos, amigos y no tan amigos, la conocían por Sam, o por la subinspectora Torres. Nadie se había atrevido a llamarla de otra forma porque a nadie se le había ocurrido tomarse esas confianzas con ella. Sin embargo, en muy poco tiempo, aquel inglés colorado como un centollo escaldado ya había establecido esa complicidad con ella. Una complicidad que no llegaba a desagradar a Sam y que provocó el efecto deseado por O'Malley: que Sam le relatara todo lo ocurrido en la noche de autos.

La detective se deslió el fular que tenía alrededor del cuello, lo hizo por la repentina ola de calor que estaba sintiendo, pero parecía que se estuviera deshaciendo del obstáculo que la impedía hablar con sus excompañeros. Una vez libre del pañuelo comenzó su relato.

Habló de la aproximación al lugar donde se debía entregar el dinero, incluyendo las llamadas del secuestrador al móvil de Machuca; del cambio de transporte que se vio obligada a efectuar para adentrarse en el sendero; del disparo, del intento de atropello y de la visión espeluznante de aquel rostro deforme, que coincidía con la declaración de Martín. También del hallazgo del cadáver. Al tomó buena nota de todo y comentó con Sam un par de detalles: creían que Ulrike padecía alguna enfermedad, posiblemente úlcera, y sabían que fumaba como un carretero. Sam se había fijado en esto último mientas analizaban el vídeo: la marca de tabaco mentolado ya la tenía registrada en su memoria.

—Según tú, cuáles deberían ser los pasos a seguir en la investigación. —O'Malley iba directo al grano, consecuente con los halagos que Hidalgo hacía de Sam y de su claridad a la hora de actuar y resolver un caso.

—Hay que averiguar todo lo posible acerca de Ulrike Hofmein, o cómo coño se llame. Yo miraría en personas fichadas, en delincuentes buscados o reclamados por Alemania o por la INTERPOL. Repasaría la información que tenéis del grupo mafioso del Algarve a ver si hay alguna referencia a Ulrike o al tercer hombre —alguien así os debería haber llamado la atención—. También interrogaría al "amigo" Kutznesov y a los secuaces que tenéis encerrados, a pesar de que lo más probable es que no se consiga nada por ese lado. Donde si puede que se saque algo en claro es de las visitas que ha recibido Bobby mientras estuvo en la cárcel y de las compañías que frecuentaba en prisión. Me parece muy extraño —y precipitado— que al poco tiempo de la fuga se metiera ya en otro secuestro. Eso quiere decir que mientras estaba en chirona, él, o su banda, se ocupaban de planearlo todo. Por supuesto, hay que enseñarle las fotos de Ulrike a la mujer de Machuca, seguro que reconoce en ellas a la "estudiante", pero hay que comprobarlo.

El inglés no daba abasto y apuntaba sin parar en su libreta cada una de las ideas de Sam. Desde luego todas le parecían lógicas, y ahora veía a que se refería Hidalgo cuando ponía por las nubes a la detective y destacaba la forma que tenía de enumerar con claridad meridiana las posibles líneas de acción.

—Habrá que investigar también las llamadas al móvil de Machuca —continuó Sam—. Las que se recibieron en su oficina, y las que luego recibió él en su casa y en el coche. Mucho me temo que será una investigación baldía, pero hay que hacerlo. Del automóvil que casi me atropella no se puede sacar casi nada: imposible distinguirlo bien con la que estaba cayendo, y ya no digamos ver la matrícula. Lo único que puedo decir es que era de color rojo, pero el modelo podría ser cualquiera de los utilitarios del corte del Mazda 3 o el Kia. Es posible

que sea robado, habrá que comprobar las denuncias más recientes. —Sam respiró hondo, se recolocó las gafas que casi tenía por los suelos y prosiguió—: Luego habrá que esperar el informe de la policía científica, supongo que estarán procesando el cadáver y la escena del crimen. Hay que determinar qué es lo que pudo ocurrir entre los miembros de ese peculiar grupo para que uno de ellos terminara con el cuello partido. Eso nos llevará a conocer lo que pretenden hacer con el chico. Por supuesto, hay que tener intervenidos los teléfonos de Machuca, es posible que vuelvan a intentar hacerse con el rescate.

—*I hope so* —dijo Al—, por el bien del niño.

***

Lo malo no era haber caído en la trampa que Hidalgo le había tendido, sino haberlo hecho de forma consciente. Sam se dio cuenta de que no era tan fuerte como ella se creía. Su debilidad era consecuencia directa de lo bien que se sentía en la comisaría trabajando en un nuevo caso. Aunque eso no era lo único que la empujó a ayudar a Hidalgo. Había que añadir una sensación que creía olvidada definitivamente: ¿Qué le estaba pasando con el inglés? No se atrevía a pronunciar el nombre de los síntomas que sentía.

La detective respiró hondo para ordenar su mente y conseguir sobreponerse a aquellos sentimientos que estaban a punto de sobrepasarla. Lo logró parcialmente mientras hablaban de la personalidad de la secuestradora, una mujer fría, calculadora, temeraria y peligrosa; de la promesa de Al de consultar a sus amigos de la INTERPOL; y de volver al centro penitenciario a investigar todas y cada una de las sugerencias de Sam. Así terminó lo que finalmente fue una reunión de trabajo más que un interrogatorio a una testigo.

—Muchas gracias por la colaboración —dijo Hidalgo.

—No creas que lo hago por ti. —«Lo hago por el pelirrojo», pensó Sam mientras decía otra cosa bien distinta con tono desabrido—: Lo hago porque aún tengo un trabajo pendiente y un cliente que me paga por mis servicios. Tengo que encontrar a ese niño y me parece bien que unamos nuestras fuerzas para conseguirlo. —«Juntos, pero no revueltos», esas palabras no llegaron a salir por la boca de la detective, ni tampoco las que pensaban que lo de *revueltos* no estaría nada mal siempre que fuera con el inglés. «¡Qué me ocurre, por Dios!», a Sam ya le estaba preocupando esa obsesión repentina y lo malo es que veía por el rabillo del ojo cómo el inspector británico no dejaba de mirarla.

—De cualquier forma, muchas gracias —repitió Hidalgo algo desinflado.

«De nada», ocultó Sam. Se dio media vuelta y salió del despacho rectangular sintiendo cómo se clavaban en su espalda los ojos de Al.

Antes de abandonar la comisaría, Sam se pasó por algunas oficinas para saludar a los viejos amigos, pero también para conseguir cierta información. Primero, fue al laboratorio a ver a Santi. El policía científico se hallaba inmerso en una prueba, analizando una colilla encontrada en el lugar del crimen, y se sorprendió por la visita. A la primera reacción de alegría le sucedió otra de reticencia. Santi era un profesional de lo pies a la cabeza y no desconocía lo ilegal que podía ser darle información reservada de un caso a alguien ajeno a la policía o al juzgado. Sin embargo, la amistad entre los dos pudo más y, aunque no le dio a Sam nada por escrito, si le puso al día de las investigaciones preliminares en la escena del crimen. Hablaron de la fuerza casi inhumana del asesino al romperle las vértebras cervicales de esa forma a Bobby. De las huellas de los dedos halladas en el cuello de la víctima, que ya estaban procesando y que pertenecían a dos enormes manos, y de los restos de pólvora en el brazo del muerto. También le adelantó que era muy posible extraer ADN del cigarrillo que estaba procesando. Sam dio por hecho que pertenecía a Ulrike debido a que se trataba de la marca Camel Cool. Con la promesa de que la expolicía no iba a revelar la filtración de Santi, se despidió del hombre de la bata blanca y las gafas redondas y se encaminó al habitáculo que pertenecía al inspector Solís, en la segunda planta. Allí estaba Germán, sentado en su silla giratoria, con los cuatro ridículos pelos incrustados en la calva, intentando cubrir sin éxito el enorme espacio vacío. Germán Solís era, posiblemente, el policía menos competente de la comisaría, pero tenía un sexto sentido para los problemas. De hecho, fue el único que no saludó efusivamente a la detective. El único que le preguntó “qué quieres” antes de estrecharle la mano. No le faltaba razón porque Sam enseguida puso las cartas sobre la mesa: quería que su antiguo compañero le hiciera un favor. Le largó un papel doblado con un número de teléfono, una hora y una fecha y, prácticamente, le ordenó que fuese a la sección correspondiente a buscar las llamadas que se hicieron a ese móvil el día señalado y a la hora en cuestión. Solís se negó y Sam le recordó cierto incidente.

—Aquello ya te lo pagué con creces —protestó Solís.

—De eso nada, Germán. —Sam sabía perfectamente como presionar al pusilánime inspector—. Un favor que te pido por los viejos tiempos y mira cómo te pones. Recuerda que si no llega a ser por mí, Ramírez te hubiera dado una patada en el culo y ahora estarías vendiendo castañas en la Plaza Nueva. —Sam se refería a la vez en la que tuvo que mentir para tapar una grave negligencia de Solís que permitió la fuga de un detenido—. Como comprenderás ahora ya no tengo nada que perder si le voy con el cuento al comisario. —Los argumentos de Sam eran tan contundentes que Solís

después de rezongar inútilmente no tuvo más remedio que acceder a la petición.

Con ese último trámite, Sam dio por terminada la jornada en la comisaría. Ahora sólo le restaba esperar a que Solís diera con la persona que llamó a Cisco el día que llevaban al Moro al juzgado. Fue entonces cuando pensó en Merche y sus gestiones encaminadas al mismo resultado: ¿Cómo le habría ido a su amiga reportera?

Merche no dejaba de mirar el móvil. Wato no apartaba la vista de su nueva amiga. Habían estado jugando toda la tarde con el ovillo de lana, pero el enfado de Rosita acabó bruscamente con la diversión. Con suerte, a este paso tendré listos los patucos para cuando nazca el hijo de Pablo. No exageres mamá, Wato tiene que hacer algún tipo de ejercicio si no se va a convertir en una masa informe de pelo con patas. Merche no se daba cuenta, pero Wato y ella ya eran íntimos. Jamás se habría imaginado que terminaría llevándose tan bien con uno de aquellos animales con fama de siniestros y ariscos. Qué equivocados estaban los que pensaban que los gatos eran antipáticos. Se acabó el juego, Wato, además espero una llamada.

Eran las siete de la tarde, Cisco debía estar a punto de comunicarse con ella. En eso habían quedado. A los reclusos les dejaban telefonear cinco veces por semana, y alguna más en situaciones excepcionales como avisos a las familias por traslados imprevistos, o al abogado por alguna circunstancia nueva en el procedimiento judicial. Que recibieran llamadas era más complicado, sólo se les permitía en caso de urgencia. Así que optaron por la primera opción: la comunicación desde la prisión.

Merche ya tenía lista la cinta con la grabación y debía hacérsela llegar a Cisco de alguna manera. Ese era el problema: ¿cómo hacerlo sin llamar la atención? Desde luego, llevar la grabadora a la prisión y concertar una cita como la última vez estaba descartado. Tampoco podía mandarle un paquete, seguro que registraban todo lo que entraba en el centro penitenciario. Sólo le quedaba una cosa por probar.

Su amigo se estaba retrasando. ¿Habría tenido algún problema? Merche seguía obsesionada con el hecho de que Cisco no lo estaba pasando nada bien y estaba segura de que le ocultaba algo. Por la mañana, aprovechando la entrevista en la comisaría del distrito Poniente, estuvo tentada de pedirle a Hidalgo que se interesase por el gitano, pero al final no lo hizo, consciente de que eso se saldría de las competencias del inspector y podría ponerlo en un aprieto. No quería perjudicar a Hidalgo, sobre todo después de lo bien que se había portado con ella. Al finalizar la agradable entrevista, la acompañó

hasta el despacho de Ramírez, un sujeto advenedizo, con el rostro comido por la viruela, que se condujo con ella de forma untuosa, y que fue muy desagradable con Hidalgo. En el distrito Sur tuvo más suerte: Joaquín Casares resultó ser un encanto, un tipo enorme, redondo y amable. Su jefe, el comisario Jorge García Ivárs, parecía inaccesible detrás de esas oscuras gafas, pero enseguida se mostró también de lo más solícito. Casares le dijo a Merche que el comisario tenía una enfermedad, fotosensibilidad o algo así, que le obligaba a llevar las lentes incluso de noche. Una dolencia provocada por las heridas sufridas en acto de servicio, durante un tiroteo. Vamos, que era todo un héroe. A Merche le resultó hasta atractivo su porte elegante y conspicuo, su distinción subrayada por el abundante y perfectamente peinado pelo blanco y el contraste con el negro de las gafas de sol.

En general, todo se le presentó a Merche de cara, mucho más fácil de lo que pensaba. Roberto había tragado con el reportaje sin preguntar demasiado por él, lo cual era lógico porque en ese momento su primera prioridad era el caso del niño secuestrado. Iban a colocar la fotografía del pequeño en primera página con una llamada de atención para el público y el teléfono de contacto con la policía. Merche casi no podía mirar la imagen del niño porque de inmediato se ponía en la piel de los padres. La desazón al entender que eso le podría pasar a cualquiera, a alguien como ella, por ejemplo, le impedía respirar. Pablo en manos de un extraño, con su vida corriendo peligro; era algo insoportable, que dolía sólo con pensarlo.

A las siete y cinco sonó el móvil. Hola, Cisco, ¿cómo estás? Muy bien señorita, contento de escucharla. Merche debía tener cuidado con lo que decía, Cisco se lo había advertido: era muy normal que las llamadas fueran intervenidas y grabadas. Por eso procuraron no hablar de nada sospechoso. Lo único extraño fue una pregunta que Merche le hizo: si tenían ordenador en la cárcel. Tenemos uno en la biblioteca. Los viernes, es decir, mañana, me dejarán usarlo una media hora. Es que quiero mandarte una foto de Pablo, verás lo grande que está. Gracias, me hace mucha ilusión. Ya me contestarás que te ha parecido el peque. Merche le pidió el correo electrónico y, tras unos minutos más de conversación intrascendente, se despidieron efusivamente hasta la siguiente ocasión.

La reportera estaba segura de que Cisco, a esas alturas, ya se habría imaginado lo que pretendía hacer: el mensaje llevaría adjunto algo más que unas fotografías del bebé.

PAPI

«La lista de barcos para las próximas semanas es enorme. Los traficantes han elegido muy bien, saben que septiembre es temporada alta en la ciudad, y más con la Exposición Universal en pleno apogeo. Con miles de visitantes, y decenas de barcos entrando y saliendo a lo largo del mes, la cosa se pone cruda para intentar adivinar cuál de todos ellos es el que transporta la droga. Acabo de llegar de dar una ronda por los puertos cercanos a la ciudad. He estado primero en puerto Gelves, luego en el Club Náutico y, por fin, en la Comandancia de Marina. No me han puesto impedimentos para acceder a los registros de los buques, yates y veleros que tienen prevista la entrada. El problema es que son demasiados. Y de todos los tamaños: desde barcos mercantes de cabotaje, bulk carriers de veinte o treinta mil toneladas, hasta pequeños fisher a motor que no llegan a seis metros de eslora. Tengo que hacer una selección porque mil kilos de droga no caben en cualquier bote. Creo que voy a eliminar los yates y veleros menores de diez metros, pero aun así la lista sigue siendo demasiado extensa. Sólo mañana entran media docena: "Niágara", "Sesuko Maru", "Altaír",… El tema está complicado, teniendo en cuenta que no cuento con nadie más para que me ayude en la investigación.

»Después de mucho pensar, lo que me he propuesto es ir a por el premio gordo: a por toda la droga. Debo interceptar la tonelada de cocaína antes de que se lleve a cabo el cambiazo en la comisaría. Para ello había pensado en mantener controlado a Antonio Rivas. Es el cuello de botella de todo este asunto, el enlace entre los traficantes y Ríos, por él tiene que pasar la información de dónde se halla la droga. El problema es que cuando Tony suelte el falso chivatazo, o antes, cuando reciba la noticia, es muy posible que los mafiosos ya estén a muchos kilómetros, con el noventa por cien de la droga en pleno proceso de circulación. Hay que evitar que eso ocurra. La prioridad debe ser impedir que se distribuya la cocaína.

»Mi empeño también incluye el apresamiento de toda la banda. Desde los camellos hasta los policías corruptos. Y digo policías, en plural, porque está claro que Ríos no opera solo. En más de una ocasión, durante la entrevista en el telecabina, se le escapó un "nosotros" refiriéndose a que son varios los que van a dar el golpe. Cada vez me cuesta más creer que toda esta nauseabunda organización opera sin la connivencia de Ramírez, del inspector jefe de la Brigada de Estupefacientes. Para que la jugada les funcione tan bien, y tanto tiempo, Ramírez tiene que estar de mierda hasta el cuello. Tengo que probar que anda metido en el ajo, pero aún no sé cómo hacerlo.

»Si investigar a Tony no me va a solucionar nada, debo dirigir mis pasos hacia el barco. A partir de ahora, pienso ocupar mi tiempo libre en investigar los puertos, en estar atento a la llegada de todos esos buques, a ver si noto algo sospechoso. Me temo que no voy a dormir mucho en los próximos días. Tengo claro que va a ser imposible registrarlos todos, pero si soy listo es posible que me de cuenta de alguna actividad fuera de lo normal. Mi objetivo es lograr apresar a alguno de los traficantes. Estoy seguro de que si lo consigo va a cantar de inmediato al sentirse traicionado por Ríos o por cualquiera de los implicados. Tirar de la manta será lo más fácil. Lo difícil será averiguar cuál es el barco y hacerme con uno de los sicarios.

El suave olor de una higuera perfumaba el ambiente. La ligera brisa de levante que se había despertado con el alba extendía el aroma dulzón por todo el parque. Merche aspiraba el aire limpio y empujaba el cochecito con dinamismo. Ella y Pablo estaban disfrutando como nunca del relajante paseo por el sendero de albero rodeado de helechos y acacias. El pequeño sonreía al ver cómo se balanceaba el payaso de colores. El juguete se movía al compás de la sillita, colgando de un artilugio colocado en la capota. Esa mañana los colores eran más vivos que de costumbre. Todo parecía relucir bajo un sol espléndido. Los rostros de las personas con las que se cruzaba Merche le resultaban extrañamente familiares, como si paseantes, ciclistas, jóvenes y no tan jóvenes haciendo *footing*, parejas de la mano, y madres con cochecitos iguales al suyo, fueran los mismos de todas las mañanas o pertenecieran a su grupo de amigos, familiares y compañeros de trabajo; como si todos se hubieran puesto de acuerdo para incorporarse a una suerte de enorme carrusel que daba la vuelta al parque.

Pero aquella sensación no duró mucho.

De improviso comenzó a refrescar. El sol se escondió entre las copas de los abetos y el camino se fue estrechando a medida que Merche se internaba por una especie de túnel fabricado por las ramas de los árboles que crecían a ambos lados de la vereda. Le entró un escalofrío. La joven madre sacó una mantita de la bolsa que colgaba del cochecito para tapar a Pablo. Cuando alzó la vista para seguir caminando, se dio cuenta de que se habían quedado solos. Se detuvo un instante para perder tiempo en comprobar lo que era cierto: no había ni un alma. Al repentino frío se le unieron la desazón y la intranquilidad. Merche optó por volver sobre sus pasos para alcanzar de nuevo el calor del sol y la compañía de la gente. Conforme giraba le pareció que por detrás aparecía la figura de una persona. En efecto, una mujer rubia y con gafas de sol se acercaba por la espalda. Caminaba, pero avanzaba mucho más rápido que Merche; de hecho, la estaba alcanzando. A pesar de que ya tenía compañía, la periodista no se sentía cómoda, y menos aún segura. Le daba la sensación de que el camino de vuelta estaba siendo mucho más largo que el de ida. Aquel túnel forestal no parecía tener fin. Y la joven de las gafas oscuras estaba ya prácticamente a su altura. Los pasos sonaban cada vez más cerca. La cadencia de las pisadas era cada vez mayor. Estaba acelerando. Merche también aumentó su ritmo, pero finalmente dejó que la desconocida la adelantara.

La rubia echó a correr, empujó a Merche, agarró el cochecito y salió huyendo.

Merche, aún aturdida, tardó en reaccionar un par de segundos.

Se llevaban a Pablo. Se llevaban a su hijo. Comenzó a gritar llamando al pequeño y pidiendo socorro mientras echaba a correr. El bosque se estrechó aún más. Oscureció a marchas forzadas, tanto que Merche dejó de ver la figura de la mujer huyendo con la sillita. ¿Cómo era posible que le hubiese sacado tanta ventaja en tan sólo unos segundos? A Merche le pareció oír el llanto desconsolado de Pablo y se puso histérica. Seguía corriendo, pero cada vez tenía más cerca las ramas de los árboles que ya le estaban rozando la cara. Sentía el áspero tacto de las hojas sobre sus mejillas y también la humedad del rocío. Estaba desesperada, le dolía la cara de la fricción con las plantas y cada vez tenía el rostro más mojado.

Se despertó.

La lengua de Wato lijaba, más que chupaba, la cara de Merche. Sus largos bigotes le hacían cosquillas en las mejillas. Cuando Merche se incorporó de golpe, todavía asustada por la pesadilla, el gato hizo lo propio sorprendido por el brusco movimiento de su amiga: dio un salto y una pirueta en el aire para aterrizar con las cuatro patas en el kílim donde aguardaban las zapatillas de la periodista.

—¡Wato, qué susto me has dado! —protestó Merche todavía confundida por el sueño. Estaba regañando al felino cuando el pobre animal lo único que había hecho era despertarla de aquella angustia. Entonces se acordó de Pablo. Giró la cabeza para buscar la cuna de su hijo y vio que estaba vacía. Volvieron la ansiedad y el vuelco en el corazón. Merche saltó de la cama y se comportó como en el sueño: gritando el nombre de su pequeño. Salió de la habitación como una exhalación mientras Wato, asustado, se escondía debajo de la cuna. En el pasillo, angustiada, se tropezó con su madre.

—¿Qué ocurre? —exclamó Rosita con el bebé en brazos.

—Mamá, ¿qué haces con Pablo?

—¿Qué te pasa? El niño estaba llorando y no quería que te despertara… ¿Estás bien?

Merche se dejó caer en una de las butacas que flanqueaban un coqueto bargueño de madera labrada. Estaba sudando y muy alterada. Miró a su madre y extendió los brazos para que le entregara al bebé. Necesitaba sentirlo cerca, abrazarlo.

—He tenido una pesadilla horrible: se llevaban al niño… —explicó Merche después de besar a Pablo y abrazarlo con fuerza.

Merche revivió el sueño por un instante y se estremeció. Aún lo tenía reciente, pero sabía que en poco tiempo se iba a perder por los recovecos de la memoria para desaparecer por completo. Pensó que se estaba obsesionando con la noticia del secuestro del Parque de María Luisa. Se acordaba de la junta del día anterior. Por primera vez desde su vuelta al trabajo después del período de baja había participado en la reunión de portada. Se les acumulaba el trabajo y no había tenido

más remedio que renunciar a la media jornada para echar una mano. En la reunión, Roberto le dio prioridad al suceso y Merche volvió a ver las fotografías del niño y la de su secuestradora. La policía les había adelantado la información: aquella rubia con gafas oscuras, la que ayudó a escapar al preso fugado, también era la responsable de la desaparición del hijo del empresario. La misma que ahora había tenido la osadía de invadir su sueño para raptar a Pablo.

Alguien martilleaba con fuerza y de forma aleatoria en el módulo adyacente. El molesto ruido dejaba sin efecto el silencio que reinaba entre los pocos reclusos que estudiaban en la biblioteca. La sala era rectangular y tenía tres de las cuatro paredes cubiertas de estanterías donde reposaban algunos cientos de libros. Con más huecos que zonas ocupadas, la mayoría de los volúmenes eran de ficción: novelas y cómics, estos últimos muy deteriorados por el uso. También había sitio para los libros de texto utilizados en el curso de graduado escolar, en el de acceso a la universidad y en dos o tres carreras. En el centro del módulo, y en sentido longitudinal, se disponían tres mesas de madera de proporciones parecidas a las de la sala. Un solitario ordenador emergía del extremo final de la más alejada. En la zona opuesta, en la pared norte, presidía la sala un escritorio metálico para el bibliotecario. Estaba vacío. Aún no habían nombrado el relevo de Papi en el cargo. A su lado, en la entrada, un funcionario de prisiones se apoyaba en un taburete alto con respaldo parapetado detrás de una especie de mostrador que parecía la barra de bar de un salón cutre.

Cisco se acercó al vigilante y le pidió permiso para usar el ordenador.

—Tienes media hora. —El funcionario accionó con desgana algún interruptor que dejaba libre a la corriente eléctrica para que alimentase la torre y el monitor. Cisco se sentó en el extremo de la mesa, detrás del ordenador. Se giró levemente para poder observar la pantalla y a la vez controlar los movimientos del guardia. Las restricciones para el uso de los medios informáticos eran un hecho desde que la dirección de la prisión prohibiera la presencia de ordenadores en el módulo de recreo. Tres portátiles y dos *PC's* de sobremesa habían sido desmantelados de la sala por culpa del mal uso, dijeron los funcionarios. Por estar infectados de virus y troyanos a causa de las continuas visitas de los reclusos a páginas *web* porno. Nadie se creía la excusa y se rumoreaba por todo el centro que varios de los funcionarios disfrutaban en sus casas de los aparatos confiscados.

Cisco encendió el ordenador y esperó a que arrancase el sistema operativo. Una docena de iconos se presentaron en el escritorio de la pantalla, entre ellos el de *Internet Explorer*. Hizo doble clic en él.

Después, en el portal de *Google*, escribió el nombre de su servidor de *e-mail*. Enseguida aparecieron en pantalla varias opciones con vínculos a páginas *web*. Eligió la primera. Era la de bienvenida a su correo electrónico. Cisco rellenó el campo de usuario y contraseña y pulsó *enter* para acceder a la bandeja de entrada. Allí, destacaba en negrita un mensaje que se encontraba pendiente. Era de Merche.

El mensaje tenía un escueto y directo texto que invitaba a abrir los archivos adjuntos. Eran tres: dos fotos de Pablo jugando en su enorme cojín naranja y un archivo con la extensión *.wav*. La grabación. Cisco se puso los auriculares, comprobó que el funcionario seguía en su puesto y pulsó el *play* del reproductor multimedia para escuchar la cinta digitalizada. Estaba dividida en cuatro partes. Al principio de cada una, la voz de Merche anunciaba quién era el policía que hablaba a continuación. Cisco escuchó atentamente el audio hasta tres veces. Después escribió una respuesta. Estaba a punto de terminar el mensaje cuando vio que el guardia se comunicaba con alguien por el *walkie talkie*. La conversación fue corta. Al terminar de hablar, el funcionario se levantó del taburete, salió del mostrador y se dirigió hacia el gitano. Cisco apenas tuvo tiempo de hacer clic sobre la pestaña "enviar" y de borrar rápidamente los dos mensajes: el recibido y el que acababa de transmitir. El vigilante llegó a su altura cuando Cisco minimizaba la página *web* del correo.

—Tú eres muy amigo de Papi ¿no? —dijo el guardia.

—Sí.

—Me acaban de comunicar que ha fallecido.

El reloj de la torre de la Comandancia de Marina señalaba las doce y media. Sam se dio cuenta de que llevaba más de dos horas dando tumbos por todo el puerto. Primero había visitado las dependencias portuarias. Quería ver físicamente la base de datos que previamente había consultado por Internet y que reflejaba las entradas y salidas de buques. Dicho registro existía, pero sólo contenía los nombres y cargamentos de los buques mercantes; de los barcos de recreo no tenía información. Los funcionarios le dieron la dirección de la Capitanía Marítima como lugar más adecuado para su investigación. Ese fue el segundo destino de la detective, pero también resultó infructuoso. Las Capitanías Marítimas sólo llevaban administrando el tráfico de buques desde 1995, en realidad desde una ley del 92, justo el mismo año por el que se interesaba Sam. Antes de esas fechas eran las antiguas Comandancias de Marina, dependientes de la Armada y, de forma periférica del Ministerio de Fomento, las que desempeñaban todas las funciones de despacho y registro de buques. Por tanto, Sam estaba de nuevo en el lugar equivocado. Si quería consultar datos de entrada de buques del año 92 tendría que acudir a las dependencias militares, a

la Comandancia de Marina, ahora llamada Comandancia Naval, que era la que, de forma transitoria, en aquel año tan señalado por la Exposición Universal, ejercía el control marítimo administrativo en la zona.

Con tal berenjenal organizativo, Sam ya estaba empezando a hartarse. Intentó serenarse antes de acceder al recinto que aseguraba la dependencia militar. Comprobó instintivamente su reloj con el de aquel edificio que en tiempo de la exposición del 29 fue Pabellón de la Marina. La torre, situada en uno de los ángulos de la construcción, era lo más característico de la Comandancia Naval. Su altura parecía competir con la del minarete del pabellón de Marruecos que se encontraba enfrente, en un remedo de enfrentamiento entre moros y cristianos.

Dentro de la Comandancia, en la oficina de información, un cabo primero tan alto como la torre le indicó a Sam el negociado donde podía preguntar por el registro de entrada de buques. La cosa no resultó tan sencilla, pero Sam ya se lo temía: del primer negociado la mandaron a una segunda habitación que terminó haciendo las veces de intermediario de una tercera, la última hasta que Sam se volviese a encontrar con el espigado cabo primero y, de esta forma, hacer que se cumpliera el ciclo burocrático. El enfado de Sam se tornó en crispación cuando vio que lo que pretendía el cabo era apuntar a la detective a una nueva ronda por las oficinas de la Comandancia. Sam tiró de cartera para pasearle el carné de subinspectora —ya caducado y sin efecto— por las enormes y aguileñas narices del cabo y comenzar a lanzar todo tipo de improperios: que vaya desastre de organización, que si obstrucción a una investigación judicial, que quería ver a su superior, etcétera. Los gritos de Sam dieron pronto su fruto cuando un brigada escribiente con gafas de culo de vaso salió de la única oficina que aún le faltaba a Sam por visitar. Con fuerte acento gallego se interesó por lo que estaba pasando. Sam seguía con su tarjeta de identificación en la mano mientras el cabo le preguntaba si no debería tener una placa. “Tú has visto muchas series de televisión” fue la respuesta de Sam antes de volverse de forma interesada hacía el suboficial al ver que al cabo no sólo no le hacían efecto sus amenazas, sino que se estaba poniendo quisquilloso. El brigada se hizo cargo del asunto y despidió con firmeza a su subordinado. Sam vio con alivio como al cabo primero, después de mascullar un temeroso “a sus órdenes”, se lo tragaba para siempre el negociado de personal.

Con el suboficial al frente del asunto, Sam comprendió el desbarajuste organizativo. El brigada le comentó que el cambio de misión sufrido a mediados de los noventa, y la consiguiente reducción de personal, habían obligado a la Comandancia a reconvertir y modernizar sus instalaciones. A partir de ese momento, todos los

documentos y registros que comenzó a emitir la dependencia pasaron a bases de datos y, por tanto, ahora podían consultarse por ordenador. El resto, el voluminoso archivo anterior a esas fechas, estaba siendo informatizado poco a poco. Sam comprobó que la tarea que les quedaba por hacer era ingente cuando el suboficial le mostró una sala medio desmantelada que estaba sufriendo algún tipo de restauración. Estanterías combadas y armarios repletos de archivadores rodeaban a una silla de madera con apoyabrazos en semicírculo, como las utilizadas en las cámaras de oficiales de los buques de la Armada, y a una mesa metálica cubierta de carpetas y de polvo. Eran los escasos muebles que sobrevivían en aquel mar de escritos, fichas, expedientes y certificados. Sam suspiró. El suboficial sonrió y la dejó sola. La detective se quitó la parka verde y la colgó de la silla, cogió el móvil, desvió las llamadas a la oficina y se puso a bucear entre la montaña de papeles.

Tardó una hora en descubrir los registros de entradas y salidas de buques. Eran unos enormes libros apaisados de tapas duras de color morado que estaban apilados en una esquina del caos. Las hojas pautadas ofrecían información sobre el abanderamiento, consignatario, armador, muelle de atraque, carga, patrón, fechas de entrada y salida y un apartado para las observaciones. Ahora tenía que descubrir el tomo del año 92 y mirar sobre septiembre, el mes en el que se produjo el robo en la comisaría.

Lo encontró.

El barco se llamaba “Altaír”.

Las viviendas blancas, inmaculadas, de estilo andalusí, con sus torretas cubiertas por elegantes tejados de dos aguas, como pequeños palomares castellanos, apenas se dejaban ver entre las hojas de los naranjos que invadían la calle. Mientras Hidalgo caminaba hacia el chalé de Reyes, y se fijaba en el lujo de las viviendas del barrio residencial, pensaba en lo que había progresado su exmujer desde que se separaron. Realmente desde antes, desde el día de su boda. Se acordaba de los comienzos, a principios de los noventa, en aquel apartamento alquilado del popular barrio del Tiro Línea. Siempre evocaba esa época como la mejor de su convivencia con Reyes. Se podría decir que fueron felices; él sí lo fue. Luego se mudaron a Bami, donde compraron su primera vivienda. Allí arrancaron las dificultades económicas. Su sueldo a duras penas aguantaba la hipoteca y los caprichos de Reyes. A pesar de todo, conseguían llegar a final de mes. El siguiente cambio fue el que dio la puntilla al matrimonio: cuando malvendieron la casa para comprarse otra en el Porvenir. La operación los empeñó de por vida y el nivel de vida que Reyes adquirió desde que llegó al lujoso barrio los arruinó definitivamente. La llegada de

Cristina empeoró las cosas en el aspecto económico —una boca más que alimentar—, pero mejoró algo la relación, al menos el primer año porque pronto la niña se convirtió en la excusa perfecta para romper la unión. Reyes le echaba en cara, un día sí y otro también, la diferencia de edad que existía entre Hidalgo y su hija y lo perjudicial que era para su educación. Era cierto que el inspector, más que su padre, parecía el abuelo de Cristina. La culpa la tenían los quince años que se llevaban Reyes e Hidalgo y lo tardío del nacimiento de la niña. Pero el pretexto de Reyes para separarse no se sostenía, la realidad era otra: Reyes no podía exprimir más al policía que se había convertido en un estorbo, en un obstáculo entre ella y sus amantes a los que sí estaba en disposición de sacarles regalos y dinero. Se divorciaron. Eso le permitió a Reyes salir del estancamiento del Porvenir y seguir subiendo hasta conseguir un chalé en Heliópolis, por donde ahora caminaba Hidalgo. Construido en los años veinte como lugar de descanso para albergar a los técnicos y a los visitantes de la exposición del 29, el barrio se había convertido con el tiempo en el vecindario más exclusivo y señorial de la ciudad. Un lugar selecto que llevaba como bandera el ser considerado el más tranquilo de la villa, un remanso de paz.

Sin embargo, para Hidalgo representaba todo lo contrario: visitar Heliópolis era sinónimo de conflicto. Especialmente en los últimos meses donde, cada quince días, tenía que luchar con su exmujer para llevarse a Cristina. La última vez prácticamente tuvo que arrancársela de los brazos. Reyes se había vuelto muy hostil. Su habitual comportamiento desdeñoso se había ido transformando en displicente y hosco. El arma preferida para herirle era su hija: lo castigaba negándole la parte de custodia que le correspondía legalmente.

Hidalgo tenía una teoría del porqué de esa actitud.

El cambio producido en Reyes había coincidido con dos cuestiones, ambas podían ser las detonantes de esa alteración. Una era la falta de “novios” o acompañantes en la vida de Reyes. Hidalgo había notado que su exmujer vivía sola desde hacía varios meses. Antes de eso, era habitual verla en compañía de algún pobre incauto. Si el encuentro entre Hidalgo y el “amiguito” de Reyes no se terciaba, ya se encargaba ella de provocarlo o de insinuar que había alguien en su casa o en su vida. Creía que con esa pose dañaba a Hidalgo cuando lo cierto era que para el inspector hacía ya mucho tiempo que resultaba totalmente inocua. No le afectaba, pero al ser tan insistente si notó su ausencia en cuanto se produjo.

La segunda cuestión tenía que ver con Rocío. Reyes le preguntaba por ella con falso desdén. Le recriminaba que a su edad anduviese con esos juegos de adolescentes. Hidalgo estaba seguro de que Reyes tenía celos, acrecentados por su soledad y por los comentarios de Cristina.

No se lo había preguntado a su hija, pero no le cabía duda de que Cristina le habría comentado a su madre lo bien que se lo pasaba con Rocío y lo encantadora que era. Aquello debía molestar tanto a Reyes que podría explicar su férvida actitud cada vez que el nombre de la compañera de Hidalgo salía a colación.

Cuando Hidalgo atravesó la verja y entró en el jardín vio a Cristina ya preparada con la mochila y con una sonrisa de oreja a oreja. Su madre aguardaba con aire desabrido en el vano de la puerta.

—No me parece adecuado para la educación de Cristina que se pase el fin de semana viendo como su padre anda con una pelandrusca. —Fue la excusa que Reyes puso esa tarde después de un escueto saludo.

—Rocío es mi actual pareja, así que trátala con respeto —exclamó Hidalgo—. Cristi, vámonos. —Hidalgo no quería alargar la estancia allí ni un minuto más, cogió de la mano a la pequeña y salió del jardín que rodeaba el chalé. Las plantas estaban tan descuidadas como la dueña de la casa. Era la primera vez que Hidalgo veía a Reyes tan dejada en su aspecto físico. Ella siempre tan maquillada y pintada, hasta para fregar los platos, ahora se mostraba sin arreglar; eso sí, con una bata de seda y un camisón de encaje.

—Con el mismo respeto que tratabas tú a mis amigos —mintió Reyes asomándose a la calle. Ella sabía perfectamente la indiferencia de Hidalgo hacia sus amantes, pero tenía ganas de pelea.

—Sabes que eso no es cierto. Siempre he sido correcto con ellos.

—¿Hasta con los que salían conmigo mientras estábamos casados? —lanzó Reyes con una desagradable sonrisa y con toda la inquina de la que era capaz.

Hidalgo empujó levemente a Cristina para que se adelantara, y para evitarle la escena.

—Gracias a Dios no fui consciente de ello hasta que nos separamos —respondió Hidalgo cuando comprobó que su hija ya no podía oírle.

—Pues para que lo sepas, te engañé desde el primer año de casados. Me tiraba a toda la comisaría. —Reyes soltó una carcajada forzada—. Eras el hazmerreír del cuerpo de policía.

Hidalgo no sabía si sentir lástima o asco. Optó por no entrar al trapo y se dio media vuelta.

—¡Todo el mundo sabía que te ponía los cuernos! ¡Todos menos tú!

Los gritos de Reyes provocaron que Hidalgo aumentara el ritmo de los pasos para alejarse lo antes posible de allí, para abandonar a aquella mujer con la que llegó a convivir algún tiempo y que ahora se había convertido en una completa desconocida.

La ventaja que tenía Mara sobre Carmelo era la misma que la que

ofrecía la oficina de Sam con respecto al bar. La tasca de su amigo era un despacho encubierto donde podía tomarse unas cervezas, o un whisky si se terciaba, sin que nadie la molestara y con las espaldas cubiertas, más o menos. Carmelo era una especie de gorila con delantal, y una tumba para los extraños. Una pena que fuera un desastre para dar y recibir recados. Carmelo no pensaba. Su comportamiento se parecía al de un boxeador sonado. Sam muchas veces dudaba si no sería ese el caso, porque Carmelo no hablaba de su pasado. Realmente no hablaba de nada. En cambio, en la oficina, Mara era la efectividad en persona. Los recados se los daba por escrito, en notas detalladas donde figuraban la hora, el número de teléfono, el nombre de la persona y el objeto de la llamada. Sam había descubierto la eficiencia de la secretaria casi al mismo tiempo que el servicio de desvío de llamadas de su móvil.

El inconveniente de su nuevo trabajo era que no la dejaban en paz: su jefe era buena persona, pero muy pesado. Sam acababa de llegar, cansada y muerta de hambre —se le había olvidado por completo comer en todo el día—, y con ganas de sentarse un rato a pensar tranquila. Don Servando la asaltó antes de que se refugiara en su despacho. Su jefe volvía del restaurante de la esquina y por un minuto no había coincidido con la detective en el portal. Lanzó, sin mirar, su sombrero de ala ancha sobre el perchero y saludó a Sam. El chambergo aterrizó en el suelo muy cerca del escritorio de Mara. La secretaria se incorporó, recogió el sombrero y lo colgó en el perchero con un gesto que parecía rutinario. Sam se interesó sobre los mensajes que le entregaba Mara y no prestó atención a los comentarios de su jefe, amables, pero destinados a llamarle la atención sobre el horario. Mientras Sam leía las notas, Don Servando cambió de discurso para proponerle a su subordinada, más que ordenarle, una sencilla misión. Sam creyó oír que se trataba de un trabajo para una empresa que fabricaba o cajas de cartón o zapatos; un asunto que tenía que ver con el absentismo laboral o, quizás, con un lío de faldas. Nunca lo llegó a saber porque cerró la puerta de su despacho y dejó a Don Servando con la palabra en la boca. Incluso, sentada ya detrás de su mesa, aún podía oír a su jefe alabando las bondades de aquel caso como el ideal para que Sam se fuera soltando y desenvolviendo en el oficio. Olvidó a Don Servando, cuya voz poco a poco se fue apagando, y se centró en las tres notitas que le acababan de pasar: Merche, Al y Solís la habían llamado en repetidas ocasiones. Lo hicieron mientras la detective estaba en la Comandancia de Marina desempolvando papeles en busca de un velero cargado de droga.

Sin duda, el "Altaír" era el barco al que hacía referencia Tony. Un yate de bandera chipriota, con entrada el jueves diez de septiembre de 1992 y atracado en el muelle de Las Delicias. Era una goleta de

madera de treinta metros de eslora, construida en Turquía y con permiso para navegación oceánica. El patrón de nacionalidad española se llamaba Alfredo Ayala. Dos días después de su llegada había sido requisada por la policía en una operación de la Brigada de Narcóticos. En el apartado de observaciones, Sam halló un nombre que conocía perfectamente: inspector jefe César Ramírez, entonces responsable de la Brigada, en la actualidad comisario del distrito Poniente. Ramírez figuraba en el registro como persona a consultar en caso de alguna incidencia.

Sam olvido a Ramírez por un momento y cogió el teléfono inalámbrico. Comenzó por la llamada de Solís. El recado que le había dejado su excompañero era escueto: que comunicara con él en cuanto pudiera. Sam marcó el número del inspector. Solís contestó después del segundo tono:

—¿Diga?, inspector de la policía nacional Germán Solís al aparato —dijo rimbombante.

«Será gilipollas», masculló Sam moviendo la cabeza ligeramente para apartar los labios del auricular y dirigir el exabrupto al cuadro cubista de la pared. Tragó saliva antes de contestar:

—Soy Sam, ¿tienes algo para mí?

—Ah, hola, sí… Pero son malas noticias

—A ver, dispara.

—Pues que de lo tuyo, nada de nada. —La voz segura de Solís se tornó trémula.

—Te refieres a las llamadas al teléfono del gitano…

—Sí, pero escúchame… no es que no hubiera llamadas…

—¿No?

—No. Quiero decir, sí. De hecho, había una,…

—¡Coño Germán, explícate! ¿Había o no llamadas a Cisco?

—Una —titubeó—, pero el número es de alguien del cuerpo.

—¿De quién?

—Ese es el problema, que no te lo puedo dar.

—No me jodas, Germán. Te advierto que…

Sam no pudo completar la amenaza porque Solís se adelantó con vehemencia, seguro de llevar la razón:

—Ni yo ni nadie te podrá dar esa información. Tienen órdenes estrictas en la unidad de no facilitar ese tipo de datos a menos que venga una orden de arriba, de bastante arriba. Están muy sensibilizados con el tema de las escuchas, de las filtraciones dentro del Ministerio del Interior. Lo siento, pero si la llamada hubiera partido de alguna persona ajena al cuerpo no habría tenido pegas.

Sam se resignó, esta vez parecía que el inútil de Solís no tenía la culpa. Por ahora le bastaba con la confirmación de que el soplo para que Cisco culminara su venganza venía de un agente. Se despidió del

policía y marcó el número de Merche.

—Hola, Sam. He estado llamándote toda la mañana.

—Perdona, tenía el teléfono desconectado. Dime.

—Era por lo del reportaje de la policía...

—¿Pudiste grabarlos a todos? —inquirió la detective con ansiedad.

—Sí.

—¡Joder, tía, eres un hacha!

—Ya…, pero me temo que ha sido inútil.

—¿Por qué? —se desinfló Sam.

—Cisco no reconoce ninguna voz.

El teléfono enmudeció. La detective se quedó pensativa, desilusionada. Después del prometedor hallazgo en la Comandancia Naval, el resto de gestiones estaban siendo baldías.

Merche rompió el silencio con una pregunta directa:

—Todavía no me lo has contado todo ¿verdad?

—¿Cómo? —despertó Sam.

—La verdadera razón por la que te interesa tanto este asunto.

—Bueno, ya te dije que quiero saber quién protege a Tony…

—De acuerdo, si no quieres contármelo…

Sam pensó que su amiga tenía razón: daba la impresión de que no se fiaba de ella. Se dio cuenta de que no era justa con Merche. Por primera vez tenía la oportunidad de compartir sus problemas con una persona que le había demostrado su amistad desinteresadamente y le ofrecía plenas garantías para guardar un secreto. Necesitaba sincerarse con alguien y ese era el momento. Sam le contó a Merche todo el asunto de su padre, el asalto nocturno de la detective a Asuntos Internos, la conversación con Tony, los nombres de Mario Ríos y de Ramírez al frente de las sospechas, lo poco que sabía del primero y la reciente pista del “Altaír”. Merche se mostró comprensiva y le reiteró el ofrecimiento de ayudarla en todo lo que pudiera. De hecho, se ofreció a indagar en el archivo histórico del diario y en la hemeroteca en busca de alguna pista más. Con la promesa de volverse a llamar en cuanto supieran algo se despidieron las dos amigas.

A Sam ya sólo le faltaba el mensaje de Al. Era una invitación para comer el domingo. Aunque no era exactamente una cita —el almuerzo con el inspector inglés tenía como objetivo comentar los avances en la investigación del secuestro del hijo de Machuca y del asesinato de Bobby— Sam se imaginó por un momento que sí lo era. Y le agradó la idea.

La cama vacía. Cisco se había sentado en la litera de abajo, como en tantas ocasiones. Ocupaba el extremo derecho para dejar a Papi la otra mitad, la que el veterano preso solía ocupar. Cisco sacó el ajedrez de debajo del colchón y puso el tablero entre los dos, entre él y su

amigo ahora imaginario. Todos los días, después de cenar, dedicaban unas horas a jugar al ajedrez; el tiempo pasaba más rápido de esa forma. Fue colocando las fichas una a una, las suyas y las de Papi. Al viejo recluso le tocaban blancas. Cisco se imaginaba a Papi sonriendo desde el lugar donde quiera que estuviese: siempre que comenzaba la partida terminaba ganándola. ¿Cómo se llamaba esa jugada que Papi se sabía de memoria? «Gambito de no sé qué». Cisco no se acordaba. ¿Cuántos días tendrían que pasar para que el gitano olvidara el rostro de Papi?

Le dijeron que su amigo falleció prácticamente al llegar al hospital. Tenía el hígado destrozado y una hemorragia interna acabó con su vida. A Cisco ya sólo le consolaba saber que Papi no murió en prisión. Lo hizo como un hombre libre. Así se sentía, libre. Fue lo último que le dijo antes de que se lo llevaran al hospital, fuera de los muros de la cárcel. Papi estaba consciente y parecía contento después de todo. Cisco se alegraba de guardar en la memoria esa imagen de su compañero de celda.

«Papi, te toca jugar». Cisco movió por su amigo el peón blanco de dama y avanzó dos espacios. Cuando las negras iban a imitar el movimiento del contrario un ruido muy familiar comenzó a sonar. El sonido metálico de la porra al chocar con los barrotes de la barandilla de la galería iba aumentando poco a poco. Alguien se acercaba. Lo primero que Cisco divisó fue el bastón negro asomando por la puerta de la celda. Le siguió su dueño. Era Martín.

—Fuera de la celda. Registro —dijo.

La mano derecha de Cisco aún se paseaba por el tablero. Agarró el rey blanco, el de Papi, apretó con fuerza y cerró el puño con la ficha dentro.

—¡Fuera he dicho!

Cisco se levantó despacio sin dejar de mirar a los ojos de Martín con una expresión sorprendentemente tranquila. Incluso sonriendo.

—Más rápido. No tengo todo el día.

El gitano pasó al lado de Martín. El guardia lo separó con la porra y lo empujó fuera. Cisco salió de la celda y se quedó apoyado en la barandilla viendo como el funcionario de prisiones tiraba el tablero de ajedrez, destrozaba los colchones, arrojaba al suelo libros y arrancaba fotografías de las paredes. Una operación que repetía cada dos o tres meses para afirmarse en su autoridad y que ahora estaba destinada a recordarle a Cisco quién mandaba, más que nada por si estaba pensando en algún tipo de venganza personal a cuenta de lo sucedido con Papi.

Antes de salir del habitáculo, Martín observó su obra y con gesto satisfecho se la presentó a Cisco:

—No había nada sospechoso, pero tienes la celda hecha un

desastre.

Cisco seguía mirando al funcionario. Apoyado en la baranda escondía las manos detrás de su cuerpo, por eso el vigilante no se dio cuenta del color pálido de los nudillos de su puño derecho, tal era la fuerza con la que apretaba sus dedos contra el rey blanco.

—Ya puedes empezar a recoger y a limpiarlo todo —ordenó Martín —. Ahora no tienes a la vieja alcahueta para que te ayude con las tareas domésticas.

Cisco se movió muy rápido.

Su cuerpo se comportó como un resorte: tensionado hasta el extremo por los gestos y las palabras de Martín, Cisco saltó hacia delante como si aquello que lo estaba sujetando de repente lo hubiese liberado. La mano izquierda atenazó la muñeca derecha de Martín y bloqueó las intenciones del funcionario de utilizar la porra contra él. La mano libre, recogida en un puño furioso, impactó en la mandíbula del vigilante. Un chasquido seguido del aullido del guardia confirmaba que algún hueso se había quebrado como consecuencia del golpe recibido. El funcionario no llegó a caer porque Cisco todavía aguantaba su brazo armado. Quitarle la porra fue el siguiente movimiento del gitano. Lo hizo golpeando con rabia y fuerza una, dos y tres veces el brazo de Martín contra la barandilla hasta que el guardia no tuvo más remedio que soltar la porra que cayó a la planta baja. Los presos comenzaron a corear el nombre de Cisco y a golpear los barrotes de las celdas y barandas con escudillas, cuencos y cazos, y con todo aquello susceptible de armar escándalo.

Ahora Cisco y Martín estaban igualados. En realidad, el primero todavía disponía de parte de la ventaja inicial que le había otorgado la sorpresa, mientras el segundo se mostraba dolorido y aturdido, a partes iguales. Eso le permitió a Cisco seguir tomando la iniciativa: con la complicidad del rey blanco de Papi volvió a asestarle otro puñetazo en la boca. El funcionario estaba grogui y el gitano seguía golpeando una y otra vez. Con cada impacto, Martín retrocedía dos o tres pasos. Así estuvieron hasta recorrer todo el pasillo de la galería y llegar a las escaleras que daban a la planta baja. Martín vio que estaba a un solo golpe de caer rodando e intentó hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para contrarrestar con un golpe de derecha el furioso ataque de Cisco. El puño surcó el aire, pero lo hizo sin convicción. No llegó al blanco. Por el contrario, el ataque de Cisco volvió a encontrar su objetivo: un nuevo impacto y se produjo la caída anunciada. El cuerpo desmadejado de Martín fue visitando uno a uno todos los peldaños hasta llegar inconsciente a la planta baja.

Se hizo el silencio. Martín no se movía. Nadie acudió en su ayuda.

Cisco tampoco bajó del primer piso.

El gitano abrió su mano derecha contundida y ensangrentada para

liberar a la pieza de ajedrez. Miró al rey blanco, se sacó un pañuelo del bolsillo y limpió los restos de sangre que lo manchaban, como si el monarca de madera se hubiera batido realmente en una batalla. Después, lo colocó muy despacio, con solemnidad, en el pasamanos de la escalera.

Allí quedó la figura, presidiendo la galería.

CÁSTOR

«Llevo dos días sin dormir. Casandra ya comienza a preguntarme que a dónde voy por las noches. Ayer tuvimos bronca, mi esposa se cree que tengo una amante. Lo malo es que no puedo decirle nada, se moriría de preocupación si supiera en lo que estoy metido, en el peligro que estoy corriendo, sin poder fiarme de nadie, infiltrado dentro de mi propia comisaría en una banda organizada de la peor calaña y sin ningún tipo de escrúpulos. La pobre no creo que lo resistiera. Así que he tenido que decirle lo de siempre: que estoy investigando un caso confidencial y que no me permiten divulgar nada hasta que se resuelva.

»Ella con dudas y yo agotado por las salidas nocturnas. El problema no es sólo acudir a los muelles o atraques de los diferentes puertos, sino estar vigilando su actividad en los días —y, sobre todo, las noches— posteriores a su entrada. Ayer, volví al muelle de contenedores para vigilar los movimientos de carga y descarga del "Sesuko Maru", pero después, de madrugada, estuve en el muelle de Las Delicias observando al "Altaír". Siento que todo lo que estoy haciendo es inútil: mientras estoy en un punto de la ciudad, en el otro pueden estar descargando tranquilamente la droga. Esto es una pérdida de tiempo. Todas las horas me parecen malgastadas. Estoy a merced de la suerte, con muy pocas probabilidades de que me sonría. Hasta el momento no se puede decir que haya presenciado nada sospechoso. Lo único que he visto fuera de lo común —que a mí me ha parecido así, cuando en realidad puede ser un trámite habitual— ha sido la visita que ha recibido el "Altaír" de uno de los funcionarios que entrevisté en la Comandancia de Marina. Seguramente se debía al cumplimiento de alguna gestión administrativa, pero me extrañó la hora de aquella… no sé, ¿inspección? El funcionario estuvo dentro bastante tiempo, algo más de una hora, mientras yo esperaba fuera refugiado entre las sombras, apostado detrás de unos enormes carretes de cables eléctricos. A pesar de aquellas circunstancias, ligeramente extrañas, no hay nada que indique que ese velero de Chipre lleve un cargamento de drogas a bordo: después de que el visitante abandonara el puerto ya no observé ningún otro movimiento sospechoso en el "Altaír".

»Como me temía, esta labor es imposible para un hombre solo. Tengo que replantearme la situación y abandonar la absurda intención de coger a los traficantes con las manos en la masa. A partir de ahora dirigiré todos mis esfuerzos a la consecución del plan B.

La noche en vela. Aunque todo había transcurrido como era habitual, Cisco no pegó ojo. Las puertas se cerraron a la hora acostumbrada y nadie acudió a su celda hasta que se volvieron a abrir por la mañana. Se presentó en la enfermería en el horario de consulta, después de desayunar, y nadie le dijo nada. Le vendaron la mano sin preguntarle cómo se había hecho aquellas heridas. De Martín no había rastro. Todo tranquilo, extrañamente tranquilo. Cisco se preguntaba cuándo irían a buscarle. Es posible que estuvieran esperando al juicio, previsto para el lunes. Dejar pasar el fin de semana y cargar contra él en el peor momento. Sí, eso era lo más probable. Le iban a acusar de agresión a un funcionario o de intento de homicidio aprovechando la vista oral por el asesinato del Moro. Estaban esperando para fastidiarle bien, para que el abogado no tuviera dónde agarrarse y le cayera la pena máxima. Los quince años no se los quitaba nadie.

Cisco seguía calculando las opciones que tenía de cara al juicio, cuando Cástor entró en su celda. El mafioso se hacía distraídamente la manicura con una lima de uñas, lo que no dejaba de resultar paradójico, pensó Cisco: un recluso con una lima.

—¿Qué? ¿Más tranquilo hoy? —preguntó.

—¿Qué quieres? —Cisco no deseaba entablar ninguna conversación con aquel tipejo.

—Nada. Sólo comprobar que te encuentras bien.

—Estoy perfectamente —contestó Cisco lacónico.

Cástor movió la cabeza en señal de aprobación y se apoyó indolente en la pared antes de seguir con la conversación:

—Una pena lo de Papi…

—Sí… Perdona, pero me gustaría estar solo.

—Ya. Entiendo. Creía que te interesaría saber que han trasladado a Martín…

—¿Cómo? —exclamó Cisco que ahora sí prestaba toda la atención.

—Se lo han llevado, detenido… —dijo Cástor con desdén.

—¿Detenido?

—Lo trasladan a otro centro penitenciario, pero esta vez como “cliente”. Tiene gracia ¿no?

Cisco no entendía nada. Su mueca de sorpresa animó a Cástor a seguir con la explicación:

—Va en calidad de preso preventivo. Al parecer encontraron una cantidad importante de caballo en su taquilla…

—No lo sabía —masculló Cisco.

—No, claro. Varios compañeros suyos han declarado en contra de él. Supongo que estaban esperando una ocasión así para vengarse. No se puede tener tantos enemigos…

—Ya, ¿y tú? Seguro que no has tenido *na* que ver —La pregunta de

Cisco era más retórica que otra cosa.

—Era un capullo que andaba jugando con fuego desde hacía bastante tiempo. Iba por libre y eso aquí no es muy recomendable. —Cástor hablaba del funcionario como si ya estuviera muerto. El capo dejó de pulirse las uñas y se guardó la lima en el bolsillo de su pantalón para mirar fijamente a Cisco y anunciarle la sentencia—: En la prisión ya le están esperando. Me he asegurado de que reciba una bienvenida por todo lo alto.

Ahora Cisco entendía perfectamente por qué le habían tratado como si no hubiera pasado nada. El que ejercía de alcaide *de facto* había hecho justicia; a su manera.

—Es decir, me debes una… —Cástor dejaba claro cuáles eran sus intenciones.

—No te debo *na* —se apresuró a decir Cisco.

—Piensa que si no fuera por mí ahora estarías en una celda de castigo. Y lo que es peor, con una condena tan larga como la de Papi, que en paz descanse —dijo Cástor con fingida aflicción.

—Yo nunca te he pedido que me ayudes —insistió Cisco.

—Eso es cierto, pero ya no se puede hacer nada por cambiar la situación. ¿No? Tendrás que admitir que te has beneficiado con la detención de Martín. Vamos, que te he echado una mano.

—Una mano al cuello…

Cástor en vez de responder volvió a su manicura para dedicarse con esmero a los dedos de la mano contraria. El sonido de la lima le estaba resultando a Cisco tan desagradable como su dueño. Antes de dejar la celda, el cabecilla de los presos lanzó una advertencia:

—No me gustan los desagradecidos. Y tú no lo eres ¿verdad?

La pregunta se quedó flotando en el aire unos segundos, los que Cisco esperó para asomarse por la galería y ver a Cástor como se marchaba caminando despacio por el pasillo. El mafioso se paraba unos instantes a cotillear el interior de cada habitáculo como si estuviera pasando revista o como si las celdas fueran los escaparates de las tiendas de una calle comercial. A Cástor le acompañaba uno de los “apóstoles”.

Cisco reconoció al sicario. El gitano pensó que ya era oficial lo que se temía: Roque tenía trabajo.

Después de la dura e intensa semana laboral, la primera tras el permiso de maternidad, Merche recibió el sábado con los brazos abiertos y con un plan: no salir de casa en dos días y dedicarse por completo a Pablo. Sólo a media mañana del domingo le pidió a Rosita que se ocupara por espacio de una hora del pequeño para poder tener algo de tiempo para navegar con su portátil. Una vez libre, se sumergió en el dormitorio sin darse cuenta de que Wato se había

colado antes de cerrar la puerta. Sentada en el tocador, que hacía las veces de escritorio, Merche abrió el *notebook* e inició el sistema para entrar en Internet y, a continuación, en la página *web* de “La Voz de Híspalis”. Con sus claves secretas de usuario y contraseña accedió a la zona privada del diario. Una vez dentro de la red interna pulsó la pestaña que le permitía el paso a la hemeroteca del periódico. Allí estaban todas las páginas de la historia del rotativo, digitalizadas en formato PDF, para la consulta del personal de “La Voz…”. Una herramienta muy práctica, fruto de la primera decisión tomada por Merche como coordinadora. Para ponerla en marcha tuvo que convencer a Roberto de la necesidad de realizar una cuantiosa inversión y de contratar los servicios externos de una consultora. Ellos se encargarían de informatizar todo el archivo y de instalar la aplicación. Tardaron varios meses en tenerla a punto, pero finalmente lo consiguieron. Enseguida se convirtió en el programa más usado de la red interna. Merche estuvo supervisando todo el proceso y de ahí que fuera toda una experta en manejar la utilidad. Aquella circunstancia sólo acarreaba un problema: cada vez que el jefe quería consultar algún dato requería la presencia de Merche en su despacho, algo normal teniendo en cuenta lo mal que se llevaba Roberto con cualquier periférico o medio informático. Él solía decir que su lucha contra todo lo digital era una cuestión generacional. Merche opinaba que se trataba simplemente de pura torpeza y pocas ganas de aprender, pero no se atrevía a decírselo personalmente y se sorprendía al ver como Miss Nolan no tenía reparo en hacerlo.

Con rapidez, obtuvo lo que buscaba: las páginas correspondientes al mes de septiembre de 1992 y la noticia del apresamiento de un velero chipriota de nombre “Altaír” por parte de la Brigada de Narcóticos. El reportaje transcribía una rueda de prensa improvisada que el inspector jefe de la Brigada, César Ramírez, había dado in situ, en el muelle de Las Delicias. Merche pensó lo poco que había cambiado el actual comisario tan amigo de las aparatosas puestas en escena. El artículo hablaba de la incautación de doscientos kilos de cocaína por parte del juez y de que la investigación seguía abierta al no haber podido detener a ningún sospechoso. Una fotografía del ufano inspector colocándose la medalla, posando delante del barco ante los medios de comunicación, acompañaba al texto.

Merche leía muy atenta las últimas líneas del reportaje cuando Wato saltó a la cómoda. Sin ningún tipo de reparo, el gato puso sus dos patas delanteras en el teclado del *notebook* y estiró el cuello para restregar su cabeza por el rostro de su nueva amiga mientras ronroneaba de gusto. Merche perdió la página que estaba leyendo.

—¡Wato!

Por el afán de demostrar su repentino cariño de felino domestico,

el animal había pulsado alguna tecla que no debía. El programa recibió la orden de avanzar la presentación de las páginas del diario varios días. Merche cogió la mascota por la nuca, como había visto que hacía Rosita cuando se portaba mal, y la arrojó al suelo. El gato se quedó inmóvil mientras era izado de esa forma que le recordaba los tiempos en los que era un minino recién nacido. Sólo cuando cayó al parqué elevó una protesta con algo parecido a un maullido. El enfado le duró poco porque enseguida se conformó frotando su cuerpo con las piernas de la periodista: Wato no era rencoroso y la perdonaba a pesar del feo detalle de haberlo despachado tan bruscamente.

Merche se disponía a mover el ratón para volver a la página que estaba leyendo, cuando la noticia que ahora aparecía en el monitor por culpa de Wato le llamó poderosamente la atención. El protagonista del suceso le hizo interesarse tanto por el artículo que terminó leyéndolo dos veces. Había hecho un importante descubrimiento por casualidad. La periodista acarició a Wato para agradecerle su inesperada colaboración. El animal respondió levantando la cola como un periscopio para colocarse en posición de espera de algún premio del tipo barrita-apetitosa-con-sabor-a-pescado. Desde luego se lo merecía, gracias al simpático felino ahora Merche comprendía por qué Sam no sabía nada de Mario Ríos, y por qué no lo interrogaron los de Asuntos Internos.

El restaurante donde había quedado a comer con O'Malley distaba mucho de lo que Sam entendía como lugar romántico. El local, frecuentado por los policías que vivían en la residencia situada a una manzana de allí, era muy poco adecuado para una cita. Eso demostraba que Sam se dirigía a una reunión de trabajo; por supuesto, planeada por Hidalgo. Sam empujó la puerta acristalada y entró en aquel bar que, con los años, se había convertido en un comedor para solteros. Miró a su alrededor para localizar al detective inglés y por un momento temió encontrarse de nuevo con Hidalgo. Con suerte, el inspector tendría a Cristina a su cargo y a esas horas estaría almorzando en casa de Rocío. No le apetecía nada ver a su exjefe, aunque algo dentro de ella se aferrase todavía a su vida anterior. Sam tenía que reconocer que llegó a respirar aliviada cuando Merche le comunicó el resultado de la grabación. La detective se había mantenido en vilo esperando que Cisco finalmente no nombrara a Hidalgo como responsable de la llamada telefónica. Lo cierto es que el gitano no llegó a reconocer ninguna de las voces y, por tanto, no aclaró si Hidalgo era culpable o no. Aun así, Sam prefirió seguir con dudas acerca del inspector que tener la certeza de que era un policía corrupto.

Hidalgo no estaba en el restaurante. Sam vio a O'Malley en la

barra ocupándose de vaciar una cerveza de barril. La detective se acercó sorteando las mesas ocupadas en su mayoría por rostros conocidos. Agentes de paisano, otros de uniforme, almorzaban desganados el menú del día. Unos pocos comentaban las incidencias de la jornada, desbarraban de sus jefes o criticaban al sistema. El resto, aguantaba en silencio su monótona existencia: la de desarraigados funcionarios sin familia en la que refugiarse las horas libres. Soportaban su soledad en aquellas mesas de mármol con las patas de forja que se habían quedado, como ellos, detenidas en el tiempo.

—¿Qué pasa Sam? ¿No te acostumbras a vivir sin tus compañeros? —El sarcástico comentario procedía del comensal de la última mesa por la que estaba pasando Sam, la más cercana a la barra.

—Debe ser que añoro el olor de los *maderos* —contestó Sam como si tuviera preparada la respuesta.

—Un olor preferible al de los detectives privados. —El agente fue también rápido en la réplica y varios policías se giraron para ver la reacción de Sam.

—Sí, pero al menos nosotros nos duchamos todos los días, no como otros.

Se oyeron risas.

—Veo que estás muy graciosa desde que has caído tan bajo.

—Tú, sin embargo, estás haciendo carrera, pero me sorprende que aún sigas de inspector. Yo te hacía ya de comisario, como tu primo ¿o es tu tío?

Sam se refería con la insinuación mordaz al comisario Jorge García Ivárs, pariente cercano del policía con el que estaba hablando. Todos sabían que Pascual Ivárs había ascendido gracias a ser familiar del oficial superior al mando del distrito Sur. El cáustico comentario de Sam exasperó al policía que dejó los cubiertos y se levantó de la mesa.

—Si no fueras mujer te ibas a tragar esas palabras —amenazó Ivárs.

—¡Bah! No tienes cojones —porfió Sam—. Anda, siéntate y termina tu huevo frito, dicen que de lo que se come se cría.

Las risas volvieron y tiñeron de rojo el rostro conturbado de Ivárs que hizo un ademán para acercarse más a la detective. El policía se paró en seco, su ataque se quedó en un intento cuando O'Malley intervino y se colocó entre los dos.

—*You're late,* Casandra —dijo Al con toda la parsimonia de la que fue capaz.

—¿Cómo se te ha ocurrido quedar en este tugurio? —Sam le contestaba al británico, pero intentaba no perder de vista a Ivárs.

—No conozco otro sitio. —El inglés le daba la espalda a Ivárs como si el inspector, tan encendido como el cabello de O'Malley, no

estuviera allí—. No hago otra cosa que ir de la residencia a la comisaría y de la comisaría a la residencia o a este *restaurant*. Aún estoy esperando que alguien me enseñe la ciudad.

—Yo te la enseñaré —dijo Sam ladeando su cuerpo para sortear el cuerpo de O'Malley y poder lanzarle una mirada de odio a Ivárs como despedida—. Vámonos de aquí, no soporto este lugar.

***

Sam no era lo que se dice una guía ejemplar. No de esas que te enseñan los monumentos y te explican algún chascarrillo, anécdota o pasaje histórico mientras haces turismo. De hecho, no hubo visitas a La Catedral ni al Salvador ni al Archivo de Indias o al Alcázar. Sam se limitó a pronunciar los nombres de aquellos edificios y jardines a medida que pasaban por ellos. O'Malley estaba realmente asombrado por la belleza de la ciudad y por su antigüedad. De vez en cuando preguntaba acerca del siglo de construcción, de si allí se alojaban los reyes o de los tesoros que guardaban tales monumentos. Sam contestaba con un "vete a saber el año" o "me parece que sí, que lo han usado en las bodas de las infantas", pero, en general, la expresión "no tengo la menor idea" era la más utilizada por la detective.

A la altura de Correos, O'Malley le preguntó a Sam por el altercado del restaurante. También quiso saber el motivo de su enfado con Hidalgo y, por extensión, con el resto de los humanos. Pronto, el detective comprobó el celo con el que Sam guardaba su vida íntima. Era extremadamente reservada, y hábil: sabía desviar perfectamente una conversación que la incomodaba, o simplemente no le interesaba, para transformarla en otra destinada a borrar la anterior. Sam acudió al socorrido tema del tiempo, a las preferencias de la detective por el invierno y a lo poco que le gustaba el verano. El inspector cayó en la trampa y abandonó sus preguntas personales para seguir la nueva conversación y volver a comportarse como el primer día, como el simpático irlandés que era. Con toda la confianza del mundo, le dijo a Sam que entendía la razón de su odio al calor. Con descaro le explicó su teoría: "No te gusta el verano *because* tienes que deshacerte de toda esa capa de ropa que llevas encima para esconderte". Sam descubrió que la psicología era otro de los fuertes de O'Malley, junto a la inteligencia y el buen humor. Al la comparó con una cebolla, por lo de las capas, y la detective no sabía si reír o atizarle. Optó por lo primero cuando el británico le quitó las gafas de color pistacho, a juego con la parka que llevaba encima. El inglés seguía con su tesis y decía que las lentes eran otro escondite. "No sé por qué quieres ocultar esos preciosos *blue eyes*" —le dijo—. "Porque no veo ni torta" —respondió Sam con una sonrisa de oreja a oreja—. Al entonces le dijo que estaba mucho más guapa sonriendo que enfrentándose a sus excompañeros.

Sam no recordaba el tiempo que hacía que no se sentía tan bien con un hombre a su lado.

Cuando la pareja llegó a la Plaza Nueva, O'Malley no daba crédito a la cantidad de gente que salía y entraba por las calles céntricas. En la calle Tetuán, el inglés se dejó llevar por la extraña, pero muy agradable, mezcla de olores. A la penetrante fragancia del incienso, "más propio de la Semana Santa" —le explicó Sam—, que salía de un puesto de hierbas y especias, se le unían los aromas tan extremos como el de las castañas asadas y el del adobo de los boquerones. El primero procedía de un vendedor ambulante de patillas largas y tez tan tostada como las de los frutos que estaba asando; mientras que el segundo nacía en la taberna Blanco Cerrillo, un concurrido bar famoso por su pescado frito. El olor a boquerones adobados les recordó que seguían sin comer. Otro día que a la detective se le había pasado la hora del almuerzo. Sólo que en esta ocasión el motivo del paso del tiempo era mucho más agradable: agradable, pelirrojo y simpático. Al le confesó que estaba desmayado, que todavía no se había acostumbrado al horario español, que a esa hora en su país apenas quedarían unos minutos de luz y un poco más para que cerrasen las tiendas en los días laborables. Sam le propuso ir al bar de la calle Francos. Tendrían que dar la vuelta, pero merecía la pena. "Seguro que nos dan algo de comer, los domingos Carmelo hace una cola de toro para chuparse los dedos". La idea le pareció estupenda al inglés que ya se le hacía la boca agua. "¿Cola de Toro? ¿Y las *ojeras*?" El error y la pronunciación del inglés le arrancaron a Sam una sonora carcajada. "¿No es eso, dos *ojeras* y el rabo, lo que les dan a los matadores cuando triunfan en la plaza?" —insistía Al—. La risa de Sam continuó más de lo debido a causa del encogimiento de hombros de O'Malley y su mueca de no entender qué le había hecho tanta gracia a la detective.

***

La comida siguió por los mismos derroteros: distendida y agradable. Al le contó prácticamente toda su vida, pero Sam seguía cerrada en banda acerca de la suya. De vez en cuando, Carmelo se acercaba a la mesa para traer las viandas o retirar los platos. Por su aspecto tan peculiar, y por lo poco que sabía Sam acerca de él, Carmelo fue también motivo de conversación. Sam le confesó al inglés que su amistad con el dueño de la tasca se remontaba ya a más de un lustro, desde que lo encerró en comisaría a causa de una reyerta en el barrio. Carmelo juraba que se dirigía a su bar cuando se dio de bruces con la pelea. Tres macarras estaban sacudiendo a un cuarto en una lucha desigual. Carmelo intervino a favor del que llevaba las de perder y la balanza pronto se inclinó hacia el hostelero y el cuarto hombre. Sam

regresaba a su casa, dando un paseo, y se encontró con la batalla a punto de terminar. El brillo de las navajas la obligó a sacar su arma reglamentaria. Todos escaparon corriendo menos Carmelo. Sam lo encerró, pero después de escuchar la versión del barman decidió soltarlo. Aquel gesto no lo olvidó nunca Carmelo y, a partir de ese día, le dijo a la detective que el bar era suyo, para lo que quisiera. Con el tiempo, Sam se hizo asidua al local tanto por la lealtad del dueño como por las buenas tapas que servía.

A los postres, con un par de chupitos de licor de hierbas encima de la mesa, Al le expuso a Sam las novedades del caso Ulrike.

—¿Qué opinas de esta fotografía? —preguntó Al mientras le enseñaba la imagen de una mujer joven, muy atractiva, de pelo castaño oscuro, cuyo peinado vagaba entre la melena a modo de casco, como la llevaba Jane Fonda en los años setenta, y la moda que se estila desde siempre en el País Vasco, con ese flequillo tan característico.

—Pues no sé, ¿la conozco? —respondió Sam.

—Creemos que es Ulrike. Si le colocamos la peluca *blonde* y las gafas oscuras… *Could be*…

—Cualquiera podría ser la rubia. ¿Por qué ésta precisamente?

—Es la única visita que recibió Bobby desde su ingreso en el módulo de preventivos. La imagen está sacada de las cámaras de seguridad de la cárcel, de un vis a vis entre ella y Bobby.

—¡Ajá! Entonces es la que buscamos, seguro.

—Se llama Jennifer Hoffman, ciudadana alemana, con pasaporte falso; *again*.

—¿Habéis comprobado si está fichada?

—Aquí en España no, pero estoy preguntando en la INTERPOL. He trabajado allí y tengo muy buenos amigos en Lyon. Ya les he mandado la fotografía. *I'm waiting*, espero recibir noticias dentro de poco.

—Estupendo. ¿Y de las llamadas a Machuca? ¿Sabéis algo?

—La primera fue realizada desde un teléfono robado, el resto desde móviles desechables. *Bad luck*

—Ya me lo temía. Imposible localizar al que llamó. Aunque Bobby tiene todas las papeletas de ser el autor de las comunicaciones. ¿Y el coche?

—*Nothing*, seguimos buscando, hay algunas denuncias de automóviles que podrían encajar con la descripción que nos diste. —Al se tomó un respiro para anunciar otra mala noticia—: Los secuestradores no han vuelto a llamar. Tenemos los teléfonos de Machuca intervenidos por si acaso. Me temo lo peor para el niño. No se lo hemos dicho a la familia, pero creo que son conscientes de que el caso pinta mal.

—Pues estamos bien —dijo Sam con una mueca de resignación—.

¿Alguna otra pista?

—Sí. Hay una que promete —contestó Al después de dar el último trago a aquel licor de color verde claro, con un gesto que demostraba los muchos grados de alcohol que estaban pasando por su aparato digestivo —. Hicimos lo que nos dijiste, preguntamos en la prisión por las compañías de Bobby en la cárcel. Al parecer se le veía siempre con uno de su banda.

—¿Con quién?

—Con Igor Kuztnesov, el hermano pequeño del jefe. No me acordaba de que lo habíamos encerrado con él. A pesar de que dispersamos a la banda por distintas cárceles, resultó inevitable que algunos cayeran en la misma: Igor Kuztnesov y Bobby *together*.

—¿Qué sabemos acerca de Igor?

—Bastante poco. Lo trincamos en el chalé de su hermano. Creemos que estaba al frente de otra célula, pero no hemos conseguido averiguar todavía a qué *dirty business* se dedicaba.

—Pues hay que averiguarlo. Puede ser fundamental para descubrir lo que piensan hacer con el niño.

—¿Cómo lo hacemos? Ya le interrogamos varias veces en su día y no sacamos nada en claro.

—¿Habéis pensado en infiltrar a alguien en la prisión?

Al no pudo contestar, el sonido del móvil de Sam interrumpió la conversación.

—Hola, dime

…

—No, no, tranquila, no estoy ocupada, puedes hablar…

…

—¿Cómo? ¿Ríos? ¿Estás segura?

...

—Entiendo… Muchas gracias, eres una fenómeno. No voy a tener más remedio que regalarte el fular. Luego te llamo y me cuentas todo.

La conversación fue muy breve, pero el inglés entendió por la expresión del rostro de Sam que las noticias eran o sorprendentes, o malas, o ambas cosas. Sam colgó y se quedó pensativa un rato hasta que se dio cuenta de que Al la miraba esperando alguna explicación.

—Perdona… —se excusó Sam.

—*Easy*, ¿algo importante?

—Era Merche, una amiga… cosas mías… Por cierto ¿me decías algo de una infiltración en la cárcel?

Al ya se estaba acostumbrando a la misteriosa vida de su nueva amiga española y no insistió en la extraña llamada que Sam acababa de recibir.

—*Yes*, pero lo hemos descartado: un nuevo recluso puede poner a Igor sobre aviso.

—Pues no lo desechéis tan pronto. Yo sé cómo podemos hacerlo sin que se dé cuenta —dijo Sam.

Estás contento. No os vais a ir todavía, pero al menos Ulrike te deja cuidar al invitado. Te ha dado permiso para que le lleves la comida, para que lo atiendas si quiere ir al baño. Te encanta hablar con él. Puedes verlo varias veces al día. Él te pregunta siempre por lo mismo: quiere saber cuándo va a volver a casa con su mamá y su papá. Aunque sigue triste parece que ya no sufre tanto. Incluso se ha reído contigo cuando le has contado cómo era tu vida antes, cuando has repetido los gestos que hacías para asustar a los niños y las cosas que les decías luego para que se acercaran a ti, para que vieran que todo era una broma. Les enseñabas los músculos, ellos los tocaban y se sorprendían de lo fuerte y grande que eras. Enseguida cogían confianza y los subías a hombros o te tirabas al suelo para que dieran botes encima de ti o te hicieran cosquillas igual que tú a ellos. El invitado no ha querido jugar contigo de esa forma, pero una sonrisa ha iluminado su rostro. Quisieras estar un rato largo con él, pero cuando Ulrike se da cuenta de que estás más tiempo del necesario para darle la bandeja de la comida o de la cena, o para retirársela, entonces te grita y te dice que te vayas de su cuarto.

Ulrike es muy dura con él. No le trata bien, le regaña igual que a ti. Está siempre de mal humor. Es probable que su mal carácter se deba a que siempre le duele el estómago, por eso lo paga contigo y con el invitado. Como cuando vinieron esos policías a inspeccionar la casa y os tuvisteis que esconder en el sótano. No dejaba de protestar, permanecisteis allí casi dos horas, los tres. Ella fumando un cigarrillo tras otro. Cada vez fuma más. Tú te alejas cuando enciende una cerilla y ella se ríe al verte asustado; ahora no son imaginaciones tuyas, realmente disfruta haciéndote sufrir. Ulrike ha cambiado. Ya no es la misma desde que murió Bobby. Ahora ya no sólo bebe leche, también toma ese líquido apestoso que solía tragar Bobby. Debe echarlo de menos. Da la impresión de que te culpa de su muerte a pesar de que fue ella la que te ordenó eliminarlo. A ti no te gusta hacerle a Jess, a Ulrike quieres decir, esa clase de "favores", pero nunca se te ha ocurrido contradecirla. Reconoces que no te importó obedecerla cuando tenías que deshacerte de Bobby, pero sí te molestó atacar a esa pobre pareja de ancianos que no habían hecho ningún mal a nadie. A los dueños de la casa donde ahora vivís. A los que están enterrados en el jardín.

CISCO

«Ayer invité a cenar a mi compañero Rodrigo Hidalgo. Ya he dicho que es un profesional como la copa de un pino, que confío en él plenamente y que no quería implicarle en el caso, sin embargo, finalmente las circunstancias me han obligado a pedirle ayuda. La presencia de Hidalgo en mi domicilio no ha despertado las sospechas de Casandra, acostumbrada como está a verlo a menudo por Umbrete: además de compañero es amigo de la familia y quiere a los niños como si fueran suyos. Con quien más migas hace es con la pequeña Sam. Sólo hay que verla cómo lo recibe. Nada más sospechar que va a entrar por la puerta, corre hacia él con los brazos en alto para colgarse de su cuello. Hidalgo lo sabe y, cuando ve a la niña, agacha la cabeza para facilitarle la maniobra, como si estuviera entrando en uno de esos países exóticos donde te dan la bienvenida colocándote flores a la llegada. Sam se pone muy pesada, pero a Hidalgo no parece molestarle; tengo que ser yo el que la separe de mi amigo porque si no estaría toda la velada con una niña con coletas colgada del cuello.

»Le he dado muchas vueltas al tema de cómo abordar a mi compañero, de cómo solicitar su colaboración sin comprometerlo demasiado. He esperado a terminar la cena, mientras Casandra y los niños recogían la mesa, para salir al porche y charlar con él. Al principio, ha sido Hidalgo el que prácticamente ha hablado solo. Me ha comentado sus experiencias en el curso de TEDAX[2] *que acaba de realizar y otros asuntos relativos al servicio; yo apenas le he prestado atención porque estaba pensando en lo que le iba a decir. Al final he decidido no contarle prácticamente nada, le he pedido que confíe en mí y no me haga preguntas, que estoy metido en un asunto complicado y que no puedo adelantarle ninguna información, excepto que lo necesito para ayudarme a arrestar a varias personas un día determinado. Que su misión es posicionarse cerca de la comisaría y estar atento en su coche particular por si hay que seguir a alguien. Que debe esperar allí y sólo intervenir cuando reciba mi aviso. El aluvión de preguntas con el que me ha bombardeado era previsible, pero le he repetido que por el momento no puedo decirle más. Como ha insistido tanto, únicamente le he respondido a la cuestión de cuándo iba a ser el operativo: "Próximamente haré un cambio de guardia como jefe de turno, esa misma noche tienes que estar preparado", es lo que le he dicho.*

Merche se tomó un respiro en su puesto de trabajo antes de dar por terminado el reportaje sobre las fuerzas del orden. Mientras descansaba, había vuelto al artículo que descubrió el domingo en su domicilio. De su lectura se infería que Mario Ríos llevaba muerto y enterrado cerca de veinte años. La periodista volvió a repasar la página de la hemeroteca porque algo se le escapaba. Llevaba pensando en ello todo el día. Estaba segura de que había un detalle en el artículo o en la fotografía que lo presidía que podía ser importante y que no lograba determinar. La imagen era bastante desagradable. Era una instantánea general en la que se podían ver, en uno de los lados, un par de cadáveres amortajados con una funda de plástico, y los pies de otro. El centro de la fotografía, y desde allí hasta el otro extremo, estaba ocupado por la presencia de varios policías, coches patrulla, personal de urgencias asistiendo a un herido y una ambulancia. Merche pensó en lo eficaz que había sido la gente del departamento gráfico al poder fotografiar esa escena muy poco tiempo después de haber ocurrido el suceso. El artículo aseguraba que una pareja de reporteros estaba en las inmediaciones, cubriendo otra noticia local sin importancia, cuando sucedieron los hechos. Casualidad. Como cuando Wato se subió al portátil y permitió que Merche accediera a la información que ahora estaba leyendo de nuevo. La noticia hablaba de un tiroteo en las afueras de la ciudad que se había saldado con la muerte de dos traficantes y de un policía. Mario Ríos era el agente fallecido. Había otro inspector herido, pero no decían su nombre. Merche entendía que era una medida de seguridad. El oficial —aunque iba de paisano, la periodista suponía que era el compañero de Ríos— llevaba un brazo en cabestrillo y le estaban ayudando un par de sanitarios. La fecha del suceso era de tan solo unos pocos días después del apresamiento del “Altaír” y, tratándose de Mario Ríos, Merche pensó que Sam debía enterarse enseguida, por eso la llamó el domingo.

¿Quién era ese otro policía? ¿Qué era lo que estaba pasando por alto? Merche lanzaba las preguntas en su interior mientras echaba la cabeza hacia atrás para estirar y relajar los músculos de cuello y nuca. Al levantar la vista se volvió a cruzar con la mirada de Javier, el nuevo redactor de Cultura y Deportes que ocupaba el habitáculo de Enrique. Merche no podía evitar volver la vista de vez en cuando al antiguo puesto de trabajo de su novio. Recordaba las miradas furtivas entre ellos —y no tan furtivas—, los gestos y las insinuaciones. Miraba aquel escritorio y seguía viendo a su pareja, al padre de su hijo, como si aún estuviera presente ocupando ese asiento, justo enfrente de ella. Entonces despertaba y se encontraba con los ojos de Javier. El joven periodista la había sorprendido mirándolo de hito en hito en varias

ocasiones en los últimos días. Al principio, el reportero le devolvía la mirada extrañado, luego comenzó a hacerlo con una sonrisa en los labios creyendo que Merche intentaba ligar con él, entendiendo lo que no era y haciéndose ilusiones. Javier era un hombre atractivo y juncal, pero algo tímido, aunque su poquedad en el trato pronto iba a dar paso a un acercamiento en toda regla si Merche no lo evitaba antes. Ella era consciente de que estaba provocando una falsa atracción que le podría acarrear algún que otro problema. Se hizo la firme promesa de que debía dejar de soñar despierta e intentar no mirar hacia ese lado. Cuando se estaba convenciendo de ello vio una alerta en la pantalla del ordenador: Roberto volvía a llamarla por mensaje interno. Era la tercera vez en esa mañana después de la reunión de las nueve. Ya se estaba empezando a cansar, seguro que se trataba de alguna de sus peleas con la informática.

En efecto, después de atravesar la puerta del despacho del jefe, Merche volvió a presenciar la misma escena de la última vez: Roberto y Miss Nolan estaban enzarzados en una discusión con el nuevo *ipad* como centro de la pelea. Cada uno tenía sujeta la "tableta" digital por un extremo y parecía que se disputaban su posesión. La nueva incorporación informática que, en teoría, iba a facilitar las reuniones del día gracias a su movilidad entre los miembros de las juntas, que podrían comentar los borradores de la edición e incluso corregir maquetación o titulares sobre la marcha, estaba siendo motivo de reyerta entre jefe y secretaria. Merche pensó que se estaban comportando como dos críos; o como un matrimonio. Eso le hizo gracia. La verdad es que Nancy Nolan era la mujer que más tiempo pasaba con Roberto. Estaba claro que aquello únicamente podía ser posible si a él no le desagradaba su compañía. La contienda se relajó cuando vieron a la reportera hacer su aparición. Merche sonreía: Roberto no parecía ser consciente del serio peligro que corría su querida condición de soltero después de tantos años de "sacrificio", tras haber rechazado algunas proposiciones muy serias.

Una vez resuelto el problema de la discrepancia entre Nancy y Roberto (un tema muy simple acerca de la configuración de la *tablet*), y de ver que ninguno de los dos tenía razón, Merche le informó a Roberto que iba a salir al mediodía. Le comentó que Rodrigo Hidalgo, el inspector jefe de Homicidios que llevaba el caso del asesinato del preso fugado, la había llamado a primera hora para que se reuniera con él en el Centro Penitenciario.

—Me ha dicho que se trata de un asunto de suma importancia relativo al secuestro.

—Tienes mi permiso, por supuesto, pero es curioso que llame a una periodista… —dijo Roberto algo extrañado.

—Lo conozco bien, es uno de los que se han prestado para

participar en el reportaje de la policía. A lo mejor quiere que difundamos alguna cosa más para promover la colaboración ciudadana.

—Eso debe ser. Por cierto, se me ha olvidado decirte en la reunión que te encargases de que sigan publicando, una semana más, las fotografías del niño y de la supuesta secuestradora.

—OK. Dalo por hecho.

—Y ya sabes, si hay alguna novedad…

—Tranquilo. Con Hidalgo tenemos asegurada la exclusiva.

—Además, Sam está en el caso ¿no? —Roberto no aguardó la contestación de Merche—. Eso también juega en nuestro favor, y en el del niño, claro está.

Merche le respondió con un movimiento de cabeza afirmativo. Roberto se mostraba optimista, pero ella estaba muy lejos de serlo y le ocultó a su jefe lo que en realidad pensaba: que Sam estaba tan ocupada en resolver el caso de su padre que, mucho se temía, le estaba dedicando todo su tiempo.

Con la sempiterna bata blanca y las gafas a lo *John Lennon*, Santiago Casal parecía extraído de un noticiario en blanco y negro de la Segunda República. Al menos así lo veía Sam en aquel espacio frío y aséptico.

—Santi, tío, ¿no había otro lugar mejor para quedar? —se quejó la detective, que últimamente no acertaba con las citas.

—Hay que joderse… ¿no querías ver el cadáver del preso fugado? —protestó el policía científico descubriendo la sábana que amortajaba el cuerpo de Bobby.

—Esto… bueno, sí —dudó Sam, que no tuvo más remedio que observar al finado, al que ya le habían colocado la cabeza en su posición natural y presentaba en el pecho una enorme costura en Y. Lo primero que pensó Sam al ver su rostro congelado era que no se parecía tanto a Robert Redford, y menos con aquella tez azulada que sentenciaba el paso a la otra vida. Los restos de Bobby reposaban en una especie de plataforma alargada o camilla de aluminio. La peculiar mesa de operaciones disponía, a los pies del difunto, de un lavabo también plateado con un grifo de manguera flexible. Al ver el cuerpo, Sam dio un paso hacía atrás, como si la muerte fuera contagiosa, y se apoyó en otra mesa metálica paralela e idéntica a la del cadáver. Si no hubiera sido por esa pareja de islas oblongas de aluminio, destinadas a servir de soportes para las autopsias, se diría que la habitación era como la cocina de un restaurante. En dos de las cuatro paredes de color vainilla, se alineaban muebles con puertas, cajoneras y lavabos del mismo tono gris metalizado. Anaqueles fabricados de idéntico

material, estaban suspendidos de forma intermitente a un metro de distancia de la hilera de muebles. Distribuidos entre la encimera y las estanterías, varios frascos de cristal de todos los tamaños exhibían productos químicos de distintos colores.

—A ver, ¿qué quieres saber? Porque no te veo con muchas ganas… —dijo Santi—. Después de lo que me ha costado convencer a la gente de aquí —menos mal que me tratan como a uno de ellos— y de sacar el cuerpo de la sala de refrigeración, veo que pasas de mí.

Su excompañero tenía toda la razón. Cuando ella llamó al técnico del laboratorio para quedar con él en el IML[3], su intención no era ni mucho menos ver el cadáver de Bobby. Santi interpretó lo contrario y por eso la citó en el tanatorio de San Jerónimo, donde se hallaba el departamento forense, en vez de en las flamantes oficinas del Instituto situadas en el Prado.

—Perdona, es que este sitio me da mucha grima.

—Parece mentira, como si no hubieras visto nunca un fiambre. —Santi sonrió convencido de la aprensión de Sam por el lugar. Sam se incorporó para recuperar la posición inicial y adelantarse hasta colocarse a la altura de Santi. Ahora ya parecía interesarse por el cuerpo sin vida. Se daba cuenta de que, aunque no tenía abandonada la investigación del secuestro, sí que la había colocado en un segundo lugar. No podía evitarlo, resolver el caso del 92 era prioritario para ella aún sabiendo que eso no era justo, que su decisión, en cierto modo, ponía en peligro la vida de un niño inocente.

—Venga, cuéntame todo lo que sepas. Soy toda oídos.

—Bueno, aparte de la causa de la muerte (ya sabes que le rompieron las cervicales) hay algunas cosas interesantes que hemos observado en la autopsia. Fíjate aquí —Santi le señaló a Sam la muñeca izquierda del cuerpo, se puso los guantes de látex y levantó el brazo del muerto para que la detective pudiera ver unas coloraciones malvas y encarnadas—: le destrozaron los huesos de las muñecas.

—¡Joder! —fue lo único que acertó a exclamar Sam.

—De la presión brutal en cuello y manos hemos podido sacar unas claras y enormes huellas, aunque me temo que nunca podremos compararlas con ninguna base de datos.

—¿Por qué?

—Porque las marcas que han dejado son las de unas manos a las que les han borrado las huellas dactilares, como si les hubieran quemado las yemas de los dedos.

—Sin identificación —subrayó Sam.

—Por ahora, porque hallamos y, posteriormente, analizamos unas muestras del ADN del asesino.

—¿En serio?

—Sí. El tal Bobby tenía entre los dedos cabellos del que fue, casi

con toda seguridad, su verdugo. Parece que intentó defenderse como pudo…

—Pero no sólo con las manos —recordaba Sam—: ¿Y aquellos restos de pólvora?

—Cierto, no se te pasa una. —La detective guiñó un ojo y el técnico siguió con su exposición—: Los hallamos en la mano y brazo derechos del muerto. Estimamos que efectuó al menos un disparó de arma de fuego instantes antes de morir, con una pistola o con un revólver. Me inclino por esto último dado que aún no hemos encontrado ningún casquillo de bala en el lugar del crimen ni en las inmediaciones. Tampoco hemos visto sangre. Todo indica que el/los tiros no dieron en el blanco. —concluyó Santi.

—Eso parece… —confirmó Sam

—De todas formas, aún estamos examinando el escenario. No sabes cómo se puso aquello de barro. Pensábamos que no iba a quedar ninguna huella potable después de la cantidad de agua que cayó, pero gracias a que el terreno es arcilloso, y a que hizo bastante calor al día siguiente, el barro se secó enseguida y algunas pisadas se han conservado como si fueran moldes de una escultura. Lo mismo ha ocurrido con las rodadas de los vehículos. Ahora hay gente del laboratorio allí buscando los proyectiles, marcando las pruebas e intentando sacar algo en claro de todo aquel lodazal petrificado.

—Lo que sí queda claro es que Ulrike y su compañero están armados, aunque el segundo no parece necesitar ningún revólver —opinó Sam con media sonrisa que enseguida mudó a una mueca de resignación—. ¿Alguna cosa más?

—Sí, la colilla; también te acordarás de ella…

—Claro, el cigarrillo mentolado. Propiedad de Ulrike —aclaró Sam —, seguro.

—Exacto. Pues bien, después de pasar todo el fin de semana en jefatura con los dichosos análisis del ADN procedente de la saliva, he llegado a una conclusión sorprendente. —Los ojos de Santi brillaban de satisfacción a través de las gafas.

—No me digas que tienes con quién cotejarlos —inquirió Sam incrédula.

—Sí, con los del asesino. —Una sonrisa acompañó las palabras del policía científico.

—¿Cómo?

—Se me ocurrió compararlos con los de la muestra hallada en el cabello del supuesto criminal y resulta que, agárrate, Ulrike y el tercer hombre son parientes consanguíneos.

***Hoy** te ha dejado Ulrike al cuidado del invitado mucho más tiempo de lo normal. Lo ha hecho porque se tenía que ausentar de la casa varias horas.*

Dice que ha ido a comprar provisiones, pero ha tardado demasiado. Lo más probable es que se haya entrevistado con alguien. Seguro que se trata de esa persona con la que lleva varios días hablando por teléfono. No te deja escuchar sus conversaciones, pero te ha parecido oír que comentaban algo acerca del niño. No crees que se trate del padre o de la madre porque te daba la impresión de que Ulrike se tomaba muchas confianzas con su interlocutor. No te huele nada bien el asunto y temes que te separen del invitado. No te importaría que lo hicieran si eso significase que el pequeño iba a dejar de sufrir y se iba a reunir con sus padres. Ya tienes claro que no vais a volver a la vida de antes y que el niño no os va a acompañar. Por más que insista Ulrike, ya no te convence. Miente más que habla.

Una idea ronda tu cabeza. Te cuesta discurrir y para ti es muy complicado hacer planes, pero cuando un pensamiento acude insistentemente a tu mente es más fácil retenerlo. Se trata del niño, de ayudar al invitado. Cada vez que ves su cara o hablas con él vuelves a imaginar y a trazar el plan. Hoy podías haber intentado llevarlo a cabo, pero cuando estabas a punto de decidirte, después del tiempo que te ha dejado Ulrike a solas con él, en ese momento ella ha vuelto a casa. Al verla, te has echado para atrás. Es triste, pero tienes miedo de tu hermana pequeña, de alguien de tu familia. No puedes soportar verla enfadada. Es capaz de todo. Ya lo ha demostrado. Te tiene aterrorizado. Si te parases a reflexionar verías que eres infinitamente más fuerte que ella, pero nunca te paras a reflexionar. Cuando te mira con ese odio te bloquea la mente. Se apodera de ti una extraña fuerza que te anula. Enseguida desaparece todo intento de enfrentarte a ella, de contradecirla.

Sin embargo, algo está cambiando desde que el invitado vive con vosotros y desde que tú pasas más tiempo con él. Antes sólo tenías miedo de que te hicieran daño a ti. Era más fácil someterte a la voluntad de Ulrike y, de esa forma, evitar los problemas. Pero ahora también está la posibilidad de que hagan daño al niño. Un ser indefenso que no tiene a nadie que le proteja; a nadie excepto a ti. Te ha sorprendido observar cómo has estado a punto de saltar cuando Ulrike le ha gritado al invitado para que se diera prisa en terminar la comida, o cuando le dio una bofetada porque no quería volver a su cuarto. La rabia de ver cómo maltrata al pequeño está a punto de superar el miedo que le tienes a tu hermana.

Cuando sobrepase ese nivel no sabes lo que va a ocurrir.

Aquello parecía más un tribunal que una reunión. Hidalgo no se dio cuenta de que estaban intimidando a Cisco hasta que Merche se colocó al lado del gitano. El policía le regaló una mirada con gesto de aprobación a la periodista: era la única que se había percatado del detalle. Hidalgo y el alcaide seguían detrás de la mesa del director de la prisión mientras Cisco y Merche permanecían enfrente. La presencia

de la reportera se le antojaba fundamental a Hidalgo para convencer a Cisco, por eso la había llamado. Como siempre, la idea procedía de la mente despierta de Sam. La detective le había propuesto al inspector O'Malley utilizar a Cisco para averiguar las intenciones de la banda de secuestradores. Había insistido mucho en que se debía hacer con la aquiescencia y la ayuda de Merche. Y así lo hicieron. Primero convencieron a Merche, que se mostró dispuesta a ayudar a descubrir el paradero del hijo de Machuca; con Cisco la cosa fue más complicada. Hidalgo tomó las riendas de la reunión y Cisco en un principio se negó a servir de espía de la policía. Sólo la intervención de Merche pudo resolver la situación. A la periodista se la veía muy afectada por el caso, eso fue determinante para que su amigo se tomase también como una cuestión personal el ayudar a aquel niño que llevaba ya una semana secuestrado. Al final todo ayudó: el recuerdo de su hermano pequeño asesinado, las palabras de Merche y las promesas de Hidalgo de solicitar el régimen abierto si colaboraba con ellos. Hidalgo sabía que el juicio por el homicidio del Moro había comenzado esa misma mañana y que Cisco necesitaba toda la ayuda posible para conseguir la benevolencia del juez.

Entonces fue cuando intervino el alcaide. El desagradable funcionario estuvo a punto de estropearlo todo cuando se pasó con la presión. Parecía querer poner las cosas en su sitio, recordar quién mandaba allí. Prácticamente, le dijo a Cisco que no tenía alternativa, que debía colaborar con la policía, sí o sí. Además, le recordó que no disponía de mucho tiempo si quería que la resolución del secuestro jugase en su favor. Estaba previsto que, a lo largo de esa semana, la vista oral se centrara en escuchar las declaraciones de los testigos y de las personas implicadas en el caso y que, como mucho, se alargase otros siete días más antes de que el juez dictara sentencia. A Merche no le gustó nada la actitud del director de la prisión que en vez de ayudar lo que intentaba era coaccionar a su amigo con el supuesto favor judicial. Tampoco a Hidalgo, que manifestó su desagrado lanzando una dura mirada de desaprobación al alcaide. Éste la encajó como el fajador que era, desviando la mirada con suficiencia.

Cisco se dio cuenta de que el alcaide parecía jugar en otra liga. No volvió a dirigirle la palabra y se centró en Hidalgo y Merche. Se puso en manos del inspector: quiso saber los pormenores del plan. La cosa era sencilla y complicada a la vez. Tendría que ganarse la amistad de Igor Kuztnesov, un preso de ascendencia rusa, pero de madre española, que hablaba perfectamente el castellano. Debía averiguar cuáles eran sus actividades delictivas fuera de la cárcel. Cisco se comprometió en hacer el trabajo e incluso aportó una idea: como se había quedado sin compañero a nadie le extrañaría un movimiento de reclusos, muy normal en esos casos. Cisco pidió que provocaran el

traslado de Igor Kuztnesov a su celda.

La imagen reflejada se iba quitando una a una —"capa a capa" como decía O'Malley— las prendas de abrigo hasta quedarse en camiseta. La calefacción central del edificio y el suelo de tarima flotante, le permitían pasearse por el estudio sin mangas y con los pies descalzos. Sam se quedó un rato mirándose en el espejo del único armario de la pequeña estancia. Se sentía ridícula porque no estaba acostumbrada a perder un minuto en semejante actividad, pero algo había pasado ese fin de semana que la empujaba a observar su figura. Pensó que su aspecto no debía ser tan malo cuando aquel pelirrojo se había fijado en ella. Le daba rabia lo complicado que era apartar de su mente al inglés. Un tipo atractivo que había conseguido hacerla reír varias veces, y que tenía el increíble mérito de ser el culpable de que a Sam se le pasara la hora de las visitas al centro sanitario de Carmona. Era el primer domingo que no asistía a su cita semanal desde que ingresaron a su madre. Nunca antes, excepto por motivos de viajes relativos al trabajo, había faltado. Sam decidió que iría a visitarla al día siguiente segura de que a su madre no le importaría ese cambio de fechas. A Doña Casandra realmente no parecía importarle nada desde que perdiera el habla y su mirada se aliara con el infinito.

Sam se quitó las gafas, pero la imagen borrosa no le permitió comprobar si el comentario de Al, que afirmaba que estaba más guapa sin las lentes, era cierto o no. Seguro que se trataba de simple galantería británica, o irlandesa. Como no veía nada, se las volvió a poner para, a continuación, darse una vuelta como si fuera una modelo de la pasarela Cibeles. La verdad es que había adelgazado bastante. La depresión después de su renuncia en comisaría seguro que había ayudado para dejarla como un pincel. Suspiró, se encogió de hombros y cerró la puerta del armario. Tenía muchas otras cosas en qué pensar más importantes que su esbelta figura.

Entre ellas, la sorprendente revelación de Santi: Ulrike y aquella especie de monstruo eran familiares, posiblemente hermanos. Antes de cambiar de tema, Sam quiso saber si toda la información que le había proporcionado el policía científico estaba en poder de O'Malley y de Hidalgo. La respuesta afirmativa de Santi la tranquilizó: el caso estaba en muy buenas manos. Ella lo sentía mucho, pero tenía otra prioridad. En cuanto tuvo la mínima oportunidad, le preguntó acerca de la muerte de Mario Ríos, que era el verdadero motivo de su cita.

La conversación mantenida con Merche el domingo, después de dejar al inspector inglés, fue del todo reveladora. Mario Ríos había fallecido a los pocos días del apresamiento del "Altaír", cuando el personal de Asuntos Internos estaba investigando el robo de la comisaría. Esa fue la razón de que nunca llegaran a interrogarlo. La

periodista afirmaba que murió en un tiroteo en las afueras de la ciudad, que había otro herido y dos muertos más. Según las declaraciones de la policía en el lugar de los hechos, los fallecidos eran unos supuestos traficantes de drogas. Sam pensó en los archivos del distrito Poniente como lugar a investigar sobre la muerte de Ríos y se adelantó a la jugada: seguro que el que se encargó de borrar de la comisaría todas las pistas acerca del asunto del "Altaír", y las del caso del robo de la cocaína, había hecho lo propio con las referentes a Ríos. Así que se saltó ese paso y acudió al siguiente: el IML. Allí tendrían los informes de la autopsia y quién sabe si algún dato más acerca de los heridos y de los otros fallecidos.

Si alguien tenía acceso al Instituto, ése era Santiago Casal. Se pasaba allí horas y horas casi todas las semanas trabajando con los forenses. No lo dudó, la detective llamó a Santi y quedó con él en el IML. El único problema fue que Santi la citó en el lugar equivocado: la morgue. Después de ponerle al día sobre los antecedentes —y sin explicarle por qué le interesaba el tal Ríos— Sam le pidió a su antiguo compañero, con el que había trabajado en tantos casos, que le hiciera el favor de mirar en los archivos del antiguo Instituto Anatómico Forense. Santi accedió con alguna reticencia, pero con gran eficacia. Entró en la red interna del IML desde las instalaciones del tanatorio. Lograron acceder al índice de autopsias realizadas en el 92 y enseguida encontraron la que le practicaron a Ríos. Como ya tenía bastantes años, la única información era la de portada, la que explicaba la causa de su muerte —una bala le atravesó la cabeza—, el resto del informe habría que buscarlo en el archivo en papel, ya en las dependencias de El Prado, en pleno centro de la ciudad. Santi se comprometió en leer el dosier a lo largo de esa misma semana y quedó en llamarla por teléfono en cuanto descubriera algo nuevo.

El caso avanzaba a trompicones.

Primero, la llamada desde dentro de la policía a Cisco con el objetivo de sellar la boca del Moro y proteger a Tony; después, el descubrimiento del "Altaír" cargado de droga, una parte de la cual sería sustraída en comisaría; y, finalmente, la muerte de Ríos. Eran logros, sí, pero no conducían a nada útil y, desde luego, dejaban todavía muy lejos el objetivo de Sam, obsesionada en restaurar la reputación de su padre.

La detective volvió a sopesar las posibilidades que tenía de seguir progresando y vio que el futuro no era nada halagüeño. Entonces pensó en otra opción que llevaba días planeando: una alternativa a la investigación. Hasta ese instante no se había decidido por ella porque esperaba que algunas de las líneas de investigación dieran resultado. Como el asunto se encontraba en un callejón —o en varios— sin salida, Sam decidió cortar por lo sano y provocar el movimiento del/

los culpables. Era una elección desesperada, pero en esos momentos era la única que podría ser provechosa.

La semana se presentaba crucial para Cisco, tan cuesta arriba como las escaleras del módulo que estaba a punto de subir. La vista oral arrancó por la mañana con las presentaciones preliminares del fiscal y del abogado. Las peticiones de penas eran tan dispares que parecían que estaban juzgando a dos personas distintas. Cisco trató de calmarse y centrarse en la intervención de su abogado. Aquello no había hecho nada más que empezar. Si no tenía bastantes problemas con la causa, para complicarlo todo estaba el nuevo asunto en el que le habían involucrado tras la primera sesión del juicio. Cuanto más tiempo pasaba más se convencía de que se había equivocado al aceptar servir de espía de la policía. Si no hubiera sido por Merche, jamás habría consentido que le endosaran aquel trabajo. Y no sólo por no hacerle un favor a la policía, sino por el director de la cárcel. Odiaba al alcaide y no confiaba nada en él. En la reunión, estuvo a punto de revelar, para que le estallara en las narices al alcaide, quién era el que realmente gobernaba la institución, cómo funcionaban las cosas dentro de la prisión, lo abandonado que tenía el director el centro penitenciario, y la forma en la que reinaba allí la corrupción.

Al levantar la vista hacia el final de las escaleras, Cisco vio a Cástor apoyado en el pasamanos, mirándole con su sonrisa de hiena. El gitano volvía de la cena con ganas de acostarse y no pensar en nada hasta el día siguiente, lo menos que le apetecía era volver a tener otra charla con aquel mafioso. Con un gesto instintivo, como si estuviera buscando evitar el encuentro con el capo, volvió la cabeza hacía la planta baja. Vio como Roque subía las escaleras justo detrás de él. El nuevo “apóstol” le seguía con las manos en los bolsillos del chándal. Cisco se temió lo peor: una encerrona. El sicario podría tener algún objeto punzante en la faltriquera a pesar del control de metales que existía al entrar y salir de los distintos módulos, sobre todo después de los turnos de comida. Cualquier cosa servía para fabricar un arma, si es que no había conseguido algún cuchillo de la cocina. En el año que llevaba entre rejas, Cisco había visto de todo: desde trozos de latas convenientemente pulidos para ser tan cortantes como bisturís, hasta cepillos de dientes afilados. Lo cierto es que estaba atrapado entre Cástor y Roque. Prefirió seguir subiendo y enfrentarse al mafioso metrosexual que al gitano del clan de *Los Romanos*.

—Hola Cisco, tenemos que hablar —dijo Cástor con un tono de voz cercano al falsete cuando Cisco llegó a su altura.

—Si me quitas a tu gorila de la espalda podemos hablar de lo que quieras. —Cisco no deseaba entablar ninguna conversación con Cástor, pero intentaba librarse del matón. Y lo consiguió: Cástor le

hizo una seña al esbirro para que continuase su camino y se apartara de ellos. Cisco siguió el movimiento de Roque con la mirada hasta que el "apóstol" estuvo fuera de un radio de acción que el gitano consideraba seguro. También volvió a mirar hacia abajo para comprobar que nadie subía. De hecho, los reclusos estaban parados haciendo cola al pie de la escalera esperando que finalizara la entrevista, o lo que fuera que estuviera pasando, entre Cástor y Cisco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cisco.

—Necesito que me hagas un favor. —Cástor carraspeó y colocó una mano lánguida en el hombro del gitano.

—¿Qué clase de favor? —Cisco apartó el hombro y el brazo del mafioso cayó por la fuerza de la gravedad sin que éste hiciera nada por evitarlo. Cisco sabía perfectamente que el líder de los reclusos le iba a proponer algo ilegal.

—Una minucia. Simplemente que le digas a tu familia que me traiga un encargo de un amigo el próximo día que tengas visita.

—Ya. Una cosa sencilla ¿no? —ironizó Cisco acerca de la propuesta sibilina de Cástor.

—Exacto.

—Lo siento, pero a los míos les voy a decir que no se les ocurra venir por aquí.

—No te aconsejo que hagas eso, tío —amenazó Cástor—. Me parece que no sabes lo que te juegas. Recuerda que me debes...

—No te debo *na*. —Cisco fue todo lo tajante que pudo—: ¿Alguna cosa más?

—¡Nada, hombre! —Cástor abrió los brazos exageradamente hasta el punto de ponerlos casi en cruz, luego se apartó con parsimonia para dejar pasar al gitano sin parar de sonreír ni de mirarle fijamente a los ojos.

Cisco se alejó hasta donde arrancaba el pasillo que daba a su celda. Una vez allí, comprobó que no le seguían y reanudó la marcha.

Llegó a su celda y, en un principio, no se sorprendió de que la cama de abajo estuviera ocupada. Veía los pies de un recluso asomando por la litera y pensó en Papi. Hacía tan poco de su fallecimiento que todavía no se había acostumbrado a vivir sin su compañía. Fue sólo un instante, pero enseguida se dio cuenta de que nadie debería estar allí. Luego vio a Igor Kuztnesov y comprendió.

Hidalgo se aferraba al fin de semana. Ya venía siendo habitual que el domingo se resistiese a abandonar el adosado de Rocío y decidera continuar un día más viviendo con su pareja en Tomares. Las agradables jornadas del viernes al domingo en compañía de su hija, de Rocío y del pequeño Nacho, ya no eran suficientes. Hidalgo quería más. Quería eso mismo, pero todos los días: llegar del trabajo y

encontrarse con una familia. Esa era la razón por la que solía prolongar su estancia los lunes. Rocío estaba encantada con la decisión. Ella también deseaba la vida en común con la persona que amaba. En realidad, nada se lo impedía. Nada, excepto quizás el miedo a un posible fracaso. Esa era la única sombra que amenazaba la unión de la pareja, últimamente acrecentada por el comportamiento meticón de Reyes. La ex de Hidalgo se estaba encargando con su presencia de recordarles continuamente lo que les podía suceder si seguían adelante con su proyecto de convivencia.

El inspector jefe aparcó el coche en el vado del unifamiliar y, antes de salir, atendió al móvil. El aparato había estado sonando mientras conducía, anunciando la entrada de un nuevo mensaje. Era de O'Malley. Con alguna palabra mal escrita, el SMS venía a decir que los nuevos datos proporcionados a la INTERPOL y a la Deutsche Polizei habían dado sus frutos. El inglés prometía darle todos los detalles al día siguiente, en la reunión matinal. Hidalgo cabeceó para mostrar su aprobación como si su nuevo compañero estuviera presente. Desde la providencial llegada del inspector británico, el jefe de la Brigada de Homicidios se encontraba mucho más tranquilo en su trabajo. El inglés estaba resultando ser un eficiente policía, y un buen sustituto de Sam. Los nuevos datos a los que se refería en el mensaje eran los extraídos del informe del laboratorio. Por lo que decía O'Malley, la indicación de la posible pertenencia de la secuestradora a alguna organización de extrema izquierda —dada su simpatía por la Baader-Meinhof—; el cruce de las descripciones de Ulrike, Jennifer, o como se llamara, con las de un ser deforme y enorme; y la confirmación de que existía una relación de consanguinidad entre ellos —lo más seguro es que fueran hermanos—, parecían referencias suficientes y concretas para que los organismos de seguridad alemanes e internacionales hubiesen logrado identificarlos. Al menos eso esperaba Hidalgo que estuvo a punto de llamar al inspector de Scotland Yard para que le adelantase la información. No lo hizo porque vio la esbelta figura de Rocío que salía a recibirle: Hidalgo decidió que ya estaba bien de trabajo por ese día.

—¿Entras o qué? —dijo Rocío sonriendo.

Cada día que pasaba, Rocío estaba más atractiva. Así la veía Hidalgo, con ese flequillo rubio característico y su media melena que esa tarde caía revoloteando sobre los hombros. Seguro que había pasado por la peluquería; y ese vestido talar ¿no era nuevo?

—Te queda estupendamente, siempre me han gustado las faldas largas. ¿Cuándo te lo has comprado?

—Pero sí lo estrené hace un mes.

—¿En serio?

—Estos hombres…

Hidalgo la cogió de la cintura y, entre risas, entraron en la vivienda.

—¿Qué pasaba? ¿Por qué has tardado tanto en salir del coche?

—Nada…

—¿No querías entrar? —pregunto Rocío, medio en broma medio en serio, mientras cerraba la puerta.

—Sí, claro, es que había recibido un mensaje…

A Rocío se le congeló la sonrisa y poco a poco fue apareciendo un gesto de desazón.

—¿Otra vez Reyes?

Hidalgo negó sin convicción debido al cansancio acumulado.

—¡Estoy harta! —En un instante, el carácter de Rocío se agrió del todo para trocarse furioso.

—Qué no era ella, tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? No sabes ni la mitad de lo que nos está haciendo. Hoy ha vuelto a llamar.

—¿Otra vez?

—Sí, tres veces. He cogido el teléfono, pero nadie contestaba. Sé que es ella. Se oía su respiración…

—Lo que tienes que hacer es colgar e ignorarla.

—¡No me da la gana! —gritó Rocío, fuera de sí—. Lo que tienes que hacer *tú* es denunciarla por acoso. Menudo policía estás hecho que no eres capaz de proteger a los que quieres —le reprochó Rocío.

—¿No ves lo que intenta? Lo malo es que parece que lo está consiguiendo: ya estamos discutiendo otra vez.

—Perdona, pero para ti es muy fácil. Yo soy la que vivo aquí todo el día y estoy aterrorizada.

—Tienes que sobreponerte y no hacerle caso. Está trastornada.

—¡Está loca! —le corrigió Rocío.

—Está bien, no te preocupes, de esta semana no pasa: hablaré con ella.

—Hazlo pronto, por favor. Tengo miedo. La creo capaz de todo: de hacernos daño. Sobre todo, temo por Nacho…

El sonido del móvil interrumpió la conversación.

—¡Seguro que es ella otra vez!

Hidalgo leyó el SMS y se quedó de piedra. Sintió un mareo y la palidez de su rostro hizo que Rocío palideciera también.

—¿Qué quiere ahora esa loca? —exclamó Rocío.

Rocío volvió a equivocarse: el mensaje no era de la ex de Hidalgo, era de Sam.

Decía lo siguiente:

“HE AVERIGUADO TODO LO QUE LE HICISTE A MI PADRE. PREPÁRATE, VOY A POR TI”

—No era Reyes —masculló Hidalgo.
«Ojalá lo fuera», pensó.

CASANDRA

«La maquinaria se ha puesto en marcha, ya no hay vuelta atrás. Esta mañana me ha llamado Ríos a la comisaría, lo ha hecho desde una cabina del puerto. Me ha dicho que se ha separado un momento del grupo aprovechando que sus compañeros pesaban la droga en un tinglado de las dependencias portuarias. Lo que estaba previsto. El barco que transportaba la cocaína resultó ser el "Altaír" y, por supuesto, cuando han llegado se encontraba desierto. Y pensar que llegué a sospechar del velero. Mala suerte, podría haber trincado una tonelada de ese maldito polvo antes de su distribución; pero no hay que lamentarse, era imposible estar a todo y en todos los lugares a la vez. He hecho lo que he podido y, en ese aspecto, tengo la conciencia tranquila. Ríos me ha confirmado que después del levantamiento del acta por parte del secretario del juez, y de la autorización pertinente, van a trasladar el alijo a la comisaría. Me ha dicho que el puerto estaba lleno de peces gordos. Además del juez y sus acólitos, del comisario Rosique, del inspector jefe Ramírez, y de un puñado de policías, estaban el delegado del gobierno y el concejal de seguridad.

»Todo está sucediendo tal como lo había planeado el hijo de puta. Me ha recordado que tengo que conseguir cambiar la guardia para que mañana esté al frente del turno de noche. "No te preocupes", le he contestado. Nada más colgar, he marcado el número del puesto de guardia y me han informado que mañana está Mikel Alarcón de servicio. He hablado con él para pedirle la permuta y no me ha puesto ninguna pega, y eso que los cambios en el sistema de turno "africano" que tiene implantado la comisaría (tarde, mañana-noche y libre) son siempre bastante traumáticos por lo complicado de volver a cuadrarlo todo de nuevo.

»Mikel es subinspector de la brigada de narcóticos y he pensado si no estará también metido en el ajo. Ya he comentado su proximidad con Mario Ríos. Han trabajado mucho tiempo juntos e, incluso, Alarcón ha justificado los métodos poco ortodoxos de trabajo de Ríos. Sin embargo, conozco a Mikel de toda la vida. De hecho, Carmen, su mujer, es íntima amiga de Casandra. No me parece un policía corrupto, simplemente un agente que desea meter en la cárcel a cuantos más traficantes mejor: el fin justifica los medios. No estoy de acuerdo con él, pero de ahí a que esté implicado en el robo de la cocaína va un mundo. El caso es que no me ha preguntado el motivo del cambio de guardia y yo, que estoy atento a cualquier señal, lo he incluido con ciertas reservas en mi particular lista de sospechosos.

»En resumidas cuentas, el plan de Ríos y el resto de la banda acaba de



arrancar; lo que no saben es que yo también tengo el mío.

Merche aparcó el Peugeot en Eduardo Dato y se dirigió a pie hacia el juzgado de lo penal nº 8. Enseguida se adentró en la avenida de la Buhaira, una travesía que unía la estación de Santa Justa con la de San Bernardo. Relativamente moderna, la avenida de la Buhaira surgió como consecuencia del desmantelamiento de las vías del tren que, con el paso del tiempo, habían quedado atrapadas dentro de la ciudad. El ferrocarril pasó a circular bajo el asfalto y la avenida pudo atravesar, a partir de ese momento, los jardines que daban nombre a la calle para desembocar en un bulevar de amplias aceras. Allí se asentaban atractivos veladores y compartían espacio torres de oficinas con elegantes edificios de apartamentos. De sus terrazas colgaban lánguidas plantas exóticas que unían unos pisos con otros y le daban al conjunto un aspecto ecológico muy atractivo.

Merche estaba citada para declarar como testigo en la segunda sesión de la vista oral contra Cisco. Llegaba con tiempo de sobra a pesar de que le habían comunicado que iba en calidad de reserva. Si no fallaba ningún testigo lo más seguro es que no tuviera que comparecer hasta uno o dos días después. En cualquier caso, no pensaba quedarse de brazos cruzados: también pretendía ocuparse del reportaje del juicio. Aunque el asesinato del Moro no tenía tanta repercusión entre los medios como el secuestro de Diego Machuca, Merche había convencido a Roberto para reservar un par de columnas en las páginas locales y, de esta forma, conseguir ayudar en lo posible a su amigo gitano con una crónica favorable.

La periodista atravesaba por fuera los jardines de la Buhaira y se encaminaba al segundo tramo de la avenida, el que comenzaba entre dos torres: un moderno hotel de cuatro estrellas enfrente de un edificio más convencional, pero igual de alto. Ambos parecían los guardianes de un control imaginario que daba acceso a la zona comercial y residencial de la calle. Entre jacarandas, gravilleas y naranjos, Merche pudo observar, a través de las verjas, gran parte del interior de los jardines. A un lado, se amontonaban naranjos y palmeras, al otro, los protagonistas eran los espacios: el palacete neomudéjar y los estilizados cipreses se situaban detrás de un estanque de aguas tranquilas, que la reportera suponía gélidas a esa altura del invierno. Siempre que pasaba por allí, Merche se acordaba de la basílica de la Inmaculada Milagrosa, la iglesia que no pudo terminar Aníbal González. Se la imaginaba exhibiendo orgullosa sus más de cuarenta metros por encima de la antigua plaza de toros. Del templo sólo quedaban los cimientos; de La Monumental, que así se llamaba el ruedo taurino, ni siquiera eso. Fue derribado en 1930, pero aún se le recordaba gracias a las fotografías que adornaban las paredes de algunos bares de la barriada.

Nada más atravesar la frontera imaginaria entre la pareja de centinelas de cemento, Merche observó la multitud que se agolpaba en los alrededores del hotel y en los de la construcción adyacente, el flamante edificio Noga. Un complejo de oficinas recientemente inaugurado que nació con el sambenito de provisional. Le llamaban edificio “puente” por albergar de forma transitoria parte de los juzgados hasta su traslado definitivo a la esperada Ciudad de la Justicia. A medida que se aproximaba a la entrada, la periodista observó que lo que parecía una masa sin control eran en realidad dos grupos de personas diferentes, uno enfrente de otro, separados por un pasillo de policías nacionales que aseguraban el tránsito de la gente que entraba y salía de los juzgados. Las dos agrupaciones tenían algo en común: todos eran de raza calé.

—La que se va a armar.

Dani, el joven fotógrafo compañero de Merche, y ahora también reportero subordinado de la periodista, salió al encuentro de su jefa con el gesto habitual entre preocupado y nervioso.

—¿Qué pasa?

—Casi nada. Los dos clanes a punto de liarse a navajazos y nosotros en medio.

Merche reconoció a los padres y hermanos de Cisco entre las personas que estaban a la derecha de la fila de agentes del orden. Enseguida se hizo una composición de la situación: *Los Sanluqueños* a un lado, *Los Romanos* al otro. No obstante, la periodista no vio señales de lucha inminente. Ambas comunidades parecían tranquilas y simplemente se oía un murmullo de voces.

—A mí me da la impresión de que la cosa está bastante calmada. —opinó Merche.

—Hace una media hora no había casi nadie, pero cada vez llega más gente, deberíamos irnos… —sugirió el fotógrafo mientras reculaba unos metros más.

La actitud pusilánime de Dani no convenció a Merche que ya estaba acostumbrada a la falta de ánimo de su compañero.

—¿Has hecho lo que te dije?

—Sí. Tengo grabada una entrevista con un par de gitanos. Uno de ellos es el patriarca, el jefe o lo que sea del clan de *Los Romanos*.

—Estupendo. ¿Me haces un resumen?

—Claro, pero en la oficina.

—Aquí, Dani. Y ahora. —ordenó Merche—. Y rápido, que tengo que presentarme en el juzgado.

Dani accedió de mala gana, pero mientras hablaba seguía caminando para alejarse de la muchedumbre.

—Aquel del sombrero y el bastón me ha comentado que vienen a comprobar si se hace justicia con el asesino de uno de sus hijos. Me

dijo que no se fían del criterio de los payos y cosas así. Está todo grabado.

—¿A qué cosas te refieres? —ahora la que tenía prisa era Merche que miraba como el Swatch naranja que llevaba en la muñeca marcaba la hora fijada por el secretario del juzgado para presentarse en la sala.

—No sé, amenazas…, creo. Mencionó algo como que le daba igual la pena que finalmente le impusieran a Cisco, que ellos ya habían dictado su propia sentencia.

El salón de actos y la galería de tiro habían sido los protagonistas de las obras de remodelación de la comisaría el invierno pasado. El primero nació cuando cayó el tabique que separaba las dos salas de reuniones. Aunque se ganaba una estancia mucho más amplia, se perdían dos habitaciones que hacían las veces de aulas para los distintos cursos que se impartían en el distrito. Esa mañana, la nueva sala se encontraba abarrotada. El comisario Ramírez había convocado a todos los agentes disponibles para que asistieran a la junta, pero había elegido una mala hora: la hora de salida para el almuerzo. El secuestro del hijo del director de Machuca y Asociados se había convertido en un caso mediático por el que no sólo se había interesado la prensa. El presidente de la Comunidad, el delegado del Gobierno, el alcalde y los diferentes mandos del Ministerio del Interior, llevaban varios días bombardeando a Ramírez. Demasiada presión para el comisario que no había tenido más remedio que implicarse en el asunto, cosa que sólo sucedía cuando lo empujaban desde arriba. Ramírez desconocía el significado de las palabras “lealtad hacia el inferior” y solía echar toda la culpa a los subalternos cuando sus superiores lo recriminaban por los nulos resultados de la investigación. Con la reunión extraordinaria, Ramírez pretendía dar una señal hacia las altas esferas para que se entendiera que le estaban dando máxima prioridad al caso; y una llamada de atención hacia abajo para trasladar a sus subordinados la totalidad de la presión que sentía sobre su cabeza.

El primero en hablar fue Ramírez. El jefe del distrito Poniente utilizó su turno para largar su habitual verborrea y arremeter contra todos sin dar ningún tipo de instrucción, sin ni siquiera introducir a los verdaderos ponentes del caso. Hidalgo se había sentado en primera fila, junto al resto de jefes de unidad y, como sus compañeros, no le prestaba ninguna atención al comisario, acostumbrados como estaban a su vanilocuencia. Hidalgo se había colocado deliberadamente al lado de Mikel Alarcón, el inspector jefe de la brigada de Narcóticos. El rostro del especialista en estupefacientes emitía una expresión de

absoluta incomprensión acerca del motivo por el que su unidad también había sido citada esa mañana. Hidalgo aprovechó la intervención del comisario para abordar a su colega acerca del tema que más le tenía preocupado.

—Oye, Mikel, ¿has recibido últimamente algún mensaje de Sam? —preguntó en voz baja Hidalgo al tiempo que se escuchaban los improperios de la soflama que Ramírez estaba soltando desde la tribuna.

—¿De Sam? No. Hace mucho tiempo que no hablo con ella. ¿Por qué?

A Hidalgo no se le había olvidado lo sucedido un año atrás cuando sorprendió a Sam en el despacho de Alarcón. La forma en la que ambos le ocultaron el tema del que estaban hablando fue tan descarada como sospechosa. Desde entonces, siempre había querido sacar el tema; ahora era el momento.

—No, por nada. Es que no sé en qué anda metida y me tiene algo preocupado.

Alarcón dudó un instante antes de seguir la conversación:

—Si te sirve de algo, hace unos meses, antes de que Sam entregara la placa, me pidió que la ayudase en una investigación…

—¿En serio? —Hidalgo fingió muy mal la sorpresa—. Si no te importa me gustaría saber de qué se trata.

—Bueno, no sé, era algo confidencial…, al menos eso decía ella.

—Mikel, tú me conoces, yo no desvelaría nada que pudiera perjudicar a Sam.

—Ya lo sé. —Alarcón parecía convencido de las buenas intenciones de Hidalgo y accedió a compartir con él lo que sabía—. En realidad, no hay mucho que contar. Sam estaba investigando el caso de cierto robo de cocaína en las dependencias de la comisaría, allá por el 92. Recuerdas el asunto ¿no? —Hidalgo asintió y Mikel prosiguió—: Sam me pidió que le entregara todo lo que tuviésemos en la brigada acerca del tema. Resulta que cuando fui a ver los archivos me encontré con una sorpresa: no había ningún documento acerca del operativo por el que la brigada se incautó de aquella droga, ni tampoco del expediente interno que abrió la jefatura por la desaparición de la cocaína. Algo muy extraño. Sam me preguntó si yo recordaba el caso, pero tampoco pude servirle de mucha ayuda. Por aquel entonces yo era subinspector y recuerdo que no participé en la operación. Sólo me sonaban las consecuencias, las que todos sabemos: las sospechas recayeron sobre Eduardo Torres, el padre de Sam, porque, curiosamente, un día antes del robo me cambió el turno. Ese detalle fue determinante para que fuera señalado como responsable.

—Entiendo, entonces…

—Si los inspectores jefe Hidalgo y Alarcón tiene a bien parar de

hablar y atender… —La voz ronca de Ramírez interrumpió la conversación entre los dos colegas y se elevó aún más para ponerlos en evidencia—. Nos gustaría saber qué es tan interesante que no puede esperar a que termine la reunión.

Ninguno de los dos contestó.

Hidalgo se levantó y se dirigió a la tribuna haciendo caso omiso de la reprimenda.

—Si has terminado, jefe, quisiera hacer un resumen de la situación —dijo Hidalgo dando a entender lo inútil de la perorata de Ramírez y arrancando algunas sonrisas de la concurrencia.

—He terminado, por ahora —amenazó Ramírez.

Hidalgo hizo una seña a O'Malley para que ocupase su puesto detrás del portátil que controlaba las diapositivas. Mientras tanto, el comisario se apartó de la tribuna, desfiló por delante de los jefes de unidad y, por un instante, su silueta se proyectó sobre la pantalla cuando pasó por delante del haz de luz. Finalmente, Ramírez ocupó el primer asiento de la columna de la izquierda, separado de sus subordinados por el pasillo; completamente solo.

Sam ya divisaba la torre de control del aeropuerto, veinte minutos después de salir del centro psiquiátrico de Carmona. La detective pensaba que ese día iba a batir su record particular. Realmente se sentía optimista. Y no porque hubiese detectado alguna mejoría en el estado de salud de su madre —Doña Casandra llevaba ausente del mundo prácticamente desde que ingresara en el hospital, hacía ya casi veinte años— sino porque la habían dejado mucho más tiempo con ella del que solía ser habitual los fines de semana. Por lo visto, los martes no tenían un horario específico para las visitas y ese fue el motivo de que estuviera acompañando a su madre hasta la hora del almuerzo. Sam pensó si no tendría que plantearse cambiar su rutina del domingo y trasladarla a cualquier día laborable. Desde luego, el trabajo no le suponía ningún problema —las tímidas protestas de Don Servando le entraban por un oído y le salían por el otro—. Todo era cuestión de organizarse para tener unas horas libres los martes o los miércoles por la mañana.

También contribuía al buen estado anímico de Sam la esperanza de que su última estrategia diera resultado. El provocar a los sospechosos para que cometiesen un movimiento en falso era una medida algo peligrosa, pero si funcionaba solía dar frutos a muy corto plazo. De hecho, por un momento pensó que nada más salir de su apartamento alguien la seguía. Pronto se convenció de que eran imaginaciones suyas derivadas de la obsesión por resolver el caso cuanto antes. No creía que los destinatarios de los SMS enviados la noche anterior hubieran reaccionado tan pronto. Lo que sí era seguro es que habrían

tenido dificultades para conciliar el sueño. La idea le hizo sonreír justo cuando pasaba delante de un enorme cartel que anunciaba regalos para el día de los enamorados. Como un fogonazo, la imagen de Al pasó por su mente. Sam frunció el ceño y cerró con fuerza los ojos para espantar aquel pensamiento. Había decidido que no se podía permitir ese tipo de frivolidades hasta que solucionase todos sus problemas. El gesto funcionó porque el simpático inglés fue sustituido por la entrañable figura de pelo blanco sentada en silla de ruedas. La publicidad del día de San Valentín también le había recordado —por aquello de los regalos— que el domingo era el cumpleaños de su madre. «¡Qué tonta! Se me ha pasado totalmente. Tenía que haber hablado con Sor María». Sam llevaba ya varios años comprando un regalo comunitario para la tercera planta en vez de uno individual para su madre. El estado catatónico de Doña Casandra dejaba sin efecto cualquier tipo de presente, por eso la detective prefirió que los compañeros de su madre se acordaran de ella el día de su aniversario disfrutando de algún obsequio que los sacase de la rutina. El año anterior, Sam le había preguntado a Sor María de Jesús Crucificado, una monja que frisaba la cuarentena y se encargaba de la planta donde cuidaban a su madre, si los enfermos necesitaban alguna cosa. La religiosa le pidió uno de esos aparatos electrónicos que sirven para ejercitar la memoria, y Sam lo compró encantada. Por lo visto fue todo un éxito entre los pacientes que no hacían más que agradecer a Doña Casandra el detalle, a pesar de que sabían que ella no se daba cuenta. Sam se empeñaba en pensar que, en el fondo, su madre sí era consciente de ser querida por ellos y por su hija.

La detective levantó inconscientemente el pie del acelerador, accionó el manos libres y llamó a la planta tercera del hospital psiquiátrico. ¿Diga? ¿Sor María? Sí, soy yo. Soy Sam, te llamaba porque me había olvidado preguntarte por el regalo del domingo, no sé si te acuerdas que es el cumpleaños de mi madre. Es verdad, tienes razón, qué despistada. No te preocupes, la despistada soy yo que para eso soy su hija, dime si necesitan algo. Pues ahora no caigo, déjame pensar…, ya está: andamos mal de juegos de mesa, ya sabes, parchís, cartas y esas cosas, están todas muy deterioradas y han desaparecido dados y fichas, al as de tréboles hace mucho tiempo que le hemos perdido la pista. Sam volvió a pisar el acelerador mientras se reía de la ocurrencia de la hermana. Estaba a la altura del aeropuerto cuando le prometió a Sor María comprar un pack de juegos de mesa. La monja se puso tan contenta que parecía que era ella la destinataria del regalo. ¡Qué día tan estupendo!, seguro que tu madre está disfrutando como nunca. Sam también quería creer que era así: Ahora estará tranquila, durmiendo la siesta ¿no? ¡Que va! Creía que lo sabías: acabo de colocarla de nuevo en la silla de ruedas. Han llamado de recepción

porque tiene otra visita. ¿Otra visita? Sí, unos sobrinos que han venido de lejos ex profeso para verla, ¿no es casualidad?

Sam no respondió.

En su lugar dio un frenazo seguido de un volantazo para dar la vuelta por el arcén. Una maniobra arriesgada que le obligó a esquivar con gran habilidad varios coches que la increparon mientras hacían sonar con rabia el claxon. Enseguida alcanzó el desvío que le daba la oportunidad de invertir el sentido de marcha de la autovía de forma legal. No podía perder ni un segundo. Ahora sí que tenía que batir su marca personal en llegar al centro sanitario: por desgracia, su madre no tenía sobrinos.

La imagen de un pasaporte alemán con la fotografía de Ulrike ocupaba toda la pantalla del salón de actos. En esta ocasión, la joven no llevaba gafas y su media melena era morena.

—Gracias a las gestiones del inspector O'Malley hemos podido averiguar la identidad de la banda a la que nos enfrentamos. —Hidalgo exponía a sus compañeros los nuevos datos obtenidos por el inglés. Éste, al darse por aludido, hizo un saludo pueril agitando con vehemencia las manos desde detrás del ordenador. Un murmullo y algunas risas respondieron el simpático gesto del pelirrojo demostrando que el británico había caído en gracia desde su llegada a la comisaría. Sólo Ramírez permaneció impasible, con el ceño fruncido y con cara de pocos amigos—. Por los informes de la policía germana, sabemos que el nombre verdadero de la que conocemos por Ulrike Hofmein no es tampoco Jennifer Hoffman (el que usó en la cárcel cuando visitó a Bobby). En realidad, se llama Jéssica Haffner, ciudadana con doble nacionalidad, española y alemana, hija de un carnicero bávaro y de madre andaluza. Al perder los padres en un accidente, ella y su hermano mayor Jacob —que creemos que es el otro miembro de la banda— estuvieron viviendo en un centro de acogida hasta que Jéssica cumplió la mayoría de edad. Por lo visto, Jacob es deficiente, retrasado mental o algo así. Según su historial sanitario debe tener la mentalidad de un niño de diez años, aunque tenga la fuerza de diez personas. Debemos entender, por tanto, que Ulrike es la que dirige la banda y la responsable del secuestro del pequeño.

»El seguimiento de la Deustche Polizei sitúa a Ulrike y a Jacob durante un par de años trabajando en un circo. Andaban detrás de ella, digamos de manera no oficial, por su pertenencia… —Hidalgo tuvo que consultar una nota antes de seguir—: …por estar afiliada al Partido Marxista-Leninista de Alemania, el MLPD[4]. Una organización legal de extrema izquierda, pero sin representación parlamentaria, que "promueve la dictadura del proletariado y propone sustituir el orden

actual, basado en la constitución alemana, por un nuevo orden social" —leyó Hidalgo—. Bueno, el caso es que la Polizei asegura que estuvieron en el circo de gira por toda Alemania hasta hace siete meses cuando desaparecieron llevándose consigo la nómina y la recaudación de ese día. Creemos que entre esa fecha y el secuestro de la niña inglesa en el Algarve debieron conocer a Sebastián Bocanegra, alias Bobby, o a algún otro miembro de la banda de Kuztnesov. Sea como fuere, finalmente fueron reclutados para unirse a la célula que dirigía el primero. Suponemos que cuando Bobby y el resto de la cúpula cayeron en manos de nuestros colegas, Ulrike y su hermano decidieron trasladarse aquí con la intención de rescatar a su jefe. Se ve que a la vez que planeaban la huida estaban también vigilando a su siguiente víctima, a Diego Machuca. A partir de aquí conocéis lo sucedido: la fuga, el secuestro del niño y la muerte de Bobby. Algo debió pasar entre ellos que dio al traste con lo planeado, impidió que se llevaran el botín y terminó con el asesinato del cabecilla, seguramente a manos de Jacob.

—¿Cómo van las investigaciones? ¿Tenemos alguna pista? —preguntó Ramírez que no dudó en interrumpir a Hidalgo, ansioso de conseguir algo concreto para poder responder las demandas de sus superiores.

—En eso estaba, pero déjame terminar —se molestó Hidalgo.

—Termina —espetó Ramírez.

—Hay una cosa que creo que debemos tener en cuenta para aproximarnos a la personalidad de Ulrike. ¿Os he dicho que sus padres murieron en un accidente doméstico? —Hidalgo no esperó contestación y siguió—: En realidad fallecieron calcinados en su propio domicilio.

Esta mañana te has despertado empapado en sudor. Has tenido una pesadilla horrible. Muy real, como si hubieras vuelto a pasar por todo aquello de nuevo. Las llamas te deslumbraban y sentías cómo te apuñalaban, como si te estuvieran clavando miles de agujas por todo el cuerpo. Tu cara ardía y quisiste protegerte con las manos, pero también se quemaron. Oías los gritos de tus padres ¿por qué no huyeron como Jess? —como Ulrike, quieres decir—. Los bomberos tardaron una eternidad, pero consiguieron sacarte de debajo de la cama donde te habías refugiado. Mientras te rescataban oíste como derribaban la puerta contigua, la del dormitorio de tus padres. Tuvieron que emplearse a fondo con el hacha porque parecía que estaba cerrada. Es curioso como recuerdas cada detalle de aquel día y, sin embargo, el resto de cosas cotidianas de tu vida diaria lo tienes como en una nebulosa.

Es cierto que de vez en cuando te acuerdas de tu madre. La echas de menos. Ella te cuidaba mejor que Ulrike, claro que tu hermana era aún

muy pequeña. Tu mamá siempre estaba atenta a cualquier cosa que pudieras necesitar. Se preocupaba de enseñarte a leer y a escribir. Era tu madre y tu maestra. Lo era desde aquel día que te recogió del colegio cuando te peleaste con un compañero porque se reía de ti. Lo que entonces resultó ser un asunto grave a los ojos de tu familia y de tus profesores —debiste pegarle demasiado fuerte—, ahora lo ves como un suceso sin importancia. Y una injusticia. Una discusión entre niños no te parece razón suficiente para que te hubieran apartado de por vida de tus compañeros. Ahora sabes que los pequeños se ríen de ti porque quieren jugar contigo. Entonces no lo sabías. Eso lo aprendiste más tarde.

A diferencia de lo que extrañas a tu madre, de tu padre casi no tienes recuerdos. ¿Cómo era su rostro? Lo has olvidado. Apenas recuerdas su delantal manchado de sangre cuando regresaba de la carnicería, y su desagradable aliento, parecido al de Bobby y al que ahora tiene Ulrike; y las visitas a tu cuarto por la noche, en realidad a la litera de abajo, a la cama de Ulrike. A ella se la llevaba en brazos y a ti no te hacía caso. Eso te disgustaba; pero el cariño de tu madre lo compensaba todo. No, el paso de tu padre por tu vida no te ha dejado ninguna huella. De él, en estos momentos, sólo te vienen a la memoria sus gritos desesperados pidiendo auxilio mientras se abrasaba.

Desde entonces le tienes pavor al fuego. ¿Recuerdas cómo tu ropa se quedó pegada al cuerpo, como si fuera una segunda piel? Cada vez que intentaban separarla volvías a sentir ese terrible dolor. Cuando te rescataron, temblabas de frío y de miedo, llorabas y no parabas de toser a causa del humo. Ulrike estaba afuera, con el resto de los vecinos, mirando fijamente las llamas. Todos decían que ella se había salvado de milagro. No tenía ni un rasguño.

¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital? Tampoco te acuerdas de ese período, como si nunca hubiera existido, como si del incendio hubieras pasado al orfanato, y de ahí al circo. Ulrike te cuidó muy bien en ese tiempo, y gracias a ella viviste los mejores días de tu vida. Sólo hay una pregunta que siempre que vuelves a revivir el incendio te repites sin cesar: ¿Por qué no le pasó nada a tu hermana?

Los “sobrinos” de Doña Casandra parecían la versión en color de *El Gordo y El Flaco*. El más grueso estaba atrapado en una ridícula trenca marrón oscuro de los años ochenta que soñaba con el momento de ser desabrochada; era calvo, sudaba copiosamente y masticaba chicle con la insistencia de un entrenador de fútbol en la prorroga de la final de la *Champions*. Su compañero se mostraba más tranquilo, e iba más elegante con su cazadora negra y pantalones azul marino. A pesar de su pulcro aspecto tampoco pasaba desapercibido: enjuto y con el rostro cetrino y hundido, se diría que no tenía nariz si no fuera por los dos pequeños orificios nasales que perforaban su cara justo por

encima de los labios.

—¿No está tardando demasiado? —inquirió el rollizo incapaz de ocultar su nerviosismo.

—También me extraña —dijo con cierta preocupación la religiosa que atendía el mostrador de recepción—. Hace ya un cuarto de hora que avisé a Sor María de Jesús Crucificado. Ya deberían estar aquí.

—Si no le importa, nos gustaría saludar a nuestra tía en su habitación —solicitó el chato.

—No hay ningún inconveniente, como ustedes quieran —autorizó la monja con una voz dulce y atiplada—. Es en la tercera planta, la habitación 313.

—Gracias, hermana —saludó el obeso con una mano cansina al estilo militar.

Sin mediar palabra, la singular pareja se dirigió hacia los ascensores. El más delgado parecía llevar la iniciativa y le hizo una señal a su compañero para que éste tomara el elevador mientras él subía por las escaleras.

En la tercera planta reinaba el silencio.

A pesar de ir en ascensor, el grueso llegó el último. Su compinche aguardaba en la puerta de la 313 con la respiración agitada después de haber subido los peldaños a la carrera.

El chato miró a ambos lados del pasillo y no vio a nadie.

El gordo hizo lo mismo para, a continuación, sacar del ancho bolsillo de la trenca una Smith and Weeson con silenciador. Dejó de masticar —y de respirar— para mantenerse a la expectativa al tiempo que su colega giraba el pomo de la 313 en el sentido contrario a las agujas del reloj.

El cerrojo no estaba echado y la puerta se abrió.

—¿Se llegó a saber la causa del incendio? —preguntó Solís, más con la intención de ganar los favores del comisario, al imitarlo interrumpiendo a Hidalgo, que por verdadero interés.

—Según los informes de la policía, y dada su enfermedad mental, todas las sospechas recayeron en Jacob —respondió Hidalgo—. No obstante, nunca se llegó a probar con absoluta certeza, en parte por la teoría del suicidio. Por lo visto, la puerta del dormitorio de los padres estaba cerrada con llave. Se piensa que pudieron encerrarse a propósito, aunque finalmente tampoco se demostró ya que la llave nunca apareció. En fin…, muchas suposiciones para un incendio que oficialmente se declaró como accidente, que provocó que los hermanos se quedaran huérfanos y que marcó a Jacob de por vida con unas horribles quemaduras. Ahora se explican los testimonios que hablan de un rostro deforme y lo de sus dedos sin huellas dactilares.

»Con respecto a las pistas, estamos siguiendo varias líneas de

investigación para descubrir el paradero del niño. En primer lugar, buscamos un utilitario rojo entre las distintas denuncias de robos de coche por la zona, aún sin resultados concretos. También seguimos analizando el escenario del crimen donde asesinaron a Bobby; precisamente, esta misma mañana nos han comunicado el descubrimiento de un proyectil del 44 incrustado en el techo del chamizo, con toda seguridad disparado por Bobby para defenderse. No hace falta que diga que todo hace suponer que la pareja va armada con ese revólver. Por otro lado, estamos vigilando el domicilio de Machuca y tenemos los teléfonos pinchados las veinticuatro horas del día por si los secuestradores deciden llamar. Aunque somos optimistas, sabemos que las posibilidades de encontrar al niño con vida son cada vez menores. Sobre todo, después del intento fallido del cobro del rescate. Nos tememos que la banda ha desistido en conseguir el dinero. Si eso es así, no es de extrañar que quieran deshacerse del pequeño. Claro que también es posible que el rapto se deba a otros motivos; en ese sentido estamos investigando los contactos de Bobby en la prisión, aún a la espera de resultados positivos... —Con las últimas palabras Hidalgo había terminado su exposición—. Creo que eso es todo… —Antes de sentarse se volvió hacia O'Malley—: No sé si quieres añadir alguna cosa más…

El inglés se levantó desde el lateral del escenario donde manejaba el ordenador.

—Sólo quería describir la personalidad de la mujer a la que estamos buscando. Ulrike o Jéssica… La llamamos Ulrike *isn't it?* —Hidalgo cabeceó en sentido afirmativo y el británico continuó—: Es una persona muy inteligente, capaz de asumir *several identities*, desde una joven estudiante hasta una periodista madura. Es temeraria —esto puede ir en su contra y, *of course*, a nuestro favor—, utilizó su nombre falso para dar pistas de la fuga antes de que ésta se produjera, como si estuviera jugando con el contrario. Es radical en su ideología, y confunde *politics and terrorism* con delincuencia. Debe creer que los robos, raptos, etcétera, están justificados para recaudar fondos que financien su lucha revolucionaria. Lo malo es que ahora está sola y eso la vuelve más peligrosa e impredecible. *Our german friends* nos han dicho que ha sido expulsada del partido. Lo hicieron el mismo día que averiguaron de dónde procedían los donativos que *periodically* ingresaba en la tesorería de la organización. —O'Malley tomo aire, respiró hondo y se volvió hacia la pantalla para mirar la imagen de Ulrike—. *And last, but not least*…, por último, advertir que es una mujer fría que no dudará en matar al niño si se entera de nuestra presencia, por lo que debemos ser *extremely*… ¿cómo se dice?

—Prudentes —lo ayudó Hidalgo.

«¿Cómo he podido ser tan imprudente?», pensó Sam, a la que nunca se le había pasado por la imaginación que pudieran hacer daño a un ser tan indefenso como su madre. «La he puesto en peligro, ¡mierda! Cada vez hago peor las cosas… ¿En qué coño estaba pensando?». Sam apretaba los dientes con tanta fuerza como pisaba el acelerador. Desde luego, los mensajes que había lanzado el día anterior ya estaban acarreando las primeras consecuencias: la habían seguido. Ella misma los había llevado hasta su madre. Casi seguro que conocían el aspecto de Doña Casandra si las habían estado espiando mientras paseaban por el jardín del sanatorio. «¡Maldita sea, joder!». Sam daba golpes al volante como si quisiera empujar el automóvil desde dentro para aumentar la velocidad.

En ese instante se cruzó con un Megane negro.

A pesar de la extrema velocidad relativa entre el Renault y el Seat, Sam reconoció al que conducía y a su acompañante. El primero era el chofer de Antonio Rivas, mientras que el copiloto era uno de los gorilas del *Tony's*, el que solían colocar en la entrada para controlar el paso. «Ha sido Tony el que ha reaccionado a los mensajes intimidatorios» —se dijo Sam—. «Y eso que él no era destinatario de ninguno de los SMS». Por un momento, Sam dudó en dar la vuelta para perseguirlos, pero enseguida desechó la idea: ya les daría caza más adelante ahora primaba saber qué le habían hecho a su madre.

***

Sam atravesó la entrada como una exhalación. La monja de recepción dio un respingo y le preguntó qué ocurría. La detective sólo dijo una cosa: "¿Dónde está?". La hermana la conocía desde hacía muchos años y sabía que se refería a Doña Casandra. "No sé, supongo que en su habitación". Sam subió las escaleras de dos en dos y llegó a la tercera planta casi sin resuello. Fue directamente a la habitación 313. La puerta estaba abierta de par en par, pero no había nadie dentro. Salió y fue abriendo una a una todas las habitaciones de la planta con el resultado de gritos, protestas y peticiones de auxilio de hombres y mujeres enojados, asustados o a punto del desmayo. A un paciente con bata, que portaba un orinal por el pasillo, se le oyó decir: "¿Qué pasa hoy? ¿Están todos locos?", lo cual no dejaba de ser curioso viniendo de un enfermo mental. Sam no tenía cuerpo ni tiempo para paradojas, estaba desesperada. Por fin llegó a la última habitación de la sala. Su puerta también se encontraba franca. Dentro, una mujer se hallaba en la cama tapada con la colcha hasta la barbilla. Era relativamente joven y llevaba el pelo corto. Sam tardó un par de segundos en reconocerla. No llevaba hábito, pero sin duda era Sor María de Jesús Crucificado.

—¿Dónde está? —Sam no se daba cuenta, pero aquellas dos

palabras eran las únicas que llevaba pronunciado desde que llegó al sanatorio.

La monja hizo un alto en las jaculatorias que estaba susurrando para señalar a su izquierda:

—En el cuarto de baño, como me dijiste.

Sam abrió con ansiedad el aseo y allí estaba su madre, tranquila, mirando al infinito, unida a la silla de ruedas como un centauro a un cuerpo que no debería ser suyo por naturaleza. Doña Casandra se había salvado de milagro.

Veinte minutos antes, cuando Sam se dio cuenta del peligro, su mente aceleró de la misma forma que el automóvil. Rápidamente trazó un plan de emergencia: Sor María tenía que llevarse inmediatamente a su madre de la 313 a otra habitación que estuviera libre. Después de encerrarla en el cuarto de baño, la monja debía quitarse la ropa y meterse en la cama, simulando ser una más de las enfermas del hospital. De esta forma cabía la posibilidad de engañar a los "sobrinos" y ganar tiempo hasta que Sam llegase al hospital.

—Abrieron todas las puertas de la planta. —Le explicó Sor María a Sam mientras cogía su toca de debajo de la almohada. La religiosa, ya de pie, vestía su uniforme habitual. Se había mantenido así debajo de las sábanas, ya que sólo le había dado tiempo a deshacerse de la parte de arriba del hábito. Por suerte, no necesitó más para confundir a los matones—. Estaba aterrorizada. Oía cómo cada vez se acercaban más y más. Cuando abrieron la puerta creí que me desmayaba del susto. Los gritos de los pacientes, y el ver que tampoco estaba tu madre aquí, parece que dio resultado porque no siguieron buscando y salieron corriendo. Yo no paraba de rezar, debemos dar gracias a Dios porque si no fuera por Él a estas horas no sé qué sería de nosotras.

Sam tranquilizó a la religiosa y le dio las gracias por haber salvado la vida de su madre, después la apremió para que la ayudara a hacer la maleta: Doña Casandra se trasladaba a un lugar más seguro. La hermana no entendía qué era lo que estaba ocurriendo y por qué Sam no llamaba a la policía. La detective ya no atendía a razones, sólo guardaba la ropa de su madre a toda velocidad. "Te dejas el aseo", le gritó Sor María cuando el ascensor abrió sus puertas. Sam no se paró, empujó la silla de ruedas dentro y pulsó el botón de la planta baja. Mientras sacaba a su madre de allí ya estaba pensando en su siguiente paso.

De camino a la ciudad, Sam hizo una llamada que, a la postre, sería la última con ese móvil: comunicó con Carmelo y le dijo que fuera a la calle Cuna a recoger algunas cosas —el hostelero era el único que tenía llave del estudio de Sam—. Luego debía asegurarse de que no lo seguían y esperarla en un lugar discreto. Nada más colgar, el móvil sonó de nuevo como si el aparato hubiera adivinado las

intenciones de su dueña y quisiera convencerla de seguir prestándole sus servicios. Era una llamada de Al. Sam desconectó el teléfono, abrió la ventanilla y arrojó el móvil al arroyo por el que estaban pasando. A partir de ahora iba a ser extremadamente cuidadosa. Ya sólo podía confiar en una persona. Hacía allí se dirigía para dejar a su madre. Después, cuando Doña Casandra, viuda de Torres, estuviera a salvo, se iban a enterar esos hijos de puta con quién se estaban jugando los cuartos.

IGOR

«El plan es relativamente sencillo. Se basa en algunas suposiciones, pero creo que todas son acertadas. La droga la van a descargar hoy y casi seguro que seguirán el procedimiento de otras ocasiones: introducirán las veinte cajas por el garaje y de ahí al almacén cuya puerta de entrada da al mismo sótano del parking. Lo más probable es que los que vayan a dar el cambiazo entren por el mismo lugar, por el garaje. No me los imagino con todo el descaro accediendo a la comisaría por la puerta principal. Una caja de veinte kilos pesa bastante, pero se puede entrar y salir andando con ella con facilidad siempre y cuando no surja ningún imprevisto. Si hay problemas, la movilidad del sujeto que portase la cocaína se vería comprometida, así que parece más lógico tener a mano cualquier tipo de vehículo. Por tanto, lo que hay que cubrir es la salida del parking y estar atentos a una huida en coche. Si queremos coger a los implicados, habrá que dejar que roben la droga, seguirles para ver a quién se la entregan y detener a toda la banda con el cuerpo del delito. Para eso necesito a Hidalgo.

»Acabo de charlar con él en la cafetería y hemos hablado prácticamente en clave. Le he dicho que el fin de semana que viene podemos ir a pescar —no hemos pescado juntos en la vida— gracias a que Alarcón me devuelve la guardia que le hago yo mañana. Mi compañero ha comprendido enseguida que mañana por la noche tiene que estar listo. Ya sabe que debe colocarse a una manzana de la comisaría, encender el walkie-talkie y seleccionar escucha en el canal 12, el que solemos utilizar para los operativos de la brigada. No quiero que se posicione demasiado cerca del edificio para no alertar a los ladrones y para no comprometerlo por si algo saliera mal. Hay que tener en cuenta que él no conoce absolutamente nada del tema. Sólo sabe que debe esperar un aviso para seguir a alguien. Después, una vez que los ladrones hayan salido de la comisaría y yo me haya tomado un resguardo para evitar que sospechen de mí, me uniré a la persecución. Sólo entonces será cuando informe a Hidalgo, justo antes de entrar en acción. Estoy seguro de que él y yo nos bastamos y sobramos para capturar —esa sí que será una buena pesca— a los corruptos con las manos en la masa.

La luz progresiva del alba competía con la intermitente de neón para ver quién se llevaba el dudoso privilegio de alumbrar el cuchitril: una habitación minúscula, sin adornos ni armarios, con una cama, un lavabo y una silla. Una estrecha ventana como las troneras de los castillos medievales era el único paso de luz hacia el habitáculo donde ahora descansaba Sam. La detective se hallaba tumbada en el camastro sin deshacer, encima de la colcha, para evitar cualquier contacto con lo que suponía eran unas sábanas compartidas, como lo era el destartalado y encharcado baño que aguardaba al fondo del pasillo de aquel hotelucho de mala muerte. Un negocio clandestino destinado a las compañías de una sola noche que tenía adherido a sus paredes, como la tonalidad amarillenta de la pintura, un olor insistente a sexo y alcohol. Sam apenas podía sostener la botella de Ballantines con la que ya negociaba el último tercio. Llevaba toda la noche bebiendo, pero no era consciente de ello. Se había internado en una especie de juicio sumarísimo contra su propia persona y estaba a punto de dictar sentencia: «Sam, eres un desastre». Del fracaso profesional, con el que comenzó a culparse, había pasado al personal. Incapaz de entablar una relación sentimental con ninguna persona del sexo contrario —«estoy segura de que si fuera lesbiana tampoco la iba a tener con las de mi sexo», se lamentó—, cuando por fin parecía que se le presentaba la ocasión de salir con un joven inglés, guapo y simpático, parecía que se empeñaba en hacer lo posible para desaprovecharla, para alejarse de él. En realidad, de él y de todo el mundo. Desde su renuncia en la policía todo le estaba saliendo de pena. A la sensación de haber malogrado su vida después de tantos años de sacrificio, los pasados en la Academia de policía más los transcurridos en la comisaría del distrito Poniente, se le unía la decepción por lo mal que llevaba su condición de detective privado, evidenciada por la calamitosa gestión de su primer y único caso. Había puesto en peligro no sólo la vida del pequeño Diego sino también la de Machuca padre y ahora los había abandonado a su suerte. Todo por anteponer los problemas personales a los profesionales. Esa obsesión por resolver el caso del 92 se estaba volviendo en contra de su familia. Lo que faltaba. Tanto en el terreno privado como en el particular, lo único que había conseguido era comprometer la seguridad de las personas que confiaban en ella o a las que ella más quería. ¿Pasaría lo mismo con Merche? Enseguida acudió a su amiga como la única opción posible para el cuidado de su madre hasta que se resolvieran las cosas. Si en un principio pensó que nadie la vincularía con Sam, ahora no lo tenía tan claro; con dos tercios de whisky en su cuerpo nada estaba claro. En teoría, a ojos de la policía, Sam se relacionaba con Merche de la misma forma que lo

hacía con las decenas de víctimas de los casos que había resuelto. No obstante, Sam le dijo a la periodista que estuviese alerta, que se fijara si alguien vigilaba su apartamento o si la seguían al trabajo. Cualquier mínima sospecha debía comunicársela a Carmelo —la otra persona en la que confiaba la detective—. El barman ya sabría como ponerse en contacto con Sam.

Su amigo hostelero era el que la había alojado en aquel cuartucho. No era el Palace, pero era el lugar ideal para esconderse. Allí nadie preguntaba por la identidad de los clientes. Sam pensó en su fiel compañero y en su negocio que, a buen seguro, tendrían vigilado, igual que la agencia de detectives y el estudio de la calle Cuna. Tendría que olvidarse de aparecer por allí en mucho tiempo. Esa fue la razón de que le encomendara a Carmelo la recogida de enseres y provisiones para subsistir dos o tres días y alguna gestión más.

Sam dejó caer la botella al tiempo que cerraba los ojos y se dejaba llevar por el sopor que le había provocado el alcohol. Lo último que vio antes de dormirse fue, precisamente, lo que le había encargado a Carmelo y que éste había dejado encima de la silla: un par de mudas, el aseo, el uniforme de policía y el chaleco antibalas. Coronaba la pila de ropa el reluciente casco de Sam, recuerdo del tiempo en el que patrullaba las calles; a su lado, se hallaban las llaves de la moto de Carmelo y dos cajas de munición del 38. En el suelo, anexo a la silla, había un bidón de gasolina.

Cisco se hizo con una cuchara de plástico, un bol, un plato y un chusco de pan de una enorme cesta de mimbre con unas asas demasiado pequeñas. Mientras caminaba empujando la bandeja por el raíl del autoservicio, pensaba que las cosas no estaban yendo ni bien ni mal en el juicio. Cada parte subía al estrado a los testigos que les convenía y hacía las preguntas con una finalidad concreta. El fiscal quería demostrar premeditación, el abogado insistía en arrebato irracional, y Cisco en medio de aquel juego legal. También se hallaba en el centro de la eterna disputa entre los dos clanes gitanos. Cada día se reunían más y más miembros de ambos grupos a las puertas del edificio Noga. Los gritos en contra de Cisco, y los aplausos a favor, se sucedían en cuanto aparecía el furgón que llevaba o recogía al recluso. El jaleo no ayudaba en nada al juez que deseaba ejercer su labor con tranquilidad. Su señoría no admitía coacción de ningún tipo y así se lo había hecho saber a los letrados cuando los amenazó con suspender el juicio. En el mismo sentido, esa mañana ordenó a las fuerzas de seguridad que dispersasen a todo el gentío antes de comenzar la vista. Todo se estaba complicando. Un ambiente enrarecido era lo que menos le convenía a Cisco en aquellos momentos.

Por el contrario, de puertas de la prisión para adentro la situación

parecía más tranquila. Cisco no había vuelto a saber nada de Cástor y sus “apóstoles” y hacía progresos con Igor. El gitano le había caído en gracia al ruso. El estar en la misma celda y, sobre todo, el enfrentamiento con Martín habían favorecido ese acercamiento. Igor no se separaba de él y hasta se ponía pesado repitiendo una y otra vez “los cojones que le echaste” y “todos estamos en deuda contigo”. No era el único: en esos días, Cisco gozaba de una enorme popularidad entre los presos gracias a la lucha, ya legendaria, con el funcionario. Claro que Cisco fomentaba esa confianza con el ruso esperando averiguar, en su calidad de espía de la policía, a lo que se había dedicado el menor de los Kuztnesov antes de que lo enchironasen. Con esa intención, Cisco intentaba pasar la mayor parte del tiempo con Igor en la celda, en el patio, en las actividades voluntarias y en la misma mesa del mismo turno de comidas.

Cisco se agenció un vaso, también de plástico, y ofreció su bol vacío al cocinero para que le sirviera dos cazos de lo que en teoría era sopa minestrone. El ruso, que hacía cola justo detrás del gitano, esperaba su turno pacientemente. La fila avanzaba a duras penas. De hecho, se había detenido y la gente empezaba a protestar. Cisco se puso de puntillas para intentar ver entre los reclusos el motivo de la retención. Uno de los “apóstoles” era la causa de la obstrucción: no se sabía de qué se quejaba, pero el caso es que no terminaba de servirse el postre del día y los presos se acumulaban en la parte final del autoservicio. El ambiente estaba cada vez más caliente y a la espalda del ruso los presos comenzaban a empujar. Igor se volvió para encararse con los impacientes cuando se dio cuenta de que otro de los sicarios de Cástor se acercaba por detrás. Era Roque el que avanzaba saltándose su turno, desplazando a los presos a manotazos y ganando posiciones poco a poco. El ruso sospechó enseguida: algo no iba bien. Sus temores pronto se vieron confirmados cuando otro de los “apóstoles”, que hacía de ayudante de cocina, le pasó con rapidez algo a Roque desde detrás de la barra. Igor no consiguió ver de qué se trataba, pero se temía lo peor. Roque seguía avanzando al tiempo que escondía su mano derecha. Una mirada de odio hacia el lugar que ocupaba el gitano puso definitivamente en alerta al ruso.

—Atento, Cisco —advirtió Igor—. Roque viene a por ti. Va armado. —Al ruso no le hacía falta la confirmación de que Roque llevaba un punzón o algo cortante. Ese tipo de herramientas caseras estaban a la orden del día y eran tan letales como una navaja.

Cisco no quiso volver la cabeza. Agarró con las dos manos la bandeja metálica de la comida y tensionó todo su cuerpo. Roque era mucho más fuerte que él, no tenía más remedio que sacar ventaja de la sorpresa.

—¿En qué mano lleva el *pincho*? —preguntó el gitano en un

susurro.

—En la derecha —respondió Igor.

—Avísame. —Fue lo único que dijo Cisco.

Tras unos segundos de espera que se hicieron eternos, Roque alcanzó la posición de Igor y con su mano izquierda lo desplazó violentamente. El ruso entonces pudo ver lo que portaba el sicario en la derecha: un pequeño cuchillo, fabricado de un trozo de lata y afilado por los dos lados, parecido a los que se usan para abrir ostras.

—¡Ahora! —gritó Igor.

Cisco se movió con rapidez. Se giró hacia la derecha y paró el golpe con la bandeja. Roque no esperaba la reacción del gitano y se quedó un instante bloqueado. Eso fue su perdición. Cisco, casi en el mismo movimiento anterior, como si fuera el segundo de una maniobra en dos tiempos, le sacudió un bandejazo en la cara que le hizo a Roque perder el equilibrio y caer estrepitosamente encima de una de las mesas. El punzón también cayó al suelo, justo a los pies de Igor que, instintivamente, lo alejó de una patada al otro extremo del comedor. Roque intentó levantarse, pero Cisco fue de nuevo más rápido y le barrió el pie de apoyo como si fuera un yudoka. El esbirro volvió a caer. Roque gritaba, más de rabia por haberse dejado sorprender que de dolor, al tiempo que rodaba sobre la mesa para incorporarse del otro lado, a salvo de un nuevo ataque del gitano. Cuando se levantó, la pelea ya estaba agonizando: dos funcionarios de prisiones que se habían acercado a la carrera pusieron fin al altercado. Uno de ellos había presenciado todo lo ocurrido y tenía claro a quién debía reducir.

Un minuto más tarde, Roque se iba detenido y la normalidad volvió a reinar en el comedor. Cisco pudo almorzar en paz y los reclusos se olvidaron pronto de la reyerta; también los funcionarios, que tomaron nota del incidente como si fuera rutinario y confiscaron el arma de Roque —una más— que pasó a engrosar el amplio y heterogéneo arsenal de aquel recinto penitenciario.

Con la mesa llena de papeles y la cabeza en otro sitio, esa tarde Merche era incapaz de sacar adelante su trabajo. El estrés le estaba provocando una jaqueca de las que hacían época. Las continuas interrupciones de Roberto no ayudaban a rebajar la tensión. El cargo de coordinadora, más el supuesto de “experta en informática” —dos cruces que aguantaba estoicamente—, eran las razones que esgrimía el director para retenerla en su despacho y alejarla de la sala de redacción. Merche estaba a punto de explotar. Miss Nolan se dio cuenta enseguida cuando le ofreció una taza de tila. “A mí me sienta de maravilla cuando estoy de los nervios” —dijo con voz suave—. Nancy era muy observadora y muy buena amiga. Eso, unido a que ya

tenía suficiente confianza con Roberto, fue suficiente para que se le escapara una indirecta tan directa como: "*Take it easy*, deja en paz a la niña que la tienes *atacá*". A Merche le hizo mucha gracia el comentario por la curiosa mezcla de frases. La última parecía proceder más de una dependienta a cargo de un puesto del mercado de Triana que de una estirada secretaria inglesa. O afinando más, de una administrativa británica metida a pescadera dado el fuerte acento anglosajón que aún conservaba a pesar de que llevaba ya más tiempo en España que en su país de origen.

Una vez en su lugar de trabajo, Merche se enfrentó a las dos columnas de papel que tenía a ambos lados de la pantalla del ordenador. Había que bajar como fuera la altura de esos expedientes, terminar de corregir los textos de varios reportajes, dar salida a la correspondencia y leer la entrada repleta de documentación y escritos para terminar la jornada lo más dignamente posible. Y todo eso con la preocupación puesta a varios kilómetros de allí. Concretamente en su ático de la avenida Bueno Monreal, donde Rosita se hacía cargo de un bebé de cinco meses y de una anciana demente.

Merche no fue capaz de negarse a ayudar a Sam cuando la vio llegar agobiada empujando la silla de ruedas. Menos mal que su madre se ofreció enseguida a cuidar de Doña Casandra. Rosita decía que tenía experiencia en esas lides. Explicó que tuvo pasar varios años atendiendo a la abuela de Merche, enferma de Alzheimer e inválida a causa de unos huesos que ya no podían sostenerla. Sam les agradeció el esfuerzo y prometió que en un par de días a lo sumo volvería para recoger a su madre. Les dijo que no debían preocuparse, que nadie sabía el paradero de Doña Casandra, pero que tendrían que estar ojo avizor por si notaban algo sospechoso. Esa posibilidad, la de que alguien pudiera hacerles daño a ellas y a Pablo, era la que tenía a Merche en vilo.

Pensando en sus problemas, de nuevo se vio sorprendida mirando al infinito, pero en dirección a Javier. Su compañero volvía a sonreírla equivocado, e incluso le hizo una seña con la mano y le guiñó el ojo. Aquello ya era demasiado. Merche se levantó de la silla giratoria y se desplazó hasta el habitáculo rodeado de tres mamparas desde donde Javier la observaba.

—¿A ti te pasa algo en el ojo? —preguntó Merche desabrida.

—No, pero… Yo… —balbuceó Javier.

—Mira, chaval, no te imagines lo que no es. Mañana quiero ver como cambias de lugar las mamparas. No quiero ver más tu jeta ¿entiendes?

—Claro que sí, perdona, es que…

Merche lo dejó con la palabra en la boca y se alejo echando pestes. Los que estaban cercanos a ella era la primera vez que la veían tan

enfadada.

Cuando se sentó de nuevo, ni ella misma se reconocía. El pobre redactor de Cultura y Deportes había sido objeto de su ira sin tener culpa de nada. En todo caso, la responsable era ella por haber dado lugar a ese malentendido, por haberlo consentido tanto tiempo en vez de cortarlo desde el principio. Merche se había comportado como lo hubiera hecho Cecilia Ramos, la anterior coordinadora. Una mujer desagradable que trataba a la gente como si fuera ganado. Le aterró la idea de compararse con ella y estuvo a punto de volver al puesto de Javier para excusarse, pero pensó que eso podría confundir aún más al pobre muchacho. Decidió dejarlo estar y siguió a lo suyo, a tratar de no pensar en sus problemas y a enfrentarse al papeleo. Se hizo con el primer dosier y comenzó a leer. Era un borrador que Dani le había dejado en su mesa acerca del reportaje que estaba cubriendo sobre el juicio de Cisco.

Otro motivo más de desazón: la vista oral contra su amigo gitano y todo lo que se había montado alrededor. Merche no conseguía concentrarse en lo que Dani había escrito. Su compañero era buen fotógrafo, pero escribía fatal. La periodista no lograba pasar de la primera línea. Las palabras, mejor dicho, las amenazas del patriarca de *Los Romanos* aún resonaban en su cerebro. ¿Qué significaba aquello de que ellos ya habían dictado sentencia? ¿Estaba Cisco condenado, e iba a ser ejecutado, según la fatídica ley de los gitanos, la misma que había provocado que diera con sus huesos en la cárcel? El desasosiego le impedía seguir corrigiendo. Entonces, decidió que debía hacer algo para evitar otra tragedia más. Descolgó el teléfono fijo y marcó el número que ya se sabía de memoria.

—Hidalgo —respondió con rapidez el inspector.

—Hola, soy Merche Emanuele.

—Hola Merche. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quisiera pedirle un favor, pero no sé si está en su mano…

—A ver, dime y veremos si puedo ayudarte.

—Es que… Estoy preocupada por Cisco…

Hidalgo no la dejó seguir.

—Precisamente iba a llamarte más tarde. Vamos a trasladarlo.

—¿A Cisco? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien? —preguntó Merche con voz inquieta, casi desesperada.

—Tranquila, Cisco se encuentra perfectamente.

—Han intentado matarlo ¿verdad?

—Una pelea en el comedor, pero no ha ocurrido nada, en serio. Me lo acaban de comunicar. He estado hablando con el juez y después con el alcaide y hemos decidido que sea trasladado a los calabozos de la comisaría mientras dure el juicio, después ya se verá.

—¿Y el asunto del ruso?

—Tendrá que esperar. Ahora es prioritaria la seguridad de Cisco.

Merche respiraba algo más sosegada. Hidalgo era un profesional que tenía las cosas claras y le inspiraba confianza. En los últimos días había tenido la oportunidad de conocerlo mejor, tanto en el tiempo que estuvieron juntos con motivo del reportaje de la policía, como en las reuniones para tratar el tema de Cisco y su colaboración con las fuerzas de seguridad. No entendía por qué Sam se empeñaba en prevenirla contra él, en dudar de su lealtad y en sospechar de Hidalgo como si fuese un criminal. No encontraba razones para tal actitud. La tarde anterior, cuando la detective les dejó a su madre y desapareció en la oscuridad fue muy insistente en ese tema: Merche no debía contarle a Hidalgo lo que había ocurrido con Doña Casandra y mucho menos decirle que se encontraba en su domicilio.

—¿Estás ya más tranquila? —preguntó Hidalgo.

—Sí, gracias… creo que sí.

—¿Crees que sí? Si te preocupa algo dímelo. Te aseguro que Cisco va a estar vigilado las veinticuatro horas del día.

—No, no es eso, es que… —El conflicto interno de la periodista intentaba salir a la luz. Por un lado, estaba el compromiso de tener la boca sellada. Por otro, urgía contarle a Hidalgo lo que estaba pasando con Sam. Su amiga se encontraba sola —según ella— contra toda una conspiración. Si eso era verdad, Sam necesitaba ayuda, mucha ayuda, y Merche y su familia requerían protección urgente.

Ganó la segunda opción: la seguridad de sus seres queridos primaba por encima de cualquier consideración, incluida la de faltar a la propia palabra.

Hidalgo escuchó con atención el relato de Merche como si estuviera al otro lado de un confesionario. La periodista habló del asalto a Asuntos Internos, de la teoría de Sam sobre la corrupción en la policía y de sus investigaciones acerca del robo de la droga. Por último, le reveló el intento de agresión que había sufrido la madre de la detective y le dijo que Doña Casandra se hallaba refugiada en su domicilio.

Cuando Merche acabó, Hidalgo se quedó mudo.

Al cabo de unos segundos, el inspector reaccionó para prometerle a la periodista protección inmediata. Le dijo que pondría a un par de agentes de su máxima confianza en las inmediaciones del piso hasta que se aclarase todo.

—¿Y qué pasa con Sam? —inquirió Merche.

—De Sam me encargo yo —aseguró Hidalgo con tono grave—; personalmente.

—¿**D**uermes? —preguntó Igor desde la litera de abajo.

—Hasta ahora sí —contestó Cisco entre bostezo y bostezo.

—No he visto un tipo más frío que tú. No sé cómo puedes pegar ojo después de lo que ha pasado.

—Ya ves. Necesito una buena pelea para *consiliar* el sueño —bromeó Cisco.

—Pues yo no puedo dormir…

—Piensa en lo que harás cuando seas libre, ya verás como te entra modorra.

—Ya. Eso hacía. Tengo muchos planes en mente. Por cierto, me preguntaba si tienes curro una vez que salgas de aquí.

—No, pero no es algo que me preocupe *demasiao*. Llevo un año en chirona y lo que me queda… —se resignó Cisco.

—¿No decías que tu abogado espera la condicional? —inquirió el ruso.

—En el mejor de los casos. En el peor son veinte años del ala.

—Bueno, si te sueltan y no tienes donde caerte muerto, búscame —se ofreció Igor.

—¿Qué te busque? ¿Dónde? ¿En la celda número 13?

—No seas gilipollas. Yo me piro de aquí en una semana.

—¿Y eso? —Cisco se dio media vuelta para asomarse a la cama de abajo. Igor estaba tumbado cuan largo era con los brazos detrás de la cabeza, hablando con el somier de la litera superior, al menos hacia allí dirigía su mirada:

—No tienen nada contra mí. Y ya ha pasado el tiempo máximo de prisión preventiva. No van a tener más remedio que soltarme.

—¡Joder! ¡Qué suerte tío!

—Lo dicho. Si necesitas trabajo…

—Lo tendré en cuenta, pero te advierto que hasta ahora sólo he *currao* en la venta ambulante, ya sabes, trapicheos…

—No te preocupes ya te buscaría yo algo más adecuado y mucho mejor pagado. No te iba a faltar de nada.

—¿Más *adecuao*? ¿Cómo qué?

—He visto como le arreglaste la jeta al hijo puta de Martín. Y como le atizaste al “apóstol”. Con eso me vale. Necesito gente como tú.

—¿Para qué? —insistió Cisco. Lo que intentaba el gitano pronto iba a resultar demasiado descarado. Como por el momento parecía adecuado, siguió tirándole de la lengua—: Si lo que necesitas es un matón…

—Necesito alguien de confianza para cierto negocio de compraventa. Al principio estarás a cargo de la seguridad en las transacciones, pero te aseguro que en este curro si te portas bien asciendes pronto, y las ganancias se notan desde el primer día. Es un trabajo muy fácil, casi sin riesgo. Ya verás como te gusta cuando tengas un fajo de talegos en la mano.

—¿Qué tipo de *transasiones*? —«Ahora o nunca», pensó Cisco.

Igor dudó antes de soltarle a Cisco la clase de "negocio" al que se estaba refiriendo.

El gitano comenzó a sentir náuseas y tuvo que contenerse para no saltar de la cama y estrangular al eslavo.

En ese momento se oyó un ruido metálico que anunciaba que se abría el cerrojo de la puerta. Un funcionario de prisiones entró en la celda.

—Cisco, levántate y vístete. Rápido —ordenó.

Un consomé que se dejó a medias, un plátano y tres vasos de vino fue todo lo que ingirió. Hidalgo prácticamente no había cenado. Si el alcohol le llenó el estomago, o si lo tenía cerrado por la cantidad de acontecimientos, la mayoría desagradables, que estaban ocurriendo en las últimas jornadas, no tenía demasiado importancia. El caso es que el trío de copas de Rioja le habían dado sueño. Debería aprovechar el sopor para tumbarse unas horas. El pronóstico para el día siguiente no era distinto al de los anteriores, la mañana amenazaba con ser muy movida. «Mejor estar descansado», se dijo. Subió las escaleras de la residencia y se encaminó hacia su habitación en el segundo piso. Al momento de abrir la puerta sonó el teléfono fijo. Hidalgo pensó que lo llamaban del mostrador de la planta baja al darse cuenta de que se le había olvidado comunicar al encargado la hora a la que quería que lo despertasen. Sentado en la cama, levantó el auricular del obsoleto aparato que descansaba en la mesilla de noche y se adelantó al de recepción: "A las siete". Al otro lado de la línea no entendían nada. No se trataba de una llamada interna sino de una conexión con un agente de la brigada. Hidalgo se disculpó y el policía le dio el mensaje: acababan de trasladar a Cisco a los calabozos y el gitano se estaba poniendo muy pesado. No hacía nada más que preguntar por Hidalgo. Quería hablar con el jefe de Homicidios enseguida, decía que era urgente y que no podía esperar hasta mañana. Hidalgo colgó y suspiró, su descanso tendría que esperar.

Antes de salir hacia la comisaría quiso cerciorarse de que seguía en el mismo lugar de siempre. Mañana por fin la iba a utilizar. El inspector no necesitó ninguna escalera para abrir el altillo del armario empotrado; aunque sí tuvo que ponerse de puntillas para apartar las maletas, el saco de dormir y la tienda de campaña. Después, buscó detrás de una pila de manuales y libros antiguos.

Encontró la caja de zapatos.

Contenía un par de botines negros de media caña. Cogió el correspondiente al pie derecho y metió la mano dentro. En efecto, allí estaba la llave, en el mismo sitio en el que había permanecido los últimos veinte años. Esperando a ser usada.

TONY

«¡Maldita sea! La he jodido. Nada ha salido como yo pensaba. Y lo malo es que aún no sé por qué se ha ido todo al carajo. No hago más que pensar en lo ocurrido. Por más que me estrujo los sesos en reconstruir los hechos de las últimas horas no consigo adivinar dónde está el fallo. Lo que sí tengo claro es que en algún momento he debido meter la pata. ¡Joder! Algo se me escapa de entre los dedos y no sé lo qué es.

»Veamos: llegué a las 23:45 a la comisaría y a las doce me hice cargo del turno de noche. Media hora más tarde llamé a Hidalgo para comprobar que se encontraba en su puesto y que funcionaban las comunicaciones. Mi compañero me aseguró que estaba listo para actuar en cuanto yo le avisara. Le dije que tuviese el canal 12 en escucha y que por nada del mundo debía romper el silencio del enlace, que el éxito de la operación dependía de ello. Hidalgo me dio el recibido y nunca más volví a oír su voz a lo largo de la noche. A las tres y media recibí una llamada del exterior en el cuerpo de guardia. Era Ríos. Me dijo que fuera al mesón de enfrente y que esperase allí a que sonara el teléfono público. Dejé dicho al agente de servicio que me iba al bar a encargar unos cafés y salí del edificio. Nada más llegar a la tasca sonó el teléfono. Descolgué. Era Ríos de nuevo. Parecía muy cabreado. Me insultó, me llamó hijo de puta traidor, me dijo que conocía cuáles eran mis intenciones, que sabía que quería engañarlo, pero que no me iba a salir con la mía. Me quedé sin capacidad para reaccionar durante unos segundos, luego pensé que era imposible que supiera nada, que sería un farol para ver mi reacción, una especie de prueba antes de la operación. Decidí echarle por tierra sus acusaciones y fingir que yo también estaba indignado por no fiarse de mí a esas alturas. Negué sus acusaciones, pero él insistió con vehemencia. Él decía una cosa y yo la contraria, era un diálogo sin solución como un combate nulo o unas tablas de una partida de ajedrez en la que él atacaba y yo me defendía. El no avanzar en la discusión me beneficiaba. Llegué a esa conclusión porque de repente se calmó. Dijo que le daba igual, que la operación seguiría su curso a pesar de que mantenía sus sospechas sobre mi posible traición. Respiré tranquilo, pero la angustia volvió al cabo de unos segundos cuando me dijo la razón por la que pensaba continuar con el plan. Me amenazó con hacerle daño a mi familia, a mi mujer y a mis dos hijos. Aseguró que tenían el chalé de Umbrete vigilado. Que había dos hombres allí con la orden de matar a Casandra y a los niños si no recibían una llamada de Ríos en una hora. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Jamás había puesto en peligro a mi familia, siempre los había mantenido al margen,

incluso en contra de la voluntad de mi mujer. Casandra me solía reprochar con frecuencia que hablaba poco de mi trabajo. Insistía en que debía desahogarme con ella contándole todo lo que me tuviese preocupado, que estábamos casados para lo bueno y para lo malo, solía decir. No obstante, siempre supe que debía apartarlos del ambiente por el que me movía en la brigada. El mundo de Casandra no debía incluir a ladrones, asesinos, traficantes y toda esa gentuza con la que yo no tenía más remedio que lidiar. Eso lo tuve claro desde el principio y durante todos estos años había logrado aislar a las personas que más quiero, como si vivieran en una burbuja, ajenas a la cruda realidad a la que me enfrentaba todos los días. Lo había conseguido; hasta ayer por la noche.

»Ríos me aseguró que no les pasaría nada si me atenía al plan previsto. En media hora alguien llamaría al garaje de la comisaría. Quince minutos más tarde la droga ya tenía que estar fuera del recinto policial. El hijo de puta también sabía que Hidalgo estaba apostado en las proximidades. Me dijo que si no apreciaba ningún movimiento en otros quince minutos, ni de mi compañero ni mío, entonces haría esa llamada para que dejaran a mi familia en paz. Intenté convencerle de que estaba equivocado, seguí con la misma táctica de negarlo todo, pero esta vez no me dejó: simplemente colgó.

»A continuación, hice una llamada desesperada a Casandra. Tenía que hacerlo, aunque eso significase alarmar a mi familia, pero debía asegurarme de que eran ciertas las amenazas de Ríos. Mi esposa cogió el teléfono después de varios tonos. La había despertado y lógicamente estaba muy preocupada. Le dije que mirase por la ventana del salón y me describiera la calle. Al principio me aseguró que estaba desierta, cuando le insistí en que se fijara bien me dijo que le parecía que dentro de la cabina de Telefónica había alguien, después se sobresaltó, me anunció que se movía una sombra, que otra persona se encontraba apoyada en el farol contiguo al locutorio público. Con un nudo en la garganta le dije que no se preocupase y que se volviera a la cama, que no pasaba nada, que era simple rutina para comprobar si un par de agentes estaban haciendo su labor en esa zona de la ciudad, que estaba todo en orden. Creo que no la convencí del todo, pero me dio la impresión de que colgó más tranquila. Una cosa estaba clara: Ríos me tenía cogido por los huevos. Se había adelantado a mi jugada y tenía controlada a mi familia. Intenté pensar en las alternativas que me quedaban. Abandonar la comisaría para acudir en auxilio de Casandra y los niños era demasiado temerario. Iba a tardar media hora como poco y treinta minutos era margen suficiente para que los matones de Ríos hiciesen su trabajo. Tampoco podía llamar a Hidalgo porque todo parecía indicar que lo tenían vigilado. Miré el reloj: se me acababa el tiempo y las opciones. No tenía más remedio que seguir con el plan…

»¿Cómo coño se ha enterado Ríos de que pretendía traicionarlos? Creo

que he sido extremadamente cuidadoso. Estoy seguro de que no le he dicho a nadie lo que estaba ocurriendo y mucho menos cuáles eran mis intenciones. Nadie sabe nada. Nadie, excepto una persona. Una persona que desconoce el problema, pero sabía que esta noche iba a suceder algo. No se me ocurre otra explicación: aunque me cueste creerlo, todo parece indicar que Hidalgo me ha traicionado.

Rodrigo Hidalgo salió más temprano que de costumbre esa fría mañana de febrero. Abandonó la residencia para oficiales de policía a las siete cuarenta. En vez de caminar unos quince minutos hacia la comisaría del distrito Poniente, que era lo que solía hacer todos los días, cogió su vehículo particular y se sumergió en lo que pronto sería un caos circulatorio que inundaría la ciudad de coches, taxis y autobuses. El Suzuki estaba helado. Conectó la calefacción y encendió la radio para oír la tertulia sobre política nacional. Antes del debate, radiaron la información meteorológica local: La temperatura ambiente no pasaba de los cinco grados y la predicción para el día era de una mínima de dos grados bajo cero y una máxima de doce. La ola de frío polar estaba en todo su apogeo, el temporal de viento y nieve azotaba el norte y el centro de la península, sólo el sur se libraba de las heladas. Aunque el alba no había despuntado del todo, ya se adivinaba un día soleado. Una jornada fría, pero despejada. Y para Hidalgo, un día complicado.

Un día que comenzó la noche anterior cuando acudió a comisaría para hablar con Cisco. El gitano había conseguido sacarle una información valiosísima a Igor Kuztnesov. Hidalgo se la trasladó a O'Malley y le dijo que la tuviese en cuenta para, con esos nuevos datos, preparar la reunión matinal. La junta probablemente se retrasaría unos minutos, hasta que Hidalgo acabase la gestión que ahora tenía entre manos.

Al cabo de tres cuartos de hora, el inspector llegó a la avenida de La Raza. La calle se encontraba al borde del colapso. La saturaban los vehículos que venían o accedían a la autovía de circunvalación por el puente de Las Delicias. Hora punta. Hidalgo no tuvo más remedio que aparcar en doble fila, a la altura de la delegación de Hacienda. Conectó las luces intermitentes, salió del turismo y le dio un euro a un gorrilla subsahariano. El joven de color, que vestía un chaleco amarillo reflectante dos tallas menor, se mostró muy satisfecho y prometió vigilar el vehículo hasta que Hidalgo estuviera de vuelta. En pocos pasos, el inspector había alcanzado su destino. Ligeramente encogido por el viento helado del norte, Hidalgo subió los cinco peldaños que conducían a la oficina de correos. Cruzó la puerta giratoria y accedió a una sala moderna medio vacía. Todo hacía pensar que la sucursal acababa de abrir. Las bancadas de madera destinadas a los clientes que hacían cola estaban desiertas, y los luminosos que anunciaban el turno para recogida o entrega de envíos postales se encontraban con los dígitos en cero. De los cuatro mostradores asomaban otras tantas cabezas de funcionarios, algunos con ojeras, otros con cara de no haberse tomado aún el primer café, y todos mirando fijamente a Hidalgo, esperando curiosos para ver hacia

qué lado se decantaba el primer cliente. El inspector mantuvo el suspense porque no se acercó a ninguna de las mesas. Lo que hizo fue aproximarse a la fila de pequeñas taquillas numeradas correspondientes a los apartados de correos. Se paró a la altura de la 1020. La abrió con la pequeña llave que extrajo del bolsillo de su abrigo; la que llevaba tantos años esperando ese momento. Hidalgo se dijo que después de lo sucedido el día anterior ya no había razón alguna para guardar por más tiempo el secreto. Antes de sacar el contenido del compartimento, se colocó de espaldas a los mostradores con la intención de impedir la visión de los ociosos funcionarios.

En el apartado de correos 1020 había un sobre cerrado.

En el sobre no figuraba dirección alguna, y estaba algo abultado. Hidalgo lo rasgó y extrajo su contenido: un casete de color negro. Buscó dentro de la cubierta de papel, pero no había ninguna carta o nota acerca de la cinta magnética ni de cualquier otro asunto. Cerró la taquilla y se guardó la llave y el casete en el abrigo. Rompió el sobre en varios pedazos, los tiró a una papelera y se fue por donde había venido. Un par de funcionarios intercambiaron miradas, otro se encogió de hombros, y todos siguieron esperando indolentes al primer cliente del día.

"*Mercedes Vallés*", era la segunda vez que el ujier nombraba a la testigo para declarar. "*¡Mercedes Vallés!*" —gritó de nuevo el hombre menudo y cejijunto al tiempo que repasaba los rostros de las cinco personas que se congregaban en la salita—. Merche se sobresaltó cuando por fin se dio cuenta de que aquel personajillo con voz de pito requería su presencia. Estaba tan distraída como en el periódico. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en las consecuencias de haber traicionado a Sam. También la traía por la calle de la amargura la seguridad de su familia, a pesar de los dos agentes —o por culpa de ellos— que vigilaban su domicilio. En ese momento se encontraba tan lejos del juzgado que no atendió a su nombre de pila y al apellido del Dr. Ramiro Vallés. Llevaba ya muchos años —desde la separación de sus padres— usando el apellido de Rosita y no estaba acostumbrada a que la nombraran de otra forma. Merche se levantó y se dispuso a salir de la pequeña habitación. Por la tensión (allí aguardaban los testigos que aún quedaban por declarar) y la decoración, la salita parecía la consulta de un dentista. Sólo le faltaba la música ambiental y las revistas del corazón. El ujier tardó un mundo en apartarse de la puerta y permitirle a Merche el paso franco. El funcionario quería dejar patente su postura de protesta ante el despiste de la testigo. La periodista consiguió salir casi de perfil, rozando al ujier, evitando en todo momento la mirada del enojado hombrecillo, segura de que reflejaría cualquier cosa menos amistad.

Una vez en la sala donde se celebraba la vista oral, Merche se cruzó con el testigo al que relevaba. Era un policía que vestía de uniforme, de estatura media y descarado que la miró de arriba abajo con muy poca prudencia, habida cuenta de dónde estaban. Merche se sentó algo violentada en el estrado, que no era otra cosa que una silla colocada enfrente del tribunal, y se dispuso a contestar a las preguntas del abogado defensor. Como el interrogatorio tardaba en arrancar, el juez le llamó la atención al letrado. Merche volvió la cabeza hacia el lugar donde estaba el abogado y vio que algo sucedía entre él y su cliente: Cisco cuchicheaba nervioso con el defensor hasta que éste escribió algo en un papel, lo doblo en varias partes y se lo guardó cerrando el puño de su mano izquierda.

A partir de ahí todo discurrió tal como se lo había imaginado Merche, primeriza como era en audiencias judiciales. Primero fue el abogado defensor el que tomó la palabra para preguntarle acerca de la personalidad de Cisco, de los artículos que ella escribió en “La Voz de Híspalis”, y que tan famoso hicieron al clan gitano, y del horrible crimen cometido en la persona del hermano pequeño de Cisco por parte del Moro. Todo para favorecer a su amigo ante los presentes —la vista era pública y se había dispuesto la utilización de jurado popular—. Merche puso por las nubes a Cisco y se dejó conducir por la habilidosa tanda de preguntas del abogado. Luego vino el turno del fiscal. Como estaba previsto, la reportera tuvo que responder en calidad de testigo presencial del crimen. Intentó adornar el ataque de Cisco para dar impresión de arrebato pasional, pero el fiscal también jugó sus cartas y no la dejó continuar insistiendo en que sólo debía contestar a lo que se le preguntaba: “¿Vio cómo el acusado asesinaba a Francisco Salas Heredia, alias *Curro*, alias *El Moro*? Diga sí o no”. Merche no tuvo más remedio que afirmar. Con un “No hay más preguntas” el fiscal dio por terminado el interrogatorio dando pie a unos cuantos murmullos del público y a un “Silencio en la sala” del magistrado que, a continuación, ordenó la comparecencia del siguiente testigo.

Merche se levantó, pero al pasar al lado de Cisco vio cómo el gitano la miraba algo inquieto. Entonces el abogado extendió el brazo como para interrumpir el paso de la reportera y le ofreció el papel doblado. La periodista lo cogió extrañada y volvió a mirar a Cisco para preguntarle con un mohín qué era lo que estaba pasando. No hubo respuesta porque el pesado y diminuto ujier interrumpió el diálogo gestual. El funcionario la conminó a que abandonara la sala pues el siguiente testigo ya estaba comenzando a declarar. El ujier le dio a entender que jamás debían coincidir dos testigos del mismo caso en la sala, que aquello era una especie de sacrilegio legal. Merche obedeció y un minuto más tarde estaba fuera del edificio. Fue a solas,

dentro del Peugeot, cuando desdobló el papelito y leyó el mensaje de Cisco. Enseguida comprendió la inquietud de su amigo.

Cuando llegó a la sala de reuniones, los ecos de la última junta aún resonaban nítidos en su cerebro, seguramente por el silencio que reinaba allí. Hidalgo se encontró vacío el salón de actos y le dio la impresión de que no había sido utilizado esa mañana. Sin comprender nada se dirigió a su despacho en la planta de la brigada de Homicidios. Allí le esperaba O'Malley, ojeando unos papeles que había esparcidos sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado con la reunión? —inquirió Hidalgo.

—*Finish*, justo antes de empezar —respondió el inglés—. Al ver que no estabas, y que alguien dijo que ibas a llegar tarde, Ramírez ha tomado el mando y se ha encargado de repartir el trabajo.

—¡Mierda!

—¡*Shit*!, eso es lo mismo que pensé yo —soltó el británico con sorna.

—¿Y la nueva pista?, lo del tráfico de órganos.

—Se lo he dicho, pero no me ha escuchado. Han debido darle otro toque porque estaba muy nervioso. Ha mandando a todo el mundo a correr en círculos, a buscar el *fucking red car,* y a otras cosas inútiles. Le he recordado que ya hemos comprobado todas las denuncias de robos de automóviles en la provincia. Sin mirarme a la cara, como si no estuviera a su lado, ha ordenado que se amplíe la búsqueda a toda la región…

—…Cuando aún no sabemos si el coche es robado o no, o si simplemente no ha sido denunciado por la razón que sea —continuó Hidalgo.

—*You're right*. También se lo he comentado, pero ni caso. Tu jefe me ignora —concluyó O'Malley.

Hidalgo estaba hecho una furia, se dio media vuelta con la intención de salir del despacho, pero el inspector de Scotland Yard le hizo desistir de su intención de cantarle las cuarenta al comisario:

—*He's gone.* Se ha largado a Jefatura, tenía una reunión con los jerifaltes.

Hidalgo se paró en seco e intentó calmarse respirando hondo.

—En fin, vamos a ver qué tenemos… —Hidalgo, ya resignado, se dispuso a echar un vistazo a los papeles.

—Esto es lo que he logrado averiguar acerca del tráfico de órganos en tu país y los antecedentes de la zona. No hay mucho, *but something is going on*… —comentó O'Malley.

Hidalgo pensó en lo tranquilo y eficiente que era su compañero extranjero. Se le veía despejado y concentrado cuando debería estar cayéndose de sueño. Seguro que sólo había dormido unas pocas horas,

si es que se había acostado. La noche anterior, justo después de hablar con Cisco, Hidalgo le ordenó a O'Malley que reuniese toda la información que pudiera sobre la venta ilegal de órganos. El gitano había descubierto que a eso se dedicaba la célula de Igor Kuztnesov y que lo más probable era que el destino del pequeño estuviera ligado a aquel repugnante y horrible negocio. El inglés podía utilizar la red interna de la policía, los archivos de la comisaría, Internet y todo lo que estuviese a su alcance para hacerse una idea del problema y saber a lo que se enfrentaban. A Hidalgo se le revolvía el estómago sólo de pensar en el pobre niño y en lo que pretendían hacer con él.

Sabías que algo estaba a punto de suceder. Se podía oler en el ambiente. Desde ayer, Ulrike está más nerviosa que de costumbre. Después de unos días en los que parecía haber olvidado a Bobby, por la tarde volvió a gritarte, se bebió de golpe toda la leche que quedaba en el frigorífico y no paró en toda la noche de fumar y de tocar insistentemente esa cadena dorada que siempre lleva al cuello. Está a punto de explotar, dice que no aguanta más tiempo encerrada entre estas paredes.

Tú también quieres irte, pero si no es para volver al circo, prefieres quedarte allí y cuidar del invitado. En parte te alegras de que a Ulrike ya no le interese hacer nada por él. Ahora siempre eres tú el que le preparas la comida, le das de beber y cuidas de que vaya al baño cuando lo necesita. Si por ella fuera, el pobre niño ya se habría muerto de hambre y de sed. Pronto alguien va a tener que salir a comprar más provisiones porque ya casi no queda nada que llevarse a la boca. Ayer cenasteis los últimos huevos y Ulrike te ha mandado hoy matar la única gallina que los ponía. En la despensa de la pareja de ancianos ya se han acabado las legumbres, la verdura hace tiempo que se terminó y tampoco queda pan, sólo un chusco duro de hace unos días. Tú puedes resistir sin comer el tiempo que haga falta, el que te preocupa es el invitado. De buena gana irías al pueblo a por comida, pero no tienes con qué pagarla. Ulrike nunca te da dinero. Claro que puedes robar los alimentos, pero primero tendrías que saber dónde se encuentra la ciudad. Supones que debe estar lejos porque Ulrike y Bobby siempre cogían el coche cuando salían de casa. Tú nunca has conducido un automóvil.

Se lo has dicho a tu hermana, pero parece que le da todo igual: le has insistido en que tiene que salir a comprar y se ha echado a reír. Entonces te has ofrecido a ir tú, pero te ha prohibido salir. Lo único que le ha preocupado es la falta de leche, pero se ha consolado con el licor que guardaban los dueños de la casa en una pequeña bodega que tienen en el sótano. Después ha sonado el teléfono. Era lo que Ulrike estaba esperando porque enseguida le ha cambiado la expresión de su cara, como si la llamada la hubiera tranquilizado. Debía ser la misma persona con la que ha estado tratando todos estos días. Ulrike estaba borracha y hablaba en

voz alta, casi a gritos; por encontrarse tan bebida no se ha percatado de tu presencia y gracias a eso has podido oír toda la conversación.

No te ha gustado nada lo que has escuchado.

Hidalgo tuvo que hacer un alto en la lectura de todos aquellos testimonios sobre el tráfico de órganos porque se estaba encontrando cada vez peor. Y eso que estaba advertido: O'Malley le había puesto sobre aviso cuando le aseguró que los entresijos de los casos que había recopilado eran muy desagradables. El inspector jefe de Homicidios le confesó que desconocía el tema. Siempre había creído que esos delitos eran más propios del Tercer Mundo y que en Occidente esas cosas no pasaban.

—Eso creía yo también —le confesó el inglés—. En realidad, la compra y venta de órganos, la ilegal *of course*, es mayoritaria en países de América Latina, Asia o África, pero por lo visto aquí tampoco nos libramos de ese problema.

Hidalgo asintió al tiempo que leía las causas de tal aberración, que era como él prefería llamar al "problema". El documento aseguraba que los motivos por los que estaba tan extendido dicho mercado negro tenían que ver con la demanda de órganos, que no ha cesado de aumentar en los últimos años gracias a los avances en medicina, y con el estancamiento e, incluso, reducción de la oferta en una comunidad cada vez menos propensa a la donación. El hecho de que no haya órganos para todos, y de que haya personas dispuestas a pagar lo que sea con tal de conseguirlos, es lo que alimenta los secuestros para la extracción y posterior venta de riñones, hígados, corazones o pulmones. Órganos que en el mercado negro pueden llegar a alcanzar cifras del orden de los cientos de miles de dólares. Cantidades que son mucho más elevadas en el caso de pedidos por encargo de nuevos ricos sin escrúpulos. Hidalgo tuvo que respirar hondo para seguir leyendo algunos informes, como los de distintas asociaciones de derechos humanos que denunciaban la extracción ilegal y sistemática de órganos a prisioneros de las cárceles en China para luego venderlos en los mercados clandestinos de la India o Kuwait. En algunas zonas de Centroamérica, subrayaba el documento, se habían descubierto "casas de engorde", llamadas así por su especialidad en mejorar el aspecto de niños famélicos destinados a perder sus órganos —y su vida—. Lo más terrible era que, la mayoría de las veces, los pequeños eran internados en las "granjas" por sus propios familiares a cambio de unos dólares. Otros ejemplos, más escalofriantes si cabe, eran los que hablaban del tráfico de órganos de niños en Afganistán. De los pequeños afganos, los más pobres e indocumentados eran los blancos preferidos de las mafias. Los secuestraban y les quitaban los órganos para matarlos antes de que despertaran de la anestesia; eso si tenían la

suerte de haber sido anestesiados previamente. Hidalgo estuvo a punto de ir al lavabo cuando recreó involuntariamente en su imaginación el testimonio de un taxista que dijo haber transportado a dos personas que llevaban "una bolsa que sangraba". Al parecer había dentro un hígado humano. Definitivamente dejó de leer después del caso de Roma y Mabula, dos niñas afganas de cuatro años que fueron secuestradas cuando se encontraban jugando en la puerta de su casa. Al cabo de unos días aparecieron los cadáveres brutalmente mutilados: les habían extirpado los ojos, y al de Roma también los riñones.

—Te queda lo más interesante. —El británico observó el rostro descompuesto de su colega, pero no pareció darle mayor importancia cuando insistió en alcanzarle otro dosier con más información.

—Te agradecería que me lo resumieras —suplicó Hidalgo cuya tez había pasado por varios colores y ya estaba alcanzando un tono verdoso.

El documento trataba del tráfico de órganos en la Europa del Este. Primero señalaba las zonas rurales de Rumanía y Moldavia como especialmente castigadas por estas horribles prácticas. Decía que allí eran habituales los secuestros de inmigrantes que ven truncado su sueño de prosperar en las grandes ciudades cuando se topan con los intermediarios del trasplante ilegal. El estudio continuaba con el caso de Rusia. Señalaba que el delictivo negocio de venta de órganos estalló pocos años después de que se desmantelara la Unión Soviética. La explotación privada del petróleo favoreció el despegue de una nueva clase social de multimillonarios que provocó, entre otras cosas, que la demanda de órganos se disparase. En concreto, se relataba el caso de una "empresa" de Moscú que en 1993 había extraído 700 órganos, entre corazones, pulmones y riñones, 1.400 hígados, y 2.000 ojos, todos destinados a este tipo de nuevos pacientes dispuestos a pagar fortunas por ellos. Los "donantes" habían sido cuerpos no reclamados, entre indigentes y vagabundos, o simplemente personas desaparecidas, o que hacían "desaparecer". Los datos eran escalofriantes, pero lo peor venía en los últimos párrafos. Allí se informaba de bandas procedentes del Este, que llevaban varios años operando en Occidente, estructuradas en células para el robo, la extorsión o el secuestro. Es decir, con una organización muy parecida a la banda de Dimitri e Igor Kuztnesov.

Aquello era tan nuevo —y desagradable— para Hidalgo que tardó bastantes minutos en digerirlo. O'Malley le llevaba unas horas de ventaja (toda la noche anterior) y su cuerpo se podía decir que ya estaba acostumbrando a consumir ese tipo de informes. Ahora que sabían a lo que se enfrentaban, llegaba la hora de las hipótesis y de las líneas de actuación. Hidalgo estaba pensando en la forma de difundir lo que sabía después del nuevo cariz que había tomado el caso. Lo

primero que tenía que hacer era volver a reunir a toda su gente. Había perdido un tiempo precioso por culpa del inútil de César Ramírez y ahora todos los agentes implicados en el caso estaban tan ocupados en Dios sabía qué, en seguir pistas que no conducían a nada, que tardaría un mundo simplemente en avisarlos para que volvieran a comisaría. Se puso en marcha. Llamó al subinspector de personal y le dijo que se enchufara las pilas, que tenía que conseguir como fuera, a más tardar para después de comer, convocar una nueva reunión. Mientras eso sucedía, entre él y O'Malley decidieron confeccionar una lista de todo lo que fuese susceptible de investigación para dar con el niño, teniendo en cuenta la nueva situación. Desde luego, habría que pedir ayuda a la central. Era fundamental tirar de base de datos para localizar sospechosos, gente fichada que pudiera estar implicada en tan sucio negocio. Pero lo más urgente era enviar un par de agentes a la prisión para apretarle las tuercas a Igor. Y mandar un requerimiento a los centros penitenciarios y comisarías locales para que hicieran lo mismo con el resto de la banda. Tenían que aclararse y actuar rápido.

—Bobby estaba planeando desde la cárcel, junto a su "amigo" Igor, el secuestro de un niño para vendérselo a, por ejemplo, algún magnate del petróleo… —Hidalgo pensaba en alto, ahora trataba de hacerse una idea de cómo habían sucedido las cosas.

—*I think so*. —El inglés coincidió con su colega—. Pero al salir de la cárcel debió darse cuenta de que Ulrike —no sabemos si ella obró intencionadamente o lo hizo de casualidad— había elegido para sus planes una víctima que resultó ser bastante especial…

—…el hijo de un empresario, de un magnate de los seguros, y Bobby quiso sacar tajada extra —continuó Hidalgo con el razonamiento—, exigiendo un jugoso rescate que no estaba previsto, sabiendo que jamás entregarían el niño a su padre, que sus planes era vendérselo a un intermediario del mercado negro de órganos.

—Lo cual enfadó a Ulrike —ahora era el británico el que seguía—, que cortó por lo sano y le ordenó al bestia de su hermano que pusiera las cosas en su sitio: *To kill Bobby*. Se lo cargó y volvieron al plan inicial.

—Son sólo suposiciones, y realmente da lo mismo si sucedió así o no, más adelante ya tendremos tiempo de averiguar lo que ocurrió, lo que ahora importa es encontrar a Diego Machuca antes de que se lleve a cabo el intercambio —opinó Hidalgo con gravedad justo cuando llegó el subinspector de personal para informarle de sus gestiones: había dado un aviso por radio a los agentes que estaban trabajando fuera y había puesto una circular interna para convocar la reunión de la tarde.

A O'Malley, atento como estaba a la conversación entre Hidalgo y su subordinado, le sorprendió el comentario que le hizo el primero al

segundo cuando éste terminó su informe. Hidalgo le preguntó al subinspector si sabía de la existencia de algún radiocasete en la comisaría. Al principio, el policía negó, dijo que esos aparatos antiguos estaban casi extintos, pero luego recordó que le parecía haber visto uno en el almacén. Hidalgo se alegró de la noticia y le dijo al inglés que salía un momento a hacer un recado, que volvía enseguida. El inspector de Scotland Yard no entendía nada, no sabía si el reproductor de cintas de audio tenía algo que ver con el secuestro, o se trataba de un asunto privado de Hidalgo.

Mientras esperaba a Hidalgo, Al O'Malley se preguntó qué podría hacer él para ayudar a salvar al hijo de Machuca. Algo en su interior le decía que el niño todavía seguía con vida. Ese pensamiento le hizo estremecerse de nuevo —le llevaba pasando con frecuencia, desde que supo lo que pretendían hacer con Diego— y decidió hacer una cosa que aún tenía pendiente: ir a echar un vistazo a la escena del crimen donde mataron a Bobby y donde Machuca y Sam intentaron el rescate.

Esa idea le llevó a preguntarse por Sam. La había llamado varias veces para ponerle al día de las investigaciones, ya había perdido la cuenta de los SMS que le había enviado. ¿Dónde diablos se encontraba la detective?

El portero con problemas de sobrepeso del *Tony's* sonreía al comprobar que su segundo escupitajo había propulsado la goma de mascar a más de un metro de distancia del primer lanzamiento. Hundió la mano en el bolsillo de su abrigo, extrajo un futuro nuevo proyectil con sabor a menta y se lo introdujo en la boca para empezar a masticar el chicle con fruición. La noche se cerraba sobre la ciudad, pero el alumbrado de la avenida no dejaba ver el cielo estrellado. Sólo parte de la constelación de Orión y el planeta Venus conseguían destacar en la lucha desigual entre la luz eléctrica de las farolas y la natural procedente de los astros. El gordo trituraba con sus molares el chicle para aplastarlo lo máximo posible antes de darle una forma redondeada con la lengua. Preparaba con cuidado el nuevo disparo para batir su marca de aquella noche tan fría; tanto, que amenazaba con volver a helar. Fue entonces cuando vio que una motocicleta aparcaba justo delante de la puerta. Era un policía nacional de uniforme, aunque la moto no parecía oficial. Del sobresalto, el esbirro se tragó el chicle. Lo último que esperaba era la visita de los maderos. Pensó que era la primera vez, desde la redada del año pasado, que veía a un agente de la ley acercarse al *puticlub*. Nadie en el local sabía cómo se las arreglaba el jefe para mantener alejada a la pasma del club, pero el caso es que no solían molestarles nunca, de ahí la sorpresa inicial al ver al policía. Pasados los primeros segundos de desconcierto, el sicario de Tony recompuso su postura y se mantuvo

firme delante de la entrada. El motorista se tomaba su tiempo para apagar el motor, apoyar la moto en el caballete y hacerse con un pequeño bidón de gasolina que llevaba sujeto en un lateral. El orondo portero no lo perdía de vista, pero ya se encontraba mucho más tranquilo. Todo parecía indicar que el policía simplemente se había quedado sin combustible y lo único que quería era rellenar el depósito de la moto. Seguramente ignoraba dónde se encontraba la gasolinera más próxima y se acercaba a preguntar por ella. Debía de tratarse de un agente bisoño, quizás en su primer día de patrulla. Era un policía bajito que llevaba un enorme casco en proporción a su cuerpo y que le daba un aspecto de *Hormiga Atómica* muy gracioso. La visera del casco, que se mantenía bajada, ocultaba el rostro del agente al reflejar la luz de la farola como si fuera un espejo. A pesar de ello, el grasiento portero se imaginaba la expresión del inocente oficial obligado a rebajarse para pedir ayuda como si fuese un estudiante de primero de carrera al que le acaban de gastar una novatada. Esa circunstancia provocó que el matón se sintiera cada vez más seguro. Tanto, que fue él el primero en hablar desde una supuesta posición de superioridad cuando el policía se situó a su altura:

—Buenas noches —saludó ufano—. ¿Necesita ayuda? —preguntó con retintín.

El agente no respondió; en su defecto, se movió con la celeridad del rayo.

Sujetó el asa del bidón naranja con las dos manos, basculó ligeramente hacia atrás el contenedor de combustible y, con todas sus fuerzas, le dio un tremendo golpe al portero en la entrepierna. El gordo se dobló de dolor como si el policía hubiera acertado con un resorte, con un botón que hubiese accionado el mecanismo de plegado de aquel cuerpo que, seguramente, superaba los ciento veinte kilos de peso. El grito que pugnaba por salir de la garganta del esbirro no llegó nunca a ser emitido porque el agente aprovechó el balanceo del primer movimiento para sacudirle de nuevo. Esta vez fue la sien izquierda del desconcertado y dolorido portero el blanco del bidón que, a estas alturas, estaba claro que de vacío, nada.

***

Sam saltó por encima del cuerpo inconsciente en el que se había convertido su primer obstáculo y abrió la puerta del *Tony's*. Aunque había pasado un año desde la redada donde arrestaron al Moro, la detective recordaba perfectamente el local. Sabía a dónde debía dirigirse. Se levantó la visera del casco para poder ver bien en aquella oscuridad donde reinaban luces rojas y malvas y atravesó el local. Los clientes y las fulanas que ocupaban las pocas mesas de metacrilato no reaccionaron al paso de aquel agente de seguridad con casco

incorporado, que portaba un bidón de gasolina y que se disponía a sacar el revólver de su funda. Detrás de la barra sí hubo movimiento. Sam sabía que estando sola no iba a poder controlarlo todo, al menos no al principio; por eso no se agobió cuando vio que uno de los camareros salía corriendo por la puerta que daba acceso a la zona privada. Sam se centró en el segundo barman. Recordaba su nombre: Emiliano. Él, sin embargo, no parecía acordarse de la detective; era complicado hacerlo ya que la última y única vez que se había topado con ella, la policía no vestía de uniforme, ni escondía su rostro tras un casco de motocicleta. Sam encañonó a Emiliano con su 38 y le ordenó que encendiera las luces de la sala. Cuando se hizo de día, los manoseos, los regateos para conseguir acostarse a buen precio y los magreos se quedaron sin el apoyo de las sombras. La mayoría de los clientes se levantaron y muchos de los que estaban en los reservados se incorporaron a la zona común para ver lo que ocurría. Sam gritó con todas sus fuerzas:

—¡Desalojen la sala enseguida, hay una amenaza de bomba!

Algunos, los más, obedecieron a la carrera convencidos de que la Policía Nacional no solía gastar bromas; otros, se quedaron petrificados como si la orden la hubiesen dado en chino.

—¡Salgan fuera, rápido! ¡En pocos segundos va a saltar todo por los aires! —insistió Sam.

Esa segunda orden fue más eficaz que la primera: a trompicones, atropellándose unos a otros, todos, sin excepción, abandonaron el club. Sam dejó que Emiliano hiciera lo propio, confiando en que se quitaba un problema de encima. La detective se había pasado toda la tarde apostada detrás de un seto de la plaza de Los Del Río, observando el burdel desde que abriera sus puertas a primera hora, muy atenta a la llegada del personal. Aparte de Tony, y dejando de lado a las prostitutas, había contado a cuatro personas: el gorila que ahora yacía inconsciente en la puerta principal, los dos camareros y el chato que hacía las veces de chófer y guardaespaldas. Por tanto, si sus cuentas no fallaban, y no se había incorporado nadie más en la última media hora, en la zona privada debían esperarla Tony con dos de sus esbirros para darle la bienvenida. A esas alturas, el plan de Sam ya sólo dependía de la decisión en los movimientos. Es decir, ya no había plan alguno. Dejó el bidón en el suelo, se bajó de nuevo la visera del casco y abrió la puerta que daba acceso a un ancho pasillo que conducía a los almacenes y despachos.

El primer impacto la tiró de espaldas.

El chaleco antibalas había amortiguado el disparo, pero el choque fue brutal. La detective pensó que debía tratarse de un arma de gran calibre. Sam ignoró el dolor del pecho y se incorporó con rapidez para arrastrarse hacia la pared sujetando el revólver con las dos manos.

Durante ese movimiento instintivo de protección notó un pinchazo en la pierna izquierda, como si le hubieran quemado el muslo con un hierro candente. Cuando iba a disparar, un vuelco inesperado del casco provocó que se interrumpiera la puntería. Gracias a que la bala venía rebotada lo único que hizo fue abollar el protector del cráneo. La detective ya había recibido tres impactos y aún no había sido capaz de apretar el gatillo. La lluvia de plomo no la dejaba pensar con claridad. Sam optó por hacer lo que había aprendido en la Academia. Como si estuviera en un campo de entrenamiento, se volvió a tirar al suelo para rodar por el pasillo mientras se disponía a vaciar el tambor del revólver. Por fin pudo disparar. Salvo el "pequeño contratiempo" de que los blancos respondían al ataque y podías perder la vida en el intento, realmente era más fácil que en los ejercicios de tiro: nadie le iba a colocar un falso señuelo con una anciana o una mujer empujando un cochecito de bebé, ahora todo lo que se moviera era susceptible de servir como blanco. Sam giraba sobre sí misma igual que lo hacía el tambor del revólver a medida que ella presionaba su dedo índice sobre el gatillo. Pero no lo hacía a lo loco: primero se fijó en el lado desde el que vino el proyectil de gran calibre.

Cuando recibió dos disparos de la expolicía, el chato asomaba por una puerta cargando una recortada. La vida se le escapó a borbotones.

Sam no se quedó mirando las consecuencias de los tiros, siguió con su "sesión de entrenamiento". Ahora tocaba el lado contrario, enfrente del chato. Allí, una pistola asomaba por otra puerta entreabierta. Su dueño, el camarero que huyó del salón, fue el destinatario de una de las dos balas del 38 especial que llevaban su nombre escrito. Le alcanzó en la frente y cayó de espaldas con una expresión en el rostro que denotaba o protesta o sorpresa.

Se hizo el silencio.

Pasaron varios minutos. Al menos eso le pareció a Sam que permaneció inmóvil en el suelo apuntando su arma alternativamente a las habitaciones donde ya comenzaban a manar sendos regueros de sangre. Entonces oyó una especie de gemido que todo indicaba debía proceder de una de las víctimas. Sam se incorporó y, lentamente, cojeando, pero sin dejar de apuntar y sujetar el revólver con las dos manos, entró en lo que era un despacho donde yacía el cuerpo sin vida del camarero. Detrás de la puerta, agachado e inerme, sollozaba Tony. Sam se quitó el casco, asió el cuello de la chaqueta del mafioso y tiró de él hacia arriba para indicarle que tenía que levantarse. Tony alzó la vista y reconoció a la detective. Instintivamente, ocultó su rostro con los brazos para evitar mirar de nuevo a Sam y, a la vez, protegerse de un ataque de aquella salvaje que había dejado fuera de combate a dos de sus matones. Sam lo acompañó hasta la silla destinada a las visitas y lo empujó con el revólver hasta que se sentó. El sudor perlaba la

frente de Tony que ya se atrevía a mirar con rostro compungido a su oponente. A pesar del dolor de la pierna, Sam permaneció de pie para intimidar al mafioso, para mostrar su condición de superioridad.

—Aún me quedan dos balas —informó Sam con una tranquilidad pasmosa mientras accionaba el resorte que abría el tambor del revólver—. No necesitamos más ¿verdad? —dijo cerrando el cargador con un chasquido metálico que provocó que Tony diera un respingo en el asiento. A continuación, la detective giró el tambor y colocó el cañón del 38, aún caliente, en la sien de su prisionero.

—¡Qué haces! —gritó aterrorizado el dueño del *Tony's*.

—Tranquilo, relájate. —La que sí parecía relajada era Sam que sonreía mientras hablaba—. Tan sólo es un juego.

—No, no quiero… —Tony oyó el disparo en vacío del arma y sintió un mareo seguido de un fuerte dolor en el pecho—. ¡Para!, ¡para! Haré lo que quieras. Tengo mucho dinero. ¿Quieres dinero? Déjame, verás que…

—¿No te apetece jugar? Con lo divertido que es… Sin embargo, sí te gusta asustar a los mayores —dijo Sam.

—¡Estás loca! —se atrevió a gritar Tony fuera de sí—. Loca…

—Exacto. No soy responsable de mis actos, me cabrea mucho que se metan con una anciana…

—No sé de qué me hablas, no tengo nada que ver…

—Ahórrate las gilipolleces. He visto cómo huían tus dos esbirros del sanatorio. —Sam volvió a mover el tambor del revólver. La ruleta rusa giraba de nuevo.

—¡No! ¡No quiero morir! Sólo queríamos asustarla. —Tony sentía que aquellos eran verdaderamente los últimos momentos de su vida—. ¡De verdad! Tienes que creerme.

Sam apartó el arma de la cabeza sudorosa de Tony.

—Es hora de que me cuentes todo lo que sabes, a menos que quieras terminar como él. —Sam señalaba el cuerpo del barman cuyo rostro ya palidecía. La tez lívida del cadáver contrastaba con el oscuro reguero de sangre que brotaba de su frente.

Tony sudaba copiosamente y hablaba entre gemidos y sollozos:

—¿Qué quieres saber? Te lo diré todo.

Sam se guardó el revólver y le preguntó por el "Altaír", por Alfredo Ayala, el patrón del velero, por la cocaína y por el inspector Ríos y su muerte en un tiroteo con los traficantes. Por fin, desde que conocía a Tony, Sam tuvo la impresión de que el repugnante confidente de la policía le estaba contando todo lo que sabía. Cuando el mafioso terminó su relato, la detective se hizo con el bidón de gasolina y comenzó a rociar todo el local. Tony se mantenía inmóvil en el pasillo, obedeciendo dócil la orden de Sam de permanecer allí hasta que ella le dijese lo contrario. Para él, la detective era la que decidía sobre la

vida y la muerte. Como una diosa, en el más amplio sentido de la palabra, se había convertido en su dueña y señora. Tony no debía pensar ni preocuparse de ninguna cosa que no fuera la de comportarse como un esclavo. El orondo y sumiso personaje observaba aterrorizado las idas y venidas de la detective por todo el prostíbulo. Sam terminó su recorrido en la habitación donde yacía el cuerpo desmadejado del chófer. Era un almacén lleno de cajas y cachivaches inservibles, con algún que otro barril de cerveza y una especie de encimera de obra. Debajo de la barra de ladrillo había una toma de gas con un par de botellas de butano. Allí dejó Sam el bidón de gasolina procurando antes que el reguero de combustible llegase hasta el contenedor y las bombonas.

***

La sirena no dejaba de sonar a pesar de que el camión ya estaba en posición y dos bomberos desplegaban una manguera para conectarla a un hidrante. El que parecía llevar la voz cantante se encontraba llamando a una ambulancia. Estaba gestionando el traslado al hospital de la persona que hallaron inconsciente a las puertas del *Tony's*. El sujeto tenía un chichón enorme en la cabeza del tamaño de una pelota de golf. Lo habían arrastrado hasta un lugar seguro y lo estaban atendiendo un par de policías municipales. La situación era de lo más extraña. El jefe del destacamento no conseguía que ninguno de los curiosos que se habían acercado hasta allí le aclarase lo que ocurría. Entonces, decidió echar un vistazo dentro del club; aunque primero había que tomar ciertas precauciones: por ejemplo, inspeccionar si por la entrada salía humo. Como fuera que la indagación visual resultase negativa, a continuación le tocaba el turno al sentido del tacto. Justo antes de aproximarse a la puerta para tocarla y comprobar si estaba caliente, ésta se abrió. Del local de alterne salieron dos personas totalmente diferentes. El primero que se dejó ver fue un sujeto obeso que, mientras corría, gritaba con insistencia: "¡Está loca!". Como si fuera una aparición o un fantasma, detrás del gordo surgió de entre las sombras un agente de policía. Vestía de uniforme, cojeaba ligeramente y llevaba puesto un casco de moto abollado, dañado en uno de los lados. Con la visera bajada, el policía nacional parecía un piloto de caza después de una misión de combate. El bombero se dirigió hacia él:

—¿Ha sido usted el que nos ha llamado? —preguntó.

—Sí —contestó lacónico el agente.

—¿Se puede saber dónde está el incendio?

En ese momento, un estallido originado por una potente explosión, seguido de ruido de deflagración y un par de detonaciones menores, anunciaron que dentro del prostíbulo se estaba desatando el infierno.

Los bomberos, los municipales y el resto de curiosos se echaron cuerpo a tierra. Unas llamas y un denso humo comenzaron a salir por la puerta.

El pequeño policía era el único que se mantenía en pie. Siguió caminando.

—Ahí tiene *su* incendio —dijo.

JACOB

«A las 04:10 bajé al garaje con el juego de llaves de la comisaría, comprobé que no había nadie en el sótano y cerré la puerta de acceso al parking desde el interior; de esta forma, ningún agente procedente del edificio podría entrar mientras se producía el robo. Cinco minutos más tarde, tres golpes a la puerta del garaje anunciaban la llegada de los ladrones. Abrí la enorme persiana metálica y me encontré con un encapuchado que me encañonaba con su pistola. A los pies del siniestro personaje se hallaba el paquete con la droga adulterada. A su espalda, casi tocándole las piernas con el parachoques, aguardaba un Chevrolet negro utilitario con los cristales tintados. Supuse que desde el interior del vehículo una o varias personas seguían atentamente mis movimientos y los del enmascarado, listos para intervenir si fuera necesario. Sin mediar palabra, el sujeto del pasamontañas —aún me pregunto si sería el propio Ríos—, me hizo una señal con el arma para que cogiera la mercancía y me metiese dentro del garaje. El ladrón gastó un minuto para escrutar el aparcamiento y asegurarse de que estábamos solos. Después, con otro gesto intimidatorio, me ordenó que siguiera caminando. El paquete pesaba bastante y tuve que agarrarlo con las dos manos. Con el rabillo del ojo, me di cuenta de que el vehículo se adentraba unos metros en el garaje, justo debajo de la persiana para impedir que la corredera se cerrase, pero preparado para salir pitando por si algo salía mal. El encapuchado me empujó hacia el almacén donde estaban apiladas las cajas de cocaína. Estaba claro que se conocía el camino perfectamente. Una vez allí, señaló uno de los paquetes. El tipo no abrió la boca, tampoco era necesario, ambos sabíamos lo que yo tenía que hacer: sustituir una caja por otra. Mientras efectuaba el cambiazo, el sujeto se apartó unos metros, casi hasta la salida. El tío sabía que ese era el momento más delicado de la operación: dentro del almacén estábamos los dos solos, fuera del campo de visión de los compinches que aguardaban en el coche. Luego pensé que podía haberle arrojado el paquete para sorprenderlo y conseguir que soltase la pistola. Pero me alegré de no haberlo hecho: la vida de Casandra y los niños pendía de un hilo, debía tenerlo muy presente antes de cometer cualquier disparate.

»Como había planeado Ríos, un cuarto de hora fue suficiente para desarrollar toda la operación. A las 04:30, el Chevrolet abandonaba la comisaría con su botín y yo me quedaba dentro sin poder hacer nada para impedirlo.

—¿Qué coño miras? —exclamó Sam— ¿Tan buena estoy?

—Hombre, no soy de piedra, si te refieres a eso… —respondió Carmelo que observaba como la detective se curaba la herida en ropa interior.

—Anda, date la vuelta que me estás poniendo nerviosa.

Sam estaba sentada en la cama en bragas y sujetador, ligeramente inclinada hacia delante con las piernas abiertas, en una pose que al parecer estaba resultando bastante provocativa. La postura era necesaria para cerrar la herida que mostraba la cara interior del muslo. La bala no había penetrado en la pierna, pero el corte provocado por la rozadura del proyectil no dejaba de sangrar. Sam había estado toda la noche intentando parar la hemorragia sin éxito. Cuando Carmelo fue a visitarla por la mañana, le encargó que se acercase a la farmacia más próxima a comprar material quirúrgico de urgencias, vendas y desinfectante. Sam apretaba con el dedo índice y el pulgar de la mano izquierda los dos extremos de la herida mientras con la mano derecha aplicaba la grapadora en el sentido perpendicular al corte. Repitió la operación hasta en cinco ocasiones y, aunque la maniobra era harto dolorosa, Sam no se quejaba. Lo que sí notaba era los respingos que daba Carmelo, sentado de espaldas en la única silla de la habitación, cada vez que sonaba el clic de aquel aparato de plástico, primo hermano de cualquier grapadora de papelería. Sam finalizó la cura aplicando Betadine, gasas y esparadrapo a la herida. Después se vistió con su habitual jersey de lana y vaqueros. Mientras lo hacía, observaba los restos de la batalla: el uniforme reposaba encima de la cama, agujereado por el cartucho de la escopeta recortada, igual que el chaleco antibalas, ambos muy cerca del casco abollado. Al mirarlos, Sam pensó lo cerca que había estado de la muerte hacía tan sólo unas horas. Ambos disparos le habían dejado sendos hematomas en pecho y cara, y cierto dolor en las costillas parecido al reumático. La detective recordó lo bien que se había sentido vistiendo el uniforme de nuevo. Una maniobra totalmente ilegal —a esas alturas, Sam había dejado de preocuparse de si lo que hacía se encontraba dentro o fuera de la ley—, destinada a encubrir su entrada en el *Tony's*, dado que allí todos la conocían y no iban a dejar que entrase tan fácilmente. El camuflarse como agente de policía también tenía como objetivo dotar de suficiente credibilidad la orden de desalojo del lupanar y, a la vez, servir de perfecto disfraz para ocultar la autoría del asalto y del incendio. Mientras terminaba de vestirse, la detective miraba cómo su fiel amigo Carmelo permanecía sumiso y obediente sentado a horcajadas de espaldas a la cama. ¿De verdad su cuerpo lleno de cardenales y herido como un Ecce Homo atraía a los hombres? —se preguntó Sam—. Desde luego,

era cierto que cada vez estaba más delgada. Ya lo observó el otro día cuando se vio reflejada en el espejo de su armario. La tendencia a bajar de peso desde que había dejado la policía era una realidad. Entre los primeros meses de depresión y el ritmo frenético de los últimos días casi se había olvidado de comer. Eso le recordó que tenía un hambre canina.

—¿Me haces un último favor?

—El que quieras —se ofreció Carmelo.

Sam le encargó a su amigo una hamburguesa, dos plátanos y una bebida isotónica. También le dio unos billetes para que le consiguiera un teléfono móvil desechable.

—Dalo por hecho. —Carmelo salió inmediatamente y Sam se quedó tumbada encima de la colcha, algo más relajada.

Con la herida controlada y su cuerpo magullado y dolorido, pero fuera de peligro de infección, Sam pudo por fin recapacitar acerca de la información que Tony le había proporcionado. La ruleta rusa fue la que provocó el milagro: el obeso proxeneta había recuperado la memoria desde su encuentro anterior con Sam. Con el tambor del 38 girando a escasos centímetros de su cabeza, Tony había recordado perfectamente lo sucedido veinte años atrás cuando los agentes de la ley incautaron doscientos kilos de cocaína. Todo gracias a un soplo que, en realidad, encubría una operación más compleja, con corrupción policial incluida. El gordo confidente reconoció que jugaba a dos barajas y que recibía dinero de ambas partes, de traficantes e inspectores de narcóticos. Ríos era su contacto en la brigada de estupefacientes y, por supuesto, también conocía al patrón del "Altaír", Alfredo Ayala. Un tipo peligroso —a saber cuál era su nombre verdadero— que antes del robo de la droga en comisaría había contactado con Tony. Visiblemente cabreado, amenazó al confidente mientras se quejaba del inusual acoso de la policía: un funcionario de la Comandancia de Marina, a sueldo de los narcos, les había alertado acerca de los movimientos de cierto inspector de homicidios. El policía estuvo haciendo preguntas en distintas dependencias portuarias y se le había visto investigando por los muelles. Pensando que podría tratarse de su padre, Sam le preguntó a Tony si sabía a quién se refería Ayala. El mafioso negó y siguió con la confesión: los traficantes sospechaban que las pesquisas del inspector se debían a que Ríos se había ido de la lengua y, a pesar de que el plan había salido tal como estaba previsto, querían darle un escarmiento al policía corrupto. Pensaron que lo mejor era devolverle el golpe con su misma moneda: agobiarle con una investigación sobre el robo de su "diez por cien". Que le pisaran los talones su propia gente, eso sería suficiente —le dijeron a Tony—. La cosa era sencilla, simplemente se limitaron a hacer una llamada anónima al comisario

Rosique. Lo hicieron el día previsto para la incineración de la droga para advertirle al jefe del distrito Poniente que alguien de su casa había dado el cambiazo a uno de los paquetes de cocaína. Rosique mandaría analizar la mercancía y se daría cuenta de que una de las cajas contenía droga adulterada. Tony pensó que aquella jugada para lo único que iba a servir era para comenzar una guerra. Y lo malo es que él y su boyante negocio estaban en medio. Como lo que quería, por encima de todo, era llevarse bien con la policía, optó por poner sobre aviso a Ríos. Éste no pudo hacer nada para impedir la traición de Ayala, pero no quiso quedarse con los brazos cruzados y decidió ajustarle las cuentas al traficante. En plena investigación de la gente de Asuntos Internos, Ríos llamó a Tony y le encargó que organizase un encuentro con Ayala para "limar asperezas". En realidad, se trataba de una trampa para liquidar al patrón del "Altaír" y, de esa forma, mandar una nítida señal al resto de traficantes para advertirles de que con Ríos no se jugaba. Pero algo debió salir mal en la emboscada porque, además de Ayala y uno de sus esbirros, también cayó Ríos.

Hasta ahí se explicó Tony. A pesar de que a Sam le pareció que el mafioso se guardaba alguna información más, lo que largó le pareció suficiente y lo dejó marchar. Seguramente por la satisfacción que le dio comprobar —aunque nunca lo había dudado— que su padre no había sustraído la cocaína:

Fue Mario Ríos el que robó la droga.

De eso no cabía ninguna duda, pero aún quedaban muchos puntos oscuros por aclarar. Si Ríos estaba muerto ¿quién o quiénes se habían encargado, a lo largo de todos estos años, de hacer desaparecer de la comisaría los expedientes y documentos relativos al caso? ¿Quién fue el que avisó a Cisco para que éste ajusticiase al Moro y, de esa forma, conseguir sellar la boca del traficante? Es decir, ¿quién o quiénes protegían a Tony? Y, por último, ¿quién había reaccionado tan violentamente a los mensajes de Sam, ordenando a Tony y a sus esbirros la incursión en el psiquiátrico? Todavía quedaban algunas piezas del puzzle por encajar; las más importantes.

La cinta amarilla acordonaba una zona de cincuenta metros de radio centrada en el pajar derruido. En aquellas ruinas le habían roto el cuello a Bobby. El personal técnico de la policía científica aún continuaba con su minucioso trabajo a pesar de los casi diez días que habían transcurrido desde que ocurrieran los hechos. O'Malley se acercó a los dos agentes de bata blanca. Los técnicos estaban atareados tomando fotos y asignando números a las huellas de neumáticos que milagrosamente se habían solidificado como si formaran parte de los restos de la antigua Pompeya. Al inglés no le hizo falta presentarse, uno de los policías, el que llevaba una barba

negra y poblada, lo reconoció enseguida. O'Malley se había integrado en la comisaría casi desde el primer momento y prácticamente todos los del distrito Poniente sabían quién era aquel tipo con el cabello del color de la zanahoria.

—Tenemos problemas con las rodadas y las pisadas —reconoció el policía cuando O'Malley le preguntó si estaban trabajando sobre alguna pista nueva—. Estas son las que creemos que pertenecen al coche de los secuestradores, pero se mezclan con las del BMW de Machuca y las posteriores de los coches patrulla. —El agente señalaba el terreno mientras el inglés pensaba que era imposible aclararse con todo ese berenjenal de huellas.

»Después de peinar toda la zona en busca de casquillos, proyectiles, fibras, y pruebas de todo tipo, ya sólo nos queda interpretar las pisadas y las rodadas para entender cómo sucedieron los hechos exactamente —continuó explicando el técnico barbudo—. Pero esto es más difícil de lo que pensábamos. Llevamos varios días y aún tenemos que procesar toda la zona norte. Por suerte el terreno está seco y podemos movernos con libertad, sólo nos queda rezar para que no vuelva a llover. De todas formas, si quiere echar un vistazo, por favor póngase estas fundas en los zapatos.

O'Malley obedeció, se puso los patucos grises, les dejó trabajar y se dirigió cuesta arriba hasta el chamizo en ruinas. Una vez allí, observó que, en efecto, las pisadas y rodadas que salían y entraban de los escombros aún estaban sin marcar. Sólo la siniestra silueta que dibujaba el contorno del cadáver permanecía señalizada con algún tipo de pintura fluorescente. Aquella zona parecía menos contaminada que la del sur. De hecho, en la parte más septentrional las rodadas pertenecían a un solo vehiculo: el de Ulrike y compañía. El inglés pensó que tanto los coches de la policía como el de Machuca se habían quedado en la entrada, o en el sendero, y no habían llegado más lejos. Sin embargo, el utilitario de la banda casi le había dado la vuelta a la construcción en ruinas para aparcar detrás, prácticamente dentro de terreno cultivado, el perteneciente a una plantación de lo que O'Malley creía eran acelgas, pero que seguramente se trataba de cualquier otro tipo de vegetal. «Nunca se me ha dado bien la agricultura» —se distrajo el rubicundo policía que no distinguía una col de una lechuga.

El británico se concentró de nuevo para observar las pisadas que iban y venían de las rodadas correspondientes al lugar donde Bobby debió aparcar el coche. Allí había cuatro tipos de huellas: unas de gran tamaño y profundidad que, con toda seguridad, pertenecían a Jacob; otras menudas, que lógicamente eran las del niño; y luego dos más de tallas diferentes, las más grandes se las asignó O'Malley a Bobby, y las más pequeñas a Ulrike. Las pisadas se distribuían de forma clara: unas

marcas entraban en el coche, otras salían de él y sólo un tipo de huellas hacían ambas cosas, las del niño. Estaba claro que el pequeño llegó con unos y se fue con otros. Según las impresiones que había dejado el barro, Diego llegó en automóvil con Bobby y se fue con Ulrike y Jacob. Eso estaba claro. Lo que no comprendía O'Malley era que si Bobby llegó en coche, y en toda la zona no había más rodadas que las del famoso automóvil rojo, y más allá las de los coches patrulla y las del BMW del empresario, ¿cómo llegaron Ulrike y Jacob a la escena del crimen?

Sólo había una posible respuesta: accedieron al lugar caminando.

De todo aquel razonamiento se infería algo sorprendente: cabía la posibilidad de que los secuestradores estuvieran próximos a la escena del crimen.

Muy cerca, incluso.

En realidad, la conclusión no era tan sorprendente, pensó el inglés, teniendo en cuenta lo temeraria de la actitud de Ulrike. O'Malley sintió un escalofrío al tiempo que giraba en redondo, muy nervioso, escrutando el horizonte. El campo lo inundaba todo a excepción de una pequeña granja. Una suerte de isla en aquel paisaje que, calculó el inglés, debía encontrarse como mucho a un par de kilómetros, justo al comienzo de la plantación de «acelgas, lechugas o lo que diablos fuera», pensó.

Levantó el auricular y marcó el número que ya se sabía de memoria. Era la tercera vez que lo hacía esa mañana. Rocío contestó casi gritando mientras ella permanecía en silencio, con los labios en contacto con el teléfono para que se pudiera oír su respiración. Callada y sonriente, disfrutaba del momento notando como sufría su interlocutora al otro lado de la línea. Llamar a la mujer que le había quitado a su marido era la única satisfacción que le quedaba. Muchas veces, a lo largo del día, se preguntaba cómo había llegado a esa situación. Cómo su vida se había ido transformando día tras día, poco a poco, sin apenas darse cuenta. Cómo fue abandonando progresivamente aquella feliz existencia de mujer bella rodeada de hombres que la colmaban de regalos, que se pasaba la mayor parte del día fuera, en fiestas, en el teatro, en la ópera, en casa de unos y de otros o en la suya propia, en su precioso chalé de Heliópolis, organizando cenas y copas hasta altas horas de la madrugada; en qué momento se produjo la mutación de la alegre divorciada, de la mujer que parecía tener un pacto con el diablo al mantenerse siempre tan radiante, a la malhumorada y vieja solitaria abandonada por todos. A la amargada que vivía sola con la única compañía de una hija que apenas cuidaba, y del alcohol del que cada vez dependía más y que la estaba consumiendo. ¿Cuándo se produjo el cambio? ¿Fue aquel día

en el que se miró al espejo y vio las arrugas que se habían instalado de forma indeleble en su rostro? ¿Fue la primera vez que Cristina le dijo lo bien que se lo había pasado el fin de semana con su padre y Rocío? ¿Fue esa mujer la que le abrió los ojos y le hizo pensar en una vejez solitaria, sin un marido a su lado? La odiaba. Odiaba a Rocío, pero también se odiaba a sí misma por no haber sido capaz de retomar la relación con Hidalgo antes de que su exmarido se liara con aquella oportunista. Por no haber sabido retenerlo a tiempo antes de que el paso inexorable de los años hiciera mella en su rostro y cuerpo. ¿Con quién compartiría ahora la larga, solitaria y aburrida vejez?

Al otro lado de la línea, Rocío se desesperaba, amenazaba con denuncias, insultaba, pero no colgaba. Parecía atrapada por la llamada, a merced de Reyes que se sentía exultante deleitándose con su nuevo poder. Tan ensimismada estaba con la angustia de Rocío que no le dio importancia al ruido que procedía del recibidor. Tampoco oyó la puerta del salón cuando se abrió a su espalda, ni el sonido de unos pasos que se dirigían hacía ella. Sólo cuando Hidalgo le arrebató el teléfono se dio cuenta de la presencia de su exmarido.

—¿Qué haces? ¿Cómo te atreves? —exclamó Reyes.

Hidalgo no contestó, la fulminó con la mirada al tiempo que la apartaba de su lado manteniendo el brazo extendido para impedir que se acercase al teléfono. Reyes intentó sobrepasar el obstáculo que suponía la mano del policía, pero lo único que consiguió fue recibir un empujón que la hizo sentarse de golpe en el sofá. Sólo cuando Hidalgo vio que Reyes abandonaba todo intento de coger el auricular, se puso él al aparato:

—Rocío, cariño, soy yo, Rodrigo —dijo.

…

—Tranquilízate, todo está controlado. Ya no volverá a molestarte más —aseguró Hidalgo que seguía taladrando a Reyes con la mirada mientras hablaba con Rocío.

…

—Estoy bien, no te preocupes. Ahora voy a colgar. —Hidalgo se dio media vuelta para darle la espalda a Reyes mientras se despedía—: Te quiero —dijo en voz baja.

El inspector colgó el teléfono y se volvió hacia Reyes, con el rostro encendido.

—¿Tienes una idea de lo que estás haciendo? ¿Sabes que puedo encerrarte ahora mismo? —amenazó Hidalgo.

—No sé de qué me hablas —contestó Reyes con desdén desviando la mirada y levantándose para coger un vaso de una mesita de madera redonda, labrada a mano y cubierta de polvo, que se situaba entre el sofá y los dos sillones del tresillo. Reyes apuró la copa donde sobrevivían un par de cubitos de hielo nadando entre ginebra y agua

derretida. Hidalgo observaba la escena con desprecio, preguntándose cómo pudo haberse casado con aquella mujer. Claro que de la resplandeciente Reyes, la que brilló el día de su boda con tanta intensidad que dejó al resto de invitados en completa oscuridad, de aquella Reyes, quedaba muy poco. Apenas nada.

—Mírate, estás hecha un desastre —constató Hidalgo. Reyes vestía el mismo camisón y bata de la semana anterior, pero ahora adornado con un par de lamparones. El aspecto de la casa era el mismo que el de ella: abandonada. Ropa tirada sin recoger, polvo por todas partes, platos con restos de comida que poblaban el salón y la cocina donde una pila de cacharros sin lavar se acumulaba en el fregadero. Hidalgo pensó que ya nadie se ocupaba de esa casa. Reyes debía tener problemas económicos, es decir ya no había hombres en su vida a los que embaucar. Por lo visto, la falta de dinero lo primero que había provocado era el despido de la mujer que se encargaba de la limpieza. Como Reyes nunca había sido capaz de ejercer de ama de casa, el resultado era el que tenía delante de sus ojos: un completo desorden y suciedad por todas partes.

—Así no puedes continuar. Esta no es vida para Cristina… —Hidalgo pensaba que su hija a esas horas debía estar en el colegio. Se alegró de que no estuviera presente.

—¡Olvídate de la niña! No sé a qué coño has venido. Este fin de semana no te toca —espetó Reyes.

—Me va a “tocar” todos los fines de semana como sigas así, pero de Cristina hablaremos más adelante, aunque ya te anuncio que pronto nos veremos en los juzgados…

—¡Pobre iluso! El juez lo dejó todo muy claro. Tú estás soñando...

—Cuando te hagan una visita los de asuntos sociales verás cómo cambian las cosas. Eso sin contar que me reservo el derecho de denunciarte por acoso.

—Mira lo que me afectan tus amenazas —dijo Reyes sirviéndose otra copa con tanta vehemencia que la ginebra rebosó el vaso. Sin preocuparse de la salpicadura del parqué, Reyes se dejó caer en el sofá con una sonrisa que reflejaba, a partes iguales, su estado de embriaguez y su amargura. La que fuera mujer de Hidalgo bebía con el ansia de alguien que se está muriendo de sed en pleno desierto del Sahara. El líquido desapareció en cuestión de segundos. Cuando se incorporó para llenarse de nuevo la copa, Hidalgo se adelantó retirando la botella de la mesita.

—Para de beber y atiende. —Hidalgo dejó la botella encima del aparador, fuera del alcance de Reyes.

—¡Déjame en paz! No tienes ningún derecho… —Reyes intentó levantarse del sofá, pero fue incapaz de moverse: el alcohol que circulaba por sus venas pesaba demasiado.

—¡Cállate y escucha! —ordenó Hidalgo— He venido a hablar contigo de algo muy importante. Tienes que responderme a unas preguntas…

—No quiero... —A Reyes se le trababa la lengua y no apartaba la vista de la ginebra. La botella se le antojaba tan lejos como si estuviera a miles de kilómetros del sofá donde prácticamente se encontraba tumbada—. ¿Qué preguntas? —La curiosidad superaba al alcohol—. ¿De qué se trata?

—De algo que sucedió hace veinte años.

Sam esperó a que Carmelo abandonase la habitación para marcar el número de Mara. Mientras escuchaba los tonos de llamada, pensó lo útiles que eran aquellos móviles desechables, ideales para evitar ser localizado. La secretaria contestó enseguida. Al oír la voz de la detective, como si fuera una madre que lleva varios días sin saber nada de su hija, Mara no pudo reprimir un par de exclamaciones de alivio y alegría y una retahíla de preguntas para interesarse por la salud de Sam y para saber dónde se había metido. Cuando la detective encontró un hueco entre el torbellino de palabras que salían del otro lado de la línea, contestó que se encontraba bien y quiso saber si alguien la había llamado en todo ese tiempo. La secretaria, ya más tranquila, se recompuso y volvió a su rol de administrativa eficiente para, primero, comunicarle que Don Servando había dejado dicho que quería hablar con ella en cuanto diese señales de vida, y segundo, darle una lista de las numerosas llamadas recibidas. Sam desechó la orden del jefe y se interesó por el resto de avisos: había varias llamadas de Al, un par de Santiago Casal y otra de Merche. El primer impulso fue el de llamar a O'Malley, pero pensó que era más urgente el informe del policía científico y lo que tuviera que decirle Merche.

Cuando Santi se puso al aparato volvieron los reproches, que si parecía que se la había tragado la tierra, que si estaba *missing*, etcétera. Sam omitió las explicaciones y fue directa al grano: quiso saber si Santi había dado con el dosier de la autopsia de Ríos. La respuesta del policía científico fue positiva:

—Como ya sabíamos, Ríos murió casi de forma instantánea después de que el segundo disparo le atravesara el cerebro —informó Santi.

—¿El segundo disparo? —repitió Sam.

—¡Ah! Es cierto, tú no conoces ese dato: Ríos recibió un primer tiro en la escápula derecha.

—En la espalda —tradujo Sam sucintamente.

—Exacto, y ambos proyectiles eran del mismo calibre.

—Mmmm. Muy extraño ¿no?

—Bueno, no sé, teniendo en cuenta la que se lió, no parece tan

raro: una ensalada de tiros donde murieron tres personas y uno más fue herido.

—Ya. Pero dices que el disparo en la espalda fue primero.

—Sí, de eso no hay duda, la herida fue *pre mortem*, seguro.

—Así que le disparan por detrás, se da la vuelta… —Sam se imaginaba la escena—…Y recibe un tiro a bocajarro.

—Bueno, pudo haber sido de otra forma...

—Una ejecución en toda regla —concluyó Sam ignorando el comentario de Santi—. ¿Y no se investigó el caso?

—Supongo que sí. Pero eso queda ya fuera de mi campo. De todas formas, todo ocurrió en un tiroteo. Ya sabes cómo es eso: le das una medalla al fallecido, le concedes la pensión máxima a la viuda, lo entierras con honores y cierras el caso. ¿Para qué quieres investigar más?

Sam se quedó unos segundos en silencio reflexionando acerca de las palabras de Santi. El técnico tenía toda la razón.

—¿Quién iba con Ríos? —inquirió Sam al fin.

—Ni idea.

La detective se maldijo cuando colgó. En vez de aclararse las cosas, cada vez se complicaban más. Ahora resultaba que alguien se cargó a Mario Ríos cuando, en teoría, el inspector corrupto pretendía darles un escarmiento a los traficantes. ¿Estaba Ayala sobre aviso? ¿Quién era el otro policía que acompañaba a Ríos? ¿Le había mentido de nuevo Tony y fue él el que le preparó una encerrona a Ríos? Con más preguntas que respuestas, Sam marcó el número de Merche, cruzó los dedos y aguantó la respiración hasta que la periodista le aseguró que no le había ocurrido nada a su madre, que se encontraba perfectamente.

—Ahora mismo tiene a Wato durmiendo en sus rodillas —dijo Merche mirando a Doña Casandra que se mantenía en su habitual estado, el mismo desde hacía veinte años, totalmente ausente del mundo y, por tanto, ajena al animal doméstico que reposaba en sus piernas—. Ella también está echándose una siesta. No te preocupes, se encuentra perfectamente.

—Gracias por cuidarla. No sabes el favor que me estás haciendo. Te debo la vida.

—Con el pañuelo me conformo. —La broma hizo su efecto: se escucharon risas al otro lado del teléfono—. Bueno, ahora en serio, dime: ¿dónde te has metido? Estaba preocupada…

Era la tercera vez que le preguntaban lo mismo y, una vez más, Sam eludió la respuesta:

—¿Qué querías contarme? —inquirió Sam para cambiar de tema —. Me han dicho en la agencia que era importante.

—Muy importante. Se trata de Cisco.

—¿De Cisco?

—Sí. Ayer, durante el juicio, reconoció la voz.

—¿La voz? —Sam tardó un par de segundos en comprender—. ¿Me estás diciendo que Cisco ya sabe quién es…?

—Exacto.

—¿Quién?

El suspense se mantuvo unos segundos más. En ese tiempo, Sam oyó expectante el ruido familiar del papel al desdoblarse. A continuación, la revelación: Merche leyó el nombre, el que estaba escrito en la nota que el abogado de Cisco le había entregado en la audiencia. Ante la insistencia de Sam, la periodista le aseguró que su amigo gitano no tenía ninguna duda, que había reconocido la voz nasal del policía que estaba declarando como testigo, justo antes de la comparecencia de Merche en el tribunal. Era un agente que había participado en la detención del Moro, y Cisco estaba seguro al cien por cien de que se trataba del mismo hombre que lo llamó por teléfono para ponerle sobre aviso, para decirle con exactitud cuáles serían los movimientos del Moro el fatídico día en el que vio cumplida su venganza. Sam, ya convencida y muy excitada, le agradeció a la reportera la información y cerró la comunicación justo después de mandarle un beso a su madre. Al colgar, Merche se preguntó cuáles serían las consecuencias del descubrimiento de Cisco. Estaba tan preocupada por ello que no se fijó en Doña Casandra.

La anciana se había despertado.

Merche no se dio cuenta de que la mirada de la madre de Sam ya no estaba perdida en el infinito. La periodista no llegó a observar que Doña Casandra movía la cabeza para observar al felino que sesteaba en su falda. No se percató de que los ojos azules de la enferma mental recuperaban el brillo de antaño. Tampoco percibió el movimiento de la mano nudosa que estaba acariciando a Wato.

O'Malley caminaba entre los surcos, sorteando los caballones donde se habían plantado dos hileras de lechugas acogolladas. Este sistema de plantación era el habitual para evitar el contacto con la humedad y, de esta forma, combatir con eficacia los ataques de hongos y otro tipo de enfermedades. El inglés ya había atravesado cuatro parcelas de hortalizas y calculó que esta última zona de la explotación agrícola se extendía en unas veinte hectáreas, pero le pareció que hacía tiempo que nadie regaba la plantación. El polvo que levantaban sus pisadas y el aspecto desangelado de las hojas indicaban que los aspersores llevaban bastante tiempo sin funcionar. La lluvia caída el día del asesinato de Bobby, aunque abundante, fue del todo insuficiente para las necesidades acumuladas del campo. El invierno estaba resultando

demasiado seco, el más seco de los últimos setenta años, decían las estadísticas, y el regadío se hacía imprescindible para la supervivencia de la cosecha.

A unos doscientos metros de la vivienda rústica, a O'Malley le asaltó la duda. Estuvo a punto de dar la vuelta y pedir ayuda, pero recordó las palabras de los técnicos. Los policías que dejó atrás procesando la escena del crimen le habían asegurado que la casa de campo fue inspeccionada por sus compañeros a los pocos días de producirse los hechos. Del resultado negativo de la investigación, se concluyó que la granja se encontraba abandonada. Desde luego, la desatención de la explotación y la ausencia de movimiento en el campo y en los alrededores de la edificación iban en esa dirección. A pesar de la aparente tranquilidad —y quizás por culpa de ella— el británico no se sentía seguro. Además, no iba armado. Su pistola reglamentaria se había quedado en Londres, algo habitual en las comisiones de servicio en el extranjero y en las colaboraciones con colegas de otro país. Otro problema añadido era la nula posibilidad de aproximación encubierta, dado lo llano y despejado del terreno. Cualquier persona que estuviera vigilando desde dentro de la casa podría haber observado los movimientos del policía prácticamente desde que salió del chamizo en ruinas. Con el peso de todos aquellos inconvenientes, el denodado inglés decidió acercarse por la parte de atrás. Dio un rodeo, saltó una tapia de cemento y se adentró en el patio trasero de la vivienda. También algo descuidado, con macetas y arriates donde crecían gitanillas y calanchoes, el espacio daba a una pared sin revoque con tres ventanales de color verde oscuro. Las aberturas eran tan grandes como puertas, encuadradas en la pared con un marco de pintura de color albero y separadas por cipreses. A los árboles les habían cortado las copas y presentaban una forma troncocónica. Estaban tan pegados al muro que parecían atravesar las paredes de la edificación como si se hubieran plantado en el interior de la vivienda. Un estrecho sendero de gravilla daba la vuelta a toda la finca y nacía en lo que probablemente era o un garaje o un almacén; una construcción adyacente a la vivienda principal que, seguramente, fue un añadido posterior dada la diferencia de altura entre ambos tejados de dos aguas.

O´Malley se asomó a las ventanas en una acción del todo inútil al comprobar que todas tenían las persianas echadas. Luego optó por comprobar si el garaje estaba abierto. Tuvo suerte: el picaporte cedió y la puerta metálica se abrió. Conforme el haz de luz se colaba e iba barriendo el espacio interior, el utilitario que descansaba dentro iba tomando forma y color:

Era un Mazda rojo.

A O'Malley no le dio tiempo a sorprenderse del descubrimiento: un

golpe seco lo lanzó contra la pared y lo dejó tumbado en el suelo casi sin respiración y a punto de perder el conocimiento. Aturdido y dolorido, con la sensación de tener todos los huesos del cuerpo rotos, se giró para ver al causante de la agresión. Era un tipo enorme, a lo alto y a lo ancho, «de más de dos metros, seguro» —pensó el inglés—, y con el rostro deforme. De entre el amasijo de carne rojiza de su cara destacaban los ojos como únicos órganos humanos reconocibles. Curiosamente, en ellos la expresión era la propia de alguien triste y sosegado, cosa que le extrañó a O´Malley. También le sorprendió que apenas tuviera cabello: el poco pelo se distribuía errático, como si el sujeto acabara de salir de una terrible pelea donde alguien se hubiese ensañado con él arrancándole salvajemente, a puñados, la cabellera. En contraste con el hombre monstruoso, desde detrás de sus amplias espaldas, apareció una persona menuda que sí le era familiar: Ulrike se mostraba joven y bella, pero con la mirada encendida. Se diría que las expresiones de los ojos de ambos hermanos estaban cambiadas, que no correspondían a sus cuerpos. La mujer llevaba a Diego de la mano y no paraba de dar órdenes a Jacob. A O'Malley le costaba entender lo que decía, de hecho, le costaba mantenerse despierto.

—¡Te dije que cerrases el garaje, estúpido! —espetó Ulrike—. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer…

Jacob cabeceó mascullando algo ininteligible, se acerco al policía y lo levantó del suelo con una sola mano, como si fuera un muñeco de trapo. Mientras tanto, Ulrike abrió la puerta trasera del vehículo y empujó a Diego dentro. La secuestradora no parecía tener ningún problema en manejar al pequeño, que se comportaba como un autómata. O'Malley, más despejado, se imaginó que habían drogado al niño y que, sintiéndose descubiertos, se trasladaban de lugar. Ahora era consciente de su situación: estaba a merced del gigante que podía hacer con él lo que quisiera. Jacob apoyó al inspector de Scotland Yard contra la pared, en una esquina dentro del garaje. El inglés se dejó hacer, más que nada porque no podía moverse y porque estaba reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban para un primer —y último— desesperado intento de ataque. Estaba aguardando el momento propicio, un leve despiste del gigante, algo que le permitiera un mínimo de ventaja para asestarle un golpe tan rápido que le diese oportunidad de escapar. Fue el ruido del motor de arranque el que le proporcionó la ocasión: Jacob volvió la cabeza para ver cómo su hermana se disponía a salir del garaje. O´Malley no se lo pensó dos veces, le propinó una patada en la espinilla con la intención de dejarle tocado y que se hiciera a un lado para poder salir de la encerrona. Pero a Jacob el tremendo puntapié del inglés le afectó tanto como el picotazo de un mosquito. Ni se inmutó. Se mantuvo firme en su sitio, tapando cualquier posibilidad de escape del británico. Pasados unos

segundos de incertidumbre, murmurando de nuevo, se acercó más todavía a la presa para sujetar con sus enormes manazas la cabeza del inglés a la altura de las sienes. El cráneo del inspector parecía una pelota de balonmano en comparación con las extremidades del hermano de Ulrike.

A Aloysius O'Malley le quedaban segundos de vida.

De nuevo el coche, maniobrando ya fuera del garaje, volvió a llamar la atención de Jacob que no terminó de ejecutar al británico. El gigante soltó al resignado policía y salió al patio. El inglés se dejó caer, se derrumbó con la certeza de que ya era hombre muerto.

—¡Esperadme! ¡No me dejéis! —grito Jacob con desesperación.

Dentro del vehículo, Ulrike giraba con violencia el volante, metía la marcha atrás y aceleraba con fuerza derrapando en la gravilla para situarse en posición de emprender el camino, de rodear la finca y salir a la carretera; no parecía que fuera a esperar a nadie. El gigante aprovechó que el coche se había parado, como consecuencia del paso de una marcha a otra, para colocarse delante del vehículo.

—¡Apártate imbécil! —ordenó Ulrike.

—¡Me lo prometiste! ¡Me dijiste que iríamos todos juntos! —intentaba razonar Jacob mientras apoyaba sus manos en el capó del Mazda.

O´Malley, ya consciente de que aún se encontraba en el mundo de los vivos, se arrastró fuera del garaje para ver algo del todo increíble: Ulrike aceleraba, pero el coche seguía sin arrancada. Partiendo de la posición de parado, el vehículo no era capaz de vencer la resistencia que oponía el gigantón. Ligeramente inclinado hacia delante, y con las dos piernas firmemente ancladas en el terreno, Jacob cargaba todo el peso de su cuerpo en el vehículo a través de los brazos. Las ruedas patinaban en la gravilla y el polvo caliginoso que salía de ellas casi no dejaba ver a Ulrike.

—¡Maldito subnormal! —Ulrike se asomó por la ventanilla. Su mano derecha portaba un revólver, la izquierda manoseaba con insistencia la gruesa y pesada cadena dorada que llevaba al cuello—. Tenías que haber muerto con ellos en el incendio, pero ahora lo voy a arreglar de una vez por todas.

Vació el tambor.

Jacob quedó tumbado en el borde del camino de gravilla sangrando abundantemente mientras el Mazda se perdía entre el polvo que aún quedaba en suspensión. O'Malley consiguió levantarse y acudió en ayuda del gigante.

Jacob aún vivía.

Después de varios disparos a bocajarro, el hermano mayor de Ulrike todavía respiraba. «Es imposible», pensó el inglés, que no salía de su asombro. El enorme, peligroso y letal ser deforme ahora se

comportaba como un niño asustado: estaba en posición fetal y se quejaba. Decía que le dolía mucho. El inglés llamó a emergencias y pidió una ambulancia. Aquel hombre había estado a punto de matarle, pero ahora lo único que sentía por él era lástima.

—Jess… Ulrike, me ha hecho daño. Me duele mucho —repetía Jacob una y otra vez con la voz cada vez más débil—. Se lleva al invitado. ¡No dejes que se lo lleve!

—¿Dónde? ¿Dónde se lleva al pequeño? —preguntó O'Malley con insistencia.

Jacob se lo dijo antes de perder el conocimiento.

Envuelta en un mar de dudas y preocupaciones, Merche salió a la terraza del ático y se asomó a la balconada para observar los movimientos del inspector. Hidalgo acababa de salir de su casa y su actitud le pareció a la periodista de lo más intranquilizadora. En primer lugar, por la repentina aparición en su domicilio, sin previo aviso y con la urgencia reflejada en el rostro; y, en segundo lugar, por la extraña petición que le había hecho. Hidalgo se refirió a la última conversación telefónica, la mantenida con Merche un par de días antes y que terminó con la confesión de la periodista. El inspector quería ver con sus propios ojos la información que Merche había descubierto en los archivos internos de "La Voz de Híspalis". Merche lo notó muy excitado, pero eso no fue nada para el cambio de expresión de su rostro cuando leyó el artículo en la pantalla del ordenador. La reportera le comentó la sensación que le provocaba la fotografía donde se podían ver a las víctimas del tiroteo y al policía herido. El que a ella le diera la impresión de que había algún detalle en la instantánea que podría ser importante no le afectó a Hidalgo: el policía ya parecía haber sacado sus propias conclusiones. Hidalgo se fue del piso tal como había venido, con prisas. Lo hizo no sin antes recomendar a Merche que no salieran del ático, que cerrasen con llave y que no abrieran a nadie. A Merche le sorprendió que ni siquiera preguntase por Cisco: el juicio estaba visto para sentencia y el jurado popular llevaba reunido varias horas. Todo parecía indicar que la noche iba a ser larga.

La oscuridad ya era patente, pero gracias a la iluminación de las farolas, y a las luces de la animada terraza del bar de la esquina, Merche pudo ver perfectamente lo que sucedía en la acera. Era viernes y en la Taberna del Porvenir ya había más gente esperando mesa que sentada al calor de las "setas" de gas butano, ese gran invento para poder disfrutar de los veladores también en invierno. Merche se fijó en tres hombres que conversaban separados a unos pasos del grupo que esperaba turno para sentarse. Hidalgo hablaba con dos personas que vestían sendos abrigos oscuros y llevaban las manos hundidas en los

bolsillos, como si fueran gemelos. Merche los reconoció, era la pareja de policías que llevaban vigilando su domicilio desde hacía dos días. La periodista seguía con las dudas. El inspector prácticamente le había ordenado que se mantuviera en casa. Aquella situación era la más parecida a un arresto domiciliario. Encima con dos sujetos a la puerta del bloque. Merche aún no tenía claro si se trataba de dos guardaespaldas, dos carceleros o dos secuaces que, cuando menos se lo esperase, intentarían acabar con el trabajo iniciado en el hospital psiquiátrico. ¿Habría hecho bien en confiar en Hidalgo? En ese instante, el inspector jefe de Homicidios, como si hubiera sido capaz de leer los pensamientos de la periodista, movió la cabeza y miró en dirección al ático. Merche se asustó al ver que Hidalgo la miraba y se echó hacia atrás. Una sensación de angustia y arrepentimiento le recorrió el cuerpo. Pensó que si tuviera el poder de borrar las últimas cuarenta y ocho horas, o de viajar en el tiempo para impedir su propia confesión, lo haría sin dudar.

La luz ámbar era la predominante en la iluminación de la plaza rectangular y le proporcionaba tal calidez al conjunto que la temperatura parecía haber aumentado en la zona. También ayudaba a combatir el frío la alta concentración de gente a ambos lados del parque. Allí, las terrazas y los bares se encontraban repletos de turistas, estudiantes extranjeros disfrutando de su beca ERASMUS y gente de toda clase y condición que pedían tapas, cervezas y copas. Pascual Ivárs era uno de ellos. En el tránsito entre un bar y otro, decidió atajar y atravesar en diagonal la Alameda de Hércules. Pasó por entre las dos columnas que finalizaban en sendas esculturas clásicas. Una era de Julio César, restaurador de Híspalis; la otra representaba a Hércules, fundador mítico de la ciudad. Desde 1574, ambas columnas romanas daban la bienvenida y vigilaban el jardín público más antiguo de Europa. Los altos pilares habían sido testigos de los cambios, inundaciones y remodelaciones de todo tipo llevados a cabo en la Alameda a lo largo de cuatro siglos y medio. El último, hacía pocos años, le daba un aspecto tan moderno a la plaza que provocó la protesta de algunos vecinos que añoraban su aspecto de siempre. Uno de los elementos más novedosos del diseño actual era el firme ondulado del parque. Aunque curioso y atractivo, el pavimento tenía un inconveniente: dificultaba el paseo a quien tenía problemas para mantenerse vertical. Ivárs había bebido más vino de la cuenta en la cena, como solía ser habitual cuando libraba los viernes por la noche, y ahora se disponía a seguir con su trasiego nocturno de alcohol. Se encontraba en una de las zonas más poblada de bares de todo el centro de la ciudad. Estaba contento, más que contento, pero maldijo al responsable artístico de la Alameda cuando estuvo a punto

de caerse después de atravesar uno de esos montículos. Se quedó, por un instante, con un pie en el aire al tiempo que el de apoyo perdía también el sustento. Uno de los plátanos de sombra, al que ya no le quedaban hojas, fue el que le salvó de darse contra el frió cemento. Finalmente, consiguió atravesar el parque guiado por las luces de neón del “Bluebeard”, el *pub* favorito de Pascual, donde solía pasar la totalidad de la noche de los viernes acompañado de una botella de ron y escuchando buena música en directo.

Pascual Ivárs entró en el local; la persona que llevaba siguiéndole toda la noche también atravesó la puerta.

Para acceder al interior del “Bluebeard”, a la zona donde se encontraban las mesas y el escenario, había que pasar por el estrecho pasillo que dejaba la barra y una pared forrada de madera. Allí se exhibían tres instrumentos musicales —un saxo escoltado por un par de guitarras eléctricas— más unos cuadros con fotos antiguas en blanco y negro de recitales de B.B. King, John Mayall y Janis Joplin. El sonido inconfundible del blues guiaba a Ivárs hacia la zona más amplia del *pub*. La voz negra del vocalista de la banda que tocaba en directo lideraba una versión de *Big Legged Woman*. El estribillo dio paso a un interminable solo de guitarra que elevaba aún más el sonido por todo el local. La guitarra lloraba con la compañía de las escobillas del batería acariciando los platillos. Ivárs se acomodó en la única mesa que aún permanecía vacía, justo al lado de otra donde conversaban animadamente tres extranjeras. Rijoso como estaba ante la presencia de las jóvenes, a Ivárs le entró una sed impaciente. Como la escasa luz de la sala impedía ver al personal que servía en las mesas, Pascual se giró hacia la barra, que sí estaba suficientemente iluminada, para hacer una señal y encargar la consumición.

Pero la que se acercó no era camarera.

Sam, con paso decidido, sin que Ivárs pudiera reaccionar, se sentó enfrente del policía, esbozando una sonrisa taimada. Parecía que la detective había esperado a que la banda cambiara de tema para sentarse a la mesa: el grupo comenzó a tocar *Mannish Boy*.

Whoa yeah, Oh yeah
Everythin's gonna be alright this mornin'
Ooh yeah, whoaw

Al tiempo que el vocalista contaba la historia de cuando era un niño y tenía cinco años, y su madre le prometió que sería el hombre más grande, Sam saludó a Ivárs y le dijo que tenía su revólver apuntándole entre las piernas debajo de la mesa. Ivárs comenzó a sudar y sintió como de repente se le cortaba la incipiente borrachera.

I'm a man

I spell mmm, aaa child, nnn
That represents man
No B, O child, Y
That mean mannish boy

El sonido machacón de todos los instrumentos, guitarra, batería y bajo, al son del blues más hipnotizante que jamás se haya oído, daba pie a que el líder del grupo se desgañitara asegurando que ya era un hombre, no un niño. Mientras, Sam amenazaba a Ivárs con volarle los genitales si no le respondía rápida y claramente.

I'm a natural born lovers man
I'm a man
I'm a rollin' stone
I'm a man

El cantante insistía en deletrear la palabra "hombre" y decía que era un gran amante y un chico mayor sin ataduras, un *rollin' stone*. Sam, sin embargo, no fue muy insistente, sólo se lo preguntó una vez: "¿quién te ordenó que llamaras a Cisco el día en el que mataron al Moro?". Como Ivárs dudó un instante, Sam le acercó el revólver a una de las rodillas para que sintiera la caricia del frío cañón del 38 y se convenciese de que iba en serio.

The line I shoot will never miss
When I make love to a woman,
she can't resist

La línea de tiro entre hombre y mujer. El vocalista decía que no fallaba cuando una chica se ponía a su alcance y, claro, cuando hacía el amor, ella no podía resistirse; eso afirmaba aquella voz a punto de romperse mientras hablaba, más que cantaba. Tampoco Sam iba a errar el disparo a aquella distancia, así que Pascual Ivárs no tuvo más remedio que hablar; se podía decir que habló y "cantó".

HIDALGO

«Lo primero que he hecho esta mañana, tras salir de guardia, es ir a casa a darle un abrazo a Casandra. Ya no había nadie en las inmediaciones del chalé y mi mujer y los niños se encontraban bien. Mi saludo efusivo no le ha pasado desapercibido a mi esposa que ha vuelto a preguntarme si me ocurría algo. He intentado poner la excusa de que la echaba de menos después de todo el día fuera, pero se ve que ella esperaba otra respuesta porque ha sido entonces cuando me ha dado un recado de Rosique: el comisario me había llamado varias veces mientras yo conducía desde el trabajo a casa. Su escueto mensaje me ordenaba presentarme inmediatamente en comisaría.

»Al llegar al distrito he visto como el inspector jefe de Narcóticos, acompañado de personal de su laboratorio, salían del despacho del comisario. Las expresiones graves de sus rostros y el gesto de Ramírez, que me ha mirado de arriba abajo, me han puesto sobre aviso. Nada más entrar, Rosique me ha preguntado si sabía algo del robo de 20 kilos de cocaína. Ha sido tan directo que me he quedado unos segundos sin habla. Le he dicho que no entendía a qué se refería. El comisario no suele andarse con rodeos y me ha informado de que, a primera hora, justo después de salir yo de guardia, ha recibido un aviso anónimo que denunciaba el robo de parte de la droga incautada. La voz aseguraba que todo había sucedido de madrugada, mientras yo estaba de jefe de turno. He seguido negando al tiempo que pensaba en Casandra y los niños y en la amenaza que aún se cernía sobre ellos. Mientras no tenga controlado ese aspecto, he decidido no decir nada y rechazar cualquier acusación. Rosique, en mi presencia, ha ordenado una investigación interna, ha suspendido la incineración de la cocaína y acaba de mandar que analicen la droga. Por último, ha vuelto a preguntarme si tengo algo que decir al respecto. Como he vuelto a negar, me ha dejado ir, pero suspendido de mis funciones y con la advertencia de que no se me ocurra irme de la ciudad sin su permiso.

»Aún no entiendo qué ha podido pasar. Con la mente confusa me he dirigido a los servicios a ver si me aclaraba las ideas echándome agua en la cara. Allí estaba Ríos también. Había más gente. Ambos hemos hecho tiempo, esperando para quedarnos solos. Cuando se ha marchado el resto del personal, he cerrado la puerta con pestillo. Apenas he tenido unas palabras con Ríos. He sido bastante contundente y rápido: le he empujado contra la pared y le he metido el cañón de la pistola en la boca. Lo primero que le he dicho es que yo no he tenido nada que ver con el soplo. Lo segundo ha sido una amenaza: le he advertido que si le pasa algo a mi

familia repetiré la operación, pero esta vez disparando hasta vaciar todo el cargador. Cuando Ríos ha podido hablar, me ha hecho una sorprendente revelación: ellos ya saben que no he sido yo el que se ha ido de la lengua, pero que debo seguir así si quiero estar tranquilo con respecto a Casandra y los niños. Me ha asegurado que él ya no tiene el control sobre lo que le pueda ocurrir a mi familia. He salido de allí con la palabra "Ellos" resonando en mi cerebro. Lo que ha declarado Ríos confirma que hay al menos una persona más detrás del asunto; justo como yo me temía.

Las dos de la madrugada y sin pegar ojo. Merche no podía dormir a pesar de las buenas noticias que habían llegado del periódico al cierre de la edición y que procedían del juzgado: la sentencia de Cisco como culpable de homicidio era ya un hecho, pero el juez había sido benévolo con la condena. Su Señoría se acogió a la petición del abogado defensor y concedió la pena inferior en dos grados. La inducción al crimen por parte de un tercero, el arrebato en la venganza, provocado por el asesinato de su hermano, y la colaboración de Cisco con la justicia en la captura del Moro, "y en otras investigaciones en curso", decía la sentencia, habían sido determinantes para tomar esa decisión. Con suerte, el gitano ya no tendría que pasar mucho más tiempo en la cárcel. A partir de ese día, ya disfrutaba de régimen abierto en otra prisión de la provincia; y en pocos meses, gracias a haber cumplido la mitad de la sentencia, tendría la condicional. «Cisco libre, por fin», pensaba una Merche insomne.

La periodista miraba con envidia el sueño profundo de Pablo que dormía plácidamente a su lado en la flamante cuna, la que había sustituido al precioso moisés de mimbre que le regalaron en la redacción cuando nació el bebé. A Merche le dio pena cambiar a Pablo de "cama", pero ya casi no cabía allí dentro. Pablo estaba creciendo por momentos y cada vez se movía más. En los últimos diez días se había lanzado y ya era el rey del gateo. Merche disfrutaba viendo como quería ir detrás de Wato. El felino solía pasearse ufano por delante del niño como invitándole a seguirlo por toda la casa. Pablito entraba al trapo enseguida y lo acompañaba sonriendo de oreja a oreja. La pareja de gato y cachorro humano, los dos a cuatro patas, era el espectáculo preferido de Rosita y Merche. La primera no se cansaba de hacer fotos y tenía ya una carpeta en el portátil de su hija sólo dedicada a las andanzas y aventuras de Pablo y Wato.

Si el sueño del niño era profundo, el del gato no le iba a la zaga. Hecho una rosca a los pies de Merche —hacía días que alternaba el dormitorio de la reportera con el de Rosita, incluso cambiaba de uno a otro en mitad de la noche; y no se acomodaba en el de Doña Casandra porque madre e hija lo mantenían cerrado para no asustar a la anciana —, movía ligeramente patas y bigotes como consecuencia de la persecución en sueños de algún pequeño roedor, de un insecto volador o del pájaro de la terraza del 7-5.

Todo invitaba a dormir en aquella casa, pero Merche seguía presa del desvelo. Oía ruidos continuamente y se fijaba en Wato que, aunque continuaba profundamente dormido, movía sus orejas en dirección a los crujidos del armario de madera, una antigüedad procedente de la herencia de la familia de Barcelona; a los sonidos de

tuberías y desagües; o a los provocados por la propia estructura del edificio. La periodista agudizaba el oído para intentar adelantarse a cualquier posible allanamiento del ático por parte de… ¿quién? ¿De la siniestra pareja de sicarios de Hidalgo? Merche se daba cuenta de que se había montado una película basada en suposiciones y estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Intentó tranquilizarse y se hizo con el *iPad* que descansaba en la mesilla de noche. Encendió la *tableta* y accedió a la red interna de "La Voz de Híspalis". Su intención era echar un vistazo a la edición del fin de semana para ver si conseguía invocar al sueño. Fue directamente a las páginas centrales, a la sección de la que ella era responsable, donde solía publicar artículos de interés social. Ese sábado, finalizaba el reportaje sobre las fuerzas del orden iniciado la semana pasada con gran éxito. Merche tenía interés por ver cómo había quedado la última entrega. Cuando recordó el motivo por el que se había embarcado en aquel reportaje —la grabación de las voces de los policías— se le escapó una sonrisa; un gesto que enseguida se quedó congelado cuando vio la fotografía que habían insertado en el artículo sus compañeros de medios gráficos. En un par de segundos comprendió cuál era la razón por la que la imagen del tiroteo del 92 le provocaba ese extraño efecto. Rápidamente, accedió al programa de la hemeroteca y recuperó la instantánea en la que el policía herido por los traficantes estaba con el brazo en cabestrillo. Era el mismo que el del reportaje de las fuerzas del orden: el actual comisario del distrito Sur, Jorge García Ivárs. Irreconocible entonces, mucho más joven, con el pelo moreno y sin las gafas oscuras, no se libraba de aquel aire singular, el mismo que había provocado en Merche la sensación de familiaridad que no la dejaba en paz: la de haber visto a esa persona anteriormente.

Así que, García Ivárs era el policía que acompañó a Ríos en el desgraciado enfrentamiento con los traficantes.

A Merche le daba la impresión de que el dato era importante. Y estaba segura de que a Hidalgo no se le había pasado por alto. Sólo una cosa permanecía en la oscuridad, una más: ¿no le habían dicho que Ivárs resultó herido en los ojos durante un tiroteo? En la fotografía nada parecía indicar que tuviese dañada la vista, sólo el brazo derecho era objeto de los cuidados por parte del personal sanitario. Claro que lo de su dolencia —fotosensibilidad, le dijeron— podía haber sido provocada en otro incidente posterior.

Con aquel descubrimiento, y aquellas dudas que habría deseado poder compartir con Sam, por fin el sueño venció a la vigilia y Merche se quedó dormida. El siguiente crujido del armario de madera y los ruidos del inmueble sólo fueron percibidos por Wato; en realidad por sus orejas, ya que él se mantenía muy ocupado persiguiendo en sueños al canario del 7-5.

Al doblar la esquina de la avenida principal, Sam apagó las luces y aparcó. Aún le quedaban doscientos metros para llegar a su destino en aquella urbanización de lujo, pero prefirió hacerlos caminando. Antes de emprender la marcha se acercó al maletero del Seat. Los golpes que se oían desde el interior anunciaban la angustia o la impaciencia de Pascual Ivárs por salir del pequeño habitáculo, ahora que había notado al coche detenerse. "Te aconsejo que te relajes, yo de ti me echaría un sueñecito". Sam le hablaba a la parte trasera del coche casi en susurros, como si el automóvil tuviera vida propia y fuese a responderle. La detective había decidido recluir a Ivárs en el maletero después de interrogar al inspector en el "Bluebeard" y de obligarle a confesar que su primo, el comisario Jorge García Ivárs, había sido el que le ordenó hacer la llamada a Cisco. El 38 de Sam le había soltado tanto la lengua a Pascual que el inspector también le dio la dirección del domicilio del comisario en Mairena. La detective había creído a Ivárs cuando éste le aseguró que no estaba al tanto de los sucios asuntos de su primo, que la llamada simplemente fue un favor más como agradecimiento a la decisiva intercesión del comisario en la meteórica carrera de Pascual. De cualquier forma, Sam no se fiaba un pelo del policía: le confiscó el móvil para evitarle la tentación de llamar a su primo y optó por invitarle a acompañarla. Le conminó a tumbarse junto a una lata de aceite, una rueda de repuesto y una jarapa, todos compañeros del maletero del Seat Ibiza. "Y reza porque no me ocurra nada: hasta que alguien se acerque por aquí van a pasar unas cuantas horas". Fueron las últimas palabras de Sam antes de abandonar el vehículo para dirigirse al chalé situado en la esquina, al final de la calle.

Al llegar a la mansión, porque esa era la categoría de la vivienda del comisario, Sam se encontró la verja abierta. La parcela era enorme. Situada al final de la urbanización, era casi tan grande como el resto de chalés de la colonia juntos. La luna llena iluminaba un camino de albero que conducía a la entrada del edificio. A pesar de la arboleda que saturaba la finca, Sam pudo divisar gran parte de la vivienda. Las tres plantas presentaban una fachada blanca e irregular con estructuras curvas y rectas, rematadas con cubiertas también diferentes en su longitud e inclinación, todas con revestimiento de tejas. «Demasiado lujo hasta para un comisario», pensó Sam. La expolicía hundió su linterna en el chaquetón al verla del todo innecesaria dada la iluminación natural, pero amartilló el revólver. A mitad del camino, la detective tropezó con algo que salía del seto de lantana que bordeaba la pequeña vereda. Eran los pies de un vigilante de seguridad que yacía inconsciente con un abultado hematoma justo encima de la oreja derecha.

Alguien se había adelantado.
Sam optó por salir del sendero.
Comenzó a avanzar dando un rodeo, evitando la fachada principal, parapetada detrás de los olivos, que eran mayoría entre los árboles que poblaban el terreno. Como perteneciente a un comando de operaciones especiales, Sam intentaba mimetizarse con la vegetación pegándose a ella. Su oscura vestimenta ayudaba en algo, pero la Luna en esos momentos era un enemigo más. El astro se comportaba como un faro que todo lo ve y todo lo ilumina. Cuando sólo quedaban unos metros para llegar al lateral del edificio, y ya sin árboles en los que refugiarse, Sam se lanzó a la carrera, al descubierto, hasta toparse con la mansión. Esperó unos segundos para estar segura de que no había nadie en las inmediaciones, y siguió caminando sin separarse de la pared, adherida a ella como una salamandra, en dirección a la parte trasera del edificio. Antes de llegar, oyó un ruido, como si estuvieran arrastrando algo por el césped. Se asomó muy despacio.
Vio a Hidalgo.
El inspector jefe de Homicidios estaba de espaldas a un pozo sujetando por las axilas el cuerpo de Tony. Sam vio cómo lo levantaba con dificultad y lo dejaba apoyado en la mampostería. Tony quedó con medio cuerpo colgando, con la cabeza apuntando al fondo del pozo, como si fuera un fardo a lomos de una mula. Haciendo un último esfuerzo, Hidalgo levantó las piernas de Tony y lo arrojó a la oscuridad. Los tres segundos que pasaron hasta que se oyó el ruido del cuerpo al dar con el fondo confirmaron lo profundo del pozo y el fallecimiento del delincuente en la caída, si es que no estaba muerto antes.
—¿Deshaciéndote de las “pruebas”? —Sam salió de la penumbra con el revólver apuntando al que una vez fuera su amigo íntimo—. Ni se te ocurra moverte —ordenó la detective.
Hidalgo no abrió la boca, pero movió la cabeza en sentido negativo. Sam se acercó aún más para poder ver el rostro del inspector. Éste denotaba inquietud. Sam se fijó bien: no la estaba mirando a ella.
—No te des la vuelta —dijo una voz a espaldas de la detective—. Arroja el revólver todo lo lejos que puedas. ¡Ya!
Sam había sido descuidada. Al ver a Hidalgo se olvidó de cubrir la entrada trasera de la vivienda. Obedeció: lanzó el 38 como si estuviera jugando a la petanca. El revólver voló por encima del pozo para caer unos metros más allá, luego Sam se dio la vuelta. Jorge García Ivárs los encañonaba con una pistola. Impertérrito, con el pelo plateado y las gafas oscuras reflejando la luz de la luna, el comisario tenía un aire espectral.
—¿Por qué has tenido que venir? —protestó Hidalgo que casi

rozaba a su excompañera.

—Quería saber… —Sam esbozó una sonrisa—. Me alegro de haberme equivocado contigo.

—Siento interrumpir una escena tan tierna, pero tengo cierta prisa. —Ivárs se aproximó tres pasos como para asegurar el tiro—. Rodrigo, ya que eres todo un experto en arrojar gente al pozo, supongo que no tendrás inconveniente en hacer los honores con Sam en cuanto me encargue de ella…

—Tranquilo, yo sé hacerlo solita —dijo Sam.

—Me parece muy buena idea, así me ahorro una bala y no molestamos al vecindario.

—Pero antes me gustaría saber un par de cosas —solicitó Sam—, si no es mucho pedir.

—¡Ah! La curiosidad mató al gato —sonrió Ivárs—. ¿Sabes que eres como una mosca cojonera? Casi pierdo la paciencia contigo. —El comisario no parecía nada nervioso, las gafas oscuras ayudaban para darle ese aspecto de hombre seguro de sí mismo—. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué te cargaste a Ríos? Porque lo mataste tú ¿verdad? —preguntó Sam.

—Sí, fue él quien lo asesinó —se adelantó Hidalgo.

—Muy listos ambos. Ríos estaba resultando un estorbo, cometió el grave error de confiar en Torres. Lo mejor para el negocio era que ambos, Ayala y él, desaparecieran. Además, así no tendría que repartir la droga con nadie. Un trabajo bien hecho, diría yo.

—Y luego te encargaste de destruir todos los expedientes relativos al caso… —continuó Sam.

—Eso fue lo más fácil. Sobre todo, cuando Ramírez ascendió a comisario y yo me quedé al cargo de la Brigada de Narcóticos.

—¿Y por qué tuviste que matar a Torres?

La pregunta de Hidalgo se quedó flotando en el aire unos segundos. Sam miró a Hidalgo y luego a Ivárs. Sus ojos brillaban primero de sorpresa, después de odio.

—Él nunca llegó a saber que tú estabas detrás de todo —aclaró Hidalgo—. Tenía las manos atadas, con su familia bajo permanente amenaza. No comprendo por qué tuviste que hacerlo.

—Otro estorbo. No estaba seguro de él. No sabía si Ríos le había hablado de mí.

—Pero calculaste mal la explosión del coche bomba…

—Sí. Un fallo. Quería asegurarme y me situé demasiado cerca. —Ivárs se colocó las gafas en un acto reflejo—. No todo puede salir perfecto. Pero nadie se dio cuenta. Creían que lo de mis ojos fue provocado por el tiroteo. Al acabar con Ríos y finalizar el operativo me cogí una baja aprovechando el rasguño del brazo. Unos días de

vacaciones en Bilbao.

—Donde desterraron a mi padre, ¡cabrón! —Sam estaba al borde de cometer una imprudencia.

—Una ciudad ideal para poner en práctica lo aprendido en el curso de TEDAX, ¿te acuerdas Rodrigo? Yo saqué mejor nota que tú.

—¡Hijo de puta! —Sam hizo un amago, pero Ivárs amartilló el arma y apuntó hacia la detective. Finalmente, Hidalgo impidió que Sam se moviese.

—No te quejes, que tu padre recibió todos los honores como un caído en la lucha contra ETA. —Ivárs parecía disfrutar con su perorata —. Yo también volví como un héroe cuando me dieron el alta, eso sí con la vista algo fastidiada, pero ya sin ningún cabo suelto.

—Hasta ahora —dijo Hidalgo.

—Ahora tampoco. Sólo quedaba Tony que se estaba poniendo muy pesado por culpa del acoso de Sam. Casi estoy por agradecerte que me hayas obligado a tomar la decisión de eliminarlo. —Ivárs ahora miraba a la detective—. No sé cómo he tardado tanto tiempo en deshacerme de él. Después de lo que he hecho por Tony todos estos años, lo de refugiarse en mi casa ha sido el colmo, encima con amenazas… —El comisario negaba con la cabeza dando a entender que no tuvo más remedio que asesinar al mafioso.

Ivárs parecía satisfecho.

Se quedó unos segundos en silencio como si estuviera en una rueda de prensa esperando alguna pregunta más.

—En fin, os toca a vosotros —dijo—. Ya es la hora.

Sam rozó ligeramente el brazo de su jefe, su amigo de siempre, al que acababa de recuperar, aunque fuera en el último instante de su vida.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Tu padre. Me hizo prometer… —Hidalgo tenía el deseo de abrazar a Sam, a la pequeña Casandra, a la alegre niña gordita de las coletas.

—Se acabó. —Ivárs los despertó—. O te tiras al pozo o lo harás ya cadáver.

—Tranquilo. —Sam se encaramó en lo alto de la pequeña estructura cilíndrica y se quedó de pie haciendo equilibrios en el bordillo.

—Lo siento… —dijo Hidalgo.

Sam miraba el oscuro agujero sin ver el fondo. Sintió vértigo.

Saltó.

Pero lo hizo fuera para aterrizar en el césped, detrás del pozo.

Todo sucedió muy rápido. Un silbido procedente del primer disparo de Ivárs pasó justo por encima de la detective antes de caer al suelo. Después, Sam ya estaba a refugio, parapetada tras la obra

circular de mampostería y con su revólver al alcance de la mano. Hidalgo se arrojó al suelo, pero Ivárs no se ocupaba de él: Sam se mostró por el costado izquierdo del pozo para atraer los disparos del comisario. Ivárs picó el anzuelo y se desplazó hacia ese lado. Sam ya no estaba allí. El comisario perdió la iniciativa al verse sorprendido por la detective que apareció de nuevo, esta vez por el lado derecho, tirándose al suelo y disparando al unísono.

Jorge García Ivárs, comisario jefe del distrito Sur, cayó muerto.

***

Aún tuvieron que pasar varias horas hasta que Sam e Hidalgo pudieran quedarse a solas desde que llegaron sus compañeros, entre ellos César Ramírez que se quedó estupefacto al conocer los detalles de la operación. La pareja se trasladó a la ciudad en el coche de Sam y fueron casi todo el camino en silencio. Hasta que Sam volvió a preguntarle lo mismo:

—¿Por qué me ocultaste lo de mi padre? Siempre me habías dicho que no sabías nada de todo aquel asunto, pero cuando leí tu nombre en el informe de Asuntos Internos pensé que me habías engañado, que eras parte implicada.

—Y lo era. ¿Cómo se te ocurrió entrar en las dependencias de Asuntos Internos? Espero que nadie se haya dado cuenta. ¿Sabes que puedes ir a la cárcel por eso?

—Lo sé, pero no me respondes…

—Te lo dije antes: tu padre en su lecho de muerte me hizo prometer que no te lo diría. *Que no os lo diría*. Estaba preocupado por Casandra, por tu hermano y por ti. Os habían amenazado de muerte…

—Eso no es propio de mi padre. Me extraña que no hiciera nada.

—Sí que lo hizo. Tenía la intención de averiguar quién estaba detrás del robo aparte de Ríos, sólo entonces sacaría todos los datos a la luz. Mientras tanto, optó por no abrir la boca. Grabó en una cinta los detalles de su investigación y se fue a Bilbao con la intención de dejar pasar un tiempo prudencial para volver después y dar por fin con el culpable.

—Pero Ivárs dio antes con él… —dijo Sam entre resignada y compungida.

—Sí.

—Y tú ¿cómo no seguiste investigando?

—¿Investigar el qué? Prácticamente me acabo de enterar de todo ahora, igual que tú. Tu padre nunca me habló de su plan para detener a Ríos y compañía. Sólo me dijo que tenía un asunto entre manos y que necesitaba mi ayuda para detener a alguien un día determinado. Estuve esperando cerca de la comisaría, atento a una llamada que nunca se produjo. Luego, al día siguiente, le acusaron del robo de

veinte kilos de cocaína. Yo dije lo que sabía en los interrogatorios, que tu padre no había sido, que él estaba detrás de algún asunto importante, pero nadie me creyó, en parte porque tu padre se cerró en banda y no quiso decir nada. Luego vino el destierro a Bilbao y el atentado. Llegué a tiempo de hablar con él en el hospital y fue cuando me dio la llave de un apartado de correos y me hizo jurar que me encargaría de vosotros, pero que nunca debía ver lo que tenía guardado en esa taquilla a menos que alguien atentase contra la vida de su mujer o de sus hijos.

—Hasta que los matones de Tony fueron a hacerle una visita a mi madre.

—Exacto. Merche me puso al día de tus andanzas y me dijo lo de Casandra. Menos mal que confió en mí…

—¿Merche? —Sam se quedó algo desconcertada, como decepcionada por la actitud de su amiga, pero finalmente reconoció que había sido una buena idea. Se imaginó a su amiga con la responsabilidad de cuidar de dos ancianas y un bebé, sin tener claro lo que estaba pasando, muy presionada, y encima con la detective en paradero desconocido, sin dar señales de vida.

—Enseguida fui a correos —continuó Hidalgo— y escuché la grabación. Tu padre fue muy valiente al enfrentarse solo con el problema.

—Tengo ganas de oírla…

—Llegó a creer que yo le había traicionado. Precisamente eso fue lo que me puso tras la pista de Ivárs. Yo era el único que sabía que tu padre estaba a punto de descubrir algo importante. Era normal que desconfiara de mí. Lo que él no sabía era que por aquel entonces yo tenía fe ciega en mi mujer.

—¿En Reyes?

—Sí, estaba muy enamorado de ella. Como hipnotizado, le contaba todo lo que me pasaba en el trabajo. Para mí era como si ella y yo fuésemos la misma persona. Así de engañado me tenía.

—Y le contaste que mi padre te había pedido ayuda…

—Sí. Y me maldigo por ello. Nunca me imaginé que Reyes estuviera liada con Ivárs. En realidad, estuvo poniéndome los cuernos con todos mis compañeros. —Hidalgo se quedó callado unos segundos, aún se culpaba por haber querido a su mujer—. Ayer me dijo que ese día le soltó a Ivárs lo del operativo; también le habló de mi desconocimiento sobre el tema. Después de la confesión de Reyes ya no tenía ninguna duda acerca de la culpabilidad de Ivárs, sólo me quedaba comprobar una cosa, un detalle que Merche me había comentado acerca de la noticia del periódico. Fui a su casa y vi la fotografía en la que a Ivárs le estaban atendiendo por una herida en el brazo. Entonces me acordé de que estuvo de baja a consecuencia de

los disparos y de cómo volvió con esa dolencia en la vista. Recuerdo que en su día pensé que era una herida más propia de haber estado expuesto al fogonazo de una explosión que al de un disparo; tenía muy reciente el curso de TEDAX que hice con Ivárs y por eso caí en el detalle. A pesar de todo, no le di mayor importancia. El operativo de estupefacientes, con el tiroteo de Ríos e Ivárs incluido, para mí era un caso más de la brigada. Pero ayer sí que me di cuenta de la trascendencia del hecho. Todo encajaba: Ivárs mató a Ríos durante el enfrentamiento con los narcos, y aprovechó su supuesta convalecencia por la herida del brazo para viajar a Bilbao y asesinar a tu padre simulando un atentado de ETA. Una explosión mal calculada que le dejó secuelas en los ojos.

—Y después fuiste a hacerle una "visita" a Ivárs... —Sam se aventuró a concluir la larga exposición de Hidalgo—. Te encargaste del vigilante de seguridad, pero no pudiste sorprender al comisario.

Hidalgo asintió con resignación.

—Jefe, estás mayor para estas cosas, te lo tengo dicho. —Sam quiso relajar algo el ambiente y demostrar que para ella ya no había rastro de acritud.

—No te pases… —la regañó cariñosamente Hidalgo.

—Una cosa más —la detective frunció el ceño—, dime: ¿quién te mantenía informado? ¿Quién te avisó de, por ejemplo, mi "entrevista" con Tony en su coche?

—Fue Ramírez. No creo que sea un policía corrupto: demasiado inútil para eso. No se enteró de nada en el 92 y tampoco se lo explica ahora. Sólo hay que ver la cara que ha puesto cuando ha visto el cadáver de su colega. Lo que sí es cierto es que Ivárs y él eran muy amigos. Tony iba con el cuento a Ivárs y éste se quejaba a Ramírez. Supongo que sus protestas iban en el sentido de que Tony era un confidente apreciado en el distrito Sur, de que lo estabas soliviantando y cosas por el estilo. Ramírez, que sabe de nuestra amistad, me trasladó a mí la queja. De esta forma, yo estaba enterado de tus movimientos. Por cierto, me tenías muy preocupado.

—El Hidalgo de siempre —sonrió Sam al tiempo que le daba unas palmaditas en el muslo. La detective se preguntaba si Ivárs llegó a decirle a Hidalgo lo del incendio del *Tony's*. Seguro que Tony, aterrado, fue a refugiarse a la vivienda del comisario después de su encuentro con ella en el club. Desde luego, Sam no pensaba contárselo. Quería evitarle otro disgusto a su amigo.

—¿Qué piensas? —inquirió Hidalgo— ¿Alguna duda más?

—No, creo que no. Todo está claro, por fin.

—Pues yo sí tengo algo que preguntarte: ¿Dónde has…?

La pregunta no llego a formularse del todo porque unos ruidos procedentes del maletero interrumpieron la conversación.

—¿Qué coño es eso? —Hidalgo se volvió hacia atrás intentando adivinar cuál era el origen de aquellos golpes que salían de la parte trasera del coche.

—¡Ah! Eso. —Sam seguía conduciendo como si el ruido no fuera con ella—. Nada, otro que tampoco se entera de la misa la mitad, pero al que le pueden acusar de, como poco, inducción al asesinato. Casi me había olvidado de él.

Hidalgo miró a Sam con aquella expresión de asombro, la habitual en él desde hacía años, desde que trabajaban juntos. Hicieran lo que hicieran, estuvieran donde estuvieran, su compañera nunca dejaba de sorprenderlo.

ULRIKE

«Estoy echando un último vistazo al barrio donde nací. La calle sigue sin mucha animación, pero ya no hace tanto calor. Se acerca el otoño y con él mi deportación voluntaria. Me temo que va a pasar mucho tiempo hasta que pueda volver por aquí. Hoy cierro la grabación desde el lugar que ha sido mi refugio todos estos días. Espero que mis notas sirvan para algo en el futuro, mientras tanto permanecerán escondidas en lugar seguro.

»En unas pocas horas voy a partir camino de un destierro obligado. Casi todos en comisaría creen que soy culpable. En casa saben que no es así, pero aún no comprenden qué es lo que ha podido pasar. Los entiendo perfectamente, a unos y a otros: en los interrogatorios de estos días, tenía la esperanza de que saliera a la luz la implicación de Ríos y de la gente que lo apoya y que aún permanece en la oscuridad. Confiaba en que el personal de Asuntos Internos terminase el trabajo que yo había comenzado. Pero no ha sido así. Primero, porque Mario Ríos ha muerto en un operativo de la brigada y ni siquiera ha llegado a declarar; y segundo, porque yo no he abierto la boca, ni para defenderme ni para acusar a nadie. Y no lo he hecho porque no quiero volver a poner en peligro a mi familia.

»Por otro lado, la actitud de los inspectores que llevan la investigación ha dejado mucho que desear. Se han limitado a averiguar lo que ha ocurrido en las cuarenta y ocho horas en las que la droga ha estado almacenada en comisaría. Su misión era clara: indagar el robo de la cocaína en el interior de la comisaría sin darle importancia a lo sucedido anteriormente. Únicamente han llamado a Tony a declarar por su historial como confidente habitual de narcóticos, pero con resultado negativo, como era de esperar. Sólo buscaban un culpable y cuanto antes mejor. Es decir, a mí. Quitando la declaración de Hidalgo que se empeñaba en exculparme —¿cómo he podido dudar de él?—, el resto de hechos y pruebas me señalan como responsable. En especial la solicitud de cambio de guardia justo el día en el que llegaba la droga, y la declaración de un testigo que veía cómo me hacía con el juego de llaves y cerraba, desde el interior, la puerta que daba acceso al garaje. Encima, la presión mediática ha sido brutal. Salvo un periódico, el resto de diarios, la radio y la televisión, se han dedicado a hacer leña del árbol caído. Un asunto interno de la policía, en el que no se ha llegado a una conclusión definitiva, al final se ha convertido en un linchamiento generalizado donde los medios se han encargado de dictar sentencia.

»Todo esto me obliga a alejarme un tiempo. Las cosas están demasiado

calientes como para seguir con la investigación. Ahora me iba a ser totalmente imposible dar con el cómplice, o cómplices, de Ríos. He hecho caso del consejo de Mikel Alarcón y he pedido el traslado a una comisaría en Bilbao. Allí lo conocen y, gracias a su recomendación, seguro que voy a poder estar tranquilo unos meses hasta que las aguas vuelvan a su cauce y pueda retomar el caso.

»Hasta ese momento, la grabación queda suspendida.

Hacía tiempo que no se recordaba un fin de semana tan agitado en la comisaría del distrito Poniente. Sobre todo, en Homicidios, donde la mitad del personal estaba destacado en Mairena, peinando el domicilio de Jorge García Ivárs y coordinando con Asuntos Internos, y con el juez, para la localización de pistas y para el levantamiento del cadáver de Tony. No se irían de allí hasta atar todos los cabos que aún quedaban sueltos para dar por finiquitado el asunto del 92. El resto de agentes e inspectores llevaban un caso más complicado: intentaban localizar a Ulrike y al pequeño Diego.

En el despacho de Hidalgo se había instalado el cuartel general para coordinar la operación y controlar a todo el personal del resto de distritos que se habían unido a la búsqueda. El teléfono no paraba de sonar y los papeles con informes de todo tipo llenaban la mesa de la oficina. Cada cinco minutos alguien entraba para dar alguna novedad o para recibir instrucciones. Sólo tres personas permanecían fijas en el despacho: Hidalgo, O'Malley y Sam. Prácticamente vivían allí. Ninguno de los tres había descansado un solo minuto en las últimas veinticuatro horas. Nadie llevaba la cuenta de los litros de café que habían ingerido en todo ese tiempo. La papelera estaba saturada de vasos de plástico arrugados, algunos con restos de agua, otros con posos del malísimo café americano de Homicidios.

Cuando Hidalgo y Sam llegaron a comisaría, después de dejar a buen recaudo a Pascual Ivárs —a cargo del comisario en funciones del distrito Sur—, O'Malley prácticamente se les echó encima para, primero, preguntarles con ansiedad dónde se habían metido y, después, ponerles al día de lo acontecido en el refugio de la banda de Ulrike. En el camino desde Mairena al centro, Hidalgo ya le había adelantado a Sam lo del tráfico de órganos, lo de que Jacob y Ulrike eran hermanos, y lo del incendio que acabó con la vida de los padres de los secuestradores al no poder salir de su habitación. El británico, por su parte, les habló de las huellas en la escena del crimen donde asesinaron a Bobby; también les relató el asalto a la granja; el hallazgo del Mazda rojo; y la pelea y posterior huida de Ulrike. Ambos, Hidalgo y Sam, le recriminaron la imprudencia cometida por el inglés al haberse adentrado solo y desarmado en las fauces del lobo; pero lo hicieron con la boca chica ya que los dos se habían comportado de la misma forma en su aproximación al chalé de Ivárs. Luego vino la revelación. O'Malley tenía una pista importante: Jacob le había confesado dónde pensaba Ulrike entregar al niño a la mafia rusa. Iba a ser el domingo, en un cine. El gigante no sabía exactamente qué sala de la ciudad habían elegido para la transacción, pero estaba seguro de haber oído las palabras "cine", "domingo" y "mediodía" en una conversación telefónica que trataba de la entrega del niño. O'Malley

había decidido —con buen criterio, opinaba Sam— darle a la prensa la noticia del asalto a la casa de campo incluyendo la mentira, y haciendo especial hincapié en ella, de que Jacob había resultado muerto en el tiroteo. De esta forma no alertaban a Ulrike. Si tenían suerte, la secuestradora no se vería obligada a alterar el plan y eso les daría una oportunidad de rescatar al niño. Jacob seguía muy grave, pero, milagrosamente, aún se encontraba en el mundo de los vivos a pesar de los cuatro impactos de bala que había encajado su cuerpo. De la finca fue trasladado con la máxima confidencialidad al hospital universitario Virgen Macarena. Después de operarlo lo trasladaron a la URP[5] del servicio de anestesiología. Allí se encontraba, todavía inconsciente, con un par de agentes custodiándolo a la espera de interrogarlo en cuanto estuviese en condiciones para ello. No creían que pudieran hacerlo antes de la supuesta entrega del pequeño, pero aun así varias cuestiones de la máxima importancia esperaban una respuesta, entre ellas la relativa al paradero de los dueños de la granja.

—El Mazda ha aparecido abandonado en una cuneta, a la salida de Camas. —Hidalgo informaba al resto después de colgar el teléfono.

—Habría que mandar a Santi con su equipo…

Sam sugería las líneas de acción consciente de que aún no formaba parte del equipo, pero sintiéndose integrada en él. Sobre todo, después de que Hidalgo hubiera asegurado su pretensión de solicitar, en cuanto tuviese un momento de respiro, el reingreso de la detective en el cuerpo de policía. De cualquier forma, las sugerencias de Sam las convertía Hidalgo en órdenes directas: el inspector contactó enseguida con el laboratorio para hablar con Santiago Casal y comunicarle que procesar el vehículo rojo era prioritario sobre cualquier otra actividad.

A pesar del poco —nulo— descanso, y después de todo lo que había pasado, Hidalgo veía a Sam en plena forma. El inspector suponía que el haber conseguido, por fin, restaurar el buen nombre de su padre tenía mucho que ver en ello; también la tranquilidad que supone volver a confiar en sus compañeros. Ahora estaba más sosegada, dedicándose a lo que realmente le gustaba. No cabía duda, la detective se encontraba en su salsa, como en los viejos tiempos.

De hecho, Sam se había encargado de establecer un plan detallado para desplegar a los agentes disponibles con la intención de cubrir todos y cada uno de los cines de la ciudad. Aún quedaban doce horas para la entrega, pero los policías ya se encontraban en sus puestos. A todos les había proporcionado un dosier que contenía diversas fotografías con las identidades que hasta ahora había utilizado Ulrike. Sam se había reservado un ejemplar de cada instantánea y los estaba repasando en ese momento. En cada imagen, Ulrike presentaba un aspecto diferente, con una peluca de distinto color y con distinto

atuendo. En unas, con gafas de sol, en otras, sin ellas. Sam se asombraba de la capacidad de transformación de la secuestradora. Sin embargo, la detective se había fijado en un elemento de la vestimenta de la alemana que nunca cambiaba de una fotografía a otra, un complemento que asomaba parcialmente, pero que destacaba en el escote: la cadena dorada que siempre llevaba Ulrike Hofmein colgando del cuello.

Ninguna novedad en la última ronda de llamadas. O'Malley era el encargado de recoger los mensajes procedentes de todos los puestos de vigilancia y canalizar la información hacia Hidalgo. Sam también tenía escucha y recibió la noticia por el auricular que llevaba con disimulo, como si fuera una presentadora de televisión. El inglés se había quedado en el "Cuartel General" y estaba atacado de los nervios. No soportaba estar fuera del operativo, pero comprendía que debía aguardar en el despacho ya que era el único al que Ulrike podía reconocer. Además, alguien tenía que coordinar una operación tan compleja como esa, que se distribuía por toda la ciudad, cubriendo las distintas salas de cine. Eso sin contar con lo maltrecho que aún tenía el cuerpo después de la paliza recibida.

También hubo dudas con respecto a Sam, pero cualquiera le decía que se quedase en comisaría. Ella sostenía que Ulrike no pudo haber visto su cara cuando intentó atropellarla: por la oscuridad y por la cantidad de agua que cayó aquella noche. A regañadientes, Hidalgo accedió a situar a Sam en el centro comercial Nervión Plaza, el lugar de más afluencia de público. Allí, en la terraza del último piso del complejo de tiendas, Sam desplegó a dos agentes, uno en cada acceso a las salas multicines; sin contar con que algo más lejos el propio Hidalgo se apostaba en las inmediaciones de las taquillas. Todos vestían de paisano, intentando disimular su presencia. Hidalgo, por ejemplo, llevaba un enorme paquete de palomitas, y se las arreglaba para permanecer siempre el último en la cola. El agente que controlaba la entrada de las salas 15 a la 20 echaba un vistazo a la revista de cartelera, la tenía abierta de par en par para que le tapara parcialmente el rostro. El policía responsable de la 1 a la 14 se encontraba en la puerta del Pan's and Company dando cuenta de un enorme bocadillo que rebosaba mayonesa por ambos lados y que le estaba poniendo perdida su cazadora de ante. Sam se apoyaba en el murete para controlar el acceso a la terraza desde el interior del centro comercial. De vez en cuando se asomaba a la pequeña tapia, que hacía las veces de balconada circular, para observar la plaza Central que ocupaba toda la planta baja. La alternancia en la vigilancia la ejecutaba a tan sólo unos metros de cualquiera de las entradas a los cines. Un lugar ideal para cubrir a los dos agentes en

caso de necesidad, ya que los accesos a las salas de proyección los tenía equidistantes, a izquierda y derecha de su posición. Enfrente, un poco más apartado, veía a Hidalgo aguardando paciente en la fila para conseguir los tickets.

Sam volvió a mirar su reloj. Sólo faltaban cinco minutos para las doce del mediodía y no había rastro de Ulrike. De ahí los nervios de Al. Ese domingo había mucha afluencia de público, más de lo normal, pensó Sam. Las escaleras mecánicas que subían desde las plantas inferiores estaban a rebosar de gente; también las situadas en el exterior del centro comercial y que daban acceso a la terraza desde la avenida Luis de Morales. Eran mayoría, entre el público, los grupos de adolescentes y los padres que llevaban a sus hijos a la sesión matinal. Sam pensó que el lugar era ideal para hacer la entrega. O bien dentro de una sala de cine, al amparo de la oscuridad, o bien en el exterior, bajo la protección involuntaria de las personas que abarrotaban las colas en la taquilla, o que se acumulaban en los cuellos de botella que eran las entradas a las salas de cine.

O'Malley tenía razón para estar intranquilo. A esas horas, si la información de Jacob era cierta, la secuestradora debía estar en las proximidades de algún cinematógrafo de la ciudad. Era muy extraño que ninguno de los agentes la hubiera visto todavía. A Sam le entró la duda. ¿Estaban vigilando el lugar correcto? Se asomó una vez más al murete redondo para ver la plaza Central. También estaba repleta de personas. Desde allí, con el punto de vista prácticamente cenital, era muy difícil reconocer a alguien entre la multitud. «De todas formas —pensó—, el acceso a las salas de cine está controlado aquí arriba: el que quiera ir a ver una película tiene que acudir forzosamente a la terraza». Aun así, Sam insistía en mirar hacia abajo. En la glorieta habían situado una especie de stand que prácticamente cubría toda la superficie. Era habitual aprovechar ese espacio para colocar todo tipo de atracciones: desde castillos hinchables para que los más pequeños se desfogaran, hasta una pista de hielo en los meses de invierno para disfrutar patinando. No era extraño tampoco ver como instalaban esos museos itinerantes que los domingos por la mañana hacían las delicias del público. Sam recordó el éxito que había tenido aquella enorme mujer tumbada, una imaginativa iniciativa de divulgación científica que invitaba al público a recorrer el cuerpo humano desde los pies a la cabeza. Ahora, por más que se esforzaba, la detective era incapaz de ver cuál era el motivo del nuevo stand.

—¿Alguno sabe de qué trata el chiringuito que han montado abajo? — Sam lanzó la pregunta al aire acercando su boca al micrófono que tenía oculto en la solapa del chaquetón.

—Ni idea —contestó Hidalgo.

—Una exposición —intervino el agente del bocadillo que

masticaba mientras hablaba.

—¿De qué? —quiso saber Sam

—De cine, creo…

—¿De cine? ¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Sam sin ningún disimulo al tiempo que se echaba a correr.

—¡¿Qué pasa?! —Hidalgo se salió de la fila y siguió con la mirada a la detective.

—¡Hidalgo ven, el resto que se quede! —Sam se puso al mando, si es que antes no lo estaba ya. Dudó una fracción de segundo: no sabía si acceder directamente al interior del centro comercial o dirigirse hacia las escaleras mecánicas exteriores. Optó por lo segundo para evitar el tapón que había en la primera salida.

—¿Me quieres decir qué ocurre? —Hidalgo, que estaba mucho más cerca de las escaleras, esperó a que Sam estuviera a su altura para acompañarla a la carrera.

—Jacob no dijo que la entrega fuera en un cine, dijo que oyó la palabra “cine”. ¿Entiendes?

—¡La exposición!

Sam no respondió, se limitó a correr a toda velocidad apartando a la gente. Hidalgo gritaba “¡Policía!” y enseñaba la placa para ayudar a despejar el camino. Cuando llegaron a las escaleras mecánicas se encontraron con la rampa de bajada saturada por lo que parecía un colegio de niños. Los maestros, situados cada tres o cuatro peldaños, iban controlando a los más pequeños para que no se extraviaran, se cayeran o se hicieran daño. Sam se volvió hacia Hidalgo y negó con la cabeza, luego se dirigió a la rampa contigua. La escalera de subida tampoco se encontraba vacía, pero había muchos más huecos. Tendrían que hacer un mayor esfuerzo al bajar a contracorriente, pero llegarían antes a la acera y, además, sin riesgo de llevarse por delante a ningún pequeño. Sin pensárselo más, se lanzaron hacia abajo. Sam delante, bajando a trompicones; Hidalgo detrás, algo sofocado, mostrando la identificación y gritando cada vez con mayor dificultad. Por fin llegaron a la avenida y, sin parar de correr, doblaron por la entrada principal del centro comercial hacia la plaza Central. Sam cojeaba ligeramente, la herida del muslo cada vez le dolía más, se preguntaba si se le había abierto. Al llegar a la carpa, tan grande como un circo, la detective alzó el brazo con la intención de tapar la placa que Hidalgo sostenía, al tiempo que se llevaba la otra mano a la boca para, con el dedo índice en los labios, sugerirle —ordenarle— al inspector que guardase silencio.

La muestra de cine itinerante era una especie de mini réplica de la gran exposición permanente que sobre el séptimo arte se halla en Turín, en *La Mole*, el emblemático edificio obra del arquitecto italiano Alessandro Antonelli. Como en el museo turinés, la entrada daba paso

a una sala central donde sobresalía una enorme réplica del decorado de “Cabiria”, el filme más importante de los comienzos del cine italiano. Distribuidas irregularmente, había vitrinas horizontales donde se exponían guiones originales de Fellini, Visconti o De Sica; bocetos para los decorados de “Amarcord”, “El Gatopardo” o “El Ladrón de Bicicletas”; o el vestido que lució Anita Ekberg cuando se lanzó a la fontana de Trevi en “La Dolce Vita”, entre otras piezas de vestuario y atrezo de recordadas cintas rodadas en *Cinecitta*. En las paredes de la amplia sala se ofrecían láminas de carteles renombrados de cine clásico, esta vez internacionales: así, “Casablanca”, “Ciudadano Kane”, “Centauros del Desierto” o “Vértigo” figuraban entre los pósteres que decoraban el interior del stand. Sam e Hidalgo se adelantaron hasta el punto central para, desde allí, poder observar toda la sala con la intención de localizar a Ulrike. Había demasiada gente. Las personas entraban y salían de las distintas salitas temáticas, que rodeaban el espacio central, cada una dedicada a un género cinematográfico. Sam giraba sobre sí misma recorriendo con la vista todas y cada una de las entradas que daban acceso a las pequeñas galerías. Hidalgo hacía lo mismo, pero en sentido contrario. Las había dedicadas a la comedia, al cine de aventuras, al bélico o al *western*. También el drama, el cine negro y el suspense estaban representados. La sala que homenajeaba a las películas de terror era la que mostraba más afluencia de público. El inspector miró a Sam y no hizo falta ninguna palabra más: hacía allí se dirigieron. La galería era como un cine en miniatura donde se proyectaban secuencias de películas de terror. La sala estaba abarrotada y a oscuras, pero Sam pudo ver el interior del local con ayuda de la proyección que en ese momento iluminaba la gran pantalla: era una de las escenas de “El Resplandor”, la que se desarrolla casi al final de la cinta cuando Jack Nicholson va persiguiendo a sus víctimas a través de un laberinto completamente nevado. Todos los asientos estaban ocupados, pero como no eran demasiados, a Sam le bastó con un rápido barrido, con un sólo vistazo, para comprobar que entre el público no se encontraban ni Ulrike ni el niño.

—Vámonos de aquí, Hidalgo. —Sam negó con la cabeza indicándole al inspector que allí no había nada que hacer.

Contigua a la sala de proyecciones de películas de miedo, se hallaba la muestra de cine de suspense. A ambos lados de la entrada, había una curiosa exposición de objetos distribuidos en pequeñas mesitas pegadas a la pared. Cada una de ellas exhibía una pieza de utilería elegida intencionadamente para representar las películas. Cada mesa correspondía a una cinta de Alfred Hitchcock, el maestro del suspense. Los títulos se podían leer en los afiches enmarcados que se mezclaban con los objetos. Sam no era muy cinéfila, pero le

encantaban las películas de Hitchcock, de hecho, las coleccionaba y las había visto varias veces. Se podría decir que se las sabía de memoria. En una mesita habían colocado un trozo de cuerda junto al programa de mano de “La Soga”; en otra, era una jaula con un par de periquitos la que acompañaba al cartel de “Los Pájaros”; más allá, unos prismáticos hacían pareja con un *lobby card* de “La Ventana Indiscreta”. Sam se aproximó a la mesa que se encontraba justo al lado de la puerta. Le había llamado la atención porque era la única a la que le faltaba el objeto que debería complementar al afiche. En este caso se trataba de “Sospecha”, la película protagonizada por Cary Grant y Joan Fontaine. Sam observó que en el espacio vació solo quedaba un cerco redondo y blanquecino. Mojó el dedo índice en él y probó el líquido.

—¡Aquí están, seguro! —dijo excitada.

—¿Por qué lo sabes? —Hidalgo no entendía nada.

Sam se asomó a la sala, estaban proyectando una secuencia de “Psicosis”. Martin Balsam caía por las escaleras, aún sorprendido por el ataque que acababa de recibir, intentando agarrarse sin éxito a la barandilla de aquella siniestra mansión donde Anthony Perkins hacía de las suyas. Sam se aproximó a la azafata que parecía montar guardia en la entrada del minicine para susurrarle que eran policías y que necesitaban su ayuda. La joven le contestó en sentido afirmativo, con fuerte acento extranjero. Sam le preguntó por el interruptor de la luz. Después le dijo a Hidalgo que se preparase. Repartió el trabajo: ella se encargaría de Ulrike, él debía estar atento para recuperar al niño y arrestar al ruso, si es que ya habían contactado. Hidalgo asintió y sacó su arma reglamentaria. Sam hizo lo propio con su 38.

Se hizo la luz.

Como si estuviera todo preparado para facilitar la labor de la pareja de detectives, el público que asistía a la proyección se quedó sentado, deslumbrado, mientras que en la última fila se pusieron de pie, como activados por un resorte, Ulrike y un tipo de constitución fuerte, rasgos eslavos y pelo cepillo; entre ellos estaba Diego que parecía adormilado en la butaca. La secuestradora reaccionó mucho más rápido que el ruso: saco el revólver y disparó hacia la puerta, pero lo hizo prácticamente sin apuntar, sólo para intimidar y permitirse un respiro para escapar por la puerta de emergencia. Sam empujó a la azafata que dio un traspiés y cayó al suelo. El movimiento brusco salvó la vida de la joven italiana. La bala pasó rozando su esbelta figura. La gente reaccionó en dos tiempos. Primero, se quedó en silencio, expectante, como si aquello formara parte del espectáculo; después, consciente de que la cosa iba en serio, comenzaron los gritos y el pánico hizo acto de presencia. Hidalgo se escondió como un perro faldero entre las piernas de las personas que estaban sentadas en

primera fila, al tiempo que gritaba al público para que lo imitase. La detective se mantuvo de pie apuntando al ruso que seguía sin pestañear, como una estatua.

—¡Las manos a la cabeza! —le ordenó mientras se acercaba hacia él sujetando con las dos manos el revólver amartillado. Después de la barahúnda inicial, en la sala reinó un silencio sepulcral. Todos, excepto Hidalgo que se levantó y fue en ayuda de su compañera, permanecieron hundidos en los asientos, o tumbados en el suelo, imitando lo sucedido el 23 F tras los disparos de los guardia civiles.

—Voy tras Ulrike —dijo Sam lacónicamente cuando el inspector, pistola en mano, ya con el ruso bajo la mira del arma reglamentaria, se situó a su lado. Hidalgo iba a protestar, pero Sam ya se había puesto en marcha. Olvidándose del dolor en la pierna, cada vez más intenso, la detective se echó a correr, empujó la puerta de emergencia y salió a la plaza Central. Una vez fuera no tuvo mucha dificultad en seguir la pista de Ulrike: como si fuera el rastro de una serpiente gigante, el público dejaba un estrecho pasillo sinuoso al paso de la secuestradora que, revólver en mano, les conminaba a apartarse.

—¡Al suelo! —gritó Sam.

El pasillo se hizo más ancho como si Sam fuera Moisés a punto de cruzar el Mar Rojo. Ulrike se volvió un instante para hacer un par de disparos antes de cruzar la avenida. Sam se agachó instintivamente, pero enseguida continuó con la persecución. La alemana cruzaba la calle amenazando a los automóviles con su arma y provocando el caos circulatorio. Un taxi se empotró en un autobús que frenó en seco, otro vehículo se quedó a un milímetro de atropellar a Ulrike. La asesina le lanzó una mirada con mensaje: «me encargaría de ti si no tuviese tanta prisa». Mientras tanto, Sam se acercaba cada vez más gracias a que los coches estaban ya prácticamente parados. Ulrike se dio cuenta y volvió a disparar. La detective se adelantó a la jugada y se refugió detrás de una furgoneta que fue la que recibió el impacto. Hubo suerte: tras la ventanilla del copiloto, que saltó echa añicos, no había nadie. El cristal debía ser resistente porque desvió la bala lo suficiente para que el conductor tampoco sufriese daño alguno. Ulrike abandonó la calzada de Luis de Morales y corrió calle abajo. Sam siguió sus pasos al tiempo que continuaba avisando a los transeúntes para que abandonaran la acera o se tirasen al suelo.

La alemana intentó una maniobra desesperada porque veía que aquella especie de hippy armada no abandonaba tan fácilmente: intentó coger un rehén para obligar a desarmar a su perseguidora, pero los avisos de la “pesada” habían dejado la calle desierta. Tampoco podía seguir corriendo mucho más: llegaban varios coches patrulla, podía oír las amenazantes sirenas.

Optó por entrar en una de las viviendas.

Ya no podía retroceder ni avanzar, lo que tenía a mano era un bloque de oficinas y pisos de alquiler. La parcela del complejo estaba rodeada por una verja de cierta altura y la cancela se encontraba cerrada.

Parecía fácil de escalar.

Sam se acercó a una prudente distancia avanzando parapetada tras la hilera de coches aparcados.

—¡Tira el arma! —ordenó—. ¡No tienes escapatoria!

Ulrike contestó disparando de nuevo y saltando la verja. Sam respondió con un proyectil del 38, más defensivo que otra cosa. De hecho, el disparo no llegó a su destino. Lo que logró el tiro fue el descuido de Ulrike al ejecutar la maniobra. Después de superar la verja, se dejó caer, pero no tuvo en cuenta la cadena que llevaba colgada al cuello. El collar se había salido de dentro de la blusa y se movía libremente. Cuando Ulrike saltó, la cadena se enganchó en el enrejado al pasar por uno de los barrotes y quedar atrapada por el travesaño superior.

La resistencia de los gruesos eslabones y el peso del cuerpo de Ulrike fueron los culpables de que la joven delincuente se ahorcara con su propia cadena.

De su boca no salió ningún grito, ni siquiera un gemido, nada. El movimiento había sido tan violento y brusco que la muerte fue instantánea.

Sam se acercó con precaución, con el revólver todavía apuntando hacía la alemana, como si temiese una última reacción de la secuestradora. Pero Ulrike no se movía. Sam le tomó el pulso en la carótida para comprobar que aquello ya era un cuerpo sin vida.

***

—Ha terminado como su ídolo —dijo Sam—: colgada de los barrotes.

—Como Ulrike Meinhof en la cárcel—repitió Hidalgo.

La ambulancia que se había hecho cargo del pequeño Diego inició la maniobra para abandonar la zona. Un agente intentaba restaurar la circulación al tiempo que otro policía nacional acordonaba la zona donde aún se hallaba el cadáver de Ulrike. Una pareja de municipales se encargaba de ahuyentar al cada vez más numeroso grupo de curiosos.

—¿Cómo supiste que estaban en aquella sala? —inquirió el inspector.

—¿Te acuerdas de “Sospecha”, la película de Hitchcock? —Sam parecía gallega: respondía con otra pregunta.

—La verdad es que no.

—Bueno, es una *peli* de suspense donde la protagonista no sabe si su marido intenta asesinarla.

—¿Y?

—Él es Cary Grant, y parece que quiere envenenar a Joan Fontaine con un vaso de leche —aclaró Sam.

—Sigo sin entender.

—¡Joder, Hidalgo! —Sam se impacientaba—. ¿No tenía cada uno de los expositores un cartel y un objeto representativo de la película?

—Sí.

—Todos menos el de "Sospecha", allí faltaba algo, estaba sólo el póster. Pero me fijé que en la mesita había un cerco. Alguien se había bebido el vaso de leche…

—¡Claro, joder, la tía padecía de úlcera!

—Por fin… —suspiró Sam.

—Pero podía haber pasado por allí, haber cogido el vaso y entrar en otra sala.

—Ya. —Sam se encogió de hombros—. Pero no me imagino a Ulrike paseándose con la leche por todo el museo, arriesgándose a montar el escándalo por el hurto de un simple vaso cuando lo que quiere es pasar desapercibida. Parece más lógico meterse enseguida dentro del minicine para beberse la leche en la oscuridad.

A Hidalgo le convenció más la intuición de Sam que sus explicaciones: la detective rara vez se equivocaba.

—¿Te has fijado lo que tiene en la cadena? —preguntó Hidalgo señalando el collar que había hecho las veces de soga.

—Sí —contestó Sam mientras miraba la llave. Era del tipo clásico y colgaba de la cadena dorada como si fuera un complemento decorativo—. Me imagino que la puerta que abre ya no existe. Seguramente fue pasto de las llamas, igual que la pareja que se quedó dentro; encerrada para siempre.

EPÍLOGO

TORRES

Bilbao, octubre de 1992

Eduardo Torres se ha levantado temprano esa mañana fría de octubre. La niebla cubre el río Nervión que se retuerce invisible por el valle. El inspector trocea un par de galletas María y las echa sobre el tazón de café con leche. Mientras espera que las galletas se empapen en el líquido, hojea un dominical antiguo del verano pasado. Se interesa por el artículo que habla sobre el proyecto del museo Guggenheim. La información del magacín asegura que la comunidad autónoma del País Vasco y la fundación Guggenheim han decidido cuál será el emplazamiento para el edificio. Lo van a construir muy cerca de dónde vive Torres: en un polígono industrial al lado del río, en el ensanche correspondiente al meandro adyacente al puente de La Salve. Las obras comenzarán en 1993 y al menos tendrán que pasar tres años hasta que concluyan. Torres espera no ver terminado el museo, tiene la intención de abandonar Bilbao antes de que eso ocurra.

Ayer por la noche volvió a hablar con Casandra. La conversación telefónica finalizó como de costumbre: con reproches. Ella sigue sin entender por qué su marido ha decidido exiliarse de esa forma, por qué no se defendió en el transcurso de las investigaciones. Sabe que le oculta algo. Torres le asegura que volverá y que todo será como antes, pero tiene que ser paciente. Casandra parece desesperada, le echa de menos, y también los niños, sobre todo la pequeña Sam.

Torres abandona el portal del bloque de apartamentos de la calle de los Heros, donde vive desde hace unas semanas. Se dirige al aparcamiento. Ha tenido suerte en aparcar prácticamente delante de la puerta. Se introduce en el vehículo y mete la llave de contacto. Arranca el coche y siente una especie de escalofrío. En comisaría le han insistido en las medidas de seguridad: antes de subirse al vehículo debe mirar los bajos, tiene que procurar no repetir los trayectos desde su casa al trabajo, asegurarse de que no le siguen, etcétera. Aún no se ha tomado en serio todo ese conjunto de precauciones, piensa que acaba de llegar al País Vasco y es imposible que la banda terrorista se haya fijado en él. A pesar de ello, no puede evitar esa sensación de intranquilidad cada vez que acciona el motor de arranque del vehículo. También sabe que enseguida desaparece, en cuanto comienza la maniobra para salir de la plaza de aparcamiento. El inspector maneja la caja de cambios y mete la marcha atrás. Mira por el espejo retrovisor para calcular la distancia hasta el vehículo que tiene justo a su espalda, gira el volante. Más allá, divisa el bar y se sorprende de que a

esas horas ya esté abierto. Hay alguien apoyado en la entrada, leyendo un periódico.

No puede ver el rostro del sujeto, pero por algún motivo su figura le es familiar.

Oye un clic.

Enseguida la tremenda explosión. Luego dolor, confusión y silencio; más tarde, oscuridad.

La reunión improvisada era de lo más extraña. Dos de los participantes no hablaban: uno era un gato, el otro un bebé de cinco meses. Rosita mecía el cochecito, pero Pablo no estaba por la labor de dormirse. Parecía muy entretenido observando a O'Malley. El hijo de Merche sonreía con los ojos tan abiertos como los de una lechuza. El inglés se desesperaba. No hacía otra cosa que mirar el reloj. Su prominente nuez subía y bajaba como un ascensor cada vez que tragaba saliva. Eso sucedía cada cinco minutos que era la cadencia con la que comprobaba la hora. Repeinado y con una pajarita bastante ridícula, Al se impacientaba.

—Ya no deben tardar mucho —dijo Rosita por enésima vez.

El bostezo de Wato iba en sintonía con el aburrimiento que ya estaba haciendo mella en el británico. Sentado como un tertuliano más, el felino también miraba a O'Malley. Lo hacía desde una de las sillas de la mesa del comedor, donde todos se habían instalado. Decidieron acomodarse allí y no pasar al interior del salón, al sofá y a las butacas, porque preveían una estancia muy corta: "minutos" le dijo Rosita al inglés cuando llegó. Lo cierto es que ya llevaban más de una hora esperando a que Sam se acicalara. Por lo visto, Merche la estaba ayudando a vestirse. «¿Es que no podía hacerlo sola?», pensó el inglés.

—¿Seguro que no quiere tomar nada? —volvió a preguntar Rosita.

—No, muchas gracias —repitió O'Malley por tercera vez.

El inglés respiró hondo, más bien suspiró. Lo hizo con precaución, midiendo los tiempos, a pesar de que ya no tenía mucho sentido preocuparse por un dolor que apenas existía: habían pasado varias semanas desde su "encuentro" con Jacob y su recuperación se podía considerar total. El que aún estaba hospitalizado era el mayor de los hermanos Haffner. Custodiado por la policía, había cooperado con la justicia en todo momento. Cuando despertó de la operación y estuvo en disposición de hablar, no dudó en confesar el crimen de Bobby y el de los dueños de la granja. Todos inducidos por su hermana. Contestó a las preguntas que le hicieron sin ningún reparo y, gracias a sus indicaciones, enseguida fueron localizados y desenterrados los cuerpos de los ancianos. También se interesó por la salud del pequeño Diego. El niño estaba perfectamente y, según comentó su padre, aún seguía preguntando por "El Ogro Bueno". De la entrevista que Hidalgo tuvo con el pequeño, concluyeron que Jacob se había preocupado del niño en todo momento, intentado protegerlo de los malos tratos de Ulrike e, incluso, llegó a trazar un plan para huir de la granja. Hidalgo pensaba que todas aquellas circunstancias actuarían a favor de Jacob, aunque lo más seguro es que, finalmente, fuera internado en un centro psiquiátrico.

Con respecto al resto de la banda, el ruso que Sam e Hidalgo

arrestaron en el museo de cine resultó ser uno de los sicarios de Igor Kuztnesov. Con su captura, por fin se pudo dar por finalizada la operación iniciada meses atrás por O'Malley y el resto de agentes extranjeros y nacionales. Su confesión fue decisiva para acusar al pequeño de los Kuztnesov de tráfico de órganos, desmantelar la célula que aún se mantenía operativa y asegurarse de que Igor no saldría de la cárcel en muchos años. Igual de fundamental para encerrar a Igor fue la información proporcionada por Cisco.

El gitano ya llevaba varias semanas disfrutando del régimen abierto y en poco tiempo le concederían la condicional. Gracias a las conversaciones que Merche seguía manteniendo con su amigo, la periodista consiguió, a través de "La Voz de Híspalis", denunciar los casos de corrupción en la prisión, el maltrato a los presos por parte de algunos funcionarios y la permisividad del alcaide hacía la mafia comandada por Cástor y sus "apóstoles". Antes de que llegasen oficialmente las acusaciones, la presión de la prensa fue suficiente para que el alcaide presentara la dimisión y fuese nombrado un nuevo director.

Merche y, sobre todo, Roberto se ocuparon de restaurar el buen nombre del inspector Eduardo Torres con una serie de artículos. Recuperaron para la prensa el caso de 1992 y, si en aquel momento, "La Voz de Híspalis" fue la única que se puso del lado del padre de Sam, ahora todos los medios, sin excepción, coincidieron en denunciar la injusticia que se había cometido con el policía. Sam por fin veía cumplido su objetivo desde hacía tanto tiempo. El peso que se había quitado de encima parecía haberle cambiado el carácter. Se mostraba más alegre y menos mordaz que de costumbre. Hasta parecía más joven —pensaba Hidalgo—. El inspector jefe de homicidios se encargó personalmente de que volvieran a admitir a Sam en el cuerpo de policía con su antiguo cargo de subinspectora. El propio Ramírez no tuvo más remedio que aceptar tener de nuevo a Sam bajo sus órdenes.

El comisario no pasaba por su mejor momento profesional. Había quedado en entredicho cuando se descubrió todo el turbio asunto de la red de corrupción. Los registros en el domicilio de Jorge García Ivárs dieron con varias agendas y archivos en su ordenador personal que destaparon toda la organización. Ramírez no podía creer que aquello hubiera sucedido ante sus propias narices, en la sección que él mandaba. Estaba desolado y arrastraba una depresión que Hidalgo veía como una bendición. Sin las injerencias habituales del comisario, el inspector no recordaba una época mejor. Hacía mucho tiempo que no se trabajaba tan bien en el distrito Poniente.

Hidalgo tampoco se quejaba de su situación personal. Había conseguido quitarle la custodia de Cristina a su exmujer. Al menos de forma temporal —lo cual era todo un éxito—, mientras Reyes se

recuperaba en un centro de desintoxicación. Por otro lado, los planes de boda ya eran firmes: se casaría con Rocío en verano. Sam estaba encantada; por descontado que sería la madrina. Para el puesto de padrino toda una sorpresa: Al O'Malley.

La detective y el inglés cada vez hacían mejores migas. El británico había conseguido alargar la comisión de servicio alegando que al caso de los Kuztnesov aún le quedaban algunos flecos. Para ambos, para Sam y Al, esta era la primera cita formal. La primera vez que quedaban para salir sin la excusa del trabajo. El inglés estaba intranquilo, pero lo de Sam era casi enfermizo. No atinaba con el vestido, con los zapatos, con nada, en parte porque no veía bien: Merche se había empeñado en que se quitara las gafas. Su amiga insistía en los zapatos de tacón y en la falda larga, todo para que Sam pareciese más alta. El fondo de armario de la periodista era tan extenso que las dudas de la detective crecían por momentos. Lo increíble era que muchos de los vestidos le quedaban bien gracias a los kilos de menos y a la nueva altura que le proporcionaban los tacones de aguja. Sam reía nerviosa. Merche hacía lo propio. Parecían dos colegialas el día de la puesta de largo.

Mientras se cambiaba de ropa por vigésima vez, Sam pensaba en el vuelco que había dado su vida en los últimos días. En el aspecto profesional, se alegraba de su vuelta al trabajo de siempre, al que más le gustaba, junto a Hidalgo en Homicidios. Entonces se dio cuenta de que tenía una llamada pendiente por hacer: debía avisar a Don Servando. Su exjefe seguía preguntado por ella, dándole la tabarra a la sufrida Mara.

En el terreno personal, las cosas habían cambiado aún más. Y no sólo por lo de su padre. Cuando finalizó el operativo, tras la muerte de Ulrike, lo primero que hizo Sam fue ir a recoger a su madre a casa de Merche. Doña Casandra, por primera vez en casi veinte años, la miró a los ojos y le sonrió. A Sam se le saltaron las lágrimas. No podía creerlo: su madre había mejorado en tan sólo unos días mucho más que en todo el tiempo que llevaba recluida en Carmona. Merche tampoco entendía qué es lo que había ocurrido. La única que tenía una teoría que explicase la repentina mejoría era Rosita. La madre de Merche sostenía que Wato era el responsable de la recuperación de Doña Casandra. Sam, ya de vuelta al hospital, preguntó si aquello era posible. El doctor que llevaba el caso de su madre se mostró muy interesado y le dijo a Sam que la TAA[6] no era una novedad, que en muchos centros ya estaban experimentando dicha terapia, en la mayoría de las ocasiones con resultados muy positivos. Y que, por supuesto, iban a probarla con su madre.

—Ahora mismo sale —anunció Merche desde el vano de la puerta del comedor.

«A ver si es verdad», pensó O'Malley que llevaba un rato jugando con Wato escondiendo su mano por debajo de la silla y sacándola por un extremo. El gato seguía con ojos y orejas el movimiento de los dedos del inglés y olisqueaba al aire en busca de alguna señal que le dijera que aquello no era una broma, que podría tratarse de algún pequeño roedor. Cuando Sam apareció, el británico se quedó tan impresionado que no se dio cuenta de que Wato había decidido atacar.

—¡*Fuck*! —gritó O'Malley al sentir el arañazo al tiempo que apartaba la mano de las garras del minino.

—¿Cómo dice? —preguntó Rosita inocentemente.

El inglés carraspeó para disimular el exabrupto y siguió observando a la mujer que tenía ante sus incrédulos ojos.

—Casandra estás… —Al se levantó para admirar a Sam olvidándose del rasguño y de la pregunta de la anciana.

—No se te ocurra decir nada o te sacudo —se adelantó Sam.

—He dicho *nothing* —se defendió O'Malley.

Sam se agarró al inspector riéndose por la mala construcción de la frase. La subinspectora nunca había estado tan elegante. Con una falda talar, negra y plisada, y una blusa beis, la detective se sentía realmente bella. La verdad es que estaba deslumbrante, al menos a los ojos del inglés.

—No te hagas ilusiones —advirtió mientras se colgaba del brazo del inglés—, es que no veo ni torta

—¿Nos vamos? —se animó O'Malley que sí se hacía ilusiones.

Sam asintió y ambos se dispusieron a salir. La detective caminaba con cierta dificultad subida en aquellos zapatos cubiertos por la falda que se le antojaban tan altos como zancos. El estar sujeta al pelirrojo no sólo le compensaba la falta de visión también la ayudaba para mantener la verticalidad.

—¿Adónde lo llevas? —inquirió Merche guiñándole un ojo a Sam.

—Primero vamos a tomar unas "ojeras" con rabo —contestó la detective sin dejar de sonreír—. Después ya veremos…

Merche los acompañó hasta la salida. Atrás quedaron Rosita, que seguía meciendo a Pablo, y Wato bostezando de nuevo. A punto de cerrar la puerta, Merche vio como Sam se asomaba desde dentro del ascensor:

—Por cierto, en el dormitorio tienes un regalo —dijo.

—¿Sí? —exclamó la periodista elevando exageradamente las cejas. Sam cabeceó antes de que se la tragara el ascensor.

Merche se dirigió a su cuarto.

Allí, en la cama, encima de la colcha, esperaba extendido un fular de colores.

Autor

*Fernando de Cea (Madrid, 1958) es capitán de fragata de la Armada, e*specialista en Armas Submarinas y diplomado en Estado Mayor. También es licenciado en Economía, con especialidad en Análisis Económico, y crítico de Cine.

Como marino ha mandado los buques "Anaga" y "Guadalquivir", entre otros destinos. Como crítico de cine ha publicado artículos profesionales en revistas especializadas y numerosas reseñas y críticas de cine en prensa escrita, revistas culturales y medios digitales. Escribe con asiduidad en su blog de cine "El blog de Ethan".

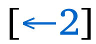
Es autor de las novelas, "Puentes y Sombras" (ABEC Editores, Sevilla, 2012) "Cenizas para un blues" (Ediciones En Huida, Sevilla, 2014), "El suave roce de tu pelo" (Ediciones Alféizar, Córdoba, 2016) y "Visibilidad cero" (Editorial Juventud, Barcelona, 2018), y de los ensayos, "El Autoremake en el cine. ¿Obsesión o repetición?" (T&B Editores, Madrid, 2014) y "Cine y Navegación. Los 7 mares en 70 películas" (Editorial Berenice, del grupo Almuzara, Córdoba, 2018). En 2014 gana el premio local del IV Certamen Internacional de Novela Corta "Giralda" con "La Habitación 104" publicado en el recopilatorio Azucenas de bronce (ITIMAD, Sevilla, 2014). En 2016 queda segundo finalista en el I Premio "Alféizar" de novela con "El suave roce de tu pelo". En 2017 gana el XXI Premio Nostromo con la novela "Visibilidad cero" .

Leer más: https://www.fernandodecea.com/nosotros/

Notas

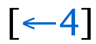


Poeta y cervantista español, 1855-1943



Técnico Especialista en Desactivador de Artefactos Explosivos

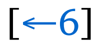

[←3]
Instituto de Medicina Legal



Marxistisch-Leninistische Partei Deutschlands.



Unidad de Reanimación Postoperatoria. Sala del Despertar.



Terapia Asistida con Animales

Table of Contents